



wattpad



Un
PRÍNCIPE
en **APUROS**

El príncipe desatado



LIZBETH LÓPEZ

Lizbeth López

UN PRÍNCIPE EN APUROS

El príncipe desatado

wattpad 
by Montena

*A mis tres ángeles: Wilfred, William y José.
Y a mi familia de lectores naranjas: los amo mil mundos.*

—En lugar de acostarte con todas las mujeres que se te cruzan en el camino, debiste pensar en que este momento tarde o temprano llegaría.

Charles observó fijamente a su padre. Tenía el ceño fruncido y la mirada de alguien cansado de repetir las mismas palabras. Parecía tener un par de años más que la noche anterior, afectado por la discusión que no paraba de retomar cada vez que podía. Pero él también estaba cansado. Cansado de que su padre insistiera siempre en decirle lo que debía hacer. ¿Qué ganaba con eso? Discusiones, porque, testarudos como eran, ninguno de los dos daba su brazo a torcer, un rasgo que compartían.

—Hasta hace una semana eso no te importaba —le dijo Charles, pasándose los dedos por el cabello negro azabache.

Edward hizo girar con los dedos la pipa de madera que sostenía.

—Hasta hace una semana no habías despertado desnudo en un hotel.

—Un hotel que es de un amigo de la familia.

—¡Piensa un poco y deja de comportarte como un estúpido! —gritó su padre—. Te despertaste desnudo en la fuente del jardín de un hotel de una persona que ha sido amiga de la familia durante años. Saliste en todos los periódicos y en medio internet.

Charles sonrió con sorna.

—He hecho un buen trabajo entonces. Ya sabes, estoy seguro de que habrá muchas mujeres solteras a las que les gustarán esas imágenes, y, además, de paso, he promocionado el hotel.

Los ojos de Edward se oscurecieron, sin rastro alguno de humor.

—Al diablo, Charles. No es una broma. No solo te afecta a ti, cabeza hueca.

—Bueno, ¿qué es lo que te molesta? —Se levantó bruscamente del asiento—. Me he comportado de la misma manera durante años.

—Ya eres una persona adulta. Tienes casi veinticinco años y yo ya estoy cansado de regañarte como si fueras un niño.

Edward se llevó las manos a la espalda y se acercó al gran ventanal de su despacho mientras continuaba girando la pipa, vacía, con los dedos. Había pasado los últimos dos años luchando incansablemente contra una grave neumonía, por lo que abandonó el mal hábito de fumar. La enfermedad atacó sin previo aviso, o quizá fue que el ritmo de vida acelerado que llevaba no le permitió darse cuenta de los síntomas a tiempo. Se encontraba una mañana de mayo desayunando con su familia cuando sufrió el primer acceso de tos insoportable. Sin embargo, pese a la enfermedad, continuó con sus obligaciones como monarca del Reino Unido. No era una labor tan difícil después de todo. El sistema político actual era mucho más flexible que antes, y su poder de decisión como monarca en relación con las cuestiones que afectaban a sus ciudadanos era más bien poco. Era, principalmente, una cara para representar a su país. Eso era todo. A pesar de ello, ser rey no era un simple juego de niños.

Esperaba que su hijo pudiera entenderlo algún día. Una parte de ese problema era culpa suya. Tras el fallecimiento de Olive, cuando Charles apenas tenía cuatro años, una sombra de tristeza se situó sobre su pequeña y rota familia. Él iba a echar de menos a su esposa; Charles, a su madre. No tenía cómo llenar ese vacío, por lo que creyó que, si le daba a su hijo todo lo que le pidiera, podría mitigar un poco su dolor. No tenía ni la más mínima sospecha de que en realidad estaba haciéndole un daño mayor. Lo cegó su propia arrogancia, y la pena irreparable de una pérdida que quebró su vida en pedazos. Ahora lo veía, veinte años más tarde, y su mayor temor era que, tal vez, fuera demasiado tarde.

—Yo también sufrí la pérdida de tu madre —le dijo, la voz rasposa por el cansancio.

Se volvió hacia su hijo. Deseaba estar bebiendo una magnífica taza de té negro. Su hijo resultaba más ameno y comunicativo cuando bebía té en su taza

favorita, la que su madre y él habían hecho cuando tenía tres años.

—Bueno —repuso Charles, rascándose la nuca—. Te volviste a casar, padre.

—Lo hice, pero tenías casi diez años. Antes de casarme, hablé contigo.

Caminó lentamente hasta su asiento, con las manos aún cogidas tras la espalda.

—Padre, no... —Charles se aclaró la garganta—. Ya hemos hablado de esto. Tessie ha sido una excelente madre y una perfecta compañera para ti. Te lo he dicho demasiadas veces. Lo único que detesto de esa unión es a las gemelas, y no porque provengan de un padre distinto. No logro congeniar con ellas de ninguna manera. Son un verdadero dolor de cabeza que he soportado porque aprecio a Tessie. Sin embargo, quiero saber por qué me lo vuelves a mencionar.

—Porque ya es hora de que asumas responsabilidades —le espetó—. Yo perdí a tu madre, pero no descuidé mis obligaciones. Te lo di todo para sanar una herida que ahora es... es...

Charles le dedicó una sonrisa, levantando a su vez las manos por encima de su cabeza.

—El dinero, las mujeres y mucho sexo lo curan todo.

—No —acotó el monarca, cansado, esforzándose por mantener la calma—. El amor lo cura todo. El dinero y esos placeres paganos solo abren más la herida. Yo te he permitido que tengas siempre todo lo que deseas, es cierto, y he aprendido la lección muy tarde, porque no solucionó el problema ni curó la herida. La empeoró.

Charles soltó un bufido.

—Lo del amor está bien para un libro, pero no para la vida real. ¿A quién le importa el amor en realidad? No siempre es la fuerza más poderosa del universo. Uno debe cuestionarse el mundo en el que vive, con asesinatos diarios y agresiones violentas. Dime, ¿consideras eso amor?

—Charles, tu misión como rey...

—Es sentarme y firmar papeles. —Se levantó de golpe—. Ya no es como antes. Los reyes no son más que la cara del país. No tenemos tanto poder como en el pasado. Por más que lo intentemos, no podemos cambiar el mundo.

—No estoy pidiéndote que cambies el mundo, solo que asumas la

responsabilidad que, como mi único hijo y heredero directo al trono, tienes.

—Eso implica demasiada responsabilidad para mí, limitaría mucho las excelentes libertades que poseo. —Cruzó los brazos contra su pecho—. Temo que no puedo aceptar...

Edward, furioso, golpeó la mesa con los puños.

—¿Crees que voy a seguir manteniéndote después de esto? No, Charles. Si quieres dinero tendrás que trabajar para ganártelo y la única plaza libre a la que puedes optar es la de príncipe de Gales.

—¿Qué vas a hacer? ¿Me quitarás el dinero? —preguntó y se quedó en silencio mirando a su padre, que tenía el semblante sombrío y malhumorado, algo que, generalmente, no solía pasar. Era un hombre amable, comprensivo y alegre. ¿Por qué insistía en mostrarse con él como un exigente moralista que siempre le pedía más allá de lo aceptable? ¿Ser rey y dejar su magnífica vida? No. ¿Perder el dinero si no aceptaba? Inadmisible. Ese tipo de chantaje no parecía el más justo de los tratos. No estaba dispuesto a renunciar al estilo de vida que tanto le entretenía.

—Eres el príncipe de Gales. Quiero que lo recuerdes —dijo el rey con paciencia, mirándolo con atención, estudiándolo—. El dinero que tienes lo obtuviste por tus pocos años de servicio, así que pronto se te acabará. —Suspiró—. No le dejes el camino abierto a tu primo por el capricho de mantenerte al margen. Cameron no está capacitado para ejercer como monarca.

—¿Y qué te hace pensar que yo sí? —Un deje sardónico predominó en su voz.

—Porque conozco tus capacidades, hijo. Eres inteligente y leal. Tu madre siempre vio las características de un líder en ti. Siempre creyó que harías un gran trabajo. —Sus ojos azules refulgieron—. ¿Quieres que lo único que nos queda de tu madre, su fe en ti, desaparezca? Porque cediéndole tu derecho al trono a Cameron estás enterrando esa fe.

Charles maldijo internamente. Ese era el peor de los chantajes, aún peor que la posibilidad de perder su dinero. Era un golpe sucio, y tanto él como su padre lo sabían, por eso este había optado por hacer ese movimiento en el tablero.

Pensar en su madre le resultaba muy doloroso. Había comenzado a olvidar su voz, las canciones que le cantaba antes de dormir —con una voz aguda y

desafinada, según su padre, pero dulce al mismo tiempo— y cómo le preparaba su desayuno favorito. No había olvidado su rostro por aquella preciosa fotografía de ella sonriendo que tenía sobre la mesita de noche en su habitación. Tenía solo cuatro años cuando falleció, pero sabía que lo había amado demasiado. Y él a ella. La echaba de menos, y mucho, tanto que pensar en ella le rompía el corazón.

Fallarle a su memoria y a su fe en él le estaba doliendo, pero las responsabilidades de un rey eran demasiado pesadas para él, sobre todo para alguien que, a menos que recordara mal, no había tenido responsabilidad alguna en veinte años. Aunque contaba con el título de príncipe de Gales, eran pocos los actos oficiales en los que había participado como tal. De lo único que había sido responsable era de avisar al chófer a tiempo cuando viajaban en coche para evitar un accidente.

—Charles, no desperdicies tu potencial haciendo lo que estás haciendo ahora —dijo su padre suavemente—. Estar con distintas mujeres y malgastar dinero en caprichos mundanos no va a reemplazar a tu madre. Ni siquiera va a llenar el vacío que puedas sentir. Al final del día, te sentirás aún más solo.

Charles no pudo responderle. Su padre no comprendía el bien que le hacía olvidar, con alguno de esos caprichos mundanos, como él llamaba a sus amantes, que al llegar a casa su madre no estaría, que, en su lugar, estaría Tessie, su adorada y encantadora madrastra, quien, pese a ser una buena mujer y una fantástica madre, no era la suya. Sus cálidos brazos jamás podrían reemplazar los de su madre. Su padre no podía comprender el bien que le hacía beber y divertirse, sin estar atado a nadie. ¿Para qué casarse? ¿Para perder a su esposa cuando menos lo esperase y que su partida lo rompiera en mil pedazos? No. Distintas compañeras de cama aseguraban un corazón intacto y una vida placentera.

Pero su padre no lo comprendería. Estaba convencido de que el amor podía curar lo que fuera. ¿Qué había hecho el amor por él? La muerte le había arrebatado a su madre, lo que casi consiguió matar a su padre. Perder a alguien que se ama supone morir en parte con esa persona. Cuando amas a alguien, sabes que tarde o temprano puedes perderlo y que el dolor puede resultar insoportable.

No, el amor no le había dado nada, al contrario, se lo había quitado. A la única persona que hoy de verdad amaba era a su padre, y él estaba intentando obligarlo a hacer cosas que, obviamente, no sería capaz de hacer. No era persona de entablar lazos permanentes. Eso era para idiotas.

Suspiró pesadamente. Su padre, mientras tanto, continuó girando su pipa.

—Hijo, y no solo quiero que asumas tus responsabilidades como futuro rey. La gente se siente segura si la familia real está formada con una base sólida.

Charles frunció el ceño, confundido.

—¿A qué te refieres?

—Tienes... que... casarte, Charles —musitó su padre con lentitud, deteniéndose en cada una de las palabras, que el joven príncipe sintió impactar en él como auténticas balas.

Ni siquiera parpadeó. No hizo ni el más mínimo movimiento, ni mucho menos emitió palabra alguna después de haberlo escuchado. Segundos más tarde, cuando recobró un poco la compostura, soltó una fuerte carcajada.

—¿Casarme? —Se agitó el pelo negro azabache—. Esto ya es el colmo. ¿Pretendes que acepte someterme a las obligaciones que comporta mi título y que, además, me case?

Agitó la cabeza de forma frenética, soltando maldiciones al azar, perdiendo el control de sí mismo.

—No ahora, pero pronto. Si la gente ve que el futuro rey tiene su propia familia y que es una persona estable, pensarán que puede hacer lo mismo con su país.

Charles miró a su padre a los ojos.

—¡No! —gruñó—. ¡No pienso ser rey y no pienso casarme! Busca a otro lo suficientemente loco que quiera hacerlo.

—¡Charles William Arthur! —gritó su padre con impaciencia—. Tú eres mi heredero natural. Ya estoy cansado de mantenerte. Si no accedes a ejercer de manera productiva tu título y a casarte en algún momento, tendré que limitar tus cuentas.

Charles apretó la mandíbula.

—Haz lo que se te antoje, padre.

Se dio la vuelta y abandonó el despacho, preso de una furia inmensa. ¿Casarse? Vaya idea absurda. El matrimonio era una atadura que él jamás aceptaría. Ni hablar. Si su padre encontró felicidad con esa gruesa sogá al cuello, era su problema. Él jamás sería atrapado por esas aguas oscuras del matrimonio. No, señor.

Al abandonar la propiedad, el elegantísimo palacio de Buckingham, recordó con torpeza que era lunes, el único día de la semana que se permitían visitas guiadas. El lugar estaría repleto de curiosos turistas. Salir como si nada iba a llamar la atención, y no tenía humor para lidiar con la gente. Además, no le apetecía conducir estando tan enfadado. No era una buena combinación.

Caminó hacia el Salón Blanco, donde solían tomar el té, y se aseguró de cerrar muy bien la puerta. Se metió las llaves en el bolsillo y entonces notó que la tela se había roto. Cuando sacó las llaves, comprobó que, en efecto, el interior de su bolsillo se había desgarrado por culpa del llavero.

—Maldita sea —gruñó.

Decidió ignorarlo, agarró el teléfono y tecleó rápidamente un número.

—Servicios de Taxi Cabwise, buenos días —respondió una mujer.

—Necesito un taxi en el palacio de Buckingham. Que pase a recogerme por la parte trasera, por la entrada de los empleados.

Escuchó el tecleo al otro lado de la línea.

—Desde luego, señor. El taxi llegará dentro de diez o quince minutos. ¿Quiere que activemos el rastreo? Nuestros servicios incluyen una aplicación que permite ver en un mapa el taxi que pasará a recogerlo. Al llegar, se le enviará una alerta para notificarle la llegada. Este servicio tiene un coste adicional de dos libras.

Charles se masajeó el puente de la nariz con el pulgar y el índice.

—Está bien, solo envíen ese taxi.

El tecleo al otro lado de la línea comenzó a tornarse desesperante.

—Su taxista se llama Anna Mawson —le dijo la mujer—. En la aplicación Cabwise TaxiTracker, deberá escribir el nombre de su taxista y luego teclear el número 33862, que es el que tiene designado al taxi que le pasará a buscar. ¿Necesita que se lo repita o...?

—No, lo tengo, gracias.

Colgó, y se marchó cuidadosa y silenciosamente hacia la parte trasera del palacio.

—¡Increíble! —chilló frustrada.

Se obligó a recordar que debía mantener las manos en el volante, pero estaba demasiado enfadada y no podía controlar su ira. Conducía mucho mejor cuando estaba enojada, de eso no había duda. Tal vez era algo irracional, pero así era.

Clayton Cabwise, su jefe, había reunido a todos los taxistas para informarles de que habían instalado una nueva aplicación que permitía a los clientes rastrear los taxis. Las operadoras ya ofrecían el servicio en cada llamada, ¡y ya había publicado un anuncio en internet! Ella no tardó en protestar. Estaba tan furiosa que...

El teléfono comenzó a sonarle. Tenía el manos libres activado.

—¿Quién es y qué quiere? —gruñó.

—Oh, vale. Tranquila, tigresa. Soy Zowie. ¿Tu mejor amiga? ¿Ya te has olvidado de mí? Vale, pero qué mejor amiga tengo... Anda, guapa. ¿de verdad que ya me has olvidado?

Anna soltó una carcajada. Zowie era la única persona en este mundo capaz de hacerle olvidar cualquier problema, cualquier enojo.

—Zowie, vivimos en la misma casa. Me es imposible olvidarme de ti.

—Solo bromeaba, cielo. Oye, Peete quiere que vayamos a cenar. ¿Vendrás con nosotros, cierto?

—Peete solo quiere cenar contigo.

—Me pidió que te invitara. Anda, di que sí, no seas aguafiestas.

—Estoy en el trabajo. ¿Por qué estás hablando como si fueras española? Eres más inglesa que el Big Ben.

—No trabajas por la noche. Y hablo así porque estoy aburrida. Mi compañera de trabajo es española y me encanta su forma de hablar. Me está enseñando algunas expresiones populares. Creo que le molesto cuando exagero y uso palabras que, según ella, los españoles en realidad no usan.

Anna suspiró.

—Zow, lo siento, hoy no estoy de ánimos. Acabo de salir de una reunión con el jefe.

—¡Uy, qué miedo! ¿Ahora qué quiere?

—Nos informó sobre una nueva ocurrencia. Ahora los clientes pueden rastrear nuestros taxis. ¿Te imaginas?

—Pero ¿qué demonios...? —A media exclamación soltó un jadeo—. ¿Eso no es peligroso?

—Es justo lo que pienso yo —admitió, observando la calle a través del cristal de la puerta. La gente comenzaba a salir de sus trabajos para ir a almorzar, lo que le auguraba embotellamientos en las calles. Empezó a considerar las posibles vías alternativas—. Imagina por un instante que se sube al taxi un lunático obsesivo y decide rastrearme. Me va a encontrar. Clayton debe dejar de pensar. Cuando lo hace, crea problemas. Es un hijo de...

—Eh, ¡cuidado! Anna, nada de groserías.

—Iba a decir que es un hijo de mala madre. —Sonrió.

—Las dos sabemos que no es así, pero voy a fingir que te creo.

Anna soltó una carcajada.

—¿Hacia dónde vas? Porque supongo que ya estás en marcha.

—Voy hacia Buckingham.

—¿El palacio? Oh, oh. Eso me recuerda... ¿Has comprado el periódico hoy?

Anna lanzó una mirada rápida al periódico sobre el asiento del pasajero. Una foto del príncipe Charles, dormido sin nada de ropa en una fuente elegantísima, aparecía en la portada.

—Sí. He comprado el periódico con el amor de tu vida en la portada.

—¡Eres la mejor, Anna, gracias!

—De verdad. ¿Qué le ves? —Tuvo la tentación de alargar la mano y coger el periódico, pero desistió—. Creo que es el peor futuro al trono que ha tenido Inglaterra. Se acuesta con un trillón de mujeres al año.

—Bueno, tal vez, pero es muy guapo. Es el segundo en mi lista.

—¿La lista de los hombres con quienes podrías serle infiel a Peete? —Anna soltó una carcajada—. Chica, no podrías hacerlo ni aunque te pagaran.

—Tienes razón —convino su amiga, suspirando—. Peete es un sueño. Aún no

puedo creer que llevemos dos años juntos.

—Peete no es un hijo de puta como Adam. —Tomó la calle a la derecha, con la mano izquierda en la parte baja del volante y la derecha apoyada en el muslo.

—¡Anna! ¡Acabas de decir una palabrota! Te va a tocar pagarme un helado. ¡Ya hablaremos de eso!

Anna soltó otra carcajada. Zowie odiaba las palabrotas, era una chica tranquila y totalmente adorable. Adam Allen había sido una piedra en su camino. Fueron novios en la escuela, pero aunque ella estaba enamorada de él, Adam no era hombre de una sola mujer. Zowie no pudo soportar algo así, de modo que terminó con él. Pasó casi una semana metida entre las sábanas, faltando a clases solo para no verlo, fingiendo tener una gripe terrible para convencer a su madre de que la dejara quedarse en casa. Al final, experimentó una mejoría milagrosa cuando su madre le ordenó que fueran a un médico.

Al doblar la esquina, encontró el palacio de Buckingham frente a ella. Se dirigió hacia la parte trasera, donde un gran portón eléctrico permitía el acceso a un callejón estrecho. Por suerte, el taxi cabía sin problemas.

—Zo, tengo que dejarte. Voy a recoger a alguien. Te veo en casa.

—Sí, claro. ¡No olvides el periódico!

Ella suspiró antes de colgar. Sus ojos la traicionaron y lanzó una rápida mirada a la portada del diario. Sí, tal vez el príncipe Charles era guapo, pero era un idiota. Casi podía jurar que tenía el símbolo de dinero en los ojos. Eso era, francamente, un desperdicio de persona. Alguien así, con su poder y recursos, debería interesarse por lo que está sucediendo: gente muriendo de hambre, personas que perdían sus casas, niños enfermos con cáncer... A la alta jerarquía no le importaban las cosas que tenían verdadera relevancia, ni se daban cuenta de que con su ejemplo podrían movilizar a las masas.

Lamentaría el día en que el rey Edward falleciera y su pretencioso hijo asumiera el poder. El actual monarca sí que se preocupaba por la gente.

La puerta trasera del taxi se abrió tan rápido que no tuvo tiempo de pensar en nada más.

—¿Es Anna Mawson? —oyó que le preguntaba el pasajero.

—Sí, ¿cómo lo...?

Chasqueó la lengua al recordarlo. El rastreador del taxi. Fantástico.

—Olvídelo... ¿A dónde le llevo?

—Aún no lo sé.

—Sin ofender, pero ¿qué sentido tiene pedir un taxi si no sabe a dónde quiere ir?

A pesar de que no podía verlo, pudo sentir cómo aquel hombre se alzaba en el asiento. Mierda, era alto, altísimo. Podía verlo con el rabillo del ojo. Ella debería llegarle por debajo de los hombros. Qué horror.

—Aunque, para serle sincera, podría estar conduciendo todo el día —se apresuró a decir—. El problema no es mío, sino suyo, porque pagaría muchísimo dinero y...

—El dinero no es problema —respondió tajante.

Anna sintió un escalofrío que le recorrió la columna. La voz de ese hombre era ronca y poderosa, temeraria quizá, y muy intimidante.

—De acuerdo, señor. —Hizo girar la llave y el motor emitió un gruñido suavcito, como si cobrara vida—. Entonces ¿le doy una vuelta por ahí mientras piensa a dónde quiere ir?

Lo único que escuchó fue un gruñido.

Mierda, ¿cómo podía ser tan idiota?, se preguntó Charles. Se había metido el teléfono en el bolsillo roto y ahora el aparato del demonio se le había colado por dentro del pantalón y lo sentía frío contra el muslo. Charles dejó escapar otro gruñido. Se desabrochó el cinturón, se bajó un poco la bragueta e introdujo la mano.

Anna se aclaró la garganta.

—¿Quiere hacer una parada rápida en algún lugar? —preguntó.

Nada. Genial. Chasqueó la lengua, impaciente.

—¿Quiere leer el periódico?

No obtuvo respuesta. Lo miró por el retrovisor. Estaba inclinado haciendo... ¿Qué estaba haciendo? Tenía las manos metidas en el pantalón. ¡Oh, por Dios! ¡Lo que le faltaba!

—¿Le puedo recordar unas reglas básicas? No es nada serio. —Anna enarcó la ceja en dirección al espejo retrovisor, esperando que él pudiese verla—. Solo

procure no masturbarse en mi taxi. Tampoco haga llamadas calientes ni nada por el estilo. Lo digo porque está en una postura muy sospechosa y no sé qué hace con las manos.

Charles soltó un gruñido ronco en protesta.

—¿Se ha vuelto loca? ¡No estoy masturbándome! —apuntaló—. Se me ha roto el bolsillo y el móvil se me ha colado por dentro del pantalón.

—Bueno, en tal caso, pasemos a la regla número dos: nada de quitarse los pantalones. Regla número tres: no vaya a tocar ninguna parte de mi taxi después de haber tenido las manos en el inframundo.

—¿No puede limitarse a conducir? —inquirió él, escueto.

—Regla número cuatro: a menos que quiera indicarme una ruta, no me diga qué debo hacer. ¿Le parece?

Él prefirió guardar silencio. Lo que estaba a punto de escapársele de la boca no era exactamente el tipo de palabras que alguien de su posición debía pronunciar, mucho menos a una mujer.

—¿Sigue sin saber a dónde quiere ir? —preguntó ella.

—Si hubiese pasado un mal día, ¿a dónde iría?

—Le pregunta a alguien que por lo general tiene a menudo malos días, pero cuando me sucede eso, no puedo ir a ningún lado porque tengo que trabajar.

—Pero si pudiera, ¿a dónde iría?

Anna permaneció en silencio unos segundos. Era una pregunta difícil. Solía ir al gimnasio a boxear, o se despertaba temprano para correr, o se tomaba un par de horas para mimar a su viejo Dodge Dart del 72, un clásico. Su clásico, heredado de su abuelo, pero solo si contaba con tiempo libre, algo de lo que carecía los últimos meses.

Charles consiguió por fin alcanzar su teléfono. Lo dejó sobre el asiento, se subió la bragueta y se ajustó el cinturón. El auto comenzó a moverse lentamente hacia atrás, saliendo del reducido espacio.

—No sé... —le dijo ella—. ¿Quiere ir al parque? ¿Tal vez prefiere ver una película en el cine?

Cuando Charles acomodó la espalda en el asiento, Anna ya se encontraba mirando hacia delante, conduciendo por el lado opuesto a la entrada del palacio.

—¿No me recomienda algo menos concurrido? —dijo él.

—Pues verá, no sé qué decirle. Solo existe un lugar donde no encontrará a mucha gente.

—¿Cuál es?

—Su casa.

Charles soltó un bufido.

—No tiene idea de cómo es mi casa. ¿Algún lugar que sea menos deprimente?

Anna soltó una carcajada, una que era tan cálida y dulce que danzó sobre la piel de Charles. Se tomó unos segundos para observarla. Era una mujer pequeña, pero con una estructura ósea exquisita. Poseía una tez de porcelana, lisa y blanca, y un cabello sedoso que le llegaba un poco más abajo de los hombros. Era rubia, pero teñida. Seguramente había sido castaña. Con el pelo oscuro debería verse igual a un ángel. Definitivamente, era el tipo de mujer a la que se le acercaría en un bar.

—Cuando yo era un poco más joven y estaba en la escuela —comenzó a decir ella—, quería estar sola todo el tiempo y nunca encontraba un lugar donde estarlo. Después me di cuenta de que en realidad lo que quería no era estar sola, sino más bien encontrar un lugar donde nadie me conociera. Además, ¿dónde iba a encontrar un lugar sin gente? A veces las personas son como una plaga.

Charles sonrió, pero no se sintió mejor. No pudo evitar pensar en la discusión que había tenido con su padre ni en sus imposiciones.

Anna extendió el brazo hacia atrás, sosteniendo el periódico mientras lo agitaba.

—Puede leerlo —dijo—. Tal vez encuentre algún lugar interesante al que ir, pero tiene que devolvérmelo en cuanto termine. Don Divadón sale en la portada.

Charles frunció el ceño, confundido, pero al final decidió aceptarlo. Al desplegarlo sobre sus rodillas, se descubrió a sí mismo en la portada.

¿Cómo lo había llamado esa taxista? ¿Diva qué?

Una bola de fuego se le formó en el pecho.

—El apodo —musitó intentando controlar su tono de antipatía—, ¿es de admiración o...?

Anna soltó una carcajada.

—¿Un apodo de admiración para el príncipe Charles? Dígame algo, ¿es policía? ¿Conoce a ese hombre o algo así?

Él apretó la mandíbula.

—No, ¿por qué?

—Entonces ¿puedo expresarme sin ser arrestada? No me gustaría volver a estar entre rejas.

Charles parpadeó.

—¿Ha estado...?

—No, no... Es una forma de hablar... —Rio nerviosa—. ¿Es o no policía? Sea sincero.

—No, ya le he dicho que no —afirmó, exasperado.

—Mire, es que, por lo general, quienes suben a este taxi son admiradores del príncipe Charles. He montado en esta carroza a la mismísima presidenta de su club de admiradoras. Se hacen llamar Charlens Enchantments. ¿Se lo puede creer? Vi algo así en una película, debieron sacar el nombre de ahí. Prefiero quemarme las neuronas viendo un maratón de películas de Barbie antes que asociar mi persona con un nombre como ese.

«Eso no puedo discutirlo», pensó Charles. Ni siquiera él podría tolerar un nombre tan ridículo asociado al suyo. No importaba que la presidenta fuera una pelirroja guapísima.

—Mi mejor amiga lo idolatra —continuó hablando Anna—. Lo tiene en una lista de las personas con las cuales podría serle infiel a su novio, pero yo sé que ella no dejaría a Peete nunca. Yo la verdad es que no lo soporto. Considero que el príncipe Charles es el peor heredero al trono de todos los tiempos.

A Charles se le hinchó el pecho con aire caliente. «Respira, hombre», repitió en su mente un par de veces.

—¿Por qué? —preguntó, manteniendo a raya su tajante tono de voz.

—Es un hombre que no tiene convicciones, ni metas, ni moral. Nunca se le ha visto ayudando a la gente. No es que piense que tiene que estar metido en todos los actos caritativos, pero creo que tiene suficiente dinero como para, por ejemplo, donar algo para los niños pobres. ¿Me entiende, verdad?

Él prefirió no responder. La observó girar el volante a la izquierda.

—Yo provengo de una familia humilde y ni se imagina todo lo que he tenido que hacer para conseguir dinero. Afortunadamente, ahora nos va muy bien. Hemos trabajado duro y la mayoría de nosotros nos ganamos bien la vida, pero antes... —Agitó la cabeza—. Salimos adelante por las ayudas aprobadas por el rey Edward. Él sí que es un gran hombre. Siempre está pensando en su gente. Si el príncipe Charles le sucede en el trono, estoy segura de que nos llevará a la pobreza de inmediato.

Charles inspiró profundamente.

—Según usted, ¿por qué?

—¿Que no es obvio? Utilizaría todo el dinero para meter mujeres en el palacio de Buckingham, ¡y el lugar es gigantesco! Podría llenarlo de esos hombres que piensan en sexo todo el día. Si el príncipe Charles sube al trono, el trabajo mejor pagado será el de prostituta.

—Pare el taxi —ordenó él de golpe.

—Sí..., bueno..., de acuerdo, pero ahora no puedo. Estoy en medio de...

Charles se inclinó un poco y le colocó la mano sobre el hombro. Anna giró la cabeza y lo vio por primera vez.

—¡Príncipe Charles! —musitó alarmada.

Escuchó un claxon y, al volverse de nuevo hacia delante, pisó con fuerza el freno para detenerse. Unos segundos más tarde y hubiesen terminado debajo de aquel auto rojo carísimo.

—¿Hace esto con todo el mundo? —gruñó él—. ¿Habla mal a la gente de mí en cuanto se suben a esta basura hecha de latas?

—¿Basura hecha de latas? ¡¿Cómo se atreve...?!

Los ojos de Charles flamearon como el mismísimo fuego. Abrió la puerta con brusquedad y abandonó el taxi.

—Mierda —masculló Anna, imitando la acción.

Los conductores furiosos comenzaron a protestar. Todo lo que vio fue al príncipe revisando algo en su teléfono. Seguramente iba a llamar a alguien para que fuera a buscarlo, o quizá estaba llamando a la policía... Oh, no. No podría soportar volver a prisión.

—Yo se lo puedo explicar —dijo mientras se acercaba a él—. Sí, es verdad

que le odio, pero, bueno..., ¿y eso qué importa? Existe la libertad de expresión, ¿no?

Charles inspiró bruscamente.

—Entonces ¿no debo ofenderme? ¡Ha dicho que no seré un buen rey!

—No, no. No dije eso. Solo dije que sería un rey horrible y...

—¡Peor todavía!

—¿Quiere que me disculpe? Porque no pienso hacerlo. Mis padres siempre me educaron para decir la verdad.

—¿Y su educación incluía un manual de cómo hacer que te metan en la cárcel?

La mandíbula de Anna casi cayó al suelo.

—¿Disculpe?

—Usted misma ha dicho que estuvo en prisión.

Ella cerró los puños con fuerza mientras respiraba lentamente para calmarse.

—Usted no sabe los motivos por los cuales estuve en la cárcel —gruñó—, así que no puede juzgarme.

—¿Y usted sí puede juzgarme a mí?

—Sí —sentenció—. No... —dijo después, viendo su cara de enfado—. Lo he investigado. Nunca ha hecho nada bueno. Todo lo que hace es para su propio beneficio, y un futuro rey no debería ser así. Si yo tuviera el poder que tiene usted, no lo malgastaría de la manera en que lo hace usted. Está tanto tiempo encerrado en casas de lujo que no ve la pobreza, aunque la tenga frente a los ojos. Por eso creo que será un rey horrible. Usted no tiene corazón ni empatía.

Charles apretó con fuerza la mandíbula, mirándola fijamente. Sus ojos eran verdes, de un verde impactante, y parecían astutos y peligrosos, capaces de distraer a cualquiera. Pero su rabia le impedía caer en su hechizo. ¿Qué ganaba él dejando que esa mujer le gritara en público? Nada. ¿Y por qué no la había detenido? Fácil. Ella le había picado en donde le dolía: su orgullo.

El escándalo de los cláxones comenzó a ir en aumento.

—¡Sal de en medio de la calle de una vez! —gritó un conductor.

—¡Tienes otras siete rutas posibles, imbécil! —vociferó Anna.

—Deje de gritar, que está atrayendo la atención de todo el mundo —masculló

Charles, impertérrito.

—Lo siento, supongo que debo quedarme callada cuando los hombres me gritan.

—Entiendo, y como yo soy un hombre y usted una mujer, tiene derecho a insultarme sin que yo pueda defenderme.

Anna se mordió los labios para detener la discusión.

—Está bien. Me callaré...

—Demasiado tarde. ¡Sigue siendo insoportable!

—He dicho que me quedaría callada. ¿Por qué sigue provocándome? Parece que quiere continuar discutiendo conmigo. Suba al taxi ya.

Charles la fulminó con la mirada.

—Pero ¿con quién se cree que está hablando?

Al instante, Anna supo que se había excedido.

—¡Va a arrepentirse de esto! —sentenció él, y comenzó a alejarse del taxi mientras marcaba deprisa el número de Perkins, uno de los chóferes de la familia real. En unos minutos ya no tendría que soportar a esa loca.

—¡Sostengo todo lo que he dicho! —gritó ella, viéndolo irse—. Usted es una pieza barata bañada en vanidad, presuntuosidad y egocentrismo.

Charles extendió la mano hacia arriba y la agitó, haciéndole una señal para que se callara.

—¡Y es la antítesis de la caballerosidad! —rugió—. ¡La caballerosidad es una cualidad en extinción, ya nadie la practica! ¡Cretino egoísta! Todos nos iremos al infierno si llega a ponerse la corona de rey.

Charles se giró hacia ella, desafiante.

—Cuando eso ocurra, me rogaré que le ofrezca ayuda, ¡y estaré encantado de negársela!

—Ni lo sueñe, ¡infeliz!

—¡Está loca!

Anna se dio la vuelta y caminó hacia el taxi, frustrada. «Bocazas —se recriminó—. ¿Por qué no aprendo a callarme? Solo digo estupideces cuando me enfado. Van a meterme en la cárcel».

Entró en el taxi y se fue de inmediato, deseando no haber ido a trabajar ese

día.

Anna entró por la puerta de su casa cuando ya eran cerca de las ocho de la noche. A pesar de encantarle conducir, debía admitir que ciertos días eran duros, pero ese parecía ser el peor de todos. Con todos los taxis que había en Inglaterra, el príncipe Charles, su némesis personal, justo tenía que subir al suyo. Anna solía decir que era la persona con menos suerte del Reino Unido, pero después del incidente con el príncipe, estaba convencida de que había ascendido de categoría: era la persona con menos suerte del mundo.

Se revolvió el cabello dorado y lanzó las llaves del taxi sobre la mesa del recibidor. Si su mala suerte estaba aumentando, entonces el príncipe no tardaría en tomar represalias en su contra. Podría quitarle la casa, aunque ello no sería en principio demasiado grave porque Zowie estaba a punto de irse a vivir con Peete y ella estaba a una mensualidad de conseguir un apartamento propio. También podría hacer que perdiera su empleo o se desquitaría con su familia. Incluso Peete, el novio de Zowie, podría resultar perjudicado por su culpa. Pero ¿por qué tenía que ser tan bocazas? Con Zowie podía hablar mal del príncipe porque eran mejores amigas, pero ¿cómo se le ocurrió que alguien más podía pensar lo mismo que ella de ese *playboy* británico? Y encima ese alguien era el mismísimo príncipe Charles. Y lo peor de todo fue que no pudo controlarse. El pánico se apoderó de ella y de su boca, y le fue imposible parar de hablar.

—¿Anna?

Giró la cabeza al escuchar a Zowie. Estaba sentada en uno de los sillones blancos, con las piernas cruzadas mientras terminaba de sellar una caja de la

mudanza con cinta adhesiva.

—Hoy sí que has llegado tarde. —Dejó a un lado la cinta y se puso de pie—. ¿Tuviste problemas para hacer la recaudación del día?

Anna soltó un gruñido.

—He tenido mi peor día.

—Oh, Anna, eso es lo que dices siempre.

—Lo sé, pero este de verdad ha sido mi peor día.

—¿Un nuevo acosador?

—No.

—Porque aún recuerdo a aquel tipo que tenía una obsesión rarísima con las taxistas. También coleccionaba Barbies...

—¡Oh, por favor! ¡No me lo recuerdes!

—Era un tipo aterrador. Vistió una de esas muñecas con el mismo uniforme que el de la empresa de taxis.

—Si no te callas, no te vuelvo a hablar en la vida —dijo, mirándola con furia.

—Esas amenazas no me asustan desde los nueve. Ya deberías saberlo.

Anna puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo salimos a cenar? —Caminó hacia la sala y se desplomó en una silla—. Tuve que saltarme el almuerzo para poder reunir la recaudación de hoy.

—Peete tuvo que quedarse por una reunión para modificar el menú. Me ha enviado *penne* del restaurante.

Anna se atragantó con su propia saliva.

—¿Acaso no te da suficiente *penne*? —comentó de forma sardónica.

—¡Anna!

—¿Qué? —Soltó una carcajada—. Zowie, no tienes diez años.

—¿Y qué?

—Los escucho claramente desde mi habitación. Me refiero a cuando Peete se queda a dormir aquí. Comenzáis en la sala y termináis en tu habitación, con él entre tus piernas.

—Por Dios, ¿cómo puedes ser tan... sincera?

—Tenemos veinticuatro años, pero a ti aún te da vergüenza hablar de sexo. A mí me da vergüenza admitir que hace cinco años que no tengo sexo.

—Tal vez deberías buscarte a alguien de tu tipo al que le guste hablar de sexo tanto como a ti.

—El problema es que esos también son del tipo de que te abren las piernas un rato y luego se van. Creo que por eso estoy en abstinencia.

Zowie se levantó del sofá y fue a la cocina. Volvió en un parpadeo con un plato lleno de pasta y se lo entregó antes de sentarse.

—En realidad, estás en abstinencia porque tú sin amor no funcionas en la cama.

—Tal vez. Por eso me pasaré el resto de mi vida con las piernas cerradas.

Zowie la observó detenidamente mientras comía con rapidez. Tenía el ceño fruncido y la nariz arrugada y su pierna izquierda se movía sin parar, inquieta. Anna solo hacía eso cuando estaba pensando en algo desagradable.

—Estás pensando en él.

Anna negó con la cabeza.

—No estoy pensando en nadie.

—¿Con nadie te refieres a Carter?

Ella dejó de comer para soltar una maldición.

—Te dije que su nombre está absolutamente prohibido en esta casa.

—Si lo está, ¿por qué piensas en él?

La vio mover la cabeza frenéticamente.

—Antes de que lo insinúes siquiera, ya no estoy enamorada de él. Ese individuo es pasado.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué estamos hablando de él?

—Porque se te ha descompuesto el rostro. No sé ni por qué te acuerdas de él...

—Yo tampoco lo sé —admitió, afligida—. Estábamos hablando de sexo y, bueno..., la última persona con la que estuve en la cama fue él.

—Sin mencionar que él fue también el primero, ¿no es así?

—Sí —suspiró—. Fue un error. Debí escucharte cuando me dijiste que olía a problemas.

—Bueno, Anna, no seas tan dura contigo misma. Estabas enamorada.

—Pero pude haberme evitado ir a prisión si te hubiese hecho caso.

—Anda, sonríe. Pudiste salir y él ahora está encerrado. Será quien cumpla los veinte años de prisión.

Una expresión de descontento se dibujó en su rostro.

—Eso no me consuela —se lamentó—. Estoy libre, pero al mismo tiempo no lo estoy. Por su culpa fui expulsada de las carreras de coches profesionales. ¿Crees que veinte años de prisión repararían eso? ¡Las carreras de coche eran mi vida!

Zowie suspiró.

—Sé que eso fue difícil para ti. Siempre has tenido claro que lo tuyo es conducir coches.

—No, lo mío es participar en carreras de coches, hacer que los neumáticos rechinen sobre el pavimento de la pista. —Golpeó el cubierto contra el plato con insistencia—. Conducir un coche es lo que hago para esa irritante compañía de servicios de taxi.

—Lo lamento.

Anna negó con la cabeza.

—No, soy yo la que lo siento. No debería desquitarme contigo por haber tenido un mal día. También tengo pendiente la mudanza, que no podré hacerla si no le pago al propietario antes de que acabe la semana. Cobro la próxima, así que pediré un adelanto. Para colmo, nuestro arrendador me llamó esta mañana temprano para decirme que ya ha encontrado a alguien para alquilarle esta casa.

—Necesitas vacaciones. ¿No lo has pensado? —le preguntó Zowie, y de repente soltó un grito tan repentino que asustó a Anna—. ¿Has traído el periódico?

—Mmm, creo que lo he dejado en el taxi.

—Bueno, al menos lo tienes. Voy por él —dijo Zowie, y salió de la casa.

Anna estaba a punto de acabarse su plato de pasta cuando su amiga regresó. Tenía sus ojos marrones fijos en la portada mientras balbuceaba algo en voz baja.

—Este hombre está como un tren.

—¿Peete te permite que digas eso a alguien que no sea él? —bromeó Anna.

—No, pero él no está aquí.

—¿Por qué has estado guardando los periódicos en los que sale el niño mimado de la realeza en la portada?

—Stephanie, mi jefa, ¿la recuerdas? —Anna asintió—. Bueno, estamos preparando una nueva línea de ropa, pero esta vez para caballeros. Queremos lanzarla junto a la nueva colección de vestidos de gala para mujeres.

—¿Quieren que Charles haga de modelo? ¿Cuánto cuesta la entrada? ¡Eso quiero verlo!

—No, Anna. Vamos a crear la línea para caballeros inspirándonos en el príncipe.

Anna hizo un esfuerzo para no escupir los macarrones que tenía en la boca.

—¿Es que las mujeres de Inglaterra piensan con la calentura en lugar de con la cabeza?

—¡Anna! —Zowie se golpeó la frente con la palma de la mano—. ¿No te das cuenta de las barbaridades que dices?

Anna soltó una carcajada.

—La reina del drama ha iniciado su primer acto.

—No es gracioso. No es de chicas bien educadas hablar así.

—¿Chicas bien educadas? Pero ¿tú de dónde has salido, de algún cuento Disney?

Su amiga la fulminó con la mirada.

—Vale, perdona... ¿Y qué tal les va con el proyecto?

Zowie se echó la melena castaña hacia atrás, esgrimiendo una amplia sonrisa de satisfacción.

—Los diseños de Stephanie son fantásticos, al igual que el príncipe. Ambas trabajamos con conceptos diferentes, pero estamos logrando fusionarlos. —Giró el periódico hacia Anna, de modo que ahora tenía la fotografía del príncipe desnudo a escasos centímetros de su cara—. ¿Lo ves?

—Yo solo veo el cuadro pixelado que le cubre las pelotas.

Zowie puso los ojos en blanco.

—Me refiero a la foto de la derecha, donde sale vestido. Tiene un porte muy clásico, elegante y distinguido. Tiene definido el estilo y el corte que le gusta usar, y ahí es donde está mi enfoque, en lo clásico y elegante. Pero también es un

hombre moderno e innovador y suele presentarse en público con una imagen relajada y poco formal. Ese sería el enfoque de Stephanie. Y se nota que él se siente muy cómodo con lo que lleva. Eso se debe a que sabe que le queda bien la ropa, que realmente le sienta bien.

—Zowie, por ese motivo tiene a tantas mujeres detrás de él. Siempre están halagándolo.

—Bueno, creo que no pasa nada por admitir que viste genial. Además, él representa muy bien al hombre inglés. Los ingleses son conocidos por su elegancia, su caballerosidad y...

Anna estalló en carcajadas.

—¿Caballeroso el príncipe de Gales? ¿En qué mundo vives? Ese tipo tiene de caballero lo que yo de virgen.

—¿Cómo puedes decir eso? Desde luego algunas veces no se corresponde con la imagen idealizada que tenemos de un príncipe, pero es una buena persona.

—¿Recuerdas que hace apenas quince minutos te he dicho que hoy he tenido oficialmente el peor día de mi vida? —Zowie asintió—. Tuve que llevar en mi taxi a ese tipo.

—¿Al príncipe Charles?! —chilló Zowie.

—Sí, claro. ¿No estábamos hablando de él?

Zowie entrecerró los ojos.

—¿De verdad llevaste al príncipe en tu taxi?

—Sí. Fue rarísimo. Pidió que lo recogieran en la parte de atrás del palacio y supongo que eso debió alertarme, pero no. Luego, al poco de entrar en el taxi, me pareció que se estaba masturbando... Tenía la bragueta abierta y se había metido las manos en el pantalón. Y lo peor no fue eso... Comenzamos a hablar sobre el príncipe, porque al principio yo no sabía que él era el príncipe. Todo comenzó cuando le pasé el periódico después de advertirle que debía devolvérmelo para dártelo...

—Oh, cariño, siempre estoy en tu mente.

—Sí, sí. No me hagas esos ojitos o tendré que llevarte a la cama, y me pones mucho con ese sujetador de satén.

Zowie se miró el pecho. Llevaba la blusa blanca a medio abotonar, por lo que

el sujetador rojo quedaba al descubierto.

—Controla tus comentarioslésbicos.

—Veré qué puedo hacer —bromeó Anna.

—¿Sabías que al principio de conocernos Peete creía que tú y yo éramos lesbianas...?

—Unas cincuenta mil veces me lo has dicho.

—¿... y que teníamos una relación formal y todo eso?

—Cincuenta y una mil con esta.

—Nos estamos desviando. ¿Qué pasó en el taxi?

—Comencé a decirle lo que pienso del príncipe.

—¡Ay, Dios! ¿Todo?

—Todo.

—¿Con la lengua suelta, ponzoñosa y peligrosa que tú tienes?

—Pues sí, así soy.

—¿Y él que dijo?

—Salió enfadado del coche gritando: «¡Va a arrepentirse de esto!».

Zowie soltó una carcajada al escucharla imitar la voz masculina del príncipe Charles.

—Lo que posiblemente significa que hará que me arresten o que me quiten el empleo. En un caso extremo, me dejará en la calle.

—Pero no tiene sentido. ¿Por qué pidió un taxi? Tiene una colección de coches. Además, tienen un chófer, varios en realidad, y una enorme limusina. No tenía necesidad de tomar un taxi.

—Ni idea. Esperaré pacientemente a la policía. Ya sabes cómo funciona lo de las visitas a la cárcel. ¿Todavía recuerdas las horas?

—No seas tonta. El príncipe no va a meterte en la cárcel.

—¡Quiero ver a esa mujer entre rejas! —gruñó, golpeando con fuerza el escritorio.

Edward observó a su hijo, cuyos ojos estaban desorbitados por el coraje.

—No puedo arrestar a una chica para complacer un capricho tuyo. Las cosas

no son así, Charles.

—Entonces ¿permitirás que ande por las calles después del desplante que me hizo?

—Tal vez actuó de manera incorrecta...

—¿Tal vez?

—... pero esa no es razón suficiente para arrestarla.

—¿Por qué no? Le faltó el respeto a un miembro de la familia real en una calle repleta de gente.

—Dijiste que el incidente ocurrió dentro del taxi.

—Pero luego seguimos discutiendo en la calle.

—Según lo que me cuentas, esa chica no te insultó... Solo te dijo lo que pensaba sobre ti, ¿no es así?

Charles se cruzó de brazos.

—Sí, así fue.

—¿Te das cuenta? Solo hacía uso de su derecho a la libertad de expresión.

—Entonces ¿el asunto va a quedarse así?

—Sí. Lo que te demuestra la imagen que tiene de ti una parte de los ciudadanos, algo que yo te vengo diciendo desde hace mucho. —Con un suspiro pesado continuó—: De todas formas, tienes razón. La discusión que tuvisteis puede acabar en un escándalo mayor tarde o temprano. Me encargaré del asunto.

—¿Ordenarás su arresto?

—Charles, hay cosas más importantes de las que debo ocuparme. Lo más que puedo hacer...

—Ni te molestes —gruñó—. Existe más de una manera de encerrar a una persona sin meterla a la cárcel.

Dio media vuelta y abandonó el despacho de su padre, mientras en su cabeza poco a poco iba ideando un plan perfecto para vengarse de Anna Mawson.

—Buenos días, Ruby —musitó Anna al verla.

La pelirroja hizo una seña rápida para que esperara, deteniendo su avance hacia la cafetería de los empleados. Estaba hablando a través del intercomunicador.

—Esperan tu taxi en la central. No tardes, Eli —dijo—. El jefe no está contento con cómo tienes tu vehículo. Te dije que lo tenías hecho un cuchitril.

Ruby finalizó la llamada y giró la silla hacia Anna. Entrelazó sus manos sobre el escritorio y le sonrió.

—El jefe quiere verte —le dijo.

Anna soltó un gruñido.

—¿Ahora? ¿Por qué? ¡Que no se atreva a decir que es por la recaudación de ayer! Ayer trabajé hasta tarde para cumplir con lo que tenemos pactado por día.

—No, tranquila, es por otro asunto. Hay un multimillonario que quiere contratar el servicio de uno de nuestros taxistas.

—Ah, ¿y qué? ¿Yo qué tengo que ver?

—Yo qué sé. El jefe no me lo explicó. Pero, por Dios, yo respondí la llamada. La voz de ese hombre, oh, Dios, era tan sexis...

Anna puso los ojos en blanco.

—Para ti todos los hombres son sexis.

—Es el efecto inglés. Son, oh, una delicia.

A Anna le costó entender el sentido de aquello hasta que recordó que Ruby era de Venezuela.

—Sí, sí. Avisa al jefe de que ya estoy aquí.

—Te está esperando.

Entrecerró un poco los ojos.

—¿El multimillonario está dentro?

—Desgraciadamente, no.

—Bueno, para mí es perfecto. No quiero toparme con otro multimillonario.

—¿Con quién te topaste esta vez? Si me dices que con Brad Pitt, me muero.

—No me creerías si te lo dijera...

—Pruébame.

—Tal vez más tarde. Debo ir a ver al jefe.

—Te lo recordaré luego.

Anna le sonrió burlona. Estaba segura de que lo haría, Ruby adoraba los chismes.

Se alejó de ella y caminó por el pequeño pasillo hacia el despacho de su jefe. Las paredes estaban adornadas con fotografías de autos viejos: un Seat 127, el Renault 12 y el Peugeot 504 a la derecha y el Renault Gordini, el Volkswagen Beetle y una Mini Cooper a la izquierda. Podría quedarse el día entero contemplando esas fotos. Cuando era muy pequeña descubrió su amor incondicional por los autos. En su familia, a excepción de su abuelo, era la única que había desarrollado tal pasión. Valerie y John, sus padres, así como Alice y Abraham, sus hermanos mayores, se inclinaban más por las artes. Su padre impartía clases de arte en una universidad de Liverpool y su madre daba clases de actuación. Alice era bailarina, y Abraham, pintor. Ninguno de ellos alcanzaba a comprender plenamente su pasión por los coches ni la frustración que sentía por no poder volver a una pista de carreras jamás y estar estancada en un empleo anodino para el que tuvo que prepararse durante tres años y que consistía en pasarse todo el día conduciendo llevando a pasajeros de un lado a otro de la ciudad.

Todo por culpa de Carter Stevenfield y, también, por su culpa, al haberse enamorado de un hombre como él. Las advertencias siempre estuvieron ahí, pero ella estaba tan ciega, tan atontada, que las ignoró. Su pago fue un año en prisión y tener vetada la posibilidad de participar en carreras de coches.

Suspiró pesadamente y llamó tres veces a la puerta de madera gris. Esta se abrió con brusquedad y salió un hombre alto que pasó junto a ella dando manotazos y soltando maldiciones. Anna no tuvo tiempo de verle la cara, pues el empujón que le propinó la arrojó contra la pared.

—¡Una disculpa estaría bien! —gruñó, fastidiada.

Clayton salió de la oficina.

—Vete antes de que se me olvide que eres mi hijo —masculló.

Por su tono de voz, Anna notó que estaba muy enfadado. Muy raras veces lo había visto de tan mal humor. Clayton solía dirigirse a sus empleados con una sonrisa vivaracha y una actitud jocosa.

Su jefe se volvió hacia ella entonces y le hizo una seña para que entrara en su despacho.

—No sabía que tenías un hijo —comentó ella.

Él le lanzó una mirada de hielo mientras se acomodaba en su asiento detrás de su escritorio, pero luego, tras suspirar profundamente, de forma sorpresiva le dedicó una gran sonrisa.

—Hoy se te ve muy bien, mejor que otros días —comentó, cambiando de tema—. Tienes el aspecto de la candidata idónea para la empleada del mes.

—Tú no escoges empleados del mes.

—¿No? Bueno, ¿qué dices? ¿Te gustaría ser la primera?

—Ruby dijo que querías verme —le recordó.

—Tengo un trabajo especial para ti. Pero siéntate, por favor. Ya no vas a crecer por mucho que te quedes de pie.

Anna fingió una carcajada.

—Estoy bien así. Dime de qué se trata.

Al darse cuenta de que no iba a sentarse, Clayton se crujió los dedos y chasqueó la lengua.

—Hay un hombre acaudalado que necesita un chófer. Me ha dicho que lo llevaste hace unos días y que considera que eres una profesional excelente... Y no sé de qué estuviste hablando con él, pero asegura que también eres una magnífica conversadora... Bueno, el caso es que le agradaste. Quiere que seas su chófer durante dos semanas. ¿Qué me dices?

—¿Y qué va a pasar con mi trabajo en el taxi?

—Anna, por favor, escúchame. —Juntó las manos sobre el escritorio—. Ese hombre va a pagar una cantidad de dinero que doblará la recaudación que tú haces en dos semanas, ¡y eso que eres de las que más recauda de la plantilla! La propuesta es que tú te quedas con el cuarenta por ciento de ese dinero, aparte de las mil libras que el cliente te pagará a ti como sueldo. ¿Qué me dices?

—¿Y quién es ese multimillonario?

—¡Excelente! —Se puso de pie—. Debe de estar frente al aparcamiento de taxis. Me dijo que estaría por aquí a esta hora.

—Alto —protestó al ver que se acercaba a ella—. No he dicho que sí.

—Anna, por favor. Es un buen trabajo. Será como si tuvieras dos semanas libres porque no vas a tener que preocuparte por alcanzar la cifra que tenemos acordada para la recaudación diaria. Y, además, solo serán dos semanas, ¿vale? —puntualizó—. Te necesito aquí.

—Pero no me has dicho quién es.

—Bah, ya te enterarás. Vamos afuera, así conocerás a tu nuevo jefe temporal. Temporal, eh, Anna. No me gustaría perder a una de mis mejores taxistas.

Anna puso los ojos en blanco mientras lo seguía fuera de la oficina. El malhumor de Clayton por la discusión con su hijo se había esfumado durante su conversación, y ella comprobó una vez más lo difícil que era seguir a su jefe a veces.

—Clayton, ¿estás seguro de que ese hombre se refería a mí? —Apuró el paso para darle alcance—. Pudo haberse confundido con Hannah... Ya ves, nos parecemos hasta en el nombre. Me parece muy raro todo esto.

Él soltó una carcajada.

—Estoy muy seguro de que hablaba de ti.

—Pero ¿por qué yo? Puede contratar a cualquiera.

—¿De verdad crees que voy a preguntárselo? Va a pagarnos bien. Si le recomiendo a otra persona, lo perderé todo. Solo tienes que llevarlo a donde desee durante dos semanas. No veo dónde está el problema...

—No, no hay problema, creo, pero quiero saber quién...

Las palabras se le quedaron en la boca al llegar a la entrada del centro de

taxi. Una antigua limusina Bentley color cereza aguardaba estacionada.

—Vaya —musitó—. Yo conozco esta limusina. Es una modificación de la versión R del Bentley Arnage. —Se acercó un poco—. Su velocidad máxima es de doscientos diez kilómetros por hora. No es la más veloz, pero está construida para marchas lentas, lo que la vuelve perfecta. Fue hecha específicamente para la familia...

Sus palabras volvieron a perderse cuando la puerta trasera de la limusina se abrió. Un hombre alto y elegante abandonó el interior con sus ojos azules fijos en los suyos. Llevaba un traje gris oscuro, del mismo color que la corbata, y la camisa un par de tonos más clara. De su imagen resaltaba su pelo negro azabache, las cejas pronunciadas y la sonrisa de tirano arrogante.

—Oh, mierda —musitó ella.

El príncipe Charles le obsequió con una sonrisa mientras se abotonaba el chaleco gris.

—Señorita Mawson, buenos días. Me alegra mucho volver a verla.

Él le sonreía como si fueran unos amigos de toda la vida que se veían después de mucho tiempo. Hasta parecía afable, lo que la hizo sentirse nerviosa. Era como si la discusión que habían tenido el día anterior nunca hubiese existido. Una idea comenzó a centellejar en su cabeza.

Era una venganza. Lo que estuviese tramando se debía a una venganza por lo sucedido en su taxi.

—Príncipe Charles —dijo, pero su voz casi sonaba como si le estuvieran cortando la garganta.

Clayton carraspeó.

—Alteza, esta es Anna, la taxista cuyos servicios ha solicitado.

Ella puso mala cara.

—¿Por qué siento que me estás vendiendo como si fuera una prostituta? —gruñó.

—Anna... —la reprendió Clayton entre dientes.

La aludida soltó un bufido mientras veía al tirano sonreírle ampliamente.

—Gracias, señor Cabwise.

—Ha sido un placer —dijo, y luego lanzó una mirada huraña a la joven y

agregó—. ¿Verdad, Anna?

—Sí, claro, por supuesto. —En voz más baja, añadió—: Como una patada en el culo.

—Iré por unos papeles, alteza. Solo deme unos minutos.

—Por supuesto.

Anna le gritó en su mente que no se fuera, que no lo dejara a solas con él, pero su jefe se internó en el edificio a una velocidad tal que le impidió continuar con su súplica silenciosa. La tensión entre ella y el príncipe era cada vez más palpable, tanto que ni siquiera se atrevía a mirarlo.

—¿No tiene nada que decir? —la instó él.

Anna suspiró.

—Sí, por supuesto. —Le sonrió—. ¿A dónde quiere que lo lleve?

Él inclinó la cabeza.

—Me gustaría ir a un hotel.

—¿Al de su amigo?

—Tal vez.

—¿En el mismo donde hizo el ridículo?

—¿Se refiere a ese donde me vio desnudo?

—Bueno, no se ve mucho en las fotos.

Charles se rascó la barbilla.

—Puedo mostrárselo todo...

—Oiga, muérdase la lengua —le soltó de golpe, exasperada—. Si quisiera verlo desnudo, cosa que definitivamente no quiero hacer, ya lo habría conseguido.

Él se guardó las manos en los bolsillos y se acercó un poco más a ella.

—¿Y cómo?

Anna levantó una ceja castaña.

—¿Acaso ha perdido su atractivo, alteza? Ya no sabe cómo conquistar a una mujer y viene a molestarme a mi trabajo. Parece que necesita con urgencia compañía femenina.

Él sonrió levemente.

—Puedo pagarle muy bien si se ofrece.

—No. Gracias por la propuesta, pero no me apetece.

—Eso está por verse.

—No, alteza. No está por verse. —Lo miró furiosa—. No me importa el juego que tenga pensado. Yo no voy a participar. ¿Quiere un chófer? Deje de malgastar dinero en fiestas y en las mujeres que se tira y pague por uno.

Anna se dio la vuelta para toparse con otro problema.

Eli Abernathy, su compañero de trabajo.

—¿Ya has conseguido apartamento, Mawson? —le gritó desde el otro lado del estacionamiento—. Mi oferta sigue en pie. Podemos compartir el mío.

—Ya te dije que no.

—Bueno. Avísame cuando encuentres uno. Podríamos estrenarlo juntos.

—¿Qué parte de la palabra «no» es la que no entiendes? —Se cruzó de brazos.

Eli apoyó los brazos cruzados sobre la puerta del taxi.

—Te lo explico esta noche durante la cena, ojos bonitos.

El príncipe dio un paso hacia delante.

—Lo siento mucho, pero ojos bonitos estará ocupada —dijo Charles—. Está interrumpiendo una importante negociación. ¿Le molestaría retirarse?

Vio a Eli tragar en seco, meterse en el taxi y cerrar la puerta del vehículo.

—No puedo creer que diga esto, pero le agradezco que me lo quitara de encima. —Se volvió hacia el príncipe—. Sobre la oferta de empleo...

A él se le curvó la boca.

—¿Cree que vine hasta aquí para ofrecerle trabajo? No, Anna. Esas no son mis intenciones.

—Quiere vengarse de mí, ¿verdad? Me lo he imaginado. Está enfadado porque yo no me comporté como esas mujeres que tiene encandiladas y que hacen lo que usted les ordena. Cree que todo el mundo debe estar arrodillado besándole los pies, pero, señor, yo creo que es usted quien debería hacer tal cosa, ya que si tiene dinero es porque nosotros trabajamos.

—Pero yo no tengo problemas con nadie, solo con usted... Le conviene aceptar mi propuesta...

—¿Y si no la acepto? —le interrumpió—. ¿Qué hará?

Los ojos del príncipe se oscurecieron, volviéndose lentamente peligrosos y

cruales. «Va a mandarme a la cárcel», pensó. El pánico comenzó a crecer dentro de ella. No podría soportar volver a estar entre rejas. Era un infierno que no tendría el valor de revivir.

Para su sorpresa, Charles aflojó la tensión de su rostro y se apartó al tiempo que señalaba con la barbilla hacia el interior de la limusina.

—Entre.

—¿Para qué? —Retrocedió al instante—. ¿Esto es un secuestro?

—Me parece que ve demasiada televisión. No, no es un secuestro. —Golpeó dos veces la puerta abierta—. Adentro. Ahora.

—¿Por qué no podemos hablar aquí fuera? Las reuniones a puerta cerrada tienden a ser muy tensas.

Impaciente, Charles la sostuvo del brazo y la obligó a entrar. Gruñendo, presa de la furia, gateó por el asiento hasta sentarse. Él se sentó frente a ella poco después.

A pesar de su indescriptible deseo de estrangularlo, Anna se olvidó de él durante unos segundos para poder admirar el precioso interior de la limusina. Asientos de cuero, un minibar en la parte izquierda y pequeños altavoces integrados. También había un teléfono y una regleta de USB junto a un pequeño televisor.

—Jamás creí que vería el interior de esta limusina. —Colocó la mano sobre el cristal—. Mire el grosor. Es un cristal blindado, sin duda. Normal, en este cacharro viajan los miembros de la familia real.

Charles levantó una ceja.

—¿Cacharro? ¿Es en serio?

—Es un apodo cariñoso, no se enfade. Sé que esta limusina está hecha de aluminio.

Él la miró con curiosidad sin que ella se diera cuenta y luego le extendió unos papeles que Anna, dudosa, aceptó.

—¿Qué son?

—Es usted. —Le sonrió—. Usted, su familia y amigos más cercanos. —Alzó las manos, agitando otros papeles—. Puede quedarse con ellos. Son solo copias.

Anna sintió un escalofrío a medida que leía el contenido de los documentos.

Ciertamente no mentía. En los papeles encontró información general sobre ella, sus padres, hermanos y amigos.

—¿Para qué necesita esto? —preguntó, temblorosa.

—Antes me ha preguntado qué haría yo si usted no aceptaba mi propuesta. — Colocó los documentos en los muslos y comenzó a leer—. Me intrigó su historia. Estuvo un año en prisión por atropellar a una adolescente durante una carrera de coches ilegal.

—¡Yo no lo hice!

—Tiene razón. Fue un hombre llamado Carter Stevenfield, su expareja. Seguro que fue un noviazgo que su madre no aprobó, pero que aun así usted mantuvo. —Negó con la cabeza como si no pudiera creérselo—. Es evidente que es usted muy testaruda. Hablando de su madre, Valerie, aquí pone que es una de las mejores profesoras de actuación en la Academia Renacer. John, su padre, ha ganado varios premios como profesor del año en la universidad donde imparte clases.

Anna tragó en seco mientras en su barriga la rabia danzaba con la vergüenza.

—Ah, y sus hermanos —continuó él—. ¿Alice es bailarina? La vi actuar en una ocasión. Realmente es buena. Abraham es un muy buen pintor... Usted tiene una mejor amiga, ¿no es así? Está trabajando como diseñadora junto a su jefa. ¿Y qué hay de su pareja, Peter? No, Peete. Claro, Peete... Es uno de los mejores chefs de Londres, ¡admirable! Su trabajo como taxista, Anna, parece fuera de lugar comparado con las profesiones de sus personas más cercanas. —Despegó la mirada de los papeles y la enfocó en ella—. ¿Sabe qué sería horrible? Que su padre recibiera una carta de despido y que exigieran a su madre que renunciara a su puesto de trabajo.

Anna abrió la boca para protestar, pero él la interrumpió:

—También sería una lástima que a su hermana la reemplazara una novata y que la exposición de su hermano tuviera que cancelarse porque los cuadros simplemente desaparecieron. ¿No sería eso algo desafortunado?

—No puede hacerlo —le recriminó ella, enterrando las uñas en el asiento.

—Por supuesto que puedo, preciosa. —Ordenando los papeles, descansó una pierna sobre la otra, reclinándose en el asiento, con el aspecto de una persona

carente de preocupaciones—. Poder es lo que me sobra. Poder sobre usted y sobre todos los que viven en este país. —Se dio un par de golpes en la barbilla con el índice—. Bueno, para ser justos, puedo ofrecerle otro trato, uno más acorde a sus capacidades. Podemos olvidarnos de este capricho mío de que usted sea mi chófer, ¿le parece?

Anna entrecerró los ojos un poco.

—¿A cambio de qué?

Los ojos de Charles parecían perversos y hacían que su nerviosismo aumentara.

—Solo tiene que pasar tres días conmigo.

—¿Con usted? ¿Dónde?

—En mi cama.

Ella parpadeó.

—¿Está de broma?

—No, pero le aseguro que soy la persona ideal para enseñarle como debe tratar a un hombre de mi posición.

Anna soltó una maldición.

—¿En qué remoto espacio de su cerebro se le pudo ocurrir que yo aceptaría algo así?

—Tiene que elegir entre ser mi chófer durante dos semanas o pasar tres días en mi cama. De no hacerlo, temo que tendré que mover algunas de mis mejores fichas. La decisión es suya.

Apenas podía creer lo que el príncipe Charles le estaba diciendo. Estaba obligándola a escoger entre dos opciones que le repugnaban. Si elegía la primera, tendría que someterse a todas sus órdenes y caprichos durante dos semanas, y si escogía la segunda, debería pasar tres días en su cama. Ambas atentaban contra su dignidad, y supuso que ese era precisamente su objetivo. Era peor de lo que creía.

—Si acepto, ¿no jugará con los empleos de mi familia?

—Ni tampoco con los de sus amigos —contestó él.

—Pues qué remedio. Acepto.

Una sonrisa fría surcó la cara del príncipe.

—Aún no me ha dicho cuál de las dos opciones ha elegido.

—Bueno, la segunda me llevará únicamente tres días, así que la segunda.

Charles levantó ambas cejas, consternado y sorprendido. Al parecer no esperaba esa respuesta. ¿Por qué? ¿No había planteado aquella proposición con la intención de que ella aceptara?

—¿Habla en serio?

Anna se cruzó de brazos.

—Por supuesto que no —soltó un bufido—. Si cree que puedo aceptar tener sexo con usted así porque sí, es que no tiene cerebro.

Él sonrió, pero en sus ojos había un cierto brillo de... ¿decepción? No, definitivamente debía de ser de diversión.

—Bien, entonces empezará el lunes. Clayton le entregará una copia de mis horarios.

—¿Tiene una programación para gestionar sus conquistas? Estoy impresionada.

—Aún tengo un espacio de tres días. La invitación sigue en pie.

—Siempre puede usar sus manos, ¿no? Para esos días en soledad.

—Preferiría usar las suyas.

—Tal vez con otras mujeres le funcione el comentario, pero no conmigo.

Él soltó una carcajada.

—Mis empleados se comunicarán pronto con usted y le harán saber dónde debe recogerme el lunes por la mañana —zanjó el tema sin más.

—Bien.

Anna abrió la puerta de la limusina, y antes de abandonar su interior, lo escuchó decir:

—De no haber sido tan bocazas, estaría conduciendo su taxi sin problemas.

Ella decidió mantener la vista lejos de él enfocándola en el edificio que tenía delante.

—De haber contenido mi lengua, hubiera dejado de ser yo, alteza. Por otra parte, con su comportamiento solo está demostrando que yo tenía razón.

—Ya veremos si es así. Adiós, Anita.

«Anita». Era lo que le faltaba, que la llamara por su diminutivo; lo detestaba.

Pero, Dios santo, al pronunciarlo él no le había parecido tan horrible...

—Lo veré el lunes, alteza.

Bajó de la limusina con cuidado y cerró la puerta de la misma forma. En cuanto Clayton volvió con los papeles y se los entregó, la limusina comenzó a alejarse con la lentitud usual. Mientras la veía marcharse con el príncipe Charles dentro, sintió cómo retumbaban en su cabeza las punzadas de la preocupación.

—Mierda, Anna, qué torpe. Mira en el lío en que te has metido.

Frustrada, se dio la vuelta y caminó de vuelta a la seguridad del interior del edificio, donde la esperaban los papeles que la condenarían a pasar dos semanas junto al príncipe de Gales.

Cuando llegó a casa cerca de las siete de la tarde y vio que Zowie no estaba, imaginó que se quedaría a pasar la noche en el apartamento de Peete. «Mejor», pensó. Siempre le preguntaba qué tal le había ido el día y no tenía idea de cómo explicarle lo sucedido con el príncipe Charles.

Charles.

Si antes lo odiaba, ahora lo detestaba con muchísimas más ganas, y su odio estaba más que justificado. ¿Amenazarla con perjudicar a su familia? ¡Eso era algo muy bajo! Inclusive para él, el rey de las bajezas. Y, por si fuera poco, también la amenazó con meterse en la vida de sus amigos. Su comportamiento de patán había superado su cuota tras lo que le había dicho horas antes.

En lugar de lanzarse sobre el sillón de la sala, como era su costumbre, decidió irse directamente a su habitación. Para su sorpresa, Zowie se encontraba acostada en la cama, con su habitual pantalón largo y sudadera. Sobre la mesita de noche descansaba una linterna encendida.

—Creo que voy a llamar a Peete —dijo apenas la vio entrar—. Solo hay luz en la sala y en el comedor, y hoy está haciendo mucho frío.

Anna comenzó a desabrocharse los botones de la blusa.

—¿Qué ha pasado?

—Estoy segura de que alguien ha vuelto a robar cables de la red eléctrica... — Un suspiro exasperado se le escapó—. Estoy deseando irme de aquí. Es una

pesadilla.

—Te vas a mudar con Peete dentro de un par de días. Sé paciente.

—No puedo irme hasta que te vayas tú también.

—Pagaré esta semana en cuanto cobre. —Se quitó los zapatos de un tirón—. Peete debe de estar saltando como un niño ahora que decidiste mudarte con él. Llevan muchísimos años juntos.

—Llevamos dos.

—Bueno, parece que lleven mil años. Se conocen bastante bien.

—¿Te quieres deshacer de mí? ¿Es eso?

Anna se quitó la última prenda y se quedó desnuda en medio de la habitación.

—¡Pero, Anna! —chilló Zowie en plan de broma—. Estás muy buena, bombón.

Anna soltó una carcajada mientras buscaba ropa limpia en los cajones. Tomó la toalla y se envolvió con ella a medias.

—Puedes llamar a Peete y dormir con él. Yo creí que estaban juntos.

—Si lo llamo, tendrás que venir conmigo. No te voy a dejar sola y sin luz.

—No necesito calefacción para dormir.

—Pero yo sí. Comienzo a tiritar de frío y mi pobre nariz se está enrojeciendo.

—De verdad, estaré bien. Llama a Peete. Yo me quedo aquí.

—¡Ni de coña! —Se cubrió la boca con ambas manos—. Le voy a decir a Peete que vamos las dos para allá.

Anna soltó una carcajada.

—Haz lo que quieras. Voy a ducharme.

Antes de desaparecer en el interior del baño, vio a Zowie tomar el teléfono y marcar como una posesa el número de su novio, quien no tardó en responder.

—Hola, pequeña —musitó él. A través de la línea, Zowie escuchó el ruido de platos chocándose, voces apresuradas y golpeteos suaves—. Iba a llamarte en media hora. Lamento no haberlo hecho antes, pero es que el restaurante está lleno.

—Descuida. Peete, tenemos un pequeño problema.

La joven lo escuchó respirar.

—Zowie, ¿está todo bien?

Ella puso los ojos en blanco, divertida. Su absurdamente adorable y sobreprotector novio Peete Morgan era un caso. Se había criado con seis hermanas, y él era el único varón, por lo que desarrolló un sexto sentido de protección que solía emplear con ella.

—No hemos incendiado el apartamento ni asesinado a nadie —le aseguró.

—¿Entonces?

—No tenemos luz.

—No puede ser. ¿Otra vez? —Le dijo algo al insistente hombre que le repetía que estaba tardando mucho con un plato—. Saldré de aquí en media hora, una tal vez. Iré a buscarlas.

Ella sonrió al instante.

—Iba a pedírtelo.

—Lo sé. —Estaba segura de que sonreía—. Eres predecible. Además, no te sienta bien el frío.

Ella soltó una carcajada.

—Pequeña, ¿por qué no vienen las dos a vivir conmigo? —El ruido minimizó, por lo que Zowie intuyó que se había apartado de la cocina—. Tengo mucho espacio. Y, además, Anna está a punto de irse a otro apartamento. Al menos, mientras no lo hace, podría estar en un lugar seguro.

—Ya se lo he dicho, pero me dijo que no.

—Hablaré con ella.

—Te deseo suerte.

Zowie escuchó un golpeteo en la puerta de entrada, era un sonido tan fuerte e insistente que comenzó a desesperarla.

—Peete, tengo que colgar. Están llamando a la puerta.

—Mira quién es antes de abrir. Y ten a mano el gas pimienta.

—No va a ser necesario. Además, puedo frenar a quien sea con el AK-47 de Anna.

—¿El qué de Anna?

—El AK-47 de Anna es una patada muy fuerte en la entrepierna.

—Sí, muy bien, perfecto. Eso le dolerá. Ten cuidado, pequeña. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño.

Tras terminar la llamada, dejó el teléfono sobre la cama y tomó la linterna con ambas manos.

—Anna, están llamando a la puerta. Voy a abrir —le dijo frente de la puerta del baño—. Cuidado al salir.

—*I can show you what you want to see and take you where you want to be.*

Zowie puso los ojos en blanco. Estaba cantando. Cuando lo hacía, nunca oía lo que le decía. Dejándola por imposible, caminó con mucho cuidado hasta la puerta de entrada, preguntándose quién podría ser a esa hora. No es que fuera muy tarde, pero después de las siete no solían tener visitas.

—¡Ya voy! —gritó.

Zowie se detuvo frente a la puerta y echó una ojeada por la mirilla. Observó a una mujer elegante, vestida de blanco, de unos treinta y muchos o cuarenta y pocos años, acompañada de un hombre que debía de estar cerca de los cincuenta y que también vestía de blanco.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Zowie mientras intentaba estirar la mano para agarrar cualquier cosa con la que defenderse.

La mujer hizo ademán de una sonrisa de cortesía.

—Busco a Anna Mary Mawson.

Anna Mary. Nadie la llamaba así, y a Zowie le gustaba. A Anna, sin embargo, no, por lo que había dejado de llamarla así desde los nueve años.

—Está dándose una ducha. —Entrecerró los ojos en dirección a la mujer—. ¿Quiénes son y para qué la buscan? Si es la policía, no está.

Tanto el hombre como la mujer sonrieron.

—Ha dicho que está duchándose. Me llamo Caroline Monroe. —Señaló al hombre tras ella—. Él es Landon Doyle. Trabajamos para su majestad el rey Edward y su familia.

Zowie abrió los ojos tanto como le era posible.

—¿Usted es...?

—Me encargo del personal que atiende a la familia real. El señor Doyle es el chófer que más tiempo lleva en nómina. Venimos a entregarle a la señorita Mawson el uniforme para el lunes.

—¿Uniforme? —Una mueca de confusión le arrugó el rostro. Abrió la puerta

de golpe y observó a la mujer con una expresión de desconcierto—. ¿De qué uniforme me está hablando?

—¿No se lo ha contado? Su amiga trabajará para el príncipe por...

—¡Zowie, me has dejado sin luz! No me obligues a pasearme desnuda por la casa. ¡Zowie!

La aludida puso los ojos en blanco.

—Estoy en la entrada atendiendo a unas visitas. —Se giró hacia el interior de la casa, apartándose un par de pasos de la puerta—. ¿Por qué no me dijiste lo del príncipe Charles?

—¿Me quieres terminar de fastidiar la noche hablando de ese inútil?

A Zowie se le subieron los colores.

—Anna, en la puerta hay dos empleados del príncipe.

Anna se detuvo de golpe en medio del pasillo, desnuda, deseando que la luz no fuese suficiente para iluminarla.

—Mierda —masculló, y volvió a la habitación a toda velocidad para cubrirse con el primer albornoz que encontró. Supuso que era de Zowie: solo ella se atrevía a vestir de amarillo. Se lo ajustó antes de dirigirse a la entrada—. Buenas noches.

—Debo suponer que usted es Anna Mary Mawson —dijo la mujer.

—Anna —la corrigió ella—. Solo Anna. ¿Y usted es...?

—Soy Caroline Monroe. Estoy a cargo del personal de la familia real.

—Bien, ¿y qué se le ofrece?

—Su alteza me ha pedido que le traiga su uniforme. —Señaló al hombre que estaba tras ella—. Él es Landon Doyle, uno de los chóferes de la familia. Usted estará ocupando su puesto durante dos semanas, pero él le puede ayudar aclarando cualquier duda. Rutas específicas, vías más cortas, etcétera. Aunque supongo que no tendrá problemas. Aprobó el *knowledge* para ejercer como taxista.

—Lo hice, sí. —Se cruzó de brazos, recelosa.

Anna reparó en la bolsa negra que el hombre llevaba al hombro.

—Le he traído sus horarios. —Le entregó el montón de papeles que llevaba bajo el brazo—. Su alteza quiere que lo recoja en una propiedad privada el lunes

por la mañana.

—Mmm..., claro, gracias. A las ocho, ¿no es así?

—Siete treinta, si es posible. A su alteza no le gusta esperar.

Landon extendió la bolsa negra hacia Anna. Como tenía las manos ocupadas, le dio los documentos a Zowie y cogió la bolsa.

—¿Eso es todo? —preguntó Anna.

—Su alteza nos ha pedido que no nos marcháramos hasta que abriera el saco.

Anna levantó una ceja, haciéndose a un lado para dejarlos pasar.

—Nos disculparán por la falta de luz —dijo—. Creo que han vuelto a robar cables de la red eléctrica. Lo hacen casi todas las semanas.

Caroline se limitó a asentir. Zowie se acercó a Anna, murmurándole lo suficientemente bajo para que solo ella pudiese escucharla.

—¿Trabajo? —musitó—. No me dijiste nada.

—Fue al servicio de taxis —susurró, como si temiera que la escucharan—. Dijo que olvidaría lo de ayer si trabajaba para él durante dos semanas.

—¿Solo eso? Entonces no es tan malo.

Anna colocó la bolsa sobre el sofá y abrió la cremallera. Zowie apuntó la linterna hacia su interior, para poder ver bien el contenido.

La rabia de Anna se mezcló con las frustraciones del día, y deseó tener enfrente al príncipe de Gales para estrangularlo.

—¡Es un perverso hijo de puta! —gritó.

«Solo uno más», pensó Charles mientras saboreaba el penúltimo trago de su coñac. Algo ebrio, continuó dando vueltas en la silla giratoria, regocijándose con su inminente victoria.

Habría dado cualquier cosa por verle la cara a esa mujer. Estaba seguro de que, con lo altiva y prepotente que era, debió de brotarle la rabia por todos los poros de su piel. Estaba satisfecho de sí mismo. El primer paso ya estaba dado, ahora solo era cuestión de tiempo de que se arrepintiera por haberle montado un espectáculo delante de toda aquella gente. De todas formas, sintió pena por ella. Esa joven tenía un carácter del demonio, era evidente que su espíritu era de

fuego... ¿Quién era él para apagarlo? Nadie. Era su orgullo el que quería venganza.

Bebió otro trago para acallar su conciencia. Instantes más tarde, la habitación se llenó con el sonido de golpes contra la puerta.

—Adelante.

Sin volverse, esperó a que el escándalo de los tacones cesara.

—Alteza —la oyó decir.

—Caroline, ¿qué tal ha ido?

—Ya está hecho, señor. La señorita Mawson tiene el uniforme que le ha asignado.

Él sonrió.

—¿Y cómo reaccionó?

—Como una mujer realmente ofendida. Temo que lo ha llamado... —se aclaró la garganta— «hijo de mujer de la calle». En palabras menos apropiadas, por supuesto.

—Es evidente que la has enfurecido.

—En realidad, ha sido usted, señor, quien lo ha hecho. No cabe duda de que se ha puesto muy furiosa.

«Esta noche no hará otra cosa más que pensar en mí», se dijo a sí mismo en silencio.

—Muy bien, Caroline, eso es todo. Gracias.

—Un placer, señor.

Caroline hizo amago de marcharse, pero se detuvo.

—Señor, hoy me he enterado de un hecho lamentable.

Giró la silla hacia ella.

—Dime —la instó con un asentimiento.

—El lugar donde vive esa joven con su amiga ha estado siendo atacado por ladrones. Al parecer es habitual que roben cables de la red eléctrica de la zona y, según los informes, el material es vendido a bajo costo en mercados ilegales. Esto ha conllevado que la zona sufra de constantes interrupciones del servicio. He pensado que tal vez usted podría... intentar... ayudar un poco. La vigilancia en el lugar es mínima. Es posible que usted pueda «sugerir» que en estos barrios

se aumente el número de policías.

Charles la miró fijamente con los ojos entrecerrados.

—A su madre le hubiese gustado ayudar en algo así —comentó ella antes de que él dijera nada.

El rostro de Charles se relajó al instante.

—Hablaré con mi padre al respecto. Intentaremos reducir los robos y establecer mejor vigilancia. ¿Te parece bien?

—Sí, señor, excelente. Ahora, con su permiso, me retiro.

—Adelante, Caroline. Buenas noches.

Charles permaneció en silencio mientras la vio irse. Observó durante un instante el coñac que le quedaba y se lo bebió de un trago.

—Tal vez uno más antes de dormir —dijo para sí—. Soy mi único compañero de cama, así que puedo entretenerme tanto como se me antoje.

Con ese pensamiento, vertió otro poco de coñac en el vaso de cristal y dejó que su cabeza se perdiera en el alcohol.

—¡Zowie! —gritó por quinta vez—. ¡Tienes que salir ya! ¡Llegaré tarde al trabajo!

—Haberte despertado antes.

—¡Me desperté antes!

—Espera. Ya casi termino.

—Al diablo. Me iré sin ducharme.

—Haz lo que tu corazón te dicte.

Gruñó un par de palabras apenas comprensibles mientras se alejaba del baño. Si algo odiaba de convivir con Zowie era que, sin importar cuán temprano despertase, si el baño estaba disponible, ella le robaba el turno. Se lo habría dejado pasar en cualquier otro día menos ese, el nefasto y oscuro lunes en el que empezaba a trabajar para el desgraciado y oscuro príncipe de Gales. Pensar en él tan temprano le duplicó el mal humor.

Se dirigió a la cocina donde vio a Peete preparando el café.

—Hola, buenos días, Peete, yo quiero de esa ambrosía.

Él sonrió al verla.

—¿Zowie ha vuelto a ser más rápida que tú?

Ella asintió mientras lo vio tomar una taza y verter el café en ella para después extenderla. Anna la envolvió con ambas manos.

—Me despierto temprano en vano. No sé cómo lo hace, pero cuando voy a meterme a la ducha, ella ya está dentro.

—Puedes usar el baño de mi habitación.

Anna negó con la cabeza al tiempo que le daba un largo trago al café.

—No voy a ducharme donde ustedes dos han tenido sexo.

Peete soltó una carcajada.

—Yo nunca he dicho que lo hayamos hecho allí. —Negó con la cabeza—. A veces olvido que me das miedo. —Abrió la puerta de un armario de arriba y sacó una taza gris—. Es solo un baño. Y es como cuando estás en la habitación de un hotel. Seguro que muchas personas han practicado sexo en ella.

—Sí. Pero yo no las conozco ni tengo que verlas diariamente.

—A mí no me ves diariamente.

—Peete, Peete, tú no sales de nuestra casa.

Él sonrió, dándole la razón.

—Me resulta difícil dormir por las noches pensando que están las dos solas en ese piso. Cada dos por tres se quedan sin luz y esa calle parece una boca de lobo. No veo la hora de que consigas ese apartamento para que te vayas de allí.

Echó dos cucharadas de azúcar y mientras revolvía el café, propuso:

—¿Por qué no se vienen a vivir aquí conmigo? La verdad es que paso más tiempo en su casa que en la mía. Es como si viviéramos los tres juntos.

Anna negó con la cabeza.

—Ni hablar. Que Zowie venga. Yo me mudaré a mi nuevo apartamento esta semana o la otra.

—No te dejaré sola, y honestamente yo tampoco accedería a ello.

—Sabes que a mí no me molesta que te quedes con nosotras. A mí me encanta ver feliz a Zowie. Una de las dos lo merece.

—Anna... —musitó él lentamente.

La joven soltó una maldición.

—No vayas a empezar con tu discurso —le advirtió ella.

—Oye, tuviste una mala experiencia con alguien. Sabes que no es cierto eso que dicen algunas mujeres de que todos los hombres somos iguales. —Le dio un rápido trago al café—. Eso es una estupidez. Si lo fuéramos, yo sería un cabrón con Zowie, pero, hasta donde sé, la trato muy bien.

Ella sonrió.

—Eres muy bueno con ella. Yo nunca la había visto tan feliz.

—Ya llegará alguien bueno para ti.

Ella hizo una mueca antes de responder.

—No creo estar lista para volver a enamorarme. Tal vez después, cuando consiga una vivienda para mí, sin tener que compartirla con mi mejor amiga. Me ha tomado un par de años tener una vida estable y dejar atrás todo lo que me pasó. De todas formas, no creo que exista alguien que aguante mi humor, y yo tampoco tengo ganas de aguantar a otra mierda de persona.

—Los mejores frutos tardan en estar listos.

Anna dejó la taza sobre la pequeña mesa.

—Hablando de estar listos, tengo que terminar de arreglarme.

—Zowie me ha dicho que no te gusta el uniforme.

—Lo odio.

—También me ha dicho por qué debes trabajar para el príncipe. —Sonrió burlón—. Anna Mary, ¡eres un desastre!

—¡No me llames Anna Mary! —gritó antes de desaparecer por el pasillo.

Con el pincel de medio grosor, trazó una suave línea de un lado a otro en el lienzo a medio pintar. Tan solo tenía la línea mal difuminada de la arena, pintada con el amarillo ocre. Le costaba más unir los tres tonos de azules que conformaban el mar y el cielo. Frustrado, decidió humedecer un poco más el pincel y deshacerse de los errores de presión. Se le escapó un gruñido de exasperación al percatarse de que se le había acabado el azul cobalto.

Se levantó del asiento y se dirigió al estante —a su izquierda, en la única pared sin ventanas— y tomó dos tonos que le servirían para crear el que necesitaba. Al volver a la mesa, observó la pintura a medio hacer.

—Esto es un desastre —masculló, descontento.

No entendía qué iba mal con su pintura. No había cometido errores como ese en años. La precisión y la sutileza siempre fueron sus mejores armas, y en aquella mañana de un gris nublado parecía que su talento se le había agotado. Las líneas que conformaban los límites físicos entre el cielo y el mar eran tan profundas y marcadas que ni echándole toda la jarra de agua podría

difuminarlas.

Lanzó los tubos de pintura sobre la mesa, ubicada en el centro de su estudio de arte, y se dejó caer en la silla de madera, que crujió por el violento impacto. Era la tercera pintura que arruinaba desde el viernes. Supuso que no estaba concentrado por las distracciones del palacio y su infantil venganza, por lo que el domingo, muy tarde por la noche, tomó alguna de sus cosas y se instaló en el estudio.

Su santuario.

Lejos del renombre de su título y su comentada reputación, el piso de dos plantas en el Little England era la residencia a la que iba cuando quería paz. Allí no era el hijo del rey, ni el príncipe de Gales, ni un fiestero borrachón que aparecía desnudo en revistas. Era un artista que encontraba felicidad en su arte, un arte íntimo que hablaba más que sus palabras. Era un espacio pequeño: abajo solo tenía lo necesario: una sala, un comedor, una cocina, una habitación extra y un baño, y arriba, una cama y la habitación abierta donde pintaba. No parecía mucho, pero para él era suficiente.

Pero ahora ni siquiera su santuario parecía proporcionarle paz. Desde anoche, le rondaba una extraña sensación cada vez que pensaba en que aquella rubia de lengua suelta pasaría a recogerlo. Pasada la alegría del triunfo, le quedó un sabor amargo en la boca, y una vocecilla molesta le recordaba que no había actuado como debía. Conocía a esa intrusa. Su conciencia.

Sin embargo, ahí estaba él, jugando a ser Dios y tratando de demostrar a esa joven que podía controlar su vida y la de toda su familia. Y todo por su orgullo herido... ¿Acaso se estaba arrepintiendo? Pues a buena hora le entraba el arrepentimiento, justo cuando faltaban minutos para que ella apareciera.

No obstante, independientemente de cómo fue todo, no había duda de que esa taxista se había pasado. Trabajar dos semanas para él era un pequeño castigo por haberse atrevido a hablarle así. Tal vez podría restarle al final una semana... Un buen susto bastaba, siempre que sirviera para recordarle que debía tener cuidado con lo que dejaba salir de su boca.

Convencido de su decisión, se puso de pie y examinó por última vez la pintura. Una mueca de descontento se le formó en la boca. Otro lienzo

desperdiciado.

Abandonó la habitación y se detuvo en el pasillo. Un biombo en forma de ele separaba el estudio del rincón donde tenía la cama. A pocos metros estaba la escalera de caracol. Descansando las manos en la barandilla, observó el par de piernas largas que abandonaron el pasillo del fondo y entraron en la sala caminando como si lo estuvieran haciendo por una pasarela de moda. La joven iba con una camisa abotonada, y al levantar los brazos para recogerse el pelo, se percató de que no llevaba ropa interior.

—Buenos días —le dijo.

La mujer dio un salto al escuchar su voz. Del susto se soltó el moño, y la melena larga y enredada volvió a caerle sobre los hombros.

—Buenos días —respondió ella.

—¿Qué tal has dormido?

La pregunta la incomodó. Lo supo por cómo se cruzó de brazos.

—Bien.

Charles asintió.

—Abajo, en la cocina, encontrarás lo que quieras para desayunar. Avísame cuando estés lista. Le pediré a uno de mis chóferes que te lleve a casa.

La joven frunció el ceño.

—¿Por qué no me lleva Richard?

—Porque Richard nunca acompaña a su casa a ninguna mujer —acotó con un amago de sonrisa—. Él te dirá que te pagues un taxi, y si no tienes dinero para el taxi, te pedirá que te vayas de todas formas. —Se apartó de la barandilla—. Despiértalo y dile que quiero hablar con él.

Richard debía de estar despierto cuando la mujer fue a darle su mensaje, porque subió al estudio cuando él aún estaba limpiando los pinceles y la pintura salpicada en la mesa. Levantó la cabeza para que supiera que tenía un problema.

—¿Por qué trajiste a una mujer a mi piso? —le preguntó.

El joven de metro ochenta, aún soñoliento, se metió las manos en los bolsillos nervioso. Tenía el pelo rubio despeinado y los ojos castaños semicerrados; la borrachera todavía estaba haciendo estragos en él.

—Lo siento —se disculpó después de un par de bostezos—. Me pasé

bebiendo...

A medio camino de los estantes, Charles asintió. Dejó allí las pinturas y se volvió hacia Richard.

—Cuando te permití quedarte unos días hasta que encontraras otro apartamento, te dije muy claramente que no traigo mujeres aquí, por tanto, tú tampoco. Fue la única condición que te puse.

—Lo sé y lo lamento... Es que ya he encontrado piso y salí a tomar unas copas para celebrarlo, pero bebí demasiado y, bueno... —Señaló tras su espalda—. ¿Ya te he presentado a Lucy?

—¡Soy Stella! —gritó la mujer desde abajo.

—A Stella —corrigió él.

—Stella tiene que irse —le dijo Charles, moviendo la cabeza al tiempo que pronunciaba cada palabra.

—Claro, eh... Que pida un taxi.

—¡Cabrón! —chilló Stella.

Por el ruido de los pasos, dedujeron que había vuelto a la habitación.

—Dile que la llevará uno de mis chóferes. Y tú —extendió la mano hacia él— dame las llaves de mi piso y múdate ahora mismo.

Con una mueca de resignación, Richard metió la mano en el bolsillo derecho de su pantalón del pijama y le arrojó las llaves.

—Te lo voy a compensar —le dijo—. Conocí a alguien anoche que es posible que te guste. Es tan... —movió ambas manos frente a su pecho, indicándole que hablaba de sus pechos—, ya sabes...

Charles enarcó una ceja oscura. Odiaba cuando hablaba con frases a medias.

—Esta semana no. Estaré muy ocupado.

Le dio la espalda para tomar el lienzo. Le echó una última mirada antes de colocarlo junto a los otros dos intentos fallidos.

—¿Debo preocuparme durante esta semana que no te voy a ver?

Charles lo imaginó más despierto y consciente de su entorno por el tono burlón que percibió en su voz.

—Tengo otro tipo de conquista en mente —le respondió Charles, asegurándose de haber dejado la mesa limpia. Le ponía de mal humor el

desorden en el estudio. Tan solo soportaba las manchas de pintura. Le daba un toque artístico al espacio que despertaba su vena creativa—. Puede que logres verla en unos minutos.

—Eso es aún más preocupante. ¿Ahora tienes novia?

—No. No se trata de ese tipo de conquista. —Se le acercó para darle una palmada en la espalda, indicándole que bajara con él—. Esta mujer tiene una deuda conmigo por ser una bocazas.

Le resumió el incidente lo mejor que pudo, pero sin omitir los detalles importantes. Cuando terminó, ambos tenían una taza de café negro en las manos.

—¿Es guapa? —quiso saber Richard—. Hay cosas que uno le perdona a las caras bonitas.

—No tanto como para olvidar sus palabras. Si la discusión se hubiese quedado dentro del taxi, me habría limitado a imaginar cómo la estrangulaba y luego me hubiera ido, pero llevó la pelea a la calle, donde todo el mundo nos vio. No he querido mirar los periódicos. Tuve suficiente con la discusión que tuve con mi padre por la foto de la fuente.

Richard asintió con la taza pegada a la boca.

—La vi. —Movié la mano en el aire, formando un medio círculo—. Escándalo en la Casa Candor. Abajo, como subtítulo: este periódico tuvo huevos para publicar esta foto en la portada.

—Mi padre tuvo que haberse hecho cargo. Siempre lo hace, y al final, también, siempre acabamos discutiendo.

—Nada, todos los padres son iguales. No le hagas tanto caso.

—Es difícil ignorar a un hombre como mi padre.

—Deja de vivir en el palacio. Tienes este piso.

—No es un hogar, es mi estudio y me gusta tenerlo sin que nadie conozca su existencia. —Dio un golpe al bolsillo de su pantalón—. Espero que lo hayas disfrutado, porque no volveré a permitirte la entrada.

—Pequeño príncipe rencoroso, como usted ordene.

Charles dio el último trago a la taza y la dejó en el fregadero de la cocina.

—Voy arriba a cambiarme. Procura que tu conquista esté preparada para irse. Quiero que me hagas una lista de los sitios en los que han tenido sexo para

cambiar los muebles.

—No tengo ni idea. Ya te he dicho que estaba muy borracho.

—Entonces los cambiaré todos.

A media escalera, Charles escuchó refunfuñar a su amigo, pero decidió ignorarlo. Se consideraba a sí mismo irresponsable y fiestero, pero no a los extremos de Richard.

Este trabajaba para su padre como administrador financiero, y a Charles le costaba comprender cómo era tan bueno en su trabajo y, sin embargo, estaba al borde de la bancarrota. Cuando salía del trabajo, se iba a un bar a beber o a reunirse con amigos —a beber— o a ligar con alguna mujer —después de beber—. Siempre bebía más de la cuenta y se olvidaba del nombre de la mujer a la que se llevaba a la cama. Por la mañana, se despedía de ellas como si no hubiese pasado nada, importándole muy poco si tenían dinero o no para el taxi.

En definitiva, él no era un santo y le gustaba la compañía femenina y beber, pero siempre se llevaba a las mujeres a un hotel o a cualquiera de sus otras propiedades y se aseguraba de que llegaran a casa a salvo. De nada le servía el placer momentáneo con una conciencia enlodada. Dentro de su escasez de límites, tenía algunos que respetaba.

Mientras se ponía la chaqueta gris oscuro del traje, pensó en cómo pudo ocurrírsele que Richard respetaría sus reglas sabiendo que era peor que él, un desalmado conquistador sin convicciones ni moral.

¿No era aquello lo que la rubia de lengua demasiado suelta le había dicho? Que no tenía convicciones ni moral. Quizá, en el fondo, tuviese razón si él mismo se veía reflejado en Richard. ¿Y por qué le preocupaba ahora que alguien le considerara un amoral? No era la primera vez que se lo decían.

Se lo había dicho su padre.

Su viejo amigo Gray.

Y ahora esa joven rubia indiscreta.

Comenzó a sonar el teléfono y lo cogió de encima de la cama. En el mensaje se le informaba de que la señorita Mawson ya había llegado. Sonrió.

Las calles de Little England eran preciosas y pintorescas, con los edificios de ladrillo y musgo en las paredes. Era uno de los suburbios rurales más tranquilos de Londres, con una distancia entre residencias considerable para asegurar la privacidad. En concreto, esta calle, la avenida de los Artistas, hacía honor a su nombre. En los adoquines quedaban el rastro de la lluvia de hacía una hora y por las nubes grises que volvían oscura la mañana supuso que una nueva llovizna se avecinaba.

Esperaba dentro de la limusina, con las manos sobre el volante, observando el despertar de una de esas mañanas londinenses que le gustaban tanto cuando vivía en la casa de su niñez. En la radio sonaba un dueto de un hombre y una mujer que le hizo olvidar lo incómoda que se sentía con la ropa que llevaba. Lo único que protegía su dignidad era el encierro autoimpuesto dentro del vehículo.

Bastaba una mirada hacia el escote para notar cómo sus pechos sobresalían del corte diamante.

Maldijo al príncipe en silencio mientras ajustaba el espejo retrovisor, pero no tuvo tiempo de más cuando lo vio abrir la puerta de la casa roja. Iba acompañado de una mujer castaña que parecía haberse despertado muy cabreada. Él le tendió la mano para ayudarla a cruzar la acera.

Anna puso los ojos en blanco. Magnífico. Ahora le tocaba transportar a sus amantes. Refunfuñando, abrió la puerta del auto y salió.

—No tenía por qué llevarme a casa —insistió la joven castaña—. A pesar de lo que Richard cree, tengo dinero para pagar por un taxi.

—No es ninguna molestia. Mi nueva chófer puede llevarnos a ambos. Es la persona más discreta que he tenido el placer de conocer.

Charles vio desde lejos cómo se abría la puerta del vehículo y salía la joven rubia peinada con un moño alto y con cara de pocos amigos. Le parecía más alta, tal vez por los tacones. Rodeó el auto con dificultad, dando pasos lentos en la calle adoquinada.

«Mierda», pensó. Eso no estaba bien. No debería ser así.

Anna llevaba el vestido blanco que él había mandado comprar especialmente para ella. La pequeña tela la cubría poco más arriba de medio muslo y exhibía un escote en forma de diamante que le dejaba ver la línea que separaba sus pechos.

Aunque era pequeña, aquellos tacones le concedían una prominente altura. Tenía unas piernas esbeltas, de aspecto suave y terso como la seda. El moño alto dejaba libre su cara para observar los rasgos cautivadores, con los grandes ojos verdes, la nariz pequeña y redonda, los labios gruesos, protegidos por el labial de un tono suave... La visión de la joven con ese uniforme podría volver loco a cualquier hombre.

Tragó en seco al observar cómo el ceñido vestido marcaba la planicie de su vientre y la montaña de sus curvas. Dios mío, pero ¿dónde había escondido semejante silueta? La ropa que llevaba el día en que se conocieron le había engañado por completo.

—Dios mío... —masculló para sí.

—¿Lo llamo jefe o alteza? —preguntó Anna al detenerse frente a él—. Para empezar con buen pie.

Estuvo a punto de decirle «Llámame como quieras, muñeca», pero recuperó a tiempo la compostura. Siendo tan descarada como era, le podría soltar cualquier otro apodo denigrante.

—Alteza —respondió—. Bien, entre en mi piso... —Negó al instante con la cabeza, apartando la confusión de su mente—. Olvídelo. ¿Le-leyó mis horarios?

—Sí.

—Perfecto. Pues nos vamos.

Charles se olvidó por completo de su acompañante hasta que su insolente nueva chófer lanzó una mirada interrogativa hacia ella.

—Llevaremos a Stella a su casa —dijo él entonces—. Ella le dirá dónde es.

Anna asintió una vez y giró sobre sí misma hacia el auto. Abrió la puerta y esperó a que subieran.

Charles le tendió la mano a Stella para ayudarla a entrar. Después se recolocó la chaqueta del traje.

—Puntual, con mejores modales y el uniforme apropiado —comentó, mirándola de reojo—. ¿Qué le ha pasado a esa lengua suya tan suelta?

—La he ajustado.

Charles contuvo una carcajada.

—Estoy impresionado.

—Estoy dispuesta a complacerlo en lo que usted me ordene.

—Una oferta muy tentadora.

Ignorando el decoro, se dedicó un instante a observar cada detalle de su obra maestra.

—No creí que le fuera a sentar tan bien ese vestido.

Anna parpadeó. ¿Cómo se suponía que debía responder a eso?

—¿Debería quedarme mal? —le preguntó, contrariada.

—Sí —admitió—. La verdad es que con aquella blusa y aquellos pantalones que llevaba no parecía que su cuerpo estuviera tan... bien definido.

Ella lo miró fijamente.

—Creí que me había ordenado ponerme este vestido para hacerme sentir... bueno, ya sabe...

—No, no lo sé.

—Incómoda —detalló—. Los vestidos no son lo mío.

Con lo difícil que era quitarle la mirada de encima, debería llevar vestidos como ese más a menudo. A una parte de él le enfurecía que Anna no fuera capaz de admitir su propio atractivo. Deseó haberla conocido en otras circunstancias y que su infantil añoranza de salvaguardar su orgullo no los hubiese colocado en aquella situación.

Nada iba como esperaba. Mierda. Tenía que dejar de mirarla...

—Lo mío tampoco es comprar vestidos a las mujeres. Soy más del tipo de quitárselos. Debería considerarse afortunada.

«Mujeriego, perverso y detallista —masculló ella en su mente—. Sí, Anna, qué afortunada».

—Tengo varias cosas que hacer. En marcha.

Ella parpadeó, y apenas se hubo liberado de la incómoda sensación que él le provocaba, aferró la puerta con ambas manos y esperó a que se montara en el coche.

Pero él no se movió. Anna se apartó unos pasos y lo observó contemplándola, como analizándola. No supo por qué aquello no la hizo sentir incómoda, sino... ¿percibida? Tal vez se debía a que hacía mucho tiempo que nadie la miraba de esa forma, como una pieza de arte encontrada donde se pensaba que solo había

desperdicios, y no como un pedazo de carne que quisiera comerse, como hacía Eli. Le agradó esa sensación, aunque viniese de la persona equivocada. Seguramente se trataba de una de sus mañas de conquista. En ese instante comprendió por qué le había sido tan fácil tener una vida de libertinaje. Tenía el poder de hacer sentir atractiva a cualquier mujer solo mirándola, y a veces la vanidad o la añoranza de atención podían ser los puntos débiles de muchas mujeres.

Decidió que debía tener esto en cuenta si pretendía pasar las dos semanas a salvo. Tuvo la sensación de que ahora el príncipe la veía como otra mujer a la que llevarse a la cama, aunque la proposición que le había hecho de pasar tres días en su cama ya se lo había dejado claro. Pero no estaba dispuesta a humillarse más de lo que lo había hecho al ponerse ese vestido.

«Hormonas, un poco de control —gruñó para sí—. Es el mujeriego más mujeriego de Inglaterra».

Apenas recuperó su autodomínio, y viéndolo entrar en el auto, cerró la puerta y rodeó la limusina para partir de inmediato.

En las tres horas de viaje, conduciendo por las calles entre destinos de veinte minutos y cinco de espera, la lengua suelta no había dicho una sola palabra. ¿Cómo era posible que esa mujer aún no hubiera comenzado a rechinar los dientes por la irritación cuando la suya aumentaba por segundos?

Juego de niños, sí, de eso se trataba. Solo a un niño se le podía ocurrir tratar de vengarse de una taxista obligándola a hacer múltiples viajes en coche. Por favor, ¿dónde había dejado el cerebro? Primero le falló el arte, ahora las ideas.

Tanteó el teléfono en su bolsillo y lo tomó para entretenerse. Tenía mensajes de Richard sin leer.

RICHARD: Ya he abandonado tu palacio.

RICHARD: Las llaves están donde siempre.

RICHARD: ¿Quién era la rubia del vestido blanco? Menuda obra de arte la que adquiriste.

Charles puso los ojos en blanco.

CHARLES: ¿Dónde está la lista que te pedí? Necesito desinfectar el espacio.

RICHARD: Ya te dije que no me acuerdo de nada. Pregúntale a Stacy.

CHARLES: Se llama Stella.

RICHARD: Compañero, recuerda que tenemos la política de no robarnos las conquistas.

CHARLES: No son esas mis intenciones. Tuve mi momento de caballerosidad y la llevé a casa. Era lo mínimo que pudiste hacer.

RICHARD: Tengo que sacarte esta noche y buscarte compañía. Pareces amargado.

El sonido del claxon hizo que diera un salto en el asiento.

—La gente está harta de ver accidentes en las noticias, pero nunca miran al cruzar la calle —escuchó que decía Anna.

—Mis chóferes no van por ahí tocándole el claxon a los peatones.

—¡No es culpa mía! Yo tenía el paso, él no.

—Parece que se le ha vuelto a aflojar la lengua.

La escuchó emitir un gemido que contuvo casi al instante.

—Discúlpeme. Son costumbres de taxista.

Charles miró por la ventana.

—¿Dónde estamos?

—En la calle Chapel. ¿Quiere que lo lleve al palacio?

«Por favor, vuelva al palacio y acabe con mi tortura», imploró ella en su mente.

Charles se pasó las manos por el rostro.

—Es el último lugar al que quisiera volver. ¿Hay algún sitio tranquilo cerca de aquí?

—Está el parque Belgrave.

—Algo tranquilo. —Se frotó las sienes—. Dije algo tranquilo. ¿Cree que un parque es un lugar tranquilo?

Anna rechinó los dientes. En otras circunstancias, habría soltado toda clase de improperios, de esos que siempre acababan metiéndola en problemas.

«No le contestes, no le contestes...», se repitió.

—Me disculpo. Supongo que lo que yo considero tranquilo no lo es para

usted.

—Bueno, ¿qué me dice de un bar? ¿Hay uno cerca?

—Pero apenas son las nueve de la mañana.

—¿Le estoy pidiendo permiso?

—No, lo siento, tiene razón, pero no me estoy refiriendo a eso. Los bares no abren tan temprano.

Charles parpadeó.

—Cierto. —Se pasó la mano por el pelo—. No acostumbro a estar despierto a estas horas.

Anna lo observó por el espejo retrovisor. Tenía un inusual aspecto cansado y malhumorado. Con ese ánimo, cualquier cosa imprudente que le dijera podría traerle más problemas.

Se obligó a ser amable.

—Tal vez le sentaría bien un café —comentó con cautela—. Podría ir a una cafetería y sentarse en un apartado; no creo que nadie le moleste.

Él alcanzó a verle los ojos por el espejo antes de que ella apartara la mirada. Eran de un verde peculiar, como el musgo o quizá más claros, como la pulpa de la lima.

Tan agria como su personalidad.

—Ya he tomado café —le dijo.

—¿Y un chocolate caliente?

—Solo tomo chocolate por la noche.

—¿Qué tal un té?

—No es lo que me apetece en este momento.

Anna suspiró. Comenzaba a exasperarla más de lo que creía posible.

—¿Qué tal un café irlandés? —le sugirió.

—Mmm... Eso contiene alcohol, ¿verdad?

—Ajá.

—¿Conoce un lugar cerca?

—Conozco cada restaurante de Londres. Hay uno familiar de comida irlandesa como a diez minutos. Allí los preparan.

—Bien. Diríjase allá.

Anna asintió una vez antes de girar el volante hacia la izquierda.

El resto del camino estuvo protagonizado por el silencio. Anna consiguió aparcar justo enfrente del restaurante para evitarle cualquier agotamiento al tirano energúmeno. Mantuvo las manos sobre su regazo mientras esperaba a que el príncipe bajara del auto.

Pero la puerta no se abría. Lo que escuchó fue el sonido de su teléfono.

Charles soltó un suspiro al ver en la pantalla el nombre de su padre. Respiró profundamente antes de responder.

—Buenos días —le dijo con voz formal.

—¿Dónde estás?

—Fuera de cualquier escándalo, si es lo que te preocupa.

—Ven al palacio. Necesito hablar contigo.

—De momento es imposible. Te veré más tarde.

—Más tarde no, ahora. He estado pensando qué hacer contigo y ya lo he decidido. Voy a contratar al nuevo personal que conformará tu equipo de trabajo. De ahora en adelante, asumirás las responsabilidades que te corresponden como príncipe de Gales.

Charles se frotó el rostro con la mano izquierda y después se masajeó el puente de la nariz con el índice y el pulgar.

—¿De verdad vamos a tocar ese tema otra vez?

—Sí, de verdad. Estoy cansado de esta situación, así que te impondré la solución definitiva con un montón de limitaciones. Un solo auto, por ejemplo, una única propiedad en Londres, una reducción del ochenta por ciento de tu cuenta bancaria... ¿Quieres que continúe?

—Lo harás, aunque te pida que pares.

—Pararé cuando regreses al palacio, Charles —dijo el rey, y el silencio se estableció al otro lado de la línea.

El príncipe soltó una maldición para sí mismo antes de responderle.

—¿Qué? —dijo.

—Quiero que tengamos una conversación como corresponde. Necesito entender por qué te niegas a ejercer como príncipe.

—Yo ya he tomado la decisión y pensé que la respetarías tarde o temprano.

—Lo haría si hubiese una razón de peso para tu forma de proceder, pero solo lo veo como un berrinche. No logro comprender cómo es que la fiesta y el desenfreno te hacen feliz.

Charles se calló un montón de respuestas. Los motivos eran demasiados y nunca se animaba a decirlos en voz alta. El de más peso, el que le revolvió el estómago, era que tendría la posición de su padre cuando este muriera, y él aún no estaba preparado para eso.

No lo estuvo a los diecisiete, cuando su padre enfermó de cáncer y su tío tuvo que ejercer como regente. No lo estuvo años más tarde, cuando tuvo que abandonar la universidad porque su padre sufría una neumonía grave. Y no lo estaría en el futuro, cuando la muerte se lo llevase sin que él pudiera hacer nada para impedirlo y tuviese que ocupar el trono, que le recordaría día tras día que su padre se había ido.

—No estoy preparado para hacerlo —le dijo después de un rato—. Además, sabes que tener responsabilidades no es lo mío.

—Pero puedes con ellas. Es solo que nunca has querido tenerlas, o pierdes pronto la paciencia y lo dejas todo a medias. —Escuchó un largo suspiro de frustración—. Intento razonar contigo, pero me respondes como un niño, no como el adulto que eres. Yo también tuve tu edad, y también estuve en tus zapatos en su debido momento, pero acepté mi responsabilidad porque era lo correcto. Tú deberías hacer lo mismo; por tanto, he decidido que, una vez que tu equipo de trabajo esté formado, vas a recibir el adiestramiento necesario. Si crees que no estás listo, pues te prepararás.

—Acabo de decirte que no me interesa.

—Y en vista de que todo lo que yo te digo tampoco te interesa, ignoraré igualmente todas y cada una de tus protestas. Te prepararás para ejercer tus responsabilidades, y no quiero oír nada más. De no hacerlo, tendrás que buscarte un empleo para mantener tus caprichos como la gente normal. Eso es todo, Charles. Puedes continuar con tu día.

Charles tensó la mandíbula al percatarse de que le había colgado. Miró la pantalla y masculló una maldición; su mañana había empeorado considerablemente.

¿Por qué de repente todo lo que le había dejado de importar comenzaba a agobiarlo tanto de nuevo? Parte de su declive empezó la semana anterior.

Enfrente, tenía a la responsable.

—Necesito que baje conmigo —le dijo.

Anna giró un poco la cabeza y lo observó por encima del hombro como si acabara de ponerle un arma en la cabeza.

—Es un restaurante familiar. No asesinan a nadie dentro.

—No, no es por eso. Necesito hablar con usted.

Ella parpadeó, entre desconcertada y preocupada.

—¿Qué he hecho ahora? —Hizo un movimiento brusco para encararlo—. Oiga, estoy haciendo todo lo que me ha pedido. Conduzco, conduzco y conduzco. —Golpeó con insistencia el asiento, remarcando las palabras—. Además, me he reservado todas mis opiniones. He estado calladita. No he hecho...

—Pues siga calladita, apague el motor y venga conmigo.

La puerta se abrió y el príncipe salió del coche sin darle tiempo a responder.

—Hombres —gruñó ella.

Después de apagar el motor, abrió la puerta y salió del coche con cuidado, bajándose la falda del vestido. «Dios santo, este pequeño pedazo de tela no cubre mucho», pensó.

Charles se aclaró la garganta al otro lado del auto, captando su atención.

Anna se apresuró a llegar junto a él.

—¿Quiere que le pida un apartado?

—¿Tiene alguna obsesión con los apartados? —Una sonrisa perfilada se asomó a sus labios—. ¿Hay algo en particular que le guste hacer en las esquinas?

—Adornarlas con flores.

Charles sonrió. Debía admitir que era una mujer ocurrente. Descarada, pero ocurrente.

—Supongo que un apartado estaría bien.

Apenas hubo terminado de hablar, entraron en el restaurante y la gente lo reconoció de inmediato.

—¡Príncipe Charles! ¡Príncipe Charles!

Anna puso los ojos en blanco. En un parpadeo, se vio envuelta entre distintos cuerpos que la obligaban a ir de un lado a otro, reduciéndole el espacio para caminar.

—¿Nos dejan pasar, por favor? —musitó.

—¿Qué le trae por aquí, príncipe Charles?

—Señor, ¡es un placer conocerlo en persona!

Anna lo perdió de vista un instante, pero enseguida lo localizó entre la gente.

—¡Con permiso! —gruñó ella—. Tengo un arma y no dudaré en usarla.

Unos dedos cálidos atraparon entonces su muñeca y tiraron de ella para sacarla del bullicio.

El príncipe Charles la miró con ojos divertidos mientras se abrían paso por el restaurante.

—¿Tiene un arma y no dudaré en usarla? Ni esto es una película de acción, ni...

—¡Príncipe Charles! —seguía gritando la gente.

Evitó poner los ojos en blanco.

—¿Por qué no pide ese apartado?

—Hecho.

Minutos más tarde, se acomodaban en la mesa de la esquina al fondo, desde donde podían observar a la gente caminar por la acera a distancia y a algunos curiosos deteniéndose para tomar fotografías.

Y un par de minutos después, les llevaron lo que habían pedido.

—El servicio nunca había sido tan rápido —musitó ella.

Charles tomó la taza en sus manos y observó su contenido.

—¿Viene mucho por aquí?

—Venía. Solía hacerlo con frecuencia.

—¿Solía?

—Sí. Con mi exnovio.

—Ah. De ahí su obsesión por las esquinas.

Ella entrecerró los ojos un poco.

—De hecho, mi mesa favorita estaba casi a la entrada. Siempre nos sentábamos ahí.

Durante los dos minutos que estuvo dando sorbos ocasionales al café, notó que las manos de ella estaban vacías.

—No ha pedido nada —dijo.

Anna cruzó los brazos sobre la mesa.

—No tengo hambre.

—¿Ni siquiera algo de sed?

—Estoy bien. Quisiera saber de qué quería hablar conmigo.

—Sí, por supuesto. —Dejó la taza sobre la mesa, y el barrido de un elefante lo hizo fruncir el ceño—. ¿De dónde viene ese ruido?

Por la mueca que hizo ella, supuso que era la responsable.

—Discúlpeme —dijo mientras metía las manos en el escote, del que sacó un teléfono pequeño.

—Y cuando yo tenía las manos metidas en el pantalón, ¿qué me dijo? —Sacudió los hombros, desprovisto de humor—. Que no me masturbara, y usted, muy contenta y tranquila, se mete las manos en el escote.

—No tengo bolsillos en esta cosa. Tenía que guardarlo en algún lado. —Miró la pantalla, y al instante una mueca de impaciencia se le formó en la boca—. ¿Me permite responder?

—Sí, por favor. Creo que hasta el presidente de Estados Unidos debe estar escuchando esos berridos en la Casa Blanca.

Anna se levantó apresurada de la silla y se alejó lo necesario para hablar con cierta privacidad.

—Señor Hastings, buenos días. Lamento no haberlo llamado antes.

—Buenos días, Anna —contestó el hombre, muy afable, y luego hizo una pausa, como pensando—. Te llamo por lo del apartamento.

—Lo sé... Debo disculparme —se apresuró a decir—. Sé que no he hecho el pago que acordamos, pero he tenido algunos problemas. He empezado un nuevo trabajo, o más bien un segundo trabajo de dos semanas, y de momento no puedo pagarle, pero si me da hasta el viernes, yo podría...

—Lo lamento, querida. Te he dado muchos plazos y me urge alquilar el piso. Tengo una pareja que está dispuesta a pagarme al momento.

—Puedo pedir un adelanto y le pago mañana.

—No me es posible esperar más. Me gustaría ayudarte, por eso te he dado tantos plazos, pero de verdad que necesito alquilar el piso cuanto antes.

—Por favor, señor Hastings... —insistió ella, rayando en la desesperación—. Ya hemos avisado al propietario de la casa en la que estamos mi amiga y yo de que nos íbamos a ir y tiene a sus próximos inquilinos a la espera de nuestra mudanza. Deme una semana más.

—Lo siento, querida, pero mi mejor ingreso lo obtengo de las rentas y ese apartamento lleva mucho tiempo vacío. Espero que consigas algo pronto.

—Bueno, gracias... —musitó, sabiéndose derrotada—. Le deseo suerte.

—Lo mismo para ti, querida.

Con el fin de la llamada, se sintió presa de la frustración, por haber perdido la oportunidad de tener un piso para ella sola; de la tristeza, porque todos sus esfuerzos al final habían sido en vano, y de la rabia, porque, de no ser por ese hombre y su ridícula venganza, ya tendría el dinero que necesitaba. No había cobrado la quincena completa, por tanto, el pago del alquiler tampoco lo estaba, y aún no podía recaudar lo obtenido en el trabajo como chófer.

No creyó que el príncipe Charles pudiese caer tan bajo, pero podía. Pensaba que era un hombre sin convicciones ni moral, pero ahora veía que tampoco tenía conciencia. No le importaba jugar con la vida de los demás con tal de salirse con la suya.

Le tomó un par de minutos estar lo suficientemente calmada como para sentarse frente a él, y él parecía querer poner a prueba su paciencia, porque al instante le dijo:

—Quiero hablar sobre lo acontecido en el taxi.

Anna puso mala cara.

—Creí que después de haberme chantajeado para obligarme a trabajar para usted durante dos semanas ese tema estaba más que resuelto.

Él sonrió.

—He tenido una singular discusión con mi padre en el auto. Según él, debo comenzar a prepararme en serio para mi cargo. Está empeñado en que debo ejercer mi responsabilidad como su sucesor.

Anna abrió los ojos un poco.

—Debe ser duro oír eso de boca de tu padre —bromeó.

—Lo cierto es que yo no quiero asumir mis responsabilidades como príncipe —confesó—. No estoy interesado en ello.

Anna chasqueó la lengua.

—¿Y yo que tengo que ver?

—Dijo que yo no era una persona apta para ser rey. ¿Por qué?

Se le inflaron las aletas de la nariz antes de contestar:

—Ni de coña hará que se me suelte la lengua.

Notando su brusquedad, dijo después:

—Lo siento. En realidad, soy una persona con buenos modales.

Él le sonrió burlonamente.

—Le prometo que todo lo que me diga no será usado en su contra esta vez.

—Prefiero reservarme mi opinión.

—Exijo que me conteste —gruñó él, impaciente.

Ella comenzó a hablar:

—¿De verdad quiere saberlo? Pues creo que es un irresponsable que abusa de su poder y falta a sus responsabilidades.

—Yo no tengo responsabilidades.

—Sí las tiene. Es el hijo del rey. Su responsabilidad es no echar lodo a la casa real ni a la reputación de su familia, y es lo único que sabe hacer. ¿Quedarse dormido en una fuente? ¿Y desnudo?

—El hotel es de un amigo de mi padre.

—Eso es humillante. No solo para su padre, sino para usted, y también para el amigo de su familia. ¿No ha pensado que no soy la única que piensa que sería un mal líder? Sí, yo he sido la única persona insolente que se lo ha escupido todo a la cara, pero apuesto a que muchos ingleses comparten mi opinión.

—No me ha dado una razón real de por qué cree que no soy competente.

—¿Quiere una razón real? Usted es una persona sin escrúpulos, un manipulador y un egoísta —escupió de golpe—. Me amenazó con perjudicar a mi familia y a amigos, y puso en riesgo mi estabilidad económica porque no soportó que hablara mal de usted. Es cierto, le ofendí y fui irrespetuosa, pero lo que ha hecho para vengarse ha sido algo muy bajo. Solo se preocupa por usted y

por sus deseos. No tiene ningún tipo de empatía. No tiene sentimientos. Si tiene que pisotear a alguien para conseguir lo que desea, lo hace. Usted actúa más como un robot que como un humano. ¿Quiere más razones? —Se inclinó un poco sobre la mesa—. No tiene respeto por nadie, ni siquiera por su padre. No se ha percatado de que su deseo no es que se convierta en rey algún día, sino que vuelva al buen camino y que sea un hombre de bien. No hace otra cosa aparte de emborracharse, acostarse con una mujer diferente cada semana y protagonizar escándalos.

En silencio, Charles la consumió con la mirada.

—Le dije que prefería reservarme mi opinión —concluyó ella.

—Entonces ¿cree que no sería buen rey porque no tengo sentimientos? ¿Que soy un manipulador y un egoísta?

—Lo ha resumido bastante bien, sí.

Él asintió, una y otra vez, sin emitir palabra alguna.

—Hay algo que me caracteriza, señorita Mawson, algo que podría ser mi única virtud al parecer: mi palabra. —Se levantó de la silla—. Voy a demostrarle que soy lo bastante capaz de manejarme de acuerdo con mi título, y que el trono y todas las responsabilidades que este acarrea están hechos a mi medida. Le doy mi palabra.

Sacó un par de billetes del bolsillo y los dejó sobre la mesa.

—Le daré el día libre. Ahí tiene dinero para el pago de la cuenta y del taxi que la llevará a casa. Uno de mis guardias la acompañará para asegurarse de que llegue bien. —Le sonrió, y Anna se sintió desfallecer. Fue como ver al diablo sonreírle—. Gracias por la conversación, señorita Mawson. La veré mañana.

Lo observó con el corazón saltando mientras abandonaba el restaurante. Sintió un silencio gélido tras su ausencia, como si su entorno se hubiese ido con él, y un escalofrío le advirtió de problemas.

—Creo que esta vez sí va a meterme en la cárcel —se dijo, bebiéndose el resto del café que él había dejado.

Charles llamó la puerta del despacho de su padre dos veces antes de escucharle decir que podía pasar. Edward lo miró fijamente. Tenía el típico semblante de una persona que se disponía a negociar.

—Vengo por nuestra conversación telefónica.

El rey asintió, extendiendo el brazo hacia uno de los asientos, invitándolo a que se sentara.

—De acuerdo, Charles.

El príncipe sostuvo la mirada a su padre mientras tomaba asiento.

—Tal vez te resulte difícil de creer, pero he estado reflexionando sobre lo que me has dicho.

Edward asintió una sola vez, cruzando las manos sobre el escritorio, y esperó a que hablara.

—He pensado en lo de recibir adiestramiento. —Se echó un poco hacia atrás—. Acepto.

—Lo dices como si hubieses tenido opción.

—Pensaba que si veías que tenía una actitud positiva sería satisfactorio para ti.

—Solo me sentiré satisfecho cuando vea buenos resultados.

—Tienes muy poca fe en mí.

—No, al contrario, pero no acabo de entender los motivos que te han hecho cambiar de parecer. Creo que tengo motivos para mostrarme suspicaz. —Le sostuvo la mirada en silencio durante un instante—. ¿A qué se debe este cambio de opinión? No me fío de esta singular muestra de cooperación por tu parte.

Muy bien. ¿Cuál iba a ser su excusa? ¿Que una mujer lo había retado? ¿Que la misma taxista que hirió su orgullo consiguió herirlo una vez más? ¿Que quería demostrarle que estaba equivocada? No, no. De ninguna manera.

—Me gustan los yates y las fiestas —dijo—. Renunciar a todo ello ahora sería un fuerte golpe para mí.

—¿Así que se trata solo del dinero?

—Sí.

Edward inclinó la cabeza un poco. Sin apartar la mirada de su hijo, abrió uno de los cajones y sacó un periódico, que colocó frente a él.

—Mira la portada y luego ve a la página tres.

Frunciendo el ceño, Charles tomó el periódico e hizo lo que su padre le pidió. Tenía la fecha de días pasados y en la portada se mostraba una imagen del momento de su discusión con Anna en plena calle la semana anterior. Al pasar a la página tres, encontró un reportaje extenso en el que se relataba lo acontecido.

Se lo devolvió un instante después.

—La gente está muy interesada en la atractiva taxista que se enfrascó en una discusión con el príncipe de Gales —comentó su padre.

Charles pudo detectar el tono de sarcasmo en su voz.

—¿A dónde quieres llegar?

—Tu pequeña rabieta con esta mujer en medio de la calle ya ha llegado a los medios. ¿Cuánto crees que tardarán en descubrir que ahora es tu chófer?

—¿Eso en qué es relevante?

—No quiero más rumores que afecten la buena imagen de nuestra familia. Tu formación es algo que me voy a tomar muy en serio y conlleva una reducción de escándalos. Sigo trabajando en la contratación de tu personal.

—¿Cómo puede esto ser un escándalo?

—Dado tu historial, estoy seguro de que encontrarás una respuesta a esa pregunta. Además, ambos sabemos por qué esa mujer está trabajando para ti. — Se inclinó un poco hacia él—. La honestidad es algo que a ti te desagrada cuando te sientes atacado.

—Tengo la impresión de que estás disfrutando con esto.

—No disfruto viendo a mi hijo metido en problemas.

—Un poco sí. Puedo darme cuenta de ello.

—Bueno, Charles, sabes cuánto aprecio a una persona sincera.

El joven soltó una falsa carcajada.

—Te encanta que esa taxista me haya hablado así.

—No lo apruebo si es algo que te molesta.

—Pero, al mismo tiempo, sí lo haces.

Edward se limitó a sonreírle.

—Para ser honestos, sí. Creo que has estado rodeado de gente tramoyista durante demasiado tiempo.

—¿Te refieres a mis amigos?

—¿Los que te acompañan para sacarte provecho? Sí, supongo que sí.

—Parece que ninguno te agrada.

—Bueno, ciertamente no. Mi única excepción era Gray.

Charles le sonrió casi por gentileza.

—No nos hablamos desde hace dos años, padre.

—Cierto. —Apoyó la espalda en la silla—. ¿Por qué?

—Porque tuvimos una discusión.

—¿Sobre qué?

Charles suspiró.

—Él piensa que es hora de que madure.

—Eso confirma lo que te he dicho hace unos minutos. Repeles la honestidad si te afecta directamente.

—Gray no es en palabras exactas el mejor amigo que he tenido. Tengo un par buenos.

—Sabes que eso no es cierto.

—Padre, no he venido para hablar de Gray. Estoy aquí para ponerme de acuerdo contigo respecto a mi formación.

—Por supuesto. —Le sostuvo la mirada durante unos segundos—. Haré los arreglos pertinentes. Si aceptas, queda terminantemente prohibido una sola queja. Tendrás que acatar todas y cada una de mis condiciones.

—Hasta donde sé, quejarme es lo mío, pero lo haremos a tu manera.

Edward lo miró fijamente durante lo que a Charles le pareció una eternidad.

—Aún no comprendo tu cambio de opinión. Sí, has dicho que se trata del dinero, pero yo te conozco, hijo. Sé que hay algo más.

Charles se recolocó la chaqueta, incómodo.

—No sé qué otra explicación esperas encontrar.

—Anna Mawson.

Abrió los ojos como platos, sorprendido. Pero ¿cómo lo sabía?

No tardó en descubrir que no es que su padre se refiriera a ella como el motivo de su cambio de opinión, sino que había pronunciado su nombre para señalar su presencia. Ella estaba allí. Charles lo supo al detectar su perfume dulce, quizá lo único dulce que esa chica descarada tenía. Al volverse, la encontró de pie junto a la puerta abierta, con las manos cogidas tras la espalda. Evitaba mirarlo a los ojos, y él prefirió que fuera así. Le permitió darse cuenta de que tenía una nariz larga y perfilada, aunque también redonda.

—¿Quería verme, su majestad? —dijo después de hacerle una reverencia.

Charles se volvió hacia su padre.

—¿La citaste? —El rey asintió—. Esto debe de ser una broma.

—No, será una conversación dentro de unos segundos. Puedes retirarte, Charles.

—Alto, dame un segundo. ¿Esto a qué se debe?

—Bueno, hijo. Tú eres el príncipe, pero yo sigo siendo el rey. Nada pasa en esta casa sin que yo pueda intervenir. Ahora, por favor, retírate.

Los ojos de Charles brillaron de confusión, pero decidió levantarse del asiento y caminar hacia la salida. Le lanzó una rápida mirada a Anna.

—Hablares más tarde, señorita Mawson.

Dejó caer la cabeza para ocultar su reacción, pero de todos modos alcanzó a ver antes de irse el tenue color rojizo que empañaba las mejillas de la joven a causa de su nerviosismo.

Edward le ofreció asiento apenas escuchó cerrarse la puerta.

—Discúlpeme por hacerla venir —dijo.

Anna se acomodó a toda prisa.

—No es ninguna molestia, su majestad.

—Las normas de trato hacia la realeza indican que debe tratarme con una

formalidad muy bien cuidada. —Tomó el periódico y lo devolvió al cajón del que lo había sacado—. Pero en estos momentos no es el rey Edward quien habla con usted. Por favor, llámeme Edward.

Anna negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo. Principalmente porque usted es el rey, y segundo porque... Bueno, quiero decirle que le guardo un gran respeto y que le estoy muy agradecida. Con sus ayudas económicas, usted salvó a mi familia de una bancarrota inminente. Ahora mis padres y mis hermanos tienen buenos empleos y estabilidad económica.

El rey asintió, complacido.

—Es muy gratificante escuchar eso. Creo que todos podemos cambiar este mundo poco a poco. Sin embargo, no es ese el tema que ha motivado nuestra reunión. —Comenzó a golpear el escritorio con los dedos—. Sé quién es usted. Sé que estuvo en la cárcel durante un año acusada de participar en carreras de coches ilegales y causar un accidente que casi le cuesta la vida a una joven de diecisiete años.

Anna dejó caer la cabeza, avergonzada.

—También sé que no fue usted —se apresuró a decir—. No estoy juzgándola. Desde que Charles mencionó la discusión que ambos tuvieron el otro día, quise saber quién era usted exactamente. He leído su historia al derecho y al revés.

Anna se limitó a suspirar y a esperar sus palabras. Sería otra persona más en la lista de quienes la señalarían y la juzgarían, y esta vez no podía decir nada. Su impulsividad ya le había causado demasiados problemas.

—Creo que es una mujer excepcional.

Ella parpadeó, sorprendida.

—Pero estuve en prisión... —musitó.

—Por algo que no cometió. Mire, Anna, no le he pedido que nos reunamos para discutir su pasado. En estos momentos me interesa resolver la vida del necio de mi hijo.

—Por favor, no me pida que le dé mi opinión sobre su hijo. Aún sigo con la sensación de que me enviará a prisión desde que hablamos en el restaurante.

Edward parpadeó sorprendido.

—¿Podría hablarme sobre esa reunión?

—¿Su hijo no le ha comentado nada?

—Charles no suele ser muy comunicativo conmigo ni acostumbra a contarme lo que hace en su día a día ni a hablarme sobre ningún otro tema tampoco, debería añadir. Creo que solo viene a hablar conmigo cuando tiene algún capricho en mente. No espero que se ofenda con esto, pero en este momento su nuevo capricho es usted.

Anna se removió un poco incómoda en el asiento.

—Creo que la culpa es mía. Su majestad, temo que no soy la persona más reservada del mundo.

—Lo que para mí es justo la solución a mi dolor de cabeza. —Entrelazó las manos sobre el escritorio—. Por favor, cuénteme un poco sobre su reunión con mi hijo.

Anna se apresuró a contárselo todo al rey, sin olvidar ningún detalle. Él se mostraba sorprendido e incluso divertido con cada cosa que ella decía.

—Así que usted le dijo que no era apto para el trono —musitó lentamente, como si estuviese analizando sus propias palabras.

—Antes le advertí que prefería mantener para mí misma mis opiniones. En concreto se lo advertí dos veces.

—De todos modos, él insistió.

—Y yo solo respondí.

El rey volvió a dejar caer la espalda hacia atrás y se quedó mirándola fijamente. Mientras lo hacía, Anna pudo notar que no había parecido físico entre él y su hijo, salvo por algún que otro gesto que también le había visto hacer al príncipe y por los ojos azules. Debía de parecerse más a su madre.

—Quiero ofrecerle un empleo —le dijo el rey.

—Ya tengo uno, señor.

—Este es un trabajo especial, y si acepta, tendrá la inmunidad real.

Anna parpadeó, más confundida que si le hubiesen intentado explicar el árbol genealógico que unía a las familias europeas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Señorita, usted será intocable durante el resto de su vida. Si mi plan

funciona, se convertirá en una de las mujeres más valiosas para el Reino Unido.

—Tal vez me equivoque, pero si esto tiene que ver con relaciones íntimas con su hijo, yo paso.

—No, no. Nada de eso. Usted piensa que él no está cualificado para ser rey.

—Con todo respeto, me reservaré mis opiniones.

—Es exactamente lo que no quiero que haga. A diferencia de usted, yo creo que mi hijo sí está preparado, pero le falta interés. Con la formación adecuada y el incentivo correcto, Charles estará más que listo.

—¿Y yo qué papel tengo en todo esto?

—Ah, señorita, es muy sencillo. Al parecer usted es la única capaz de motivarlo y de proponerle un reto que él acepte. Quiero que usted esté a la cabeza del equipo que se va a encargar de su preparación para ser rey.

Ella contuvo la respiración durante unos segundos, no supo si para reprimir una carcajada o el estallido de pánico.

—Su majestad, obviamente no me ha visto en mi casa. Como con las manos y a veces digo groserías. No tengo la preparación apropiada para un puesto así.

—Tal vez, pero tiene lo que necesito para corregir al inmaduro de mi hijo. Dígame, ¿qué sabe sobre la realeza?

—Desde niña siempre me ha gustado la historia. Creo que sé todo sobre la realeza británica y sobre Inglaterra.

—Es perfecta. Está contratada. Desde hoy tiene la inmunidad real. Es algo que va a gustarle, y si necesita alzarle la voz a mi hijo, a partir de este momento está en su derecho de hacerlo.

Anna abrió la boca, olvidando durante unos segundos como cerrarla.

—¿Está dándome el poder de llamar la atención al príncipe cuando he sufrido su furia por ser la mujer que le ha estado señalado sus defectos?

—Ah, Charles me odiará como solo él sabe hacerlo, pero sí. Ya no sé qué más hacer por él, así que esta medida me parece la última opción. ¿Qué me dice? ¿Acepta? Por supuesto, tendrá un generoso sueldo digno de su esfuerzo. No solo estará ayudando a que Inglaterra tenga un próximo rey bien preparado, sino que ayudará a un padre con su hijo, y esto último es mucho más valioso para mí que lo primero.

—Majestad, es que... no lo sé. Yo me conozco y sé que no suelo tener buen carácter y, si me permite decirlo, su hijo tiene la capacidad de acabar con mi poca paciencia.

—¿Y no le gustaría hacer algo para que mi hijo cambiara y beneficiar con ello a todo el país?

—Sí, tal vez, pero...

—Entonces puede hacerlo. Ayúdeme a moldear a ese joven caprichoso y, con el tiempo, usted verá cómo ayuda a cambiar el mundo. —Ante su continua duda, añadió—: Le haré una entrevista para medir sus capacidades, si se queda más tranquila. Le garantizo que quiero lo mismo que usted: un líder de calidad que garantice un país de calidad. ¿Qué me dice?

Ella suspiró lentamente una y otra vez.

—Acepto.

—¿Que harás qué?

Anna se cubrió el rostro con la almohada para no escuchar a Zowie gritarle como una histérica.

—¿De verdad el rey te pidió lo que acabas de decirme?

—Sí.

Zowie le quitó la almohada de la cabeza.

—Puso a su hijo a tu cargo —musitó impresionada—. ¿Cómo puede ser eso posible? El rey debe saber que lo odias.

—Es complicado.

Mientras intentaba calmar sus aturridos pensamientos, Anna mantuvo la vista fija en el techo. El rey Edward le había hecho un ofrecimiento que no podía rechazar. Primero: ella quería a alguien que continuara velando por el Reino Unido como llevaba haciéndolo el rey Edward durante años. De primera mano conocía lo que un país manejado por alguien decente podía ofrecerle a la clase trabajadora. Segundo: aceptar el trato le quitaría de encima la amenaza del príncipe de perjudicar a su familia y a sus amigos en el caso de que ella no acatara sus deseos.

—Y tú aceptaste. —Soltó una carcajada—. ¿Por qué lo hiciste?

—El rey me lo pidió —respondió distraída.

—¿Y eso es todo? Venga, sé que hay algo más.

Suspiró y acabó por contarle de forma resumida la amenaza del príncipe.

—¡Anna! —chilló—. ¿Cómo no me habías dicho eso antes?

—No era importante. —Se acomodó en la cama hasta apoyar la espalda contra la pared—. Pensaba solucionarlo trabajando para él durante dos semanas. Peores cosas me han pasado. De todos modos, él ya no puede hacernos nada. Si lo intenta, yo hablaré con el rey y problema resuelto.

—No puedo creer los trucos sucios que personas así pueden usar.

—Ya no importa. —Le tomó las manos—. Todos estarán bien.

—Anna, yo adoro mi trabajo, pero te adoro más a ti. Eres mi mejor amiga.

—Zowie, tampoco me pidió que asesinara a alguien. No es tan grave.

—Tienes que hacer algo, Anna, darle donde más le duele, sacarlo de quicio. ¡Yo qué sé! Te vas a encargar de prepararlo para ser rey. Haz que sude, que tenga que pasar por pruebas duras. Se lo merece.

Anna sonrió, burlona.

—Pensaba que lo adorabas.

—Es un cretino. Nadie se mete con mi mejor amiga.

—Eres adorable, pero guardar rencor no es lo tuyo. Volverás a idolatrarlo mañana por la mañana.

—No. Quien idolatrá a alguien mañana por la mañana será él, y ese alguien serás tú.

Anna frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Zowie se limitó a sonreírle, y Anna supo enseguida que tenía un plan.

Charles entró en el Salón Amarillo pasadas las siete de la mañana, donde encontró a su padre de pie junto a un pequeño grupo de mujeres y hombres. También estaba Anna, luciendo un atuendo muy distinto al del día anterior. Un vestido rojo ajustado sin nada de escote, a medio muslo de largo, sin mangas ni

accesorios y, aunque podría ser absurdo, estaba mucho más guapa así que con un pronunciado escote por el que pudiera verle los pechos. Aun así, tuvo que admitir que disfrutaba de las vistas...

—¿Me he perdido algo? —preguntó vacilante, caminando hacia su padre, pero con la mirada fija en ella.

«Mierda», gruñó en su mente. ¿Por qué tenía que ser tan guapa? No se podía entrar en el campo de batalla cautivado por el enemigo. Era una pérdida asegurada. Pero no podía evitarlo. Era una mujer muy bella, no podía dejar de mirarla, porque todo en ella le resultaba fascinante: sus ojos verdes que le brillaban con intensidad, y su don de menos es más: menos escote, más belleza. Aun así, ahí estaba ese montón de curvas y las montañas de sus pechos, y el desconcertante borde de su vestido que se alzaba un poco al mover las piernas. Sintió curiosidad. ¿Cómo sería tocar su piel? ¿Sería suave como la seda o fría como el mármol?

—Charles, te presento al equipo de trabajo. —Edward los señaló con la mano, sacándolo de sus desviados pensamientos—. Ellos se encargarán de tu formación, y mientras dure, mi mano derecha será la señorita Mawson.

A Charles se le pusieron los vellos de punta.

—¿Perdona?

—Anna será la persona que coordine al equipo. Tendrás que hacer lo que ella te indique.

Anna le sonrió a distancia, y aquello fue como una bofetada.

—Ya no debo tratarlo de «usted» —parpadeó con rapidez—. Tengo autorización de tu padre. Puedes hacer lo mismo, Charlie.

Viendo la mueca de desconcierto en el rostro de su hijo, Edward se esforzó por no echarse a reír.

—¿Esto es una broma? —gruñó Charles.

—No, hijo mío. He hecho las comprobaciones necesarias, y Anna está a la altura del puesto.

—Es una taxista —espetó el príncipe despectivamente.

—Conoce la historia de Inglaterra y del Reino Unido del derecho y del revés, así como todo lo relacionado con la realeza británica. —Charles no se había

fijado en los papeles que su padre sostenía en las manos hasta que lo vio sacudiéndolos—. Le he hecho una entrevista para corroborar sus aptitudes y he acabado bastante contento. —Sonrió con una inquietante satisfacción—. De tener duda en algo, tenemos un equipo amplio.

—¿Tiene que ser ella? ¿No has podido encontrar a otra persona?

—Créeme, Charles, nadie más tendría la paciencia de lidiar con tus caprichos. Hago lo que es mejor para ti, y espero contar con tu colaboración. —Le dio un golpecito en el hombro a modo de despedida y se marchó con las manos cogidas tras la espalda.

Charles escrutó de forma cruda a Anna, que parecía tranquila e inocente, sonriéndole, mientras aguardaba a que su rabieta terminara.

—¿Podríamos hablar en privado, señorita Mawson?

—Anna, Charlie, por favor. Llámame Anna.

—Como quieras, Anita.

Ella levantó una ceja. Odiaba tanto ese diminutivo...

—Hay mucho que hacer —afirmó ella—. Lo primero —extendió una mano hacia él— es la cazadora.

Él no parecía comprenderlo. No había nada malo en su ropa. Era la misma de siempre: camiseta, cazadora y tejanos. Pero ella permaneció allí de pie, insistiéndole. Le estaba dirigiendo una de esas miradas inquietantes, así que decidió quitársela y se la entregó.

—¿Algo más que quieras que me quite, preciosa?

—Aquí no —susurró con la voz aterciopelada.

Los labios de Charles se separaron inconscientemente, intentando absorber algo de aire fresco.

—¿Qué te parecería mi habitación?

—Cuento con ello.

—No era lo que tenía en mente —gruñó molesto.

—Lamento romperte el corazón. —Se acomodó en el borde de la cama—. Zowie, haz tu trabajo.

Una chica menuda de cabello castaño se acercó sonriendo al príncipe. Detrás de ella, otras dos mujeres sonreían también, ambas con cintas métricas en las manos.

—Así que eres la famosa Zowie —dijo él—. La compañera de piso de Anna.

—Soy más que su compañera de piso. Ahora quédese quieto.

Zowie comenzó a tomar las medidas del cuello, el largo de los brazos, la cintura y finalmente las piernas. Anna se imaginó que por dentro estaría hiperventilando, sin poderse creer que estaba tocando al príncipe de Gales.

—¿Eso es todo? —Él sonrió—. Creí que debía quitarme algo más.

Zowie anotó las últimas medidas.

—Tiene muchas cosas que quitarse, pero ninguna de ellas es una prenda de ropa.

—¿Entonces?

—Dejaré que Anna se lo diga, señor.

Charles miró fijamente a la aludida.

—¿Entonces? ¿Qué debo quitarme?

—La lista es demasiado larga. Te recomiendo ir punto por punto.

—Debo admitir que esto es decepcionante. Cuatro mujeres en mi habitación y aún sigo vestido.

—Ninguna está disponible —dijo Zowie—. Dos tenemos novios y una está casada.

—¿Y quién es la soltera?

Zowie le sonrió.

—¿Siempre usa cazadora de cuero?

—Por lo general.

—Tendrá que olvidarse de ella y guardarla en el armario durante un tiempo. No es el tipo de vestimenta apropiado para un príncipe.

—Tengo muchas cazadoras de cuero. Guardarlas no es una opción.

—También tiene dinero. Necesita un cambio de imagen.

—¿Cree que me veo mal? —musitó seductor.

Anna le dedicó una mirada de puro odio. ¡Estaba coqueteando con su mejor amiga! ¡Estaba claro que solo pensaba en una cosa!

Se levantó bruscamente de la cama y se llevó las manos a la espalda, adoptando una actitud indiferente.

—Te dejaré un rato con él, Zowie. Tú ya sabes qué tipo de atuendo es el más apropiado para él.

Su amiga se volvió al instante.

—¿A dónde vas?

—Voy a supervisar otras cosas.

Y se marchó. Afuera, en el pasillo, despegó los labios e inspiró profundamente. Mujeriego. Eso es lo que era. Un maldito mujeriego. Tiene una mujer bonita enfrente y no puede evitar coquetear con ella. Lo peor de todo es que esa mujer era su mejor amiga, ¡y tenía novio!

Se apartó los rizos del rostro y se concentró en respirar lentamente para calmarse. ¿Por qué se alteraba? Ya sabía que era un mujeriego. ¿Por qué habría de importarle?

La razón parecía importar poco, pero sabía cuál era. Por un momento creyó que le había parecido guapa, que había logrado impresionarlo, pero ahora estaba segura de que no era así. Al príncipe Charles, lo que menos le importaba era que una mujer fuera guapa, siempre que pudiera coquetear con ella y llevársela a la cama. Eso le pasaba por vanidosa.

—Anna Mary Mawson.

Suspiró frustrada dándose la vuelta.

—¿Qué pasa, Zowie?

—Soy tu mejor amiga. —Se detuvo frente a ella—. Tu excusa de «tengo que supervisar otras cosas» no me la creo. ¿Qué haces en el pasillo?

Se rascó la frente con el dedo anular.

—Estaba coqueteando contigo —dijo de golpe.

—Eso no me interesa. No cambiaría a Peete por alguien así. Además, ¿qué puede importarte?

Anna apartó la mirada.

—Mawson, ¡tú estás celosa!

La aludida comenzó a reírse como histérica.

—Eso es una estupidez. Detesto a ese hombre.

—Sí lo estás. Estaba coqueteando con él en el Salón Amarillo, es verdad, y en su habitación él coqueteaba conmigo. Pero solo era un juego, y, sin embargo, tú... ¡estás celosa!

Zowie miró al suelo un momento y de repente pareció aterrorizada.

—¿Qué pasa? —preguntó Anna nerviosa.

Zowie la tomó de los antebrazos y la arrastró consigo. Presa de la curiosidad, Anna se liberó y se dio la vuelta. Una pequeña serpiente naranja enrollada sobre sí misma estaba siseando.

Los ojos de Anna se dilataron al instante, y al separar los labios se le escapó un grito de terror estrepitoso que le desgarró la garganta. Aterrada, comenzó a retroceder torpemente, temblorosa y con los ojos desorbitados.

—¡No la mires! —gritó Zowie—. Anna, no te hará daño.

Pero la joven comenzó a temblar sin control y a respirar con brusquedad, como si la hubiesen arrojado en medio del océano con una piedra atada al pie. Su rostro adquirió una tonalidad grisácea. Cuando se ponía así, no había mucho que Zowie pudiera hacer para ayudarla.

—¿Qué sucede? —preguntó Charles, alarmado, saliendo de la habitación.

Todo su cuerpo se tensó al encontrarse a una Anna pálida y asustada, en cuyos ojos claros había una única emoción: terror, el más puro y el más vivo terror.

Gritaba, y temblaba, y lloraba, transmitiéndole el pánico como si lo tuviese en su propia piel.

—¿Qué sucede? —volvió a preguntar, esta vez aún más alarmado.

—Es la serpiente —respondió Zowie mientras acariciaba el cabello rubio de Anna, tratando de calmarla—. Tranquila, Nana. Todo está bien. No la mires.

Charles movió la cabeza en busca del animal. Finalmente, al mirar a sus pies, la vio.

—¿Fifta? —Se inclinó en el suelo y envolvió la serpiente en su brazo—. Es la mascota de una de mis hermanastras. Esta cosa no hace nada.

Anna soltó un grito mucho más aterrador cuando él inconscientemente comenzó a acercársele.

—¡Anna tiene fobia a las serpientes! —exclamó Zowie, tratando de alejar a su amiga de él a empujones, pero ella parecía haberse quedado pegada al suelo con

cemento rápido—. Por favor, sáquela de aquí.

—¿Fifta? ¿Dónde estás, bebé? —Era la voz de una chica, que parecía estar acercándose por el pasillo.

—Esa cosa larga debería desaparecer para siempre —dijo otra chica.

—Cállate, Kaylee.

—Haylee, Kaylee —las llamó Charles.

Las dos comenzaron a protestar.

—¿Qué?

—Fifta está aquí.

El ruido de pasos les hizo suponer que venían corriendo. A simple vista, una era la copia de la otra: dos altas mujeres de piel oscura, con el pelo afro encrespado y los ojos chocolate. Cuando eran pequeñas, a Charles le costaba distinguirlas. Ahora sabía diferenciarlas por la barbilla. La de Haylee era un poco más alargada que la de Kaylee.

—Haylee —gruñó el príncipe, entregándole la serpiente a la chica de la izquierda—. Te he dicho que no dejes a esta cosa por ahí.

La joven acarició la piel naranja del animal.

—Yo no la dejé salir, Charles. Kaylee dejó la jaula abierta.

La aludida se cruzó de brazos.

—No se hubiese quedado abierta si no estuviese rota.

—¡La jaula estaba intacta! Tú la...

—¡Basta! —gritó él, interrumpiéndolas—. Llévatela de aquí y procura arreglar la jaula.

—Yo también te quiero, hermanito —masculló la joven con tono burlón.

Las gemelas se marcharon, ignorando la protesta que les gritó después.

—Anna, no llores más, ya se la han llevado.

Un gritito gutural se escapó de su garganta. Incómodo, Charles se apoyó en la pared y esperó a que se calmara.

—Lo siento mucho, Zo...

Zowie intentó secarle las lágrimas, pero con el retorno del llanto, las mejillas volvieron a humedecerse.

—Esto no ha sido peor que el campamento.

Anna hizo una mueca de dolor.

—¿Nunca lo olvidarás?

—Nunca podré olvidar la sensación de tu vómito cayéndome encima.

Charles sonrió inconscientemente, sin comprender por qué.

—Estás temblando, Anna. Debes calmarte. Quédate aquí. Voy a buscarte algo de agua —dijo Zowie.

La joven se marchó tan deprisa que a Charles no le dio tiempo de decirle que había una jarra en su habitación. Entró rápidamente, tomó el vaso de cristal que estaba sobre la mesita de noche junto a la cama y vertió en él lo que quedaba de agua en la jarra. Acudió a ella en un parpadeo, extendiéndole el vaso.

—Tu amiga tardará en encontrar la cocina. Este lugar es enorme.

Temblorosa, Anna intentó aceptar el vaso, pero se le resbalaba.

—Déjame ayudarte —musitó él, y sostuvo el vaso por ella, apoyándose en los labios y aguardando pacientemente a que bebiera. Mientras esperaba, ella lo miró a los ojos, y encontró en ellos una inusual calidez que le llamó la atención.

Él no parecía alguien que hiciera gestos como ese, pensó Anna. ¿Por qué lo haría?

—Tienes unos ojos preciosos —dijo él suave y lentamente.

Ella agradeció estar tomando agua. Tenía la excusa perfecta para no responder.

—Me recuerdan a los de mi madre —continuó Charles—. Aunque los suyos eran azules. Cuando hacía algo que suponía algún peligro para mí, ponía esa misma expresión que has puesto tú, con los ojos dominados por el miedo. Le aterraba que algo malo pudiera pasarme.

Sonrió con tristeza.

—Me ha sorprendido tu reacción de pánico al ver la serpiente, ¿sabes? Pareces una mujer que no le teme a nada. Mi madre era igual.

Los ojos de Charles se cubrieron por una fina capa cristalina.

—La echo de menos —susurró débil.

Lo vio por primera vez sufriendo, siendo más humano, y al contrario de lo que hubiese imaginado que sentiría al verlo así, no le resultó en absoluto placentero.

—Lo siento —se disculpó él retirándole el vaso de la boca—. Había olvidado apartar el vaso...

Ella se humedeció los labios.

—Gracias —dijo.

Él se limitó a asentir, y después se alejó de ella con pasos lentos.

—Charles... —la escuchó llamarlo.

Al darse la vuelta, vio que el cuerpo de Anna se desplomaba. Con un movimiento rápido, alcanzó a sostenerla para evitar que se golpeará contra el suelo, lo que provocó que el agua del vaso que sostenía con dificultad lo salpicara. Le tomó la barbilla e intentó reanimarla moviendo su cara suavemente, sujetándola del mentón, y después sacudiéndola con cuidado por los hombros. Nada. Le salpicó el rostro con agua, pero todo intento fue inútil. Su respiración era suave. Con un suspiro de resignación, dejó el vaso en el suelo y la acomodó en sus brazos.

Miró hacia el techo.

—Dios mío, ¿por qué a mí?

La levantó del suelo y la llevó a la habitación.

—... y que era solo un desmayo por el susto. Despertará en cualquier momento.

Zowie asintió.

—Lo siento. Debí suponer que esto pasaría.

Cruzado de brazos, el príncipe le sonrió con un gesto que parecía amable.

—No había manera de prevenir esto.

—Bueno, yo hubiera podido hacerlo, porque no es la primera vez que le pasa algo así.

—¿Siempre ha tenido miedo a las serpientes?

Zowie asintió.

—Lo descubrió en un campamento cuando una serpiente la mordió en el tobillo. Gracias a uno de los campistas, ella está bien, pero desde ese día le asustan muchísimo. Ni siquiera puede verlas en caricatura.

—No soy precisamente amante de la vida salvaje. He aprendido a tratar con serpientes desde que mi padre volvió a casarse.

Zowie sonrió.

—La reina consorte, Tessie, es una excelente mujer. Anna la admira mucho. También a su padre.

Charles la miró de reojo.

—¿De veras?

—Sí. Además de los coches, le fascina la historia y, en especial, la casa real de Inglaterra.

—Mmm... ¿Le gustan los coches?

—No, los coches no le gustan. Los adora. Tiene un... un... Dodge Dart del 1972. Terminó de repararlo hace un mes. Es una maravilla. Algo viejo para mi gusto, pero bonito. Era de su abuelo.

—¿Era?

—Murió el verano pasado. Ella lo quería muchísimo. En su testamento le dejó ese viejo auto.

—Tiene un valor sentimental para ella, entonces.

—Es más que eso. Gracias a él, Anna descubrió que nació para conducir autos. Siempre me ponía muy nerviosa verla en el volante mientras sobrepasaba el límite de velocidad, pero tuve que admitir que era lo suyo. Se la veía feliz y tenía ese fuertísimo color en las mejillas. Era una chica llena de vida... Echo de menos los días en que parecía que nada podía hacerle daño.

Charles frunció el ceño.

—Lo siento. —Zowie sonrió, nerviosa—. No debería estar diciéndole esto. Es solo que ella es más que mi mejor amiga.

—¿Es su pareja?

Él la miró fijamente mientras esperaba su respuesta.

—No —negó ella—. Todos piensan eso.

—Se ven muy unidas.

—Nos conocemos de toda la vida. Mi madre y la suya son mejores amigas. Nosotras estábamos destinadas a serlo de igual manera... ¿Y usted? ¿Tiene también un amigo así o amenaza a las personas que quiere con quitarles los empleos?

Charles sonrió, divertido.

—No pienso disculparme, si es lo que busca.

—Yo no busco nada, en especial de usted.

—Y si Anna está en la cama es solo porque se ha desmayado en mi pasillo.

—Tampoco he mencionado nada al respecto.

Se hizo un largo silencio entre ambos, de modo que se cruzaron de brazos y esperaron de pie a que Anna se despertara.

Charles le recorrió el rostro con la mirada, analizando cada detalle de los

gestos de su cara mientras saboreaba el anhelo de que sus ojos se abrieran, unos ojos que revivían durante unos instantes el recuerdo de su madre por su fragilidad y la apariencia de alguien que necesitaba ser cuidado.

—¿Qué le sucedió a Anna? —preguntó.

Zowie parpadeó, confundida.

—¿A qué se refiere?

—Antes ha dicho que echaba de menos los días en que parecía que nada podía hacerle daño...

—Es algo privado.

—Si no me lo cuenta, encontraré a alguien que lo haga, no lo dude.

Ella suspiró, frustrada.

—Entiendo por qué Anna acabó gritándole lo que pensaba de usted sin medir las consecuencias. Es usted exasperante.

—¿Le parece?

—Sí. ¿Va a amenazarme como la amenazó a ella?

—No.

—¿Por qué? ¿Solo le satisface hacer miserable a quien ya lo ha sido?

Se vio a sí misma incapaz de contenerse.

—Anna tenía una pareja —empezó a decir Zowie—. Carter Stevenfield. Los dos se conocieron en la escuela y al poco tiempo comenzaron a salir. Él no era mucho de mi agrado, pero Anna se veía feliz y era todo lo que importaba. Tuvieron una relación bastante estable durante dos años. A los dieciocho, Anna empezó a participar en carreras, todas oficiales. Siempre iba con su abuelo y Carter.

Zowie permaneció ausente durante unos instantes, mirando a Anna acostada en la cama. Parecía una mujer que nada tenía que ver con la que acababa de describir.

—Carter tenía problemas con las apuestas —continúa—. Le debía mucho dinero a un tipo, así que le pidió el dinero prestado a Anna para pagar su deuda. Ella estaba increíblemente molesta porque no era la primera vez que lo hacía. Además, no tenía la cantidad que él necesitaba. Acordaron que le ayudaría a pagar la deuda al cabo de dos semanas. Iba a participar en una carrera y todos

sabíamos que iba a ganar.

—¿Lo hizo?

—No llegó a la carrera. —Se apartó el cabello del rostro. Charles notó que recordar lo sucedido la enfurecía—. Una semana antes, Carter le dijo que había otra carrera y la convenció para que Anna le dejara el auto para participar, diciéndole que, si ganaba esa carrera, el premio de la otra sería solo para ella. Anna aceptó, pero Carter no quiso que ella corriera, quería hacerlo él, y después de una tensa conversación, ella le cedió el coche. Antes de que la carrera comenzara, ella descubrió que era ilegal y se enfadó mucho con él, como no podía ser menos. Se sentó en el asiento del copiloto para evitar que él corriera, y al final, después de mucho discutir, consiguió evitar que él participara, pero al poner el auto en marcha Carter atropelló a una chica de diecisiete años.

Los ojos de Charles se abrieron como platos.

—¿Falleció?

Zowie negó con la cabeza.

—Entró en coma. Temo que esa fue una de las cosas que empeoraron la situación de Anna. Cuando el auto golpeó a la chica, Carter frenó tan fuerte que Anna se golpeó la cabeza y quedó inconsciente. Entonces él sentó a Anna detrás del volante y la hizo parecer culpable.

Hizo gestos con la boca, como si intentase buscar una manera de contener dentro palabras que podrían ser inapropiadas.

—En su declaración, Carter dijo que Anna estaba obsesionada con ganar y que no le importó que fuera una carrera ilegal. También dijo que, al atropellar a la chica, se golpeó y quedó inconsciente. El juicio fue espantoso. Nadie los vio discutir, nadie vio a Carter conduciendo. La sentenciaron a veinte años de prisión. Pero no fue la condena lo que le rompió el corazón, sino la traición de Carter y el saber que ya no podría participar en carreras de coches nunca más. Se lo prohibieron.

—¿Y cómo es que está libre?

—La chica despertó del coma un año después y dijo haber visto a Carter conducir, por lo que el caso fue reabierto y él fue declarado culpable del accidente.

—¿Le permitieron a Anna volver a conducir?

—Sí, pero sigue sin poder participar en carreras de coches, ya que su auto estuvo involucrado en el accidente.

—Entonces ¿estuvo un año en prisión?

Zowie asintió con tristeza.

—Y durante ese año no quiso recibir visitas. Estuvo un año entero sin dejarnos verla. Sus padres la enviaron a un psicólogo al salir.

Charles apenas podía creerse lo que estaba escuchando. En el informe que le dieron sobre ella, solo decía una pequeña parte de lo que acababa de contarle Zowie.

—Sé que Anna puede ser impulsiva y que cuando empieza a hablar no hay quien la pare, pero debe admitir que usted abusó de su poder queriendo manejar vidas a su antojo. Había otras formas de resolver el incidente.

Charles se sintió regañado como un niño pequeño, al tiempo que su mente se ajustaba a la información recién descubierta sobre Anna. ¿Cómo era posible que alguien pudiese ser tan cobarde como para permitir que una persona inocente pagara por sus delitos?

Aunque él no era mucho mejor, ¿o sí? Había intentado castigarla por haber herido su orgullo, pese a que lo único que había hecho fue ser sincera. Sí, no le había gustado lo que le había dicho, y sí, tenía la lengua muy suelta; no medía el impacto de sus palabras. Pero ¿era esa razón suficiente para que él la tratara como lo había hecho? La amenazó con perjudicar a su familia, abusó de su poder para doblegar su voluntad, la encerró en una prisión metafórica, obligándola a hacer algo que, evidentemente, no deseaba.

Por ser sincera, y porque él era un imbécil.

¿Y si tenía razón? ¿Si sus palabras poseían la verdad más absoluta? ¿Qué había hecho de provecho en su vida? Nada.

Todo se reducía a sexo, alcohol, dinero.

Años atrás, incluso había dejado la universidad para evitar la presión de los medios. Una vida de libertinaje le dio el respiro que en su momento necesitaba. Ahora ese tipo de vida lo agobiaba.

—Discúlpame —le dijo a Zowie, y abandonó la habitación.

Vagando por los pasillos, llegó hasta el comedor, donde su madrastra, la adorable Tessie, se encontraba tomando café. Al verlo le sonrió.

—Charles, cariño. —Depositó la taza sobre el plato que descansaba en la mesa con la misma elegancia de siempre—. Creí que estabas con tus clases.

Él se le acercó para darle un beso en la frente. Tessie era guapa de verdad: tenía una piel perfecta y el cabello y los ojos oscuros. Era toda ella de chocolate, con un carácter igual de dulce, siempre dispuesta a regalarle una bella sonrisa o a acariciar sus mejillas. Aunque eran muy diferentes, cada vez que la veía le recordaba a su madre —que tenía la piel lívida, ojos claros y el cabello negro—. Ambas eran madres amorosas y muy comprensivas.

—Hubo complicaciones. —Se acomodó en la silla junto a ella—. Fifta se escapó y resulta que mi «asistente y asesora real» tiene pánico a las serpientes. Está en mi habitación inconsciente. Se ha desmayado.

—Oh, Dios mío. —Se llevó ambas manos al pecho—. ¿Has llamado al médico?

—Sí.

—¿La has dejado sola? —murmulló, regañándolo.

—No —rio suavemente—. Está en compañía de una amiga. Le pedí al resto de mi equipo de trabajo que se retirara. Dudo que la señorita Mawson esté en condiciones de trabajar hoy.

—Pobre chica... Debió de asustarse mucho.

—¿No oíste sus gritos?

—Sabes que es muy difícil que escuche algo desde aquí.

—¿Por qué no le pides a tus hijas que compren un perro? Siempre que se escapa la serpiente, acaba cerca de mi habitación.

—Yo la detesto. Me la encontré hace unos días en la escalera. Tu padre le dijo a tu hermana que tenía que deshacerse de ella. ¡Por fin!

Sonrió, divertido, pero la alegría lo abandonó pronto. La ropa que llevaba era demasiado ajustada y comenzaba a molestarlo.

—Tessie... —murmuró, con un deje de inseguridad en la voz.

—¿Sí?

Charles dejó escapar un suspiro.

—¿Cuándo crees que la relación entre mi padre y yo comenzó a resquebrarse?

—¿A qué se debe esa pregunta?

—Desde hace un tiempo nuestras conversaciones son más bien discusiones.

¿A qué crees que se debe?

—No metería las manos en el fuego, pero juraría que se debe a que ambos tienen un carácter muy parecido.

—Yo optaría por otra respuesta.

Tessie soltó una suave carcajada.

—Charles, tu padre y tú son más parecidos de lo que creen. Ambos nacieron para ser líderes. Por eso sus conversaciones terminan casi siempre en discusiones.

—A veces creo que soy yo quien las inicia.

—No te disgustes conmigo, pero es así. Tu padre solo quiere lo mejor para ti.

—Por eso me puso entre la espada y la pared. —Dejó en evidencia su inquietud con los golpes de los dedos en su rodilla—. Sí, tiene mucha lógica.

—Solo quiere evitar que sigas yendo por caminos equívocos. Todo padre quiere ver a sus hijos casados y con hijos. Nosotros tenemos ganas de nietos.

—Casarme no entra dentro de mis planes.

—Porque no te has enamorado, querido.

—Ni lo haré jamás. Te lo prometo.

—Charles, cielo. —Le dio un tierno golpecito en el rostro con la mano—. Cuando encuentres a una mujer que te descongele ese corazón, vas a retirar esas palabras.

—Te apuesto el apartamento de París a que eso no ocurrirá nunca.

—¿Me lo darías legalmente?

—Por supuesto.

Tessie demostró su satisfacción con una amplia sonrisa.

—Me emociona mucho saber que ese apartamento será pronto mío. A tu padre le gustará pasar las vacaciones en París cuando tú seas rey.

Charles la miró de reojo.

—¿Vacaciones? Yo solo podré ser rey cuando él muera.

—Sí, claro, por supuesto. —Frunció los labios, nerviosa, antes de torcerlos en

una sonrisa—. Me refiero a que tomaremos unas vacaciones después, no cuando seas rey. Fue un sinsentido.

Tessie lo notó incómodo, e intuyó que por eso no había percibido su nerviosismo.

—¿Qué sucede, cariño? —le preguntó.

—¿Y si no soy un buen rey? —Le tembló la voz con la pregunta—. Bueno, si es que llego a serlo.

—Por supuesto que no serás un mal rey.

—¿Y si lo soy?

El ruido de los tacones llenó la habitación.

—No lo serás. —Anna se apartó el pelo del rostro—. No acabo de hacer el ridículo allá arriba para nada.

Charles parpadeó. ¿Cómo podía parecer tan repuesta si acababa de despertar de un desmayo?

—Eh. —Charles abandonó el estupor con un movimiento de la cabeza—. Tessie, quiero presentarte a Anna Mawson.

Tessie sonrió y Anna realizó una genuflexión.

—Encantada de conocerla. El rey me ha hablado de usted, al igual que Charles.

Anna lo observó con inquietud, temerosa de indagar en el tema. Se limitó a esbozar una sonrisa comedida.

—Quería hablar con usted, su alteza. —Tragó saliva—. Hubo un tiempo en que la gente pensaba que yo no podría salir adelante sola —dijo deprisa para evitar que él la interrumpiera—. Tardé cinco años en tener una vida medianamente aceptable. Fui juzgada injustamente por haber estado en prisión, lo que hizo que las cosas me resultaran más difíciles. Lo he pensado bastante, y con «bastante» me refiero a los minutos que me ha tomado llegar desde la habitación hasta aquí, y me he dado cuenta de que yo también he sido injusta contigo al juzgarte por lo que sabía de ti hasta ahora...

Anna deslizó los dedos por sus brazos en un baile hipnótico que a Charles le robó la concentración. Cómo le gustaría que fueran los suyos los que estuvieran recorriendo esa preciosa piel...

—Es verdad que eres un cretino. Y es verdad que yo no hago milagros, pero si crees en ti mismo, en que sí puedes ser un buen rey, o al menos tienes interés en conseguirlo, podrás lograrlo.

Charles se cruzó de brazos, repuesto del hechizo, pero muy sorprendido.

—¿Te has dado algún golpe en la cabeza?

—No, no. —Jugueteó con sus dedos presionados en el vientre—. Creí que el primer día de tu formación debíamos empezar ocupándonos de tu ropa y de tu aspecto, pero tengo una idea mejor.

Y sin más comenzó a caminar hacia la salida. Charles permaneció en el asiento, mirando a Tessie.

—Creo que se ha dado un golpe en la cabeza —murmuró confundido.

—Charles... —lo regañó Tessie—. No está bien que digas esas cosas.

Los tacones comenzaron a sonar otra vez y Anna volvió a aparecer en la habitación.

—Cuando dije «tengo una idea mejor», quería decir que me siguieras. —Se cruzó de brazos—. Tres, dos...

Él se levantó del asiento, extendiendo los brazos por encima de su cabeza.

—De acuerdo. Tranquila.

Anna le hizo una inspección visual instantánea.

—Te conseguiré un atuendo mejor por el camino. Vamos.

Sin decir más, la siguió. Tessie colocó ambas manos sobre sus muslos y sonrió.

—Ese apartamento será mío mucho antes de lo que imaginaba.

Extendió la mano hacia la taza y bebió el café restante.

La ropa que llevaba puesta le recordaba el día en que se conocieron: tejanos ajustados, camiseta holgada, zapatos cerrados y una mirada de absoluta magnificencia, como si pudiera devorar el mundo de un bocado. Él había vuelto a la seguridad de su camiseta, la cazadora y los tejanos.

—¿Cuál es el plan con exactitud? —preguntó en cuanto ella aparcó.

Frente a él había una casita muy vieja, cubierta en ambos lados por musgo y

arbustos crecidos por el tiempo de abandono. Estaba en medio de la nada, arropada por la tranquilidad del bosque. No parecía existir ninguna otra propiedad en kilómetros.

—En el taxi, cuando nos conocimos, usted..., digo, tú... —Ladeó la cabeza un poco—. Es complicado.

—Sigue —musitó él, impaciente.

—Bueno, ust..., tú querías que te llevara a un lugar tranquilo.

—Sí, recuerdo que dije «tranquilo», no «apartado». ¿Dónde estamos?

—Viví aquí cuando era niña. —Tomó las llaves del auto y bajó de él—. Te gustará.

Charles salió también, pero a regañadientes.

—No soy precisamente un amante del campo.

A pesar de sus quejas, Anna lo guio al interior. No era gran cosa, pensó él. Una sala pequeña, un comedor aún más pequeño y una cocina en la que a lo sumo podía caber una persona. Vio dos puertas que supuso que daban a un baño y a una habitación.

Levantó el interruptor.

—¿No hay electricidad? —preguntó.

Anna negó con la cabeza.

—Lleva varios años abandonada. Aquí no funciona nada. —La vio sacar una lámpara de la bolsa que había traído consigo—. Por eso traje esto.

Aunque encendieron la lámpara, la mayor parte de la luz entraba por la puerta entreabierta.

—Esperaré sentado a que me expliques por qué estamos aquí, si te parece.

Anna soltó una carcajada cuando lo vio acomodarse en el sofá más pequeño

—¿Qué? —gruñó él a la defensiva.

—Nada. —Tomó asiento en el asiento de al lado—. Esa solía ser mi cama.

Charles frunció el ceño.

—¿Dormías en esto?

Le costó imaginársela de pequeña durmiendo en esos duros muebles.

—Cuando era niña, mi familia tuvo muchos problemas económicos —comenzó a decir Anna—. Mis padres estaban en la universidad cuando se

conocieron. Mi padre estudiaba historia del arte y mi madre artes escénicas. La universidad organizó una noche un festival con todos los estudiantes que formaban parte de la facultad de arte Y mi madre, si bien era actriz, se presentó para cantar una canción de Duran Duran, el grupo favorito de mi padre. Pocos meses más tarde, ella se quedó embarazada de mi hermano mayor y ambos abandonaron los estudios para formar un hogar estable.

»Antes vivíamos en un apartamento con calefacción y una pequeña terraza, a pocos minutos del río Támesis, pero lo perdimos cuando yo tenía dos años. Desde luego, no me acuerdo de nada. Todos los recuerdos de cuando era niña los tengo de esta casa, que la heredó mi madre de sus abuelos poco antes de que yo naciera. Nos mudamos aquí al perder el apartamento y vivíamos con el sueldo de mi padre, que apenas alcanzaba para las cinco bocas que tenía que alimentar: la de Abraham y Alice, mis dos hermanos mayores, la mía y por supuesto las de mis padres Después mi madre consiguió empleo.

»Con los años, mis padres comenzaron a ahorrar dinero para una casa, pero al final siempre tenían que usarlo para una emergencia: ropa, alimentos, medicinas... Era muy duro. Y fue mucho peor cuando despidieron a mamá, y luego, casi un año más tarde, la fábrica donde trabajaba mi padre cerró, así que él también se quedó sin empleo.

»Por entonces, ya no éramos niños, así que los muebles nos quedaban pequeños. Dormir en ellos era horrible. Sin embargo, no nos quejábamos. No podíamos tener nada mejor. Los tres teníamos problemas con nuestros compañeros de clase. A veces llevábamos la ropa algo agujereada o los zapatos rotos. Lo bueno es que los Mawson somos fuertes.

Anna sonrió ampliamente, como si lo que estuviese contándole la hiciera sentirse orgullosa de sí misma.

—Yo tenía once años cuando tu padre impulsó las ayudas para familias con problemas económicos —continuó—. Eso permitió a mis padres volver a la universidad y licenciarse. Las cosas súbitamente mejoraron cuando consiguieron buenos empleos. Ya no teníamos que usar zapatos rotos.

Charles hizo una corta respiración antes de hablar:

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Ella comenzó a frotarse las manos contra el pantalón.

—No puedo esperar que seas más empático si no conoces por ti mismo las dificultades que conlleva ser pobre. —Extendió las manos por encima de su cabeza, señalando la casa—. Esta vieja y pequeña casa albergó durante años a una familia de cinco integrantes. Fue testigo de las muchas veces que no nos alcanzaba para comer, y no teníamos buenos vecinos que nos brindaran un plato de comida caliente. Mis hermanos y yo debíamos caminar poco más de una hora hasta la parada de autobuses y después media hora para llegar a la parada que nos llevaría a la escuela porque mis padres no tenían coche.

Hizo una pausa. Lo miró durante unos instantes. Él le esquivaba la mirada, como si estuviera tratando de evitar una amenaza. ¿Qué temía que pudiese descubrir en sus ojos?

—¿Alguna vez has estado frente a alguien de un nivel económico inferior al tuyo? Y con inferior me refiero a pobre.

Charles negó con la cabeza. Si bien Richard había malgastado su dinero hasta el punto de perder un piso, no podía considerarse pobre. Solo era un mal administrador de sus bienes inmuebles.

—Hay personas que están robando comida mientras tú desayunas alimentos recién preparados. Mientras te sientas en una silla y esperas a que alguien te dé lo que necesitas, otros deben trabajar muy duro para conseguir cubrir sus necesidades básicas. Tú disfrutas de un capricho cada dos segundos. La mayoría de las personas tardan años en juntar la mitad del dinero que necesitan para poder darse un capricho. El mío es ir a Hawái y ni siquiera he podido comenzar a ahorrar.

—¿Qué tratas de decirme?

—Lo que quiero decirte es que no conoces lo que sucede en tu propio país —contestó—. Eres como un chef que no sabe lo que pasa dentro de su cocina o como un director de colegio que no se entera de las peleas entre estudiantes que ocurren en las instalaciones de su propia escuela. —Se cruzó de brazos—. No quieres ser rey por un interés genuino. Lo haces para probar algo que, francamente, es una tontería. Esto es un asunto serio.

—¿Crees que no lo sé? —masculló ofendido.

—No estoy segura de que lo sepas —admitió—. ¿Cómo puedo saber lo que piensas? Raras veces hablas sobre estas cuestiones de forma seria. Parece que para ti todo es un juego, incluso las personas.

Sus ojos se encontraron después de un rato. Los de Charles, tan vivaces como el topacio azul, parecían brillar con la misma intensidad que el fuego más vivaz.

—¿Un juego? —gruñó—. Dime, ¿qué más sabes de mí aparte de lo que has oído en los medios?

—¿Cómo podría saber algo más? —Dejó caer de golpe los brazos sobre los muslos—. Eres inexpresivo en muchos aspectos. Es como si no tuvieras sentimientos, como si en tu vida no hubiese problemas. ¿Cuándo fue la última vez que dejaste que alguien viera más allá de lo que aparentas ser?

Él se levantó con brusquedad del asiento.

—Obviamente, no me conoces lo suficiente. —Se apartó de ella agitando las palmas en el aire—. «Oh, soy Anna Mawson, la persona con derecho a juzgar a otros».

Ella no se inmutó.

—Mi voz no es tan aguda. —Cruzó las piernas—. Pero puedo entender que te moleste mi forma de ser. De todas formas, no pretendo juzgarte, solo..., bueno, soy sincera. En mi caso, no es para nada una virtud, no si consideramos los últimos acontecimientos.

—De una cosa saltamos a otra —dijo él volviéndose hacia ella—. No estamos aquí para hablar de mí, ni siquiera de ti. En realidad, no sé por qué estamos aquí.

—Te dejaré aquí solo durante una noche, sin ninguno de los lujos a los que estás acostumbrado —le dijo, impertérrita.

Charles se puso pálido y Anna no pudo evitar echarse a reír.

—Dios, era una broma. —Se presionó el estómago con ambas manos—. Por favor, no vayas a desmayarte.

Él se cruzó de brazos.

—¿De verdad te parece algo gracioso?

—No es para tanto. —Respiró profundamente—. Sé que no sobrevivirías una noche aquí tú solo.

—Pareces muy segura...

—Dejemos ese tema de lado por un rato. Te he traído aquí porque he pensado que sería bueno para ti conocer los puntos ciegos de Inglaterra.

—¿Puntos ciegos?

—La mayoría de la gente no sabe que en este lugar hay un par de casas. Bueno, ahora son casas vacías. Este es un sitio muy apartado de la civilización.

—¿Y?

Anna puso los ojos en blanco.

—¿De verdad no lo entiendes?

—No. Lamento desilusionarte.

—No lo haces. Soy muy consciente de que ignoras los asuntos importantes. Los repasaremos como si esto fuese una escuela.

—Temo que nunca me ha gustado asistir a clases.

—Da igual.

Ella lo miró desafiante.

—Supongamos que soy una niña de siete años cuyos padres se van a trabajar de madrugada y llegan muy tarde a casa. Apenas puedo verlos porque el sueldo de ambos es muy bajo y deben trabajar horas extras. Imagina que me acerco a ti y te pido ayuda. ¿Qué me dirías?

—Que hablaras con mi padre. Él es el rey.

—Tú eres el príncipe de Gales, por tanto, serás el próximo rey, o simplemente supongamos que ya lo eres. ¿Qué le dirías entonces?

Charles permaneció en silencio unos segundos. ¿Qué diría él? No era sencillo tomarla en serio cuando tenía aquella expresión burlona en el rostro, como si estuviese segura de tenerlo bajo su control. Vaya profesora de ensueño. A pesar de los pantalones largos que llevaba, no podía deshacerse de la imagen de sus piernas perfectas. Todavía añoraba una respuesta: ¿eran suaves como la seda o frías como el mármol?

—¿Qué responderías tú? —Levantó una ceja—. Supongamos que eres la reina.

Ella imitó su gesto.

—Ambos sabemos que estoy muy lejos de ser una reina.

—Si colaboras un poco, podría cambiar ese estatus.

—Mi pregunta. —Sonrió ella, ignorándolo.

Charles se recolocó la cazadora.

—Posiblemente algo diplomático como «Analizaré la situación, ayudaré a tus padres».

—Pero esto no es una cuestión de diplomacia. Eres rey. Las decisiones que tomes no se pueden basar en promesas vacías.

Anna se acomodó en el asiento, y Charles supo que aquella conversación estaba muy lejos de acabarse, así que se sentó en el sillón.

—Halleybrooks y Prince Heaven poseen los índices de pobreza más elevados de toda Inglaterra. —Anna advirtió el gesto cansado en el rostro de Charles, pero continuó—. ¿Cómo ayudarías a cambiar su situación económica?

—Esos lugares no se encuentran en Inglaterra —aseguró él con tanta confianza que la hizo sonreír.

—Supongamos que lo están. Por cierto, es un alivio que conozcas las localidades que forman parte de tu país. Ahora, como decía, ¿alguna sugerencia para combatir los elevados niveles de pobreza de dichos lugares?

Charles despegó los labios y dejó escapar un poco de aire, perplejo.

—Siendo tan brillante, ¿qué haces conduciendo taxis?

—Ya no conduzco taxis —le recordó, divertida.

—¿Qué hacías conduciendo taxis?

—Me gustan los coches —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y eso es todo?

—Si quieres más información, pide a alguien que me investigue. Eres bueno acosando a las personas, en lugar de intentar ganarte su confianza.

—Puedo hacerlo si me lo propongo, pero lo cierto es que eso requiere un nivel de intimidad demasiado profundo para mí. —Torció un poco la boca—. Sin embargo, podría hacer una excepción contigo, Anita.

—No sé qué te hace pensar que esos comentarios surten algún efecto en mí.

—¿No lo hacen?

«¡Sí!», gruñó una voz en su cabeza. «Tú cállate», le dijo en respuesta.

—No —respondió.

Se descubrió a sí misma observándole la boca, los labios y la forma tan

divinamente pecaminosa en que se movían mientras la miraba.

—Bueno, eso sí causa un efecto en mí —admitió él—. Un profundo golpe bajo a mi orgullo.

—No todas las mujeres pensamos en sexo.

—¿Y en qué piensas tú?

¿Aparte de en tus labios y en tu irritante pero seductora forma de coquetear conmigo? En nada.

Se reprendió en silencio.

—Que Halleybrooks y Prince Heaven jamás saldrán de la pobreza.

—Que suerte que no existan.

—Pero Nottingham sí.

—¿Y qué pasa en Nottingham?

—¿En serio me lo preguntas? Bueno, sus habitantes son los que tienen una renta más baja, ya que...

—Entiendo lo que tratas de decirme —repuso él tajante—. Y entiendo por qué quieres discutir sobre esto. Cuando eras pequeña, tú y tu familia eran pobres. Quieres hallar una forma de erradicar la pobreza, pero eso no es posible. Una sola persona no puede hacerlo.

—Una sola persona no, pero si esa única persona ayuda a movilizar a los demás, sería...

—Una causa perdida.

El silencio se cernió sobre ambos como un cráter profundo. Charles la observó cuidadosamente. Tenía la vista clavada en los tablones de madera, como si ellos pudiesen explicarle qué andaba mal. Después vio que se le curvaba la boca mientras volvía a levantar la vista hacia él.

—He escuchado en las noticias que va a haber un referéndum para que el Reino Unido abandone la Unión Europea.

Charles enarcó una ceja.

—Estoy al tanto de lo que ocurre en mi país aunque te parezca difícil de creer. Ella asintió.

—Los porcentajes de pobreza en el Reino Unido cada vez son más altos y estamos muy cerca de convertirnos en el primer país desarrollado con mayor

desigualdad económica. Olvidándonos de las estadísticas, que son de todo menos oficiales, ¿te has preguntado qué opina la gente? En los últimos treinta años, muchos han sentido que no se les escucha y que en muchas ocasiones se les mantiene margen de las oportunidades económicas. Tu padre aprobó medidas que proveyeron alivio al bolsillo de la clase trabajadora. No se necesitó mucho, solo una persona que actuara y movilizara al Parlamento.

Se hizo un silencio de pocos instantes. Anna parecía concentrada en sus pensamientos.

—Abraham era un adolescente muy problemático —dijo.

Charles la miró extrañado por el abrupto cambio de tema.

—¿Quién?

—Mi hermano mayor. —Colocó ambas manos sobre sus piernas—. A los dieciséis años estaba obsesionado con encontrar trabajo y ganar dinero. Nadie en la familia sabía para qué lo estaba guardando. A mis padres les preocupaba que estuviera metido en drogas o robando. No podían decidir cuál de las dos opciones era peor. Un día llegó aquí con un coche nuevo y mi madre le dijo: «Abraham, ¿qué has hecho? ¿De dónde has sacado este coche?». Por supuesto, pensó que lo había robado.

Una pequeña sonrisa se le formó en los labios.

—Mi hermano había ahorrado y había comprado ese coche a mis padres para que no tuvieran que ir en bicicleta. Lo compró con el dinero que ganó en peleas de boxeo. Era muy bueno, pero luego acabó escogiendo el arte como profesión.

Charles se descubrió a sí mismo sonriendo.

—¿Qué tiene que ver tu hermano con lo que estábamos hablando?

—Cuando les dio el coche a mis padres, desde luego ellos le cuestionaron lo que había dicho, pero él les dijo: «Necesitan un auto para moverse. Sé que yo no puedo cambiar nuestra situación económica, que no puedo hacerlo solo, pero si nos apoyamos como familia, entre todos lo conseguiremos».

Sus grandes ojos verdes lo miraron.

—Compró un coche —continuó—. Con él, mis padres pudieron terminar la universidad, graduarse y encontrar empleo. ¿Ves lo que una sola persona pudo hacer? Cambió nuestras vidas, como tu padre, que autorizó ayudas económicas

que nos permitieron tener nuestra primera casa de verdad en años.

—¿Existe una razón exacta de por qué has decidido revelarme la historia de tu vida?

A Anna se le dibujó una sonrisa tímida en los labios.

—No sé si en el informe que pediste sobre mí lo ponía, pero estuve un año en prisión.

Charles contuvo el impulso de decirle que su mejor amiga le había contado todos los detalles. Todavía recordaba la frustración y la pena reflejados en sus ojos mientras hablaba. Anna había mencionado lo de la cárcel como si fuera algo que no le afectara, pero ¿realmente era así?

—Yo no era culpable, pero de todas formas cumplí un año en prisión hasta que el caso fue reabierto. —Los dedos temblorosos de sus manos se entrelazaron—. Al salir, me enfrenté a un panorama muy difícil. No podía conseguir un trabajo. Me rechazaban al instante o me despedían después cuando se enteraban de que había estado en la cárcel. He tenido que armarme de valor para seguir adelante. La gente puede ser muy prejuiciosa, les resulta fácil señalar a otros y creen que tienen el derecho de juzgar sin la menor empatía. Ocultamos nuestras batallas porque nos pensamos guerreros independientes e indestructibles, y nos olvidamos de buscar ayuda. Creemos que nos bastamos solos y, a veces, con esa actitud, acabamos creando una coraza impenetrable y pasamos de ser guerreros a víctimas de nuestras decisiones. Juzgué a todos aquellos que me juzgaron a mí, y acabé convirtiéndome en uno de ellos cuando te hice lo mismo. Te juzgué cuando apenas había alcanzado a ver la superficie de tu coraza.

Charles sonrió un poco.

—No te preocupes. No hay mucho que ver de todos modos.

—No espero que me digas qué te hace ser tan particularmente tú. Supongo que entiendes a qué me refiero...

—Algo. —Sonrió burlón.

—Pero creo que tu madre tiene mucho que ver.

Él apartó la mirada rápidamente, protegiéndose una vez más detrás de su coraza. Ella lo sabía. De alguna manera podía intuirlo. La muerte de su madre a tan temprana edad debió de haberlo cambiado. ¿Quién era Charles antes de esa

tragedia? ¿Qué supuso para su alma dulce de niño perder a su madre? ¿Qué dolor soportó, para convertirlo en el hombre que tenía enfrente?

—Podemos irnos si quieres —susurró ella.

—No, está bien. Me encanta el campo y el silencio... Sobre todo me gusta esto de no tener electricidad. Esa es mi parte favorita.

Anna soltó una carcajada.

—Pensaré en algo mejor la próxima vez.

El silencio volvió a instalarse entre ellos. La conexión visual se hizo más intensa, tanto que comenzó a ser palpable. Hubo un cambio repentino en la mirada de Charles, que se había vuelto un poco menos esquiva. De repente, el silencio parecía perder importancia. La brisa era una suave melodía que los acompañó hasta que lo escuchó hablar:

—Has dicho que tenías que caminar una hora para llegar a la parada de autobuses.

Anna asintió una sola vez.

—Pasábamos junto a una cafetería. Preparan unos postres maravillosos.

—¿Por qué no hacemos una parada? Mi padre no admite el chocolate en palacio. No le gusta. Así que debemos prohibirnos a nosotros mismos comerlo.

—Creo que los postres de chocolate de ese lugar te gustarán.

—Bien. Pero yo conduzco.

La cafetería era muy pequeña, al menos más de lo que él estaba acostumbrado, pero en su interior había un delicioso aroma a café y a pan de maíz que le abrió inmediatamente el apetito. Anna se paseó por el suelo de madera de aquí para allá, como si buscara a alguien. Extendió los brazos al aire y los agitó, llamando la atención de una mujer de complexión robusta que sostenía una jarra de café recién preparado.

—¡Cecile! —gritó Anna.

La mujer se acercó a ella de inmediato, dejó la jarra sobre el mostrador y la abrazó. El saludo se extendió durante varios segundos.

—Anna, cariño. ¡Qué sorpresa! —Cecile le tomó una mano—. Estás

guapísima. Hace meses que no te veo. ¿Cómo está tu familia?

—Están maravillosamente bien.

—Qué magnífica noticia. Y dime, ¿quieres comer algo? Acabo de sacar del horno unos *brownies* de chocolate y nueces de macadamia. ¿Sigue siendo tu favorito?

—Siempre. —Se apartó un poco, haciéndole una señal a Charles para que se acercara—. He venido acompañada. Estábamos cerca de aquí y pensamos en...

Cecil se limpió la mano libre con el delantal antes de hacerle a Charles una reverencia.

—Alteza, bienvenido a mi humilde café.

Charles inclinó levemente la cabeza en respuesta.

—¿Tienes esa jarra comprometida para otros clientes? —preguntó Anna—. Si no es así, ¿crees que podrías servirnos dos tazas y traernos un par de *brownies*?

—Toda la bandeja si quieres.

—No, no. Dos estarán bien. Si se nos antoja otro, te lo pediremos.

—¿Seguros?

Charles asintió una sola vez.

—Entonces por aquí. Les daré la mesa donde sueles sentarte cuando vienes con tu familia.

Charles parecía dudar, incomodado por la atención recibida de los clientes, pero al final se decidió por seguir a ambas mujeres. Después de acomodarse, vio a Cecile desaparecer y aparecer un par de veces, siempre llegando con café, *brownies*, pan de maíz y otras delicias que no pudo resistirse a probar.

—Rico, ¿no? —preguntó Anna, limpiándose la boca con la servilleta—. Cecile tiene buena mano para los postres.

—Todo está delicioso —afirmó él, llevándose a la boca un trozo del *brownie* con ayuda del tenedor. Al terminar de masticarlo, tomó una servilleta y se limpió los labios con ella—. No recuerdo la última vez que comí algo de chocolate. Como te he dicho, a mi padre no le gusta, Tessie es alérgica y las gemelas... Bueno, ellas están en una dieta permanente. El consumo de azúcar es extralimitado.

Anna lo miró fijamente durante unos minutos.

—Hablas de ellas con cierto desdén —dijo—. ¿No te agradan?

Los ojos de Charles se empequeñecieron un poco.

—Es complicado —respondió, firme—. ¿Has oído hablar de Cenicienta?

—¿Quién en esta vida no ha oído hablar de Cenicienta?

—Supongamos que Cenicienta, en esta historia, es hombre y en lugar de perder a ambos padres solo pierde a su madre. Mi madrastra no es malvada, pero sus dos hijas... —Puso los ojos en blanco—. Son insoportables. No hay manera de hablar amablemente con ellas.

—¿Lo has intentado de verdad?

Charles entrecerró los ojos, ofendido.

—Por supuesto. Éramos niños cuando nuestros padres se casaron. Las gemelas son solo tres años más pequeñas que yo.

—Eres el hermano mayor —dijo antes de darle un trago al café.

—Hermanastro —la corrigió.

—La sangre no siempre es indispensable para formar una familia. No creo que te desagraden tanto como dices. Pienso que haces con ellas lo mismo que con el resto. Ya sabes, lo de la coraza.

—¿Esa es otra de tus obsesiones? Primero las esquinas y ahora las corazas.

—Lo digo porque yo también tengo una. Temo que doy la sensación de que soy fría y que tengo poco tacto, pero la verdad es que soy bastante afable... a veces —admitió—. Quizá tus hermanas no te agradan porque no has intentado llevarte bien con ellas sin tener puesta tu coraza.

—Lo hice. Varias veces. El duque de Morland es mucho más afable que esas dos.

Anna pestañeó un par de veces.

—¿El duque de Morland no es uno de los personajes de Andrea Kane? —preguntó.

Charles la miró con cautela y curiosidad.

—¿Conoces a Andrea Kane?

—¡Adoro a Andrea Kane! —Soltó una carcajada—. *El legado del diamante* es mi libro favorito.

—El mío también —sonrió—, y no es por las escenas de sexo.

—No. De ser así, tu libro favorito sería *Cincuenta sombras de Grey*.

Charles le dio un trago a su café caliente.

—Aún no lo he leído.

—No pensé que fueras aficionado a la lectura.

—No me conoces muy bien. Soy muy quisquilloso con la selección de mis lecturas.

Ambos se sostuvieron la mirada durante unos minutos. El calor estalló en él y, también, en ella, igual de intenso; fue como una espuma ardiente que lo quemaba todo a su paso. Charles se impulsó hacia delante y sostuvo un mechón de cabello rubio que se le había escapado del moño. Anna contuvo el aliento.

—Sin pensarlo, alargó la mano y le cogió un mechón de pelo y lo miró, sorprendido de sí mismo —comenzó a decir él—. Otro gesto sorprendente. Jamás en su vida había sentido el impulso de tocarle el pelo a una mujer. La verdad es que no era nada dado a tocar, a no ser durante una relación sexual, e incluso entonces su deseo de contacto físico era puramente carnal, no de intimidad, y se limitaba a esos momentos en que el deseo dominaba todo lo demás.

Anna expulsó el aire al comprender cuál era el origen de sus palabras.

—¿Te sientes identificado con Slayde? —inquirió burlona, intentando encontrar una excusa que ocultase su nerviosismo.

Esperó a que él dejara de tocarle el pelo, pero eso no sucedía. Charles seguía mirándole los ojos, el cabello...

—Te percibí entre batallas y guerras, tú, de mirada lozana —susurró—. Yo, de insolencias perdidas, surqué el camino que anduviste, y te encontré, dulce y celeste, insensata.

Anna sintió cómo sus mejillas se tornaban rojas. Apartó la mirada y decidió, después de algunos segundos, concentrarse en comer lo que restaba del *brownie*. Casi al instante, los largos dedos de Charles cesaron de jugar con su cabello.

—¿No te gusta ese poema? —preguntó burlón.

Ella masticó con mayor lentitud para ganar tiempo. Era un poema, desde luego que sí, pero ¿cómo podía pensar? Había olvidado lo que era usar el cerebro. Solo podía recordar su voz aterciopelada hablándole mientras la miraba

a los ojos, mientras le tocaba el pelo.

—Nunca lo había oído —respondió con la voz entrecortada.

—No es un poema conocido. Fue publicado por un aficionado a la poesía en una página web.

—Mmm... Yo no tengo internet.

Charles parpadeó.

—¿En serio?

—Bueno, sí tengo, pero gasto mis gigas en un parpadeo. Suelo usar el wifi de la empresa de taxis.

—¿Anna, la rubia rabiosa, está desconectada del mundo moderno?

Anna dejó escapar una carcajada.

—No es del todo cierto. —Levantó un poco la vista—. Tengo un móvil y el fijo, también wifi en casa. Es solo que prefiero buscar información en la biblioteca en lugar de hacerlo en internet. Los datos que ofrecen las redes no siempre son fiables.

—¿Lo dices porque Wikipedia es una fuente editable? Sí, lo comprendo. Dice que tuve una relación con Miley Cyrus.

—¿Y no fue así?

—No. Solo me confunden con Liam Hemsworth.

Anna despegó los labios para dejar salir una carcajada tan estruendosa que consiguió atrapar la atención del resto de la gente de la cafetería.

—No sé quién eres —balbuceó él, burlón—. No te conozco. Yo no he venido contigo.

Ella se cubrió la boca con ambas manos para controlar su risa.

—Lo siento —susurró Anna casi sin aliento.

Aunque lo intentaba, cada vez que apartaba las manos de su boca emitía otro gritito parecido a una carcajada. Charles agradeció tener a mano la carta de los postres para cubrirse el rostro. Pero la risa de Anna era tan increíblemente contagiosa que terminó riendo también a carcajadas.

—Voy a parar. —Anna absorbió una gran bocanada de aire—. Me duele el estómago.

Charles consiguió reponerse varios minutos antes que ella.

—Creo que el comentario no merecía diez minutos de risas sin fin —se burló él.

—Sí, lo siento. —Se frotó lentamente el estómago—. Debe de ser el exceso de cafeína. Mi límite es un café por día; si lo sobrepaso, me muestro algo... inestable. Ya he olvidado cuantas tazas llevo.

—Cuatro.

—Vaya. —Apartó la que tenía frente a ella—. Si cuento la taza de esta mañana, son cinco. Demasiado café por hoy.

—Yo podría tomar café todo el día, aunque me gusta combinarlo con coñac.

—A mí no me gusta beber alcohol. Una vez me emborraché con media copa de champán.

—Debe de ser porque no tienes tolerancia al alcohol.

—Soy poco tolerante a muchas cosas.

—Lo sé.

Anna sonrió, burlona. La conversación continuó amenamente durante más de una hora, cuando el teléfono de Charles comenzó a sonar.

—¿Sí? —respondió.

—Charles. —Reconoció la voz de su padre—. ¿Podrías decirme dónde te has metido?

—Estoy tomando un café.

—Deben de haberte servido la taza más grande del mundo porque llevas tres horas fuera.

—¿Tres horas? —Miró el reloj de su muñeca. Demonios, ¿cómo se le podía haber pasado tan rápido el tiempo? Lanzó una mirada rápida a Anna, que esperaba a que él terminara su conversación—. Lo lamento, se me ha pasado el tiempo volando.

—Está bien. Estaba preocupado, eso es todo. ¿Cuánto tardarás en volver?

—No lo sé. —Apartó el teléfono un poco—. ¿Cuánto se tarda en volver?

—Si hay poco tráfico, diría que una hora, incluso menos si tomamos la autopista —respondió Anna.

Charles volvió al teléfono.

—Estaré de vuelta en una hora.

Su padre suspiró.

—Charles, ¿estás acompañado?

—Sí —contestó él con cautela—. Estoy con Anna. Tessie debe de habértelo dicho.

—Sí, lo hizo. Solo quería que me confirmaras que era ella. Salúdala de mi parte.

La voz de su padre comenzaba a inquietarlo. Se mostraba muy raro...

—Padre, ¿todo está bien?

—Sí, por supuesto. Estoy cansado. Ya es tarde.

—Bien —exclamó, dudoso—. Te veo en un rato entonces.

Al colgar, la mirada pensativa de Charles comenzó a deambular por los campos apenas visibles a través de las vidrieras.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó Anna con cautela.

—No lo sé —suspiró—. Me ha parecido un poco raro. —Metió la mano en el bolsillo y tomó su billetera—. Es tarde, de todos modos. Es mejor que volvamos a Westminster.

Anna lanzó los billetes sobre la mesa. Charles enarcó una ceja, pero ella ignoró su gesto.

—Deja que pague yo —le dijo ella—. Comenzamos mal el día, pero me has hecho pasar una buena tarde. Mereces una recompensa por haberte quitado la coraza un rato.

Después de pagar la cuenta, ambos volvieron a Westminster. Durante el camino, Charles estuvo particularmente callado, mirando por la ventana, absorto en sus pensamientos. ¿Qué era lo que inquietaba a su padre? Porque había percibido preocupación en su voz, a pesar de que la llamada duró poco. Le había notado un desánimo que le dolió. A su mente comenzaron a acudir tantas teorías que la cabeza empezó a dolerle.

—Pareces muy pensativo —dijo Anna—. Más que pensativo, en realidad pareces preocupado.

—Lo estoy —admitió.

—¿Por la llamada?

—La última vez que noté tan desanimado a mi padre fue cuando me dijo que

tenía cáncer.

—¿No creerás que es algo así de importante?

—No lo sé.

La respuesta le pareció tan cortante que Anna consideró la idea de callarse, pero una vocecilla en su cabeza le aseguró que era mejor continuar hablando. A las personas con coraza no se les deja solas con su dolor.

—No siempre es fácil saber que algo malo se avecina. —Se aclaró la garganta—. Me sucedió en el juicio.

—¿Qué juic...? —Él asintió al comprenderlo—. Lo siento.

—Está bien. Sentirse impotente es algo muy humano.

—No me siento impotente.

—¿Ni siquiera por no saber qué ha hecho que tu padre parezca tan triste?

—Creo que lo que siento, más bien, es inquietud.

—Inquietud, impotencia... ¿Qué más da? Ambas son sensaciones molestas.

—Eso es cierto —suspiró, y luego añadió—: Pero sigue habiendo una diferencia entre ellas.

—Por supuesto.

—No quisiera pensar en nada en lo que resta de camino.

—Apuesto a que eso no te será difícil.

Charles la fulminó con la mirada.

—¿Vamos a empezar?

—Ni siquiera hemos terminado.

—¿De verdad?

—¿Es posible que el café le haya hecho cambiar su opinión con respecto a mí, alteza?

Le pareció tan raro escucharla dirigirse a él con tanta formalidad. Era como si ya se hubiese acostumbrado a que lo tuteara.

—No lo sé. ¿Y a ti te ha hecho cambiar tu opinión con respecto a mí?

—No lo sé.

Charles agitó la cabeza.

—Ha salido mejor de lo que esperaba —confesó él—. No hemos terminado discutiendo a gritos.

—Tal vez soy un poco intensa a veces, pero no suelo acabar a gritos cada vez que hablo con alguien.

—Eres arisca. Creo que ese es el adjetivo que te define.

—No soy arisca —gruñó ella a la defensiva.

—Claro que lo eres —repuso él, burlón.

—¿Has visto lo que le pasa al metal cuando se enfría? Se vuelve duro y solo una llama muy fuerte puede fundirlo. Yo soy como el metal, un metal muy raro que no hay fuego que pueda derretir.

—No has encontrado la llama correcta —dijo él, y se aclaró la garganta—. Es lo que mi padre diría.

Anna concentró su atención en el camino, sujetando el volante con tanta fuerza que los nudillos comenzaron a volverse blancos.

—No pude dejar de notar una cosa —lo escuchó decir.

Ella contuvo la respiración unos segundos antes de responderle.

—¿Qué cosa?

—Mientras hemos estado tomando café y comiendo *brownies*, te has olvidado de tu trabajo como responsable de mi formación como futuro rey.

Anna puso los ojos en blanco y dijo en tono burlón:

—Alteza, ¿podrá perdonarme alguna vez?

Él se echó a reír.

—Iba a decir que me ha resultado agradable conversar contigo sin protocolo alguno y como si fuéramos dos simples... amigos. —Se encogió de hombros—. No creí que lo fuera, pero así fue.

Ella sonrió, victoriosa.

—Bienvenido a la vida de las personas normales y corrientes.

Mientras ella conducía, Charles decidió que quería pasar el resto del camino sin pensar en otra cosa que en el café y la buena compañía.

Edward miró el teléfono hasta que la pantalla se apagó y luego ahogó un suspiro al tiempo que dejaba el aparato sobre la mesa y se rascaba la cabeza.

—¿Cuándo se lo dirás?

La pregunta de Tessie desató un infierno en su pecho.

—Todavía me faltan unos resultados. Cuando los tenga y sepa lo grave que es, hablaré con él.

Ella le apretó la mano, brindándole un poco del consuelo que necesitaba.

—¿Qué vas a hacer?

—No voy a tomar ninguna decisión hasta hablar con el médico. Charles no cree estar listo para ser rey, y temo que sucederá lo mismo que cuando en el pasado le dije que tenía cáncer. Me preocupa que se aíse.

—Era muy joven entonces. Ahora ya es un hombre adulto.

—¿Y te parece que se comporta como un adulto responsable?

Tessie suspiró.

—No perdamos la fe en él. Nos necesitará para restablecer su confianza en sí mismo.

—Le pido a Dios que eso suceda, cariño.

Con la agenda sobre los muslos, Anna revisaba la extensa lista de actividades que Charles tenía en los próximos días. Durante la semana anterior solo tuvo que asistir a un par de actos y a algún evento menor.

Anna llegaba a palacio hora y media antes de que su jornada comenzara para obligarlo a levantarse temprano. No era difícil despertarlo. Lo difícil era que lo hiciera con buen humor.

—¿Desayuno con quién? —preguntó desde el baño.

Anna se esforzó cuanto pudo por no mirar a través de la puerta entreabierta.

—Con los reyes de Dinamarca —respondió.

Hizo un círculo alrededor de los nombres. Aleksander y Lauren de la Casa Lauridsen.

—Desayuno familiar —afirmó él—. Es más un desayuno familiar que una visita de Estado. Somos familiares lejanos. Mi bisabuela paterna era hermana de su bisabuelo paterno.

Cuando la puerta se abrió, Anna traicionó su fuerza de voluntad y se volvió hacia él. Se había abrochado mal los últimos dos botones de la camisa, así que tuvo que desabrocharse todos los botones y volver a comenzar.

Anna pudo echar un pequeño vistazo a su abdomen marcado y a la pronunciada uve, como una flecha que marcaba el camino a lo prohibido. Le hubiera gustado poder aventurarse hacia esa zona, echar un rápido vistazo a las puertas de ese infierno en el que tantas mujeres querían quemarse. Los pantalones ajustados de lino de su traje hecho a medida marcaban siete puntos

diferentes del pecado, desde el entalle muy leve de la cintura hasta la turbulenta opresión de su...

—Si la ropa te molesta, puedo quitármela.

Anna le puso mala cara para disimular, pero tuvo la tentación de aceptar su ofrecimiento.

—Solo estaba comprobando si ibas correctamente vestido —le dijo, y después le mostró la agenda—. Tu vestimenta *casual* es una de las cosas que debemos corregir.

—He hecho todo lo que me has dicho en estas últimas dos semanas. Te tomas muy en serio el trabajo que te dio mi padre.

—Soy una persona cumplidora.

Charles tomó la chaqueta de la cama al tiempo que la reprendía con la mirada.

—Sigues tentando a tu suerte.

Con una sonrisa burlona, Anna presionó la agenda cerrada contra su vientre mientras se ponía de pie.

—Puedo hacer lo que me plazca. Eso me dijo tu padre. —Le puso bien la chaqueta—. Supongo que no se te pasó por la cabeza que después de lo ocurrido yo me encargaría de organizar tu agenda.

Él sonrió sin humor.

—No por mucho tiempo.

—En eso tienes razón, pero de momento tendrás que soportarme —le dio un leve empujón en el hombro.

Charles pensó en todos los momentos que habían compartido en las últimas dos semanas, en las veces en que ella había hecho comentarios para sacarlo de quicio y luego había acabado la discusión dándole un empujón juguetón, como instándolo a seguirle el ritmo. Anna, con su lengua suelta y apoyada por su padre, era un verdadero peligro para él. Ahora se sentía en el derecho de reprenderlo, y lo hacía, sacando siempre su arma más poderosa, que no era su innegable arte de coquetería natural —le perdonaría hasta una puñalada en el pecho si en alguna ocasión mostrase el mismo interés que él por ella—, sino la inmunidad real.

Era una mujer con una lengua muy suelta que no podía ser contenida.

Él mismo se había provocado aquella situación al tratar de buscar una venganza infantil. El karma le estaba pasando factura.

—Tienes las siguientes tres semanas ocupadas —le dijo ella—. Enhorabuena.

—¿De verdad?

—Tendrás los fines de semana libres. Son los únicos días en los que yo no te organizaré la agenda.

Una vez que terminó de abotonarse los gemelos, Charles se miró en el espejo para supervisar que su vestimenta estuviese completa y vio el reflejo de la silueta de Anna, con un vestido gris. Le entraron ganas de volver a sacarse el traje y de arrancarle la ropa en ese instante. Dios bendijera a su padre y maldijera sus ideas, porque poner a esa mujer como asistente era su perdición. Con tantas mujeres que iban y venían en su vida y justo se sentía atraído por Anna, quien, sin embargo, no parecía en absoluto interesada en tener sexo con él. No supo entender por qué esa actitud le parecía tan sexy.

—¿Por qué? —preguntó.

Su reflejo alzó ambas cejas.

—No voy a organizarte tus citas con mujeres como si fuese la encargada de tu burdel.

A él se le curvaron los labios.

—¿Qué harás tú el fin de semana?

—Cosas.

—¿El tipo de cosas que requieren un apartado?

—No, señor, y no abuse de su buena suerte.

—Me esperaba una de tus respuestas ingeniosas.

—He agotado mi inventario contigo. Eres irritante.

Él le guiñó el ojo a través del espejo.

—A una parte de ti le gusto.

Anna no quiso especificar a cuál. Agradeció que el vestido la mantuviese oculta.

—Mi simpatía por ti es puramente profesional. Por cierto —levantó la agenda para que pudiese verla—, vas a llegar tarde al desayuno.

Charles deseó lanzar esa maldita libreta por la ventana. Era la excusa favorita

de Anna para mantener una distancia. ¿Por qué era una mujer tan difícil? Parecía inmune a cualquiera de sus técnicas infalibles de seducción, ¡solo le faltaba desnudarse y ofrecerle directamente que tuvieran sexo! ¡Lo había intentado todo en las últimas dos semanas! Dios, era tan guapa y, además, cuando se enfundaba en uno de esos vestidos, se convertía en una diosa y él se desesperaba por acercarse a ella y tocarla, aunque fuera de forma accidental para sentir su piel. Con esa personalidad de bomba de relojería, debía de ser una maravillosa compañera de cama.

Nunca le había costado tanto seducir a una mujer. Parecía requerir más energía de la pensada, lo que le provocaba el deseo de abofetearse hasta el cansancio. ¿Cómo iba a imaginar que, buscando una venganza infantil, acabaría en una situación como aquella? Atrapado en el anzuelo que él mismo había lanzado mientras Anna tiraba de la caña.

Se recolocó la chaqueta una última vez.

—¿Qué harás tú mientras nosotros desayunamos?

Anna abrió la puerta y le hizo una reverencia al tiempo que le mostraba la salida. Tenía una sonrisa burlona estampada en el rostro.

—Cosas de plebeya.

—Creo que tú eres la más irritante de los dos.

Emprendieron el camino por el pasillo, uno junto al otro, casi codo con codo. Charles tragó en seco por la extraña sensación que le provocaba su cercanía, como si la bomba dentro de ella hubiese explotado y él sintiese el impacto, apenas un indicio de su fuerza. ¿O era más como una fuerte corriente? No, definitivamente no. Un golpe eléctrico no le habría afectado tanto. Todavía, en algunas partes de su cuerpo —en las manos, la barriga y en el pecho—, sentía pequeñas réplicas.

—Estoy buscando apartamento —le dijo ella.

Charles la miró de reojo.

—¿Y has visto ya alguno que te guste?

—Sí, pero el alquiler es demasiado alto. Me piden más de lo que gano como taxista.

—¿Qué hay de tu sueldo actual? Dudo que mi padre te pague una miseria.

—Ciertamente no, pero es un trabajo temporal, así que tengo que ajustarme al sueldo que tendré cuando regrese a mi antiguo empleo.

—¿Cuánto va a durar el contrato que firmaste con mi padre?

—Es un contrato abierto. Puede acabar cuando tu adiestramiento termine, o antes si yo renunciara.

—Entiendo.

—Tenía un apartamento mirado. Era pequeño, pero cómodo.

—¿Y qué pasó?

Anna suspiró.

—Mis planes se fueron a la mierda.

—Cuida esa boca cuando estemos frente a los reyes —susurró, inclinándose hacia ella.

—Si no te gusta mi manera de hablar, entonces no busques conversar conmigo.

—Bueno, de acuerdo, perdón. —Volvió a su posición—. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué no pudiste alquilar ese apartamento?

—No pude hacer el pago inicial.

—¿No tenías el dinero para hacerlo?

Ella lo miró de reojo.

—Iba a pagar esa semana, pero sucedió el incidente-que tú-ya-sabes, y como no cobré esa semana, me quedé a medias con el dinero, y el propietario no pudo esperar más y se lo alquiló a una pareja que podía pagarle de inmediato. Y como el propietario de la casa en la que vivía con Zowie ya había quedado en dar las llaves a sus nuevos inquilinos, tuve que mudarme con mi amiga y su novio. Estaré con ellos hasta que encuentre piso. He querido tener una casa para mí sola desde que salí de la cárcel. Tuve diferentes empleos hasta que Clayton me contrató. Comencé como su secretaria y cuando aprobé el *knowledge* me ofreció trabajo como taxista. Tener mi propio apartamento significa tener una vida estable por fin. He tardado cuatro largos y difíciles años en tener la posibilidad de cumplir ese sueño. —La vio mover los hombros—. Supongo que tendrá que esperar un poco más.

Charles sintió las piernas pesadas, y se notó lento al caminar hasta que detuvo

sus pasos. Percatándose de que él no la seguía, Anna se paró y lo miró. La sonrisa divertida y los gestos burlones se habían esfumado, y una sombra había oscurecido su rostro, añadiéndole un par de años.

—Lamento que hayas perdido ese apartamento por mi culpa.

Sintió que las palabras que salieron de su boca estaban vacías, porque una disculpa no reparaba el amargo ardor de su estómago ni el incesante palpitar en su pecho; atroz, como si algo lo estuviese arañando desde dentro con garras de acero caliente. Le jodió un poco la sonrisita de ella. No, le jodió bastante.

—No importa —le dijo Anna—. Estoy buscando otro. Ya aparecerá.

Movió la cabeza para instarlo a continuar caminando. Charles la tomó por la muñeca, deteniéndola, y dentro de él algo se detuvo también —tal vez su corazón o bien pudo tratarse de su cerebro, porque por un instante olvidó las premisas básicas de cómo respirar—. No pudo evitarlo, sin embargo, cuando le miró los ojos verdes. ¿Le había dicho ya lo bonitos que eran? ¿O es que no se había detenido antes a admirar su auténtica belleza?

—Escúchame un momento, por favor —le pidió, y no fue hasta que la vio asentir que se animó a soltarla—. He hecho algo imperdonable. Tenías razón desde el principio. He jugado a ser Dios y he puesto en riesgo tu estabilidad económica y la de tus allegados, todo porque no soporto que me digan la verdad.

—Es cierto... —asintió ella.

—Quiero disculparme de la manera más sincera posible, si es que mi falta de credibilidad me lo permite. He tenido la consciencia dormida durante un par de años, así que mis acciones dejan mucho que desear. No consideré la magnitud de los daños que estaba ocasionando. Has trabajado muy duro para llegar donde estás y mi forma de actuar te ha afectado injustamente. Si me lo permites, quisiera intentar reparar el daño. Puedo obsequiarte con un apartamento.

Anna negó con la cabeza.

—No puedo aceptarlo por muchas razones. Primero, sería un escándalo si la prensa llegase a enterarse. Segundo, no lo habría conseguido yo y entonces no podría experimentar la satisfacción de haber cumplido esa pequeña meta.

—Entonces déjame ayudarte a encontrar uno. Tengo un montón de contactos. No haré nada más que ponerlos a tu servicio. Seleccionarás el que más te guste y

se adapte a tu sueldo. Me limitaré a ser un enlace.

La abrumó la calidez de su voz y de sus palabras... Era el primer gesto amable que le veía hacer desde que se conocieron —salvo por su apoyo durante su ataque de pánico por la serpiente—, precedido por la primera disculpa auténtica que le había escuchado. Vio por un instante cómo su coraza desaparecía y le agradó entrever al buen hombre que había en él. Le brindó una sensación reconfortante.

—Puedo aceptarlo —lo señaló con el índice— si te limitas a ser un enlace.

Él sonrió, asintiendo. Anna le extendió la mano para cerrar el trato con un apretón, y al contacto con su piel se disparó por todo su brazo la quemazón de una chispa. Se apartó un poco, abrumada por la sensación.

—Insisto, vas a llegar tarde al desayuno.

—Ya me pongo en marcha. Puedes tomarte el resto de la mañana libre si quieres.

Ya estaban sirviendo el desayuno cuando llegó al comedor. La larga mesa estaba dispuesta para ocho comensales: su padre en la cabecera izquierda y el rey Aleksander en la derecha, con las esposas de cada uno a su derecha. Las gemelas se ubicaban en el lado opuesto de su posición, y junto a él vio una silla vacía.

—Buen día —anunció.

Hizo una reverencia con la cabeza, y el rey Aleksander le devolvió el gesto con una sonrisa.

—Tú debes de ser el alma esquivada de la familia, ¿verdad?

El comentario le sorprendió por la poca formalidad con la que hablaba, aunque se recordó que no debía de ser así, pues sabía que el rey Aleksander era un hombre impredecible y a veces poco dado a los protocolos. La prensa responsabilizaba de ello a su esposa, una mujer que, antes de su matrimonio, servía como panadera en un negocio que había heredado de sus padres. Antes de casarse, Aleksander de Dinamarca era conocido por su impecable compromiso a cumplir con las normas básicas protocolarias, pero después de su boda se dedicó a ser un rey poco convencional, un marido comprometido con su matrimonio y

un padre devoto.

Los unía una línea consanguínea antigua por el matrimonio de su bisabuelo con la tía bisabuela de Aleksander, que lo colocaba a él y a su padre en algún puesto muy lejano de la sucesión al trono danés.

—Por el asiento vacío, deduzco que tu pequeño dragón no ha venido con ustedes —comentó él.

Aleksander se echó a reír.

—Se quedó en Dinamarca con mi hermana. Ha comenzado a tocar el violín y no quiere soltarlo. —Rascó con el pulgar su labio superior donde tenía una peca pequeña y oscura—. No sé cuánto le durara. Es el séptimo instrumento que intenta. Es muy inquieta para tener seis años.

—Probablemente no le dure mucho —comentó Lauren, su esposa—. Piper es un poco voluble y cambia de capricho cada poco. Ya va siendo hora de modificar ese comportamiento, pero es difícil cuando tiene un padre que se lo consiente todo.

El aludido se encogió de hombros.

—Lo sé, lo sé. No es bueno malacostumbrarla.

—A veces lo hacemos sin darnos cuenta —opinó Edward—. Piper aún es pequeña y puede ser moldeada. Lo difícil es cuando ya tienen mente y voluntad propia.

Charles lo miró con una sonrisa divertida en la boca.

—Me sorprendió saber que estabas en Inglaterra —dijo—. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Dónde está la sorpresa? —Aleksander extendió los brazos en los reposabrazos, regalándole su sonrisa más alegre—. Yo vengo de vez en cuando. La sorpresa es que tú estés aquí. Normalmente tienes otros compromisos.

—Estoy reestructurando mi agenda. Tras una serie de eventos recientes, he decidido retomar mis responsabilidades como príncipe de Gales.

—Ciertamente, me parece una decisión muy inteligente —asintió—. La palabra clave es «responsabilidades», no «privilegios». Esto último puede perderse con un descuido, pero las responsabilidades proveen resultados gracias al esfuerzo. A veces no nos tomamos nuestras responsabilidades en serio hasta

que una situación nos pone a prueba. Hace solo cuatro años que soy rey, pero ya he enfrentado varias situaciones que ha sido mejor mantener a puerta cerrada para evitar la crisis del pueblo. Nuestros años de servicio como herederos son una mera práctica para el momento en que tenemos que ejercer el papel más importante. Tu padre y yo compartimos la lamentable proclamación prematura por la muerte temprana de nuestros respectivos padres. Deberías aprovechar las enseñanzas que él pueda darte. —Se rascó la barbilla—. Eso me lleva a otro tema que me gustaría tratar. Esta es una visita como tantas otras que realizo al año para venir a verlos, sí, pero desde aquí tomaremos un avión a Suecia para asistir a un banquete de Estado. Dentro de dos semanas, se realizará en Dinamarca un Foro Europeo de Formación Empresarial. A estas alturas ya debe de haberles llegado la convocatoria.

—Así es —asintió Edward—. Charles irá en mi nombre. Temo que esa es una semana muy comprometida para mí. Son tantos mis compromisos que no tengo viajes pautados en lo que resta del año y de haber alguno, el príncipe de Gales asistirá como mi representante.

—Es una magnífica idea. Me alegra verte tan concentrado. Cuéntame, ¿qué te hizo cambiar de parecer?

—Lo único que sabe medirle la correa a un hombre —musitó el rey—. Una mujer.

—¿Ya sentaste cabeza? —La incredulidad iluminó los ojos grises de Aleksander—. Enhorabuena.

—No —le corrigió Charles—. Habla de mi asistente. Me tiene medida la agenda.

—Pero supongo que has pensado en casarte en algún momento, ¿no es así? No es que debas hacerlo de inmediato, pero se espera que pronto.

—No he pensado en ello de momento. ¿Qué hay de ti? ¿Es Piper la única hija que piensas tener?

—Por ahora sí. No es un secreto para nadie que mi boda con Lauren fue apresurada porque se quedó embarazada fuera del matrimonio. —Compartió una rápida mirada cómplice con su esposa—. No planeábamos convertirnos en padres tan pronto, así que de momento queremos disfrutar más tiempo de Piper

antes de tener otro hijo. Pero sí, definitivamente en el futuro queremos tener más hijos.

Edward levantó la mano, y los empleados comenzaron a servir el desayuno.

Anna levantó la cabeza al escuchar abrirse la puerta del despacho.

—Pensé que te tomarías la mañana libre. —Charles movió una de las sillas hacia atrás para sentarse.

—Me he quedado, pero estaba revisando mis cuentas. Si no malgasto el dinero a lo tonto, puedo ahorrar lo suficiente para comprarme un coche.

Charles levantó una de sus oscuras cejas.

—¿Tampoco tienes coche?

—Tenía uno, pero perdía aceite. El manguito de la gasolina se rompía cada dos por tres y se metía el olor a gasolina por las ventanillas... Lo vendí a piezas. Después, como trabajo como taxista, me dejaban usar el taxi para irme a casa pagando algo extra, como un seguro. Ahora sigo moviéndome en taxi para venir al palacio, pero pagando al conductor. Me resulta un poco raro ser la pasajera.

—Suena a que arreglarlo costaba más que comprarte un coche nuevo.

—Quise llevarlo a un mecánico pensando que sería más sencillo, pero quería cobrarme como si le hubiese pedido que me calculara la cilindrada de un V8 biturbo.

—No sé nada sobre cilindradas...

—Es la suma de los cilindros, una de las muchas cosas que determina la capacidad de un motor. Hace cuatro años lanzaron un superdeportivo con motor V8 de siete litros con doble turbocompresor. Es para enamorarse, de verdad.

Ah, por favor. ¿Por qué le parecía tan sexy usando vestido y hablando de autos?

—¿Qué tal te fue en el desayuno? —le preguntó ella.

Charles asintió.

—Parecía que yo era el invitado especial. Aleksander ya ha venido un par de veces. Mi padre y él mantienen una estrecha relación, pero yo no solía asistir a sus reuniones, siempre estaba ocupado con otras cosas para no ir.

—Menos mal que no he tenido que desayunar con ustedes. Habría dicho alguna indiscreción y me habrías mandado callar como siempre.

Charles levantó una ceja.

—¿No haces tú lo mismo conmigo?

—Lo mío es diferente. Tengo un contrato que me lo permite y la...

—Inmunidad real, sí. ¿Hasta qué fecha está ocupada mi agenda?

Anna abrió la libreta y la revisó rápidamente.

—Hasta el 16 de julio, en Dinamarca, para el Foro Europeo de Formación Empresarial. No olvides que dura cuatro días. Regresarás el domingo 20 de julio.

—¿Después de esa fecha está vacía?

—Ya quisieras. —Señaló una carpeta de color crema a su izquierda—. La reina consorte me envió esta lista que hizo tu padre. Son eventos a los que asistirás como su representante. Aún no los he añadido a tu agenda.

—Está ocupando mis días a propósito.

—Por supuesto. ¿Cómo es que te ha costado tanto entenderlo?

Cuando la miró, tenía una sonrisa burlona estampada en el rostro.

—El Foro Empresarial es el primer evento en el exterior al que asistiré como príncipe de Gales en más de dos años. Espero que al menos tengas una maleta porque viajarás conmigo.

—¿Tienes miedo de aburrirte sin mí?

—Terriblemente. No sabría qué hacer sin ti, lengua suelta.

Anna lo reprendió con la mirada.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme así? Viniendo de ti, suena fatal.

—Ahora que sé que te molesta, nunca.

Anna se aguantó las ganas de lanzarle la agenda. En su lugar, le extendió la carpeta.

—Revisa tus compromisos antes de que los pase a tu agenda de forma oficial.

—Lo vio moverse hacia delante para tomar la carpeta—. Dos de ellos son galas de caridad. Teniendo en cuenta tu historial, no tienes permitido ir de cacería.

—¿Cacería?

—Ir de conquista.

—Eso puede resolverse si vas conmigo como mi compañera.

—Iría como tu asistente, en todo caso.

—¿Qué tal como una amiga?

—Todos saben que tú no tienes amigas, y no quiero que me confundan con una amiga con derechos.

—¿No te gustaría considerarlo?

Le soltó aquella proposición como si nada, y Anna se recordó que él solía abordar así a las mujeres, lo que despertaba en ella una mezcla de emociones que la ponían de mal humor. En ocasiones, se sentía halagada —si era posible usar esa expresión en situaciones como aquella— por la atención que recibía de él. Le hacía creer que era tan guapa que podía conseguir que se centrara solo en ella, pero esa deliciosa sensación desaparecía en cuanto recordaba que, para él, ella no era más que otro par de piernas que le gustaría abrir, y se enfadaba consigo misma por permitir que le hiciera sentir algo, sin importar qué fuera.

—Lo que estás haciendo se llama acoso laboral y no creo que a tu padre le guste enterarse de que estás incurriendo en algo así.

—Ciertamente, no, y tampoco quiero que tú tengas tan mala impresión de mí.

—La impresión no la tengo solo yo, sino todo el Reino Unido. Pero te recuerdo que no estoy aquí para convertirme en tu amante. Soy tu asistente, nada más.

«Un golpe más y me quedo sin orgullo», pensó él. Disimuló dedicándole una sonrisa de coquetería.

—Hablemos de trabajo. —Abrió la carpeta—. ¿Por dónde comenzamos?

El olor a comida hizo que su estómago se comprimiera de hambre al entrar por la puerta principal.

—Dios te bendiga por cocinar tan bien —musitó Anna, acomodándose en la silla del comedor—. Te quiero contratar como mi chef privado, así podré tener la comida lista al llegar del trabajo.

Peete se echó a reír mientras cortaba la carne asada.

—La he preparado en el restaurante. Compramos esta carne para un platillo especial. La vendimos casi toda, pero me las ingenié para traer a casa.

Zowie lo miró con ojos de enamorada. Si por algo la conquistó —entre muchas otras cosas—, era por la magia que hacía en la cocina. La comida abría las puertas de cualquier corazón.

—¿Cómo te ha ido el día? —le preguntó él, dejando sobre el plato de Anna el corte de carne.

—Estuve gran parte del día añadiendo eventos en la agenda. —Tomó una monumental porción de patatas asadas con el cucharón y se sirvió en el plato—. Por la mañana hubo un desayuno con los reyes de Dinamarca.

—¡Oh, por Dios! —masculló Zowie—. Cuéntame, ¿cómo son?

—No los conocí. Me quedé en el despacho revisando mis cuentas. Quiero comprarme un auto.

—¿Te alcanzará? Pensé que lo que tenías ahorrado lo usarías en el apartamento.

—Y así es, pero pienso aprovechar este empleo y ahorrar lo suficiente para un coche. —Se metió un trozo de carne en la boca y la masticó lentamente, saboreándola—. Charles me ayudará a encontrar un apartamento.

Por el silencio que hubo tras sus palabras, Anna se obligó a levantar la mirada. Ambos la observaban fijamente.

—Sé que parece extraño, pero no tiene malas intenciones. Quiere compensar lo del chantaje.

—¿Sin pedirte nada a cambio?

—Nada.

—¿No será que ya le has dado lo que él quería?

—¿De veras piensas eso de mí? —Estiró la mano para tomar el vaso de agua—. Pensé que me conocías mejor.

—¡Lo siento! Es que me resulta muy extraño que quiera ayudarte a conseguir un piso.

—También me lo pareció a mí, pero estoy segura de que fue sincero. Incluso se disculpó por las cosas que me ha hecho desde el incidente en el taxi.

Zowie y Peete volvieron a comer.

—Yo me habría sentido abrumada —admitió Zowie—. Me agradaba más antes de que usara nuestros empleos y los de tu familia para chantajearte. Una

acaba perdiendo el respeto y la fe en gente así.

En silencio, Peete asintió.

—El panorama empeora cuando recuerdas que en un futuro será nuestro rey —comentó él.

A Anna le molestó que hablaran así de Charles, y no comprendió del todo por qué cuando ella misma solía compartir su opinión.

—No creo que debamos perder esa fe en él todavía —dijo, dejando el cubierto sobre el plato—. He trabajado con él las últimas dos semanas y media y he aprendido a descifrarlo un poco. No lo justifico, por supuesto que no, pero me identifico con algunas cosas que me ha dicho y otras que he observado. Creo que solo necesita tiempo y tener confianza en sus propias capacidades.

—Me resulta increíble oírte decir algo así —confesó Zowie.

Anna agitó los hombros, como quitándole importancia.

—Sigo pensando que es un mujeriego y que en ese aspecto nunca cambiará, pero en lo demás tengo esperanza.

—Si tú lo dices, será verdad.

¿Sí? Anna no estaba segura. Pero quería tener fe en él, darle el apoyo que ella no tuvo en el pasado. Cuando salió de prisión, tuvo que visitar a un psicólogo para canalizar sus emociones —aunque los primeros meses el tratamiento psicológico no parecía servirle de nada—. Tardó lo suyo en abandonar la tormenta y emprender el viaje a mares más calmados. Charles lo hizo al revés. Dejó la calma del puerto para aventurarse a tempestades, y llevaba tanto tiempo perdido que no sabía cómo regresar. Anna quería creer que, con un poco de ayuda, podría conseguirlo, pero ningún capitán puede manejar su barco sin confiar en sus capacidades. Él aún se veía —y actuaba— inadecuado para su título. Si tan solo dejara de fortalecer esa coraza con la que se defendía...

Peete señaló su plato, como preguntándole si ya había terminado. Ella negó con la cabeza y se concentró en seguir comiendo.

—No he estado tan cansada en semanas —escuchó que decía Zowie—. Mis compañeras están insoportables.

—¡Ni me las menciones! —Anna dio un largo trago al agua para evitar el hipo—. Me caen fatal.

—A ellas no les caes mejor desde la salida al bar.

Anna lo recordó vagamente. Zowie había quedado con sus compañeras de trabajo, pero le insistió en que la acompañara para que se tomara un descanso. Y como a Anna el alcohol no le sentaba bien, tras su segunda copa vomitó sobre una morena de cuyo nombre ni se acordaba.

—Me han estado preguntando por ti —dijo poniéndose de pie y recogiendo de la mesa lo que Peete no se había llevado.

Anna frunció el ceño.

—¿Por mí? ¿Y por qué mierda preguntaron por mí?

—Porque trabajas con el príncipe. Hasta me pidieron que te invitara a nuestra próxima salida.

Movió el tenedor de un lado al otro antes de llevarse la carne a la boca.

—Veo que me has mentido, parece que ahora les agrado un poco más... Bueno, más bien les gusta mi jefe, pero no pienso hacer de casamentera. Pueden ir a su Centro Internacional de Recolección de Amantes y postularse.

—¡Dios! Qué forma de expresarte.

—Lo siento, damita de Disney.

Zowie le sacó la lengua y tomó su plato.

—¡Oye! —masculló ella—. Aún no he terminado.

—Entonces deja de hablar de esa manera. Dijiste que cuidarías tus modales ahora que trabajabas con la realeza.

—Mi turno ya terminó. —Le quitó el plato y siguió comiendo—. Por cierto, ¿podrías comprarme mañana un nuevo cargador para mi teléfono? Se ha vuelto a estropear.

—Deberías comprarte un teléfono mejor. Añádelo a la lista de cosas nuevas que podrás tener con tu actual sueldo.

—Haré cuentas mañana si tengo un momento libre.

Zowie dejó los platos sucios sobre la encimera e hizo a un lado a Peete para lavar lo que quedaba. Anna añadió su plato después, al terminar. Se sirvió un poco más de agua y se la bebió mientras se frotaba la barriga.

—Gracias por la cena, cuñado.

Él le sonrió, satisfecho. Era un hombre que se conformaba con poco, con el

agradecimiento y las muestras de cariño.

—Mañana tengo que levantarme más temprano de lo habitual, así que me retiro —anunció Peete.

Zowie revisó que todo estuviese en orden en la cocina antes de envolverle el brazo izquierdo.

—Me voy contigo. Me muero por un baño y por acostarme a descansar.

—Claro, a descansar —musitó Anna, fingiendo una tos—. ¿Así se dice ahora? —Caminó hacia el fregadero.

—Siempre piensas que tenemos sexo. Tienes la mente más sucia de lo que pensé.

Anna se echó a reír mientras enjuagaba el vaso. Después se despidió de ellos con una sonrisa que acabó perdiendo fuerza a medida que los veía alejarse por el pasillo hacia la escalera.

«Qué maldita envidia», pensó. Zowie se iba acompañada a la cama. No importaba si a tener sexo o a hablar hasta que los noqueara el sueño. Tendría compañía, mientras que ella se iría a dormir sola como lo había estado haciendo los últimos años. Su soledad ya le pesaba después de tanto tiempo. Quería reconstruirse empoderada y autosuficiente. No necesitaba un hombre para salir del bache en el que había caído, pero por las noches, cuando el cuerpo imploraba descanso —o intimidad—, no tenía más que el espacio vacío de una cama que debía ser para dos.

No le había mentado a su mejor amiga años atrás cuando le dijo que sin amor en una cama no funcionaba. Lo intentó hace dos años con un tipo que conoció en un bar al que fue con Zowie. Hablaron unos minutos. Era guapo, sí. Presumido, también, con un ego inmenso. Cuando intentó besarla, ella retrocedió. El atractivo físico no era suficiente, y pensó que estaba condenada a ser de esas mujeres que solo se entregaban por amor. Una condena muy grave cuando estaba tan dañada. El amor parecía fuera de su alcance, creía que no estaba a la altura o quizá era que no quería estarlo. No estaba lista para enamorarse, y le asustaba no estarlo nunca. Cinco años y aún no se había recuperado de lo de Carter. ¿Cuánto tiempo más tendría que pasar para sanar? Era difícil responder, sentía dañada su capacidad de confiar en alguien y un corazón receloso.

Dio fin a la lucha con un suspiro y caminó hacia una cama que no era suya, hacia una habitación que no era suya y que solo albergaba soledad, su fiel compañera. Se dejó caer en el colchón y fue quitándose la ropa como pudo, sabiendo que la tarea le resultaba más difícil estando acostada, pero su cuerpo estaba tan cansando que se negó a permanecer más tiempo de pie.

Movió las piernas para deshacerse del vestido, que arrojó al suelo. Era muy parecido al que había usado en su primer día de trabajo como chófer de Charles, pero con menos escote. No se había puesto vestido desde que tenía diecisiete años. Pasaba más tiempo en las carreras que en fiestas o reuniones. Si cerraba los ojos, podía recordar el olor del asfalto, los neumáticos, el aceite de los motores, los paños grasientos sobre su hombro para limpiarse de vez en cuando las manos. Le vino también a la memoria la sensación del uniforme ajustado a su cuerpo, el frío metal al que se aferraba para acceder al interior del auto, el temblequeo del volante cuando encendía el motor...

Dios, sí que le gustaba torturarse con lo que ya no podía tener. Fueron años de pérdidas —el hombre al que amaba, su libertad, su reputación, el fallecimiento de su abuelo y maestro el verano pasado—, pero nada dolía tanto como haber perdido sus sueños por confiar en quien no debía. Tuvo que frenar cuando apenas acababa de poner el pie sobre el acelerador.

A eso se había reducido ella: a un puñado de sueños rotos, con una permanente incapacidad para confiar y una voluntad que se quebraba cada dos por tres, haciéndole preguntarse si era tan fuerte como pensaba. En noches como aquella, solo quería un hombro para echarse a llorar, un par de brazos que le hicieran sentirse protegida. Alguien que le hiciera sentir algo.

Tal vez no había nadie a su medida o quizá lo que ocurría era que ella no estaba hecha a la medida de nadie. Saberlo era imposible. No estaba abierta a la posibilidad de iniciar una relación. Su corazón estaba cruzado de brazos mientras negaba con la cabeza. Le costó levantarse. No quería que otro martillo rompiera los pedazos que aún estaba pegando.

Liberó la pesadumbre de un suspiro y se levantó de la cama de un salto para buscar entre sus cosas algo de ropa limpia. Con una ducha caliente, todo acabaría —la pena, la añoranza y la insatisfacción— y después el sueño apagaría

lo demás.

—¿Qué te parece este?

Anna analizó al detalle el apartamento en el que estaban. Parecía un barrio tranquilo, pese a encontrarse cerca de dos estaciones de tren. En la mensualidad se incluían los servicios básicos e internet. Además, venía totalmente equipado con muebles, televisor, lavadora y un montón de cosas más que aún no había tenido tiempo de memorizar. Todo aquello por un alquiler ridículamente bajo.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó a Charles.

Él se encogió de hombros, sabiéndose descubierto, pero sin quererlo admitir.

—No sé de qué hablas.

—El precio del alquiler es muy bajo, teniendo en cuenta cómo está acondicionado el piso y su ubicación.

—Solo soy el enlace. Un agente inmobiliario encontró este piso, y aquí estamos. No negocié un precio.

—No te creo.

—Si te parece que hay algo poco claro, veamos otro piso y ya está.

Lo detuvo tomando su brazo.

—Lo siento, es que me parece que has intervenido de alguna forma para que el precio sea tan bajo.

—Me parece que eres muy desconfiada.

Anna movió los hombros.

—No es nada personal.

Pasados unos segundos, Charles trazó la ruta de su mirada hacia la mano de

ella, que aún le sujetaba el brazo. Tenía que admitir que había algo extraño en su tacto, un calor que era capaz de atravesar su ropa, como si hubiese entrado en contacto directo con su piel. Lo hizo sonreír el gesto de ella al percatarse y apartar la mano en un movimiento rápido.

—Si no te gusta, podemos ver otros —repitió—. Hay muchos en la lista y yo no tengo nada que hacer hoy. Podemos tomárnoslo con calma.

—Este me gusta.

—¿De veras?

—Sí, y mucho.

El edificio estaba ubicado en una esquina, justo enfrente de una panadería-pastelería de la calle Charlwood. Cuando entrabas al piso, te encontrabas la cocina a la izquierda, con una pequeña área para el comedor y una línea de armarios en ele. A la derecha, había un salón hexagonal con dos sofás, el televisor y dos ventanas y, en medio, una puerta balconera sencilla que daba a un pequeño balcón. A lo lejos se veía la puerta del cuarto de la lavadora. De frente tenía el pasillo que llevaba al dormitorio. Desde la entrada se podía ver la cama si la puerta estaba abierta. Recordó lo que tenía cerca: el palacio de Buckingham, la abadía de Westminster, el río Támesis, el Big Ben. Si consideraba todo aquello, y lo que bien que estaba el apartamento, le seguía pareciendo que, en algún punto de la transacción, Charles había intervenido.

—Lo quiere —le escuchó decir al arrendador.

No era mucho mayor de cuarenta años, usaba lentes y en su cabello rubio podían distinguirse algunas canas.

—Muy bien, señor. ¿Procedemos con el contrato de arrendamiento?

Anna los miró con el ceño fruncido.

—¿Ahora? No pensé que sería tan rápido. No he traído ningún documento... Esperaba que usted me dijera qué necesitaba.

—Su Alteza me los ha hecho llegar y traigo conmigo el contrato.

Anna miró a Charles de reojo, y él tuvo que forzar sus labios en una línea para no echarse a reír.

—¿Cómo haré el pago?

—¿Tiene el dinero en una cuenta de banco?

—Sí.

—Pues basta con que me dé el número de su cuenta y yo me haré cargo del resto.

La abrumó la informalidad del proceso, pero se vio a sí misma firmando la hoja y abandonando el apartamento más tarde con una copia de la llave. Sobre la calle asfaltada se observaban rastros de la lluvia copiosa de la mañana. Aun así, le sorprendió que sobre los coches de los guardias que los acompañaban no hubiese una sola gota. Debieron haber aprovechado que los dos estaban dentro del apartamento para abrillantar la carrocería.

Anna se enderezó cuando dos de los guardias se acercaron para escoltarlos al auto.

—A mí no me digas que no hiciste nada, porque estoy segura de que sí —le recriminó ella.

Charles se encogió de hombros. Asintió en dirección al chófer para que este abriera el coche. Anna se percató de que el príncipe le había dibujado al hombre un círculo en el aire con el dedo índice.

—Te repito que no sé de qué me hablas —recalcó Charles.

—Dijiste que no ibas a interceder.

—Dije que iba limitarme a ser el enlace, y eso es lo que he hecho. Enlacé conexiones para que el proceso se acelerara. —Le guiñó un ojo—. Enhorabuena por tu piso. Ya has conseguido lo que querías.

—Pero no ha sido como yo quería...

—Por supuesto que sí. Lo has escogido tú, lo vas a pagar tú y tú has sido la que ha firmado el contrato.

—Le pediste que me hiciera un buen precio, ¿no es así?

La miró fijamente a los ojos verdes como el agua del lago de la casa veraniega a la que solía ir con sus padres cuando era niño. A su edad, ya había visto montones de ojos verdes, de distintos tonos y tamaños, pero los de Anna eran preciosos. Dios, le volvían loco. Siempre estaban alerta, como sorprendidos. Anna tenía la mirada de una persona desconfiada; parecía dudar hasta de sí misma, a pesar de tener la capacidad de devorar el mundo.

Desde que la conoció le había parecido una mujer fuerte, sin embargo, ahora

parecía un animal herido a la defensiva. ¿Tanto desconfiaba de la gente?

—No lo hice —le dijo—. Te prometí que me mantendría al margen, y he decidido que voy a cumplir cada una de las promesas que haga. Le envié los documentos que tenía en mi poder para acelerar el proceso; eso es todo. —Mirándola fijamente, se cruzó de brazos—. ¿Siempre esperas lo peor de la gente?

—Es mejor esperar lo peor que lo mejor, así no te decepcionan.

A él se le dibujó una sonrisa.

—¿Y qué esperabas de mí? ¿Otro chantaje?

—Lo estás planeando, ¿no es así?

—Ya lo sabrías de ese ser el caso. —Le hizo señas con la cabeza para que entrara en el coche—. Sube. Te dejaré en palacio mientras hago unas compras.

Anna alzó la barbilla mientras analizaba sus gestos.

—¿Puedo acompañarte? Bueno..., si es que no vas a comprar preservativos o juguetes sexuales.

Charles miró a los guardias de soslayo. Le pareció ver a más de uno contener una sonrisa.

—Lengua suelta, sube al auto ya.

—Sí, jefe.

Se sintió a salvo una vez que Charles entró con ella en el coche y se alejaron de la calle. Lo de «lengua suelta» le iba de maravilla, el príncipe ya no sabía cuándo ella iba a decir algo imprudente.

—¿Sabe tu chófer a dónde vas? —preguntó ella—. Lo digo porque no he visto que le dieras instrucciones.

—Él sabe a dónde ir cuando digo que iré de compras.

—Oh, entonces tienes un código secreto.

—No.

—Lo tienes, pero no quieres compartirlo conmigo. —Alzó las cejas—. Te vi haciendo un círculo con el dedo. Debe ser una señal secreta.

—No.

—¿Es «compras» la palabra secreta para avisar al chófer de que te vas a ver con alguien?

—«Compras» es la palabra secreta para compras, mujer. ¿Por qué tienes que ser tan rebuscada?

—No soy rebuscada, soy curiosa.

Charles trazó una línea por su cabeza con la uña, y el silencio se instaló entre ellos durante breves instantes, lo que le dio tiempo para pensar.

Quería comprar material para pintar. Aunque sus últimos intentos habían terminado en un desastre, estaba determinado a pintar algo que tuviese sentido. Para ello, debía llenar sus estantes con pintura y quizá probar nuevos productos. Tal vez le hacía falta un cambio.

Solía encargarse de sus propias compras, y entraba por la parte de atrás de la tienda para escapar de la atención pública. Su arte era algo que quería mantener en privado.

¿Cuán privado podía ser con esa mujer respirándole casi en el cuello?

—¿Mi padre te hizo firmar una cláusula de confidencialidad?

Se distrajo un instante con la forma en la que ella se rascaba la rodilla, sintiéndose afortunado por poder disfrutar de la visión de aquellas magníficas piernas gracias al vestido negro que llevaba. ¿Cómo se le ocurría mantenerlas ocultas poniéndose pantalones? Era tan guapa que deseaba immortalizar su belleza en una obra de arte para que todos pudieran adorarla... Anna era belleza dormida, y cuando despertaba, acaparaba la atención de toda alma hambrienta.

Dios mío, ¿y podía ser más guapa? Podía. Su belleza aumentó cuando le sonrió antes de responderle, entrecerrando los ojos al levantar los pómulos. Su belleza opacó el atractivo de todas las caras bonitas que conocía.

—Lo hizo. Si mi lengua suelta se descontrola, perderé mi inmunidad real al instante.

Él torció un poco la boca y después sonrió.

—¿Para qué me pides que deje de llamarte «lengua suelta» si te refieres a ti misma de esa forma?

—Cuando lo digo yo, suena normal; cuando lo dices tú...

—¿Suena sucio?

Anna tragó en seco, aferrándose a su magullado raciocinio. Le golpeaba en la nariz el olor de su perfume, y una extraña sensación en la barriga la incomodaba

cada vez que la miraba fijamente.

—Muy sucio —asintió.

—Perdona si te he hecho sentir incómoda, Anita.

Un brincoteo extraño se desató en su pecho y le tomó un momento recordar que era su corazón. Fue una sensación que creía ya olvidada, la de un sobresalto entusiasmado que pensaba que ya no volvería a sentir.

«¡No! ¿Qué haces, estúpido? —le recriminó a su corazón—. ¡No te atrevas a emocionarte por él!».

Se sintió estúpida por abroncar a un órgano de su cuerpo, así que se aferró a una técnica infalible: el cambio de tema.

—¿Por qué querías saber si he firmado un contrato de confidencialidad?

—Porque perder la inmunidad real será uno de tus menores problemas si llegas a contarle a alguien a dónde vamos.

—Entonces ¿a esto le llamas compras?

Había pensado en cualquier otra cosa menos en ir a una tienda para materiales de arte, y mucho menos se le ocurrió que entrarían por la puerta trasera, para evitar llamar la atención. El que parecía el dueño acudió de inmediato con cara de espanto —supuso que se trataba de un ladrón—, pero al ver a Charles, su semblante se relajó.

—Bienvenido, alteza. No esperaba su visita hoy.

—Gracias, señor Sheppard. —Señaló a Anna—. Le quiero presentar a mi asistente, Anna Mawson. Él es Harrison Sheppard, el dueño de esta tienda. —Centró su atención en el hombre—. Necesito comprar pintura y otros materiales. Me gustaría probar algo nuevo.

—Como usted guste. Le pediré a uno de mis empleados que lo lleve al almacén.

—Preferiría que nos acompañe usted. Nadie conoce mejor lo que hay en esta tienda.

—En tal caso, venga conmigo.

A medio camino, Charles habló:

—Voy a retomar la pintura al óleo. ¿Qué nuevos materiales tiene?

—Tenemos un par de nuevos soportes de madera, cartón o tela, el que guste. Recientemente lanzaron una nueva marca de pinturas con mayor viscosidad y pigmentación.

—Básicamente necesito de todo. No he pintado al óleo desde hace dos años. De todos modos, también quiero llevarme pinturas acrílicas. Hay algo que sigo intentando.

Anna los siguió en silencio, observándolos entrar en un almacén junto al edificio, repleto de materiales que reconocía porque su hermano era pintor. Harrison tomó su teléfono de un bolsillo y abrió una aplicación. Charles no se detuvo a meditar lo que compraba, pero no se conducía como un hombre que sabía que el dinero no lo limitaba, sino como alguien deseoso de probar nuevos materiales de pintura, decidido a intentar algo nuevo.

—No sé si es la pintura, pero he intentado difuminar tres tonos distintos de azul y nada me funciona —lo escuchó decir—. Incluso intenté con un poco de agua, pero solo lo empeoró. ¿Qué estoy haciendo mal?

—Lo que hace todo artista. Vivir de la costumbre. Lleva tanto tiempo haciendo y pintando lo mismo que ha perdido el enfoque.

Anna lo vio asentir, y luego no apartó su mirada de él mientras analizaba sus palabras.

—¿Qué me recomienda que haga?

—Cambiar de perspectiva. Dele un nuevo giro a su arte. Necesita ideas frescas... Mientras siga haciendo y pensando igual, no podrá hacer nada nuevo. Sé cuánto le gusta pintar paisajes con la pintura acrílica, y con ella hay que trabajar rápido porque, como bien sabe, se seca enseguida. ¿Por qué no prueba pintando a una persona al óleo? El óleo tarda más en secarse y podrá corregir errores que no podría corregir con la acrílica.

Anna sintió un escalofrío de incomodidad cuando el hombre se fijó en ella. Parecía estudiarla por como la miraba. Se acercó a uno de los muchos estantes y tomó un tubo de pintura verde.

—¿Me permite utilizarla para una demostración breve?

Anna asintió dos veces, y cuando colocó el tubo junto a su rostro, decidió que

lo mejor era no moverse.

—¿Ha visto la malaquita, señor?

Un turbulento mar se alzó dentro de ella cuando lo vio acercarse. Tenía un semblante serio y su mirada empezó a pasear de ella a Harrison. Le pareció atractiva la forma en que su silencio y mirada firme emanaba un poderío que le sentaba de maravilla.

—Es un mineral, me parece —respondió.

—Uno muy poderoso. Puede ampliar las energías positivas y es considerada una piedra protectora, ya que absorbe las negativas. Puesta sobre el corazón, se dice que brinda equilibrio y armonía. Es una piedra de transformación y muestra todo lo que impide el crecimiento personal de una persona, rompe vínculos no deseados y enseña a asumir responsabilidades.

A Charles le pareció que esa descripción podría usarse perfectamente para describir a Anna, que seguía en silencio, escuchando.

—La malaquita es verde —continuó el hombre—, un tono que puede variar del claro al oscuro, y sus bandas también varían de tono. En otros casos, pueden ser azules y se las denomina azuritas o malaquita azul, una piedra curativa que puede ayudar en situaciones de estrés, pena, tristeza y miedo. Hay malaquitas que tienen ambos colores. ¿Sabe qué le estoy tratando de decir?

Charles negó con la cabeza.

—La misma naturaleza mezcla sus colores porque es sabia y confía en sus procesos, pero también convierte en algo bello algunos de sus mayores errores. A veces basta con mirar las cosas desde otra perspectiva para cambiar. En el arte, como en la vida, todo se trata de cambios. Intente traer la naturaleza a lo que pinta, como por ejemplo... —Señaló al tubo de pintura pegado al rostro de Anna y después señaló sus ojos—. Sus ojos tienen el color de la malaquita, pero apuesto a que varían dependiendo de quién los mira, porque no todos se fijan en la auténtica belleza. Yo llevo casado con la misma mujer veintisiete años y tenemos seis hijas, y estoy convencido de que los ojos son la parte más hermosa del rostro de una mujer. ¿Qué piensa usted, señor?

Charles pensaba que era mejor que no se fijase en esos detalles que hacían que Anna le pareciera aún más atractiva. Sus ojos verdes con los anillos oscuros de

su iris, que se asemejaban a las bandas de la malaquita, eran preciosos y le hacían perder la cabeza. Veía en ellos el lago de su infancia, el bosque que rodeaba su casa, los arbustos que decoraban la entrada... En cada cosa verde que pudiese recordar la comparaba, buscando si eran más claros o más oscuros. Los ojos eran esa parte de la anatomía de la que no se podía escapar. Eran la ventana al alma de una persona o el espejo del espectador. Un peligro andante que parecía acecharlo.

—Me parece que el verde claro no se ajusta al tono de sus ojos —comentó al fin.

—¿Le parecen más oscuros que este tono de pintura?

—Sí, pero bastaría con un poco de azul, tan solo un poco, para conseguir la mezcla perfecta.

—Usted tiene un tono similar a la azurita en los ojos, un azul intenso. Tome una gota de ese tono y una gota de —señaló los ojos de Anna— ese y tendrá el azul malaquita. Ahora sí sabe qué es lo que estoy tratando de explicarle, ¿verdad?

—Sí —asintió Charles—. Cambio de perspectiva, cambio de arte.

—Justo. Busque la malaquita que le hace falta a su azurita.

—Tengo que decirlo. —Dejó en los estantes la pintura acrílica que había comprado y después volvió a la mesa para ordenar los materiales de la pintura al óleo—. No es normal que estés tan callada y que no dijeras ni una sola palabra mientras estuvimos en la tienda.

Anna parecía un poco perdida en medio del estudio, con las manos cruzadas en el vientre mientras observaba el lugar con interés.

—No me pareció apropiado —dijo después.

Charles observó el nombre del color en la botella antes de apartar la mirada hacia ella.

—¿Por qué?

Sonrió, y a él le abrumó ese dolor en el pecho que le apareció. Ser consciente de su belleza a cada instante era agotador.

—No quería faltarte el respeto. Parecía que se trataba algo muy personal para ti.

—¿Y a ti desde cuándo te importa no faltarme el respeto?

—Sé que quizá te sorprenda, pero entiendo lo que se siente cuando invaden tu privacidad, y tu afición al arte parece un aspecto que quieres mantener muy en privado. No sabía que tenías este estudio de arte.

Le reconfortó que lo entendiera sin que tuviese que darle explicaciones, como había tenido que hacer con Richard, a quien los únicos trazos que le interesaban eran los que podía hacer con sus manos en el cuerpo de una mujer. Y su padre creía que había abandonado su afición a la pintura hacía años. Así que, aparte de con el señor Sheppard, no tenía con quién hablar sobre su arte.

—Lo compré hace tres años. No lo uso como vivienda. Vengo aquí cuando necesito pintar.

«Cuando necesito pintar», había dicho. No cuando quería, sino cuando lo necesitaba... Era como un refugio. Eso era este estudio...

—Sabiendo que me meto en tu vida y que te juzgo como si tuviera el derecho a hacerlo, ¿por qué me has traído aquí? ¿Qué te ha hecho pensar que no lo haría esta vez?

—Tú eres el cambio de perspectiva que necesito.

Anna levantó ambas cejas.

—No voy a acostarme contigo.

—Me gustaría que sucediera, pero me conformo con tu compañía. Por ahora. —Dejó el bote de pintura sobre la mesa y tomó la verde—. Lo cierto es que, los quiera o no, en mi vida están habiendo cambios desde que nos conocimos, y todo gracias a ti. Actualmente, no conozco otra fuente de cambio de perspectiva.

—Necesitas una malaquita.

—Quiero que seas mi malaquita.

Lo vio moverse por el estudio con aquel poderío que le parecía tan atractivo, trayendo consigo un cuaderno de dibujo, lápices y un lienzo limpio. Ordenó la mesa para tener todo lo necesario a mano, como preparándose para dar rienda suelta a su arte. Anna permaneció de pie donde estaba sin saber muy bien qué debía hacer.

—¿Qué se supone que harás y qué se supone que haré yo?

Charles tomó la silla al otro lado de la mesa, la colocó a un costado y le indicó con la cabeza que se acercara.

—Te voy a dibujar.

A medio camino, Anna se detuvo.

—Si te atreves a dibujarme desnuda, ¡te mato!

—Dios, ¡qué poca fe tienes en mí!

—Lo siento. Vengo predispuesta a pensar lo peor.

—Solo quiero dibujar tu cara.

Lo estuvo mirando fijamente unos instantes antes de decidirse a tomar asiento. Fingió que apartaba la vista cuando lo vio quitarse la chaqueta y dejarla sobre uno de los estantes. Se desabrochó los botones de las mangas y las dobló hasta los codos. Como llevaba los dos primeros botones de la camisa desabrochados, Anna podía ver una pequeña parte de su pecho. Se veía suave por la ausencia de vello. Sintió el deseo de trazar con los dedos cada línea marcada desde el pecho hasta el abdomen, y quizá aventurarse un poco más abajo, hasta encontrar...

Se imaginó dándose una bofetada a ella misma y se centró en pensamientos menos lujuriosos. Los cinco años de abstinencia estaban traicionándola.

—¿Por qué quieres dibujar mi rostro? A mí me parece que es muy común.

Él la miró de refilón, tomando el cuaderno y un lápiz. Hizo espacio en la mesa y recostó parte de su cuerpo en la superficie, de modo que Anna podía sentir las rodillas de él rozando las suyas.

—¿Qué consideras común?

—No lo sé. La forma de la cara, el color de los ojos, el de la piel... Tú deberías saberlo mejor. Has visto de cerca a muchas mujeres.

Él le sonrió.

—Las he visto.

Encajó el lápiz entre el dedo índice y el corazón, haciéndolo girar ocasionalmente. Sus ojos azules no se apartaron de los de Anna mientras la analizaba.

—Me siento muy incómoda —dijo ella—. No creo que esto funcione.

—¿Te han dibujado antes?

—No.

—¿Por qué no?

—Ya te lo he dicho. Tengo un rostro muy común.

—A mí no me lo parece. ¿No te lo habían dicho nunca?

—No lo sé, creo que no.

—A tu compañero de trabajo le parece que tienes unos «ojitos bonitos».

Anna quiso estrangularlo por el tono burlón en que había dicho eso.

—Eli piensa que todas las mujeres tienen «ojitos bonitos». Es su frase para conquistar.

—¿Te sientes conquistada?

—¿Te parezco fácil de conquistar?

—Yo diría que imposible.

Anna sonrió, satisfecha.

—Por fin lo entiendes.

—Entender y desistir son dos cosas diferentes, pero no hemos venido aquí para hablar de eso. Cuéntame un poco más de ti.

—Ahora le preguntas a la gente en lugar de pedir que los investiguen. Sí que parece que soy tu malaquita.

La severidad de su sonrisa jamás llegó a sus ojos, que brillaron divertidos.

—Seamos justos entonces. —Comenzó a trazar la forma de su rostro en el cuaderno de dibujo—. Tú me dices algo de ti y yo te cuento algo de mí.

—Es el ofrecimiento más tentador que me han hecho desde el trabajo que me ofreció tu padre, y en este también salgo ganando, así que adelante.

—Bien. Comienza tú.

—Me llamo Anna Mary Mawson, tengo veinticuatro años y nací en Oxford el 25 de septiembre.

—No sabía que eras oxoniense. No presté atención a ese tipo de detalles cuando me dieron el informe sobre ti. —Borró parte del ojo izquierdo después de observarla. No tenían la forma correcta—. Yo nací en el palacio de Buckingham por accidente.

—¿Por accidente?

Él asintió, sonriendo, sin dejar de dibujar.

—Mi madre quería que naciera en otro palacio que iba a ser nuestra residencia oficial y que terminaron de remodelar cinco días antes de mi nacimiento. Mi madre estaba a punto de dar a luz, y le pidió a mi padre que adelantaran la mudanza, pero a mí se me antojó nacer cuando fueron a recoger las maletas a la habitación. Mi padre dijo que tardé casi quince horas en salir.

Le vaciló la sonrisa entre la nostalgia y la tristeza, y Anna decidió que era mejor cambiar de tema.

Él, no obstante, la abordó antes con una pregunta.

—Además de los autos, ¿tienes alguna otra afición?

—Sí.

Charles levantó la cabeza y le lanzó una mirada recriminatoria por no mantenerlo informado.

Anna puso los ojos en blanco.

—Bueno, es algo que me gusta hacer cuando estoy sola...

De inmediato supo que él se había hecho una idea equivocada de lo que se trataba por el modo en que levantó las cejas.

—¡Me refería a cantar, mente sucia! —se carcajeó.

Él se echó a reír.

—Haberlo dicho de otra forma para evitar que pensara mal.

—Habrías pensado mal de cualquier forma.

—Eso es cierto.

Trazó el boceto de los labios, aprovechándose de la excusa para mirarla cuanto quería.

—Me hiciste una pregunta, ahora yo te haré una. —Lo meditó poco—. ¿Has traído a alguien más a este estudio? Aparte de a la chica castaña del otro día.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué castaña?

—La que llevamos a su casa en mi primer día de trabajo. Siempre me he preguntado a dónde llevas a tus citas.

Chasqueó la lengua al recordarlo, y volvió a lanzarle una mirada recriminatoria por lo último que había dicho.

—No uso este estudio como vivienda, es mi estudio de arte —recalcó—. No

traigo mujeres aquí.

—Y la chica castaña, ¿qué? ¿Era un delirio de mi estrés?

—No, era muy real, pero no era una de mis conquistas. Tenía un amigo viviendo aquí mientras conseguía un apartamento. Bebió demasiado y usó el piso como un motel.

—No eres de esos hombres que comparten mujeres, ¿o sí?

Le lanzó una mirada severa.

—No —dijo rotundo.

Predominó después el ruido del lápiz sobre la hoja y nada más, como si ambos se hubiesen quedado sin temas de conversación. Anna observó los gestos de concentración en su rostro, apartando la mirada de él cuando él levantaba la vista hacia ella.

Charles golpeó el cuaderno con el lápiz un par de veces antes de hablar:

—Me siento muy tenso cuando no hablas.

Ella se encogió de hombros.

—Decídetes. Me acusas de tener la lengua muy suelta, y cuando no hablo, te incomodas.

—Me he acostumbrado a escucharte hablar incluso cuando desearía que te callaras.

—¿Qué hago? ¿Dejo de hablar o sigo?

—Estoy probando algo nuevo y necesito que sigas hablando. —Retomó el dibujo—. No pinto delante de nadie desde que tenía trece años. El arte para mí es una terapia, pero con tantos empleados y mi padre yendo y viniendo, no me podía expresar a gusto. Me sentía observado y algunas veces juzgado.

—Por eso buscaste este lugar.

—Mi padre sabe que lo tengo, pero piensa lo mismo que tú: que lo uso para traer mujeres. —Hizo un par de trazos con tanta fuerza que dañaron el boceto. Anna lo supo porque al instante lo vio tomar una goma para borrarlos—. Dicen que he dormido con media Inglaterra. Bueno, ciertamente no soy un santo, pero no he tenido tantas amantes como dicen... No sé. Depende de lo que consideren «muchas» mujeres. Disfruto del momento, pero después no sé... Simplemente no sé... Vengo aquí y pinto, si la borrachera no me tumba antes.

—Pensé que te gustaba la manera en que vivías tu vida. Es la impresión que dabas.

Dejó escapar una carcajada sin humor, rascándose la cabeza con la punta del lápiz antes de seguir dibujando.

—Reemplazo un mal con otro mal.

—¿Y qué mal sería ese?

Comenzó a hacer trazos más lentos y suaves, y cuando Anna levantó un poco la cabeza, pudo notar que le estaba dibujando el pelo.

—¿Siempre fuiste tan desconfiada?

La sobresaltó aquella pregunta tan inesperada.

—No.

—¿Qué te ocurrió?

—No elegí a la persona adecuada.

Asintió.

—Tu exnovio, supongo.

—Supongo que ya conoces la historia por mi expediente.

—Alguien me ha explicado lo que pasó. —Calló un instante mientras la observaba. Después frunció el ceño, movió la cabeza y borró algo, antes de continuar dibujando—. Basta con que alguien a quien quieres te traicione para hacerte pedazos la confianza y destrozarte por dentro. —Torció la boca—. Yo quise mucho a mi madre. Era un niño de cuatro años cuando murió. Tenía el corazón hinchado de cariño, y así se quedó, lleno y con ganas de querer. No la tuve mucho tiempo en mi vida. Es agotador querer, y decepcionante, con lo frágil y volátil que es la vida. Un día quieres a alguien con todo tu corazón, tanto que hasta duele, y al siguiente esa persona no está, desaparece. Entonces ¿qué te queda? ¿Dónde dejas tus sentimientos? Cargas con ellos y te resultan pesados. Crecí así, con hambre del amor de mi madre. No quiero querer a nadie más así... Creo que mi cariño enferma a las personas.

La punta del lápiz se partió por la presión que estaba ejerciendo contra el papel. Al ver cómo se le ensombrecía el gesto por la rabia y la tristeza, Anna cubrió su mano con la suya.

—Tu cariño no puede enfermar a nadie. El amor es algo maravilloso cuando

es honesto y limpio. —Sintió un escalofrío cuando se apartó de él con brusquedad.

Le nació un abrumador deseo de gritar, porque su cuerpo se sintió sobrecogido por las emociones que él le transmitía, como si fueran suyas. De repente se le antojaba un hombre diferente a como lo había visto hasta entonces. Ciertamente no era un santo, tal como había dicho él mismo, pero oírle decir lo que pensaba del cariño que ofrecía a los otros, y que había evitado querer y ser querido para protegerse, hizo que lo viera abrumadoramente vulnerable.

Charles se puso de pie y lanzó lo que tenía en las manos sobre la mesa.

—Lo terminaré después. —Se desdobló las mangas de la camisa y se abrochó los puños mientras iba a por la chaqueta—. Te llevaré a casa. Puedes tomarte el resto del día libre.

—Dejé unas cosas en el palacio. —Se levantó del asiento y se le acercó un par de pasos—. Está bien hablar de tus emociones. Es necesario abrirse a alguien de vez en cuando. Guardarte las cosas es lo que forma una coraza y cuando esta se endurece ya nadie puede entrar.

—Es mejor así, tú lo sabes bien. Me dijiste que tenías una también. Me va mejor sin enamorarme y sin establecer lazos permanentes con nadie.

—¿No le permitirías la entrada a una amiga siquiera?

—No tengo amigas.

—Me tienes a mí.

Él se detuvo y se alzó frente a ella como un gigante mientras sus ojos trazaban una ruta que iba y venía de su boca a sus ojos.

—No puedo verte como una amiga, Anna, no cuando no puedo dejar de pensar en cuánto placer podríamos sentir los dos si me hundiera entre tus piernas.

Sus palabras despertaron un calor dormido en ella que avanzó poco después hasta su sexo. Maldita sea, debería abofetearlo por decirle algo así cuando ella estaba tratando de brindarle su amistad, pero su cerebro pareció cortocircuitarse porque de repente veía a Charles aún más atractivo. Notó que emanaba de él una corriente sexual enloquecedora, y por un instante pudo jurar que olía la intensidad de su piel, un aroma varonil que avivó la tensión sexual dentro de

ella.

—Si me lo permitieras, te llevaría a la cama ahora mismo, pero como sé que no, es mejor que te lleve a tu casa antes de que vuelvas a despreciarme como antes.

Se alejó de ella tan deprisa que Anna sintió su lejanía como una bofetada, y el calor abrumador de su bajo vientre se convirtió en una sensación de frío. Deseó abofetearlo otra vez por ello, era casi doloroso. Se estremeció, afligida por cuanto le había afectado.

De haber insistido más, ¿habría tenido la fuerza de voluntad suficiente para rechazarlo? ¿O habría sucumbido ante la añoranza del placer?

Esta vez quiso abofetearse a sí misma por el momento de flaqueza. Se dio dos golpecitos en las mejillas y se dirigió hacia la salida.

A medio camino, el rey los telefoneó, y ambos se dirigieron a la oficina después de dejar el coche en el aparcamiento.

—Toma asiento, Charles. Por favor —le pidió su padre.

Con el gesto inexpresivo, hizo lo que le pidió. Detrás de él, con las manos cogidas a la espalda, esperaba Anna.

—Estaré afuera —anunció.

La voz del rey la detuvo antes de poder marcharse.

—No, por favor, señorita Mawson. Le pido que se quede. Quiero que escuche lo que voy a decirle a mi hijo.

Ella pareció dudar, pero al final se sentó junto a Charles. Este estudió cuidadosamente la expresión de su padre y la de Tessie, que estaba de pie tras él, presionándole los hombros con las manos, como si quisiera darle una garantía de que se encontraba allí.

—¿De qué tienes que hablarme? —preguntó Charles, que empezaba a sentir cómo la preocupación crecía dentro de él.

Su padre cruzó ambas manos sobre el escritorio.

—Hace unas semanas visité a mi médico para hacerme los exámenes de rutina.

—Lo sé. Iba a revisar que todo estuviera... —se interrumpió en cuanto miró directamente a los ojos a su padre.

Edward suspiró profundamente y le dijo:

—Me han detectado un tumor.

A Charles se le congeló el estómago y olvidó cómo respirar. Sintió la cálida mirada de Anna sobre él, pero no fue capaz de devolvérsela. No recordaba siquiera cómo moverse.

Cáncer. Su padre tenía cáncer. Otra vez. Era una pesadilla que jamás terminaba. Porque eso era un tumor, ¿no? Aferró las manos a los brazos del asiento y respiró un par de veces con dificultad. ¿Esperaba su padre que dijera algo? De ser así, ¿qué? ¿Qué podría decirle? Los recuerdos que tenía de él durante el cáncer cuando él tenía diecisiete años no eran agradables: calvo, delgado, sin apetito, pálido y ojeroso... Y ahora debía presenciar todo eso de nuevo. ¿Por qué? ¿No había sido suficiente ya? ¿Tenía que vivir otra vez con la angustia de despertar un día con la noticia de su muerte? Perder a su madre fue muy duro, algo que aún no había podido superar, a pesar de haber sucedido hacía tantos años. No estaba listo para perder a su padre, la única persona que había estado con él incluso cuando deseaba estar sumergido en una soledad absoluta.

—¿Qué ha dicho el médico? —preguntó con la voz temblorosa.

—De momento no es grave y no se contempla una operación inmediata. He tenido algunas hemorragias y estoy bajo tratamiento por la anemia.

—¿Y dices que no es grave?

—No lo es, pero presento ciertos síntomas que algunos días son más tolerables que otros. Mi cuerpo es un poco más débil después del primer cáncer y la neumonía, así que el médico me ha recomendado reposo para reducir mis altos niveles de estrés.

—¿Cuándo iniciarías ese reposo?

Edward se humedeció los labios con lentitud.

—Tan pronto como aceptes la regencia.

Sus palabras llegaron hasta su pecho, encendidas como brasas ardientes, quemándolo por dentro lenta y dolorosamente. Se movía al ritmo de su respiración trabajosa, sacudiendo sus ganas de gritar y destrozarse todo lo que se

encontraba al alcance de sus manos, pero la sensación desapareció ante un contacto cálido. Sus ojos se desviaron hacia su mano, donde la pequeña mano de Anna se había situado, apretando la suya, tal como había hecho en el estudio de arte. Permaneció allí, mirándola, aferrándose a lo único que no lo enloquecía, que no lo destruía por dentro, como si se tratase de un salvavidas.

Edward parpadeó al notar el cambio brusco en el rostro de su hijo. Después, mientras descansaba los ojos en él, notó la suave caricia que los dedos de Anna proporcionaban a su mano. Oh, de ahí venía. No pudo evitar sentirse confundido, pues Charles había demostrado sentir cierta antipatía hacia esa mujer, y ella hacia él.

Tessie se aclaró la garganta, llamando la atención de los tres. El príncipe la miró, sus ojos eran tan cálidos.

—Charles, el doctor le ha indicado a tu padre que haga reposo total. —Su voz sonaba tensa, preocupada. Esa era una de las razones por las que agradecía que formara parte de su familia, por el interés y el cariño genuino que mostraba hacia su padre y por cómo lo cuidaba—. El estrés puede agravar la enfermedad.

—¿Qué se lo impide?

La comprensión acudió a él con la fuerza de un huracán.

—Que es el rey —dijo—. Reúnete con el Parlamento y que ellos se hagan cargo de todo por un tiempo. Creo que pueden manejar los asuntos del Estado sin tener la presencia del rey mientras te recuperas.

Edward le obsequió con una mirada discreta.

—Verás, hijo, yo estaba pensando en otro tipo de solución.

—¿Qué otro tipo de solución? ¿La regencia?

Los ojos de su padre brillaron de una manera singular. Oh, iba en serio...

—¿No estarás considerando de verdad que yo podría representarte? Porque eso es una locura. Considera nuestras discusiones en las últimas semanas, lo que te he dicho sobre que no estoy listo para ser rey.

—El Parlamento no es nada sin un rey y el único con derecho de ser regente eres tú como príncipe de Gales. Cuando tuve mi primer cáncer, mi hermano ocupó mi lugar porque tú eras menor de edad, pero ahora es diferente.

—Padre, en cuanto dijeras que yo voy a sustituirte, la mitad de la población se

arrojaría al mar.

Los labios del rey se curvaron levemente.

—Estás juzgándote con demasiada dureza.

Desesperado, Charles miró a Anna.

—Díselo tú.

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo opinar yo? Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

—¡Yo qué sé! Dile que no puedo ser rey.

—Charles es un gruñón.

Él frunció el ceño.

—¿Qué clase de ayuda es esa?

—Yo creo que la apropiada. ¿Qué pretendes que diga?

—¿No eres la presidenta de la campaña en contra de que yo sea rey?

—Eso no es cierto. Ya no...

—Basta, basta... —intervino el rey—. Charles, no es tan difícil. Me has visto ejercer como rey desde pequeño. Tienes los conocimientos necesarios. Además, estarás rodeado de un equipo cualificado para apoyarte.

Señaló a Anna.

—¿Esto es una broma? —Charles soltó un bufido—. Sabes que Anna no ha parado de decir desde que me conoció que seré un mal rey.

—¡Oye, yo ya no pienso eso! Eres tú que no te dejas ayudar —musitó Anna.

Charles apartó la mano de la de ella con desdén.

—Esto es una mala idea, de verdad.

Se levantó del asiento y se fue.

Edward suspiró y en el semblante se le notó el agotamiento.

—Ha salido mejor de lo que esperaba —dijo—. Creí que comenzaría a gritar y a pelear.

—Creo que hizo una protesta menos ruidosa, pero igual de efectiva —comentó Anna.

Se encogió en el asiento cuando los ojos del rey se fijaron en ella.

—¿Qué opina al respecto? —le preguntó.

—¿Sobre la idea de que su hijo sea provisionalmente rey?

Edward asintió.

Era una pregunta difícil. Si se la hubiese hecho un mes atrás, antes de que toda esa locura comenzara, cuando no conocía tan bien a Charles, habría respondido sin pensarlo que era una mala idea, pero después de todo lo sucedido ese día y los anteriores, Anna tenía dudas. No lo creía preparado todavía, pero esperaba que en un futuro lo estaría. Su opinión sobre él había cambiado.

Charles daba la impresión de ser un simple mujeriego que solo se preocupaba de satisfacer sus caprichos, pero hoy le había demostrado que había otro Charles en su interior, uno que desbordaba fragilidad, que usaba un lienzo para dar rienda suelta a su alma atormentada, convirtiendo su dolor en arte. Le había hecho saber que se sentía vacío al pronunciar aquellas duras palabras: «Yo creo que mi cariño enferma a las personas». Cuánta pena y dolor había en ellas. ¿Cómo había podido vivir creyendo que su amor podía enfermar a la persona amada? Debía albergar ese pensamiento desde hacía muchos años para creérselo de tal forma.

¿Pensaría que el tumor de su padre era culpa suya solo por quererlo? El corazón se le comprimió al contemplar esa posibilidad. Solo Dios sabía qué infierno se estaba desatando dentro de Charles.

—No lo sé —dijo, contestando al rey—, pero creo sinceramente que puede hacer un buen trabajo.

El rey esperaba esa respuesta, pensó Anna, porque se limitó a asentir.

—Creo que sería una buena oportunidad para mi hijo —dijo—. Lo cierto es que es una navaja de doble filo, ¿me comprende? Hay una posibilidad de que triunfe y una de que fracase. Aunque, para ser sincero, no creo que fracase. Podría aprender mucho de esta experiencia.

—Charles no muestra un interés auténtico por ser rey o ejercer el papel que le corresponde como príncipe de Gales. —Anna cruzó las manos sobre su vientre—. Aceptó hacer la formación porque se le planteó como un reto. Por una parte, creo que es mala idea que sea regente, pero, por otra parte, dudo y me parece que podría hacerlo bien. Creo que, con la formación y la ayuda del personal adecuado, el príncipe podría estar al nivel que se necesitaba y se espera de él para enfrentar y superar exitosamente una prueba de esta magnitud. Sin

embargo, considero que no soy la persona adecuada para ayudarlo. No tengo la preparación necesaria. Sé historia, pero eso es todo. Si me pidiera que le enseñara todo lo que sé sobre autos, sería otra cosa; en dos días, el príncipe conocería la historia de la mecánica automotriz a la perfección, pero este no es el caso...

—Pero es con usted con la única persona que conecta.

Anna parpadeó, confundida.

—He visto el cambio en su rostro cuando usted le puso la mano sobre la suya —explicó el rey—. Tal vez no empezaron con buen pie, pero tiene algo que a Charles le hace bien. Tiene la habilidad de penetrar en él y tocar su fibra sensible. Mi hijo es un muchacho lleno de orgullo. Yo a su edad era exactamente igual que él. Solo cuando él llegó al mundo, empecé a comportarme como un adulto maduro. De no haber sido padre, yo seguiría yendo detrás de la primera mujer bonita que se me pusiera delante.

Anna hizo una extraña mueca. No podía imaginar al rey Edward, el bondadoso, comportándose como un mujeriego sin control.

El monarca se aclaró la garganta.

—Veo que le preocupa no estar preparada —dijo—. Eso tiene solución, ¿no es así? ¿Qué tal si le asigno a algunos asesores? Cualquier duda que tenga podrá consultarla con ellos.

—¿Por qué no los contrata para que sean ellos quienes asesoren directamente a Charles?

El rey sabía que debía utilizar otra forma para convencerla. Su carácter terco le recordaba a su hijo. Quizá por eso Anna y él chocaban: aunque distintos, en el fondo eran muy parecidos, y juntos eran como una bomba de relojería, pero ¿cuál de los dos sería el primero en estallar?

—Si acepta ayudarme con esto, sería como si me estuviese haciendo un favor personal. —Se inclinó un poco—. Estaré eternamente agradecido si me ayuda con este terco y testarudo muchacho que tengo por hijo. Ambos sabemos que Charles tiene buena madera para ser rey, pero su potencial está escondido debajo de una coraza que parece impenetrable. Sin embargo, usted y yo hemos visto a través de esa coraza, ¿no es así? El actual Charles es una muy irritante fachada.

Pese a decir una y mil veces que no le interesa el trono, es evidente que lleva en la sangre el ser rey.

—Tal vez, no lo sé.

—¿Por qué no lo piensa? Le daré unos días para hacerlo.

Anna lo meditó durante unos segundos.

—Está bien.

El príncipe había abandonado el palacio sin seguridad o al menos eso fue lo que le dijeron a Anna los empleados que lo vieron salir de prisa en su auto y sin avisar a nadie sobre su destino. Los guardias fueron tras él y lo encontraron en Little England.

Al llegar Anna vio que el estudio estaba resguardado por hombres de negro, lo que le confirmó que Charles estaba allí.

Caminó por el sendero de grava hasta llegar a la puerta y llamó un par de veces, pero nadie abrió. Una corriente de aire frío la atravesó, haciéndola temblar. El cosquilleo incómodo le llegó hasta los pechos y sintió cómo se le erizaban los pezones. Se cubrió lo mejor que pudo con los brazos cruzados.

Abandonó la pose protectora para girar el pomo de la puerta. Tuvo suerte: estaba abierta.

Supo exactamente a dónde ir y la luz encendida arriba le confirmó que no estaba equivocada. Subió la escalera haciendo el menor ruido posible y lo vio inclinado sobre la mesa dibujando en su cuaderno. Movía la mano con violencia, como con rabia. Borraba, volvía a dibujar, maldecía por lo bajo. No advirtió su presencia hasta que la escuchó acercarse.

A diferencia de por la tarde, el estudio estaba ahora repleto de cuadros apilados contra las paredes. La luz estaba encendida, muy tenue, como si la luna fuese la única que alumbraba el lugar. Vio a pocos pasos un caballete y sobre él un lienzo con una pintura a medio terminar. Se acercó lentamente. Era una mujer joven, de cabello largo negro y ojos grandes azules. Solo le faltaba pintarle los labios.

—¿Qué quieres?

La sobresaltó la rudeza de su voz. Ella volvió a cruzar los brazos contra su pecho y avanzó.

—Estaba buscándote —respondió.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó él a la defensiva—. ¿Qué es lo que quieres?

—Solo hablar. —Sus ojos, sin embargo, estaban fijos en la pintura—. Supongo que la has pintado tú.

—¿Te resulta difícil creer que la afición al arte del mujeriego príncipe de Gales es auténtica? ¿O lo difícil de creer es que sea bueno en algo? Tal vez pensaste que las compras en la tienda solo fueron para sorprenderte.

—¿Por qué te muestras a la defensiva, como si te estuviera juzgando?

—No lo sé. Tal vez porque eres una experta en juzgar a la gente.

Fue un golpe bajo que se merecía, pero no dijo nada. Se limitó a observarlo.

Era obvio que él la ignoraba.

Anna miró de reojo la pintura y él retomó el dibujo, deslizando el lápiz por su cabello con tanto cuidado que parecía que la peinaba. Anna pudo identificar el parecido entre ellos de inmediato: el pelo negro, los ojos azules...

La mujer del cuadro era su madre.

Anna se sobresaltó cuando Charles se volvió hacia ella con brusquedad.

—¿Qué demonios quieres? —vociferó—. Te quedas ahí parada mirándome como si fuera un maldito fantasma.

—No quiero nada. —Se cruzó de brazos—. Eres bueno. No solo bueno, eres fantástico. Me gustan tus cuadros.

—Gracias. Ahora largo.

—Sí, me iré, pero primero quiero hablar contigo. Tu padre me ha...

—No tengo ganas de hablar sobre mi padre.

—Es algo importante, y necesito que me prestes atención un momento.

Charles dejó caer el lápiz sobre la mesa y clavó sus ojos furiosos en ella.

—No debí enseñarte este lugar. Es el sitio donde me siento seguro y ahora entras en él como si tuvieras derecho a perturbar mi paz. ¿Qué tengo que hacer o decir para que me dejes tranquilo?

—No te aísles —le rogó ella. Dio un paso hacia delante—. Yo lo hice cuando

salí de prisión y me convirtió en alguien miserable. Me impidió muchas cosas, entre ellas ser feliz. No dejes que tu coraza sea más fuerte que tu voluntad.

—¿Crees que quiero hablar de lo que está pasando? —gritó él con fuerza, presa de la ira y el dolor—. Observa este estudio. Si estoy aquí, lejos de la vida de palacio, es porque deseo olvidar por unos malditos minutos que mi padre está enfermo. ¡Otra vez, y de un tumor! ¿Puedes dejar de ser tan perfecta durante unos segundos y comprenderlo? Mi padre podría morir. No sé lo que pretende. ¿Quiere que confíe en que todo saldrá bien? Estamos hablando de un tumor, no de un rasguño en el brazo.

Se llevó ambas manos detrás de la cabeza. Sus ojos se veían atormentados, tristes y llorosos, como si algo dentro de él estuviese rompiéndose en mil pedazos mientras hablaba.

—Tenía solo cuatro años cuando mi madre murió. —De sus ojos brotaron un par de lágrimas. A ella se le congeló el corazón. Se le veía increíblemente frágil, absolutamente destruido—. Era asmática y sufrió un paro respiratorio por la noche tan severo que llegó muerta al hospital. Cinco días antes, me había inscrito a clases de arte. Fue en la entrada del edificio donde nos tomamos la última foto juntos. No tengo tantas fotos de ella como quisiera. Ni siquiera he podido completar un álbum. Tuvimos que avanzar sin ella, y luego, a mis diecisiete años, enfermó mi padre de cáncer. Se recuperó, pero al cabo de poco tiempo sufrió una fuerte neumonía que casi lo mata. Se salvó, y ahora otra vez ha de librar una nueva batalla contra el cáncer. ¿Tan malo he sido en esta maldita vida que no es suficiente con que haya perdido a mi madre? ¿Por qué otra vez la muerte ronda a un hombre tan noble como mi padre? Tú que pareces saberlo todo, dime: ¿qué diablos estoy haciendo mal?

Golpeó la mesa con tanta fuerza que esta se sacudió y después él cayó de rodillas al suelo, cubriéndose la cabeza con ambas manos. Lo escuchó llorar, lo escuchó gritar y no supo qué hacer. ¿Qué había perdido ella? Un hombre que en realidad nunca la quiso, su libertad durante un año, su buena reputación, la posibilidad de correr carreras de coche durante el resto de su vida... ¿Podía compararse todo eso con el dolor de perder a una madre? ¿O con el temor de perder a un padre?

Rodeó la mesa y se acercó a Charles para arrodillarse junto a él. Era tal el sufrimiento que emanaba que sus ojos se empañaron. Inspiró profundamente y extendió los brazos alrededor de él para brindarle consuelo, y él, sin parar de llorar, se aferró a ella, buscando algo de alivio, alguna cosa que le permitiera volver a algún lugar seguro donde no se sintiera tan roto.

Nada parecía ayudarlo.

Era como estar perdido en un mar oscuro con una gran roca atada que tirara de él hacia el fondo. Así se sintió también cuando su madre murió. El dolor acumulado había roto su fuerte coraza, que ahora estaba esparcida en pedazos alrededor de él, hiriendo sus añoranzas. Solo podía sentir cómo se ahogaba, y lo único que tiraba de él hacia la superficie eran los pequeños brazos de Anna y la dulce voz que le cantaba.

¿Podía permitirse ser débil y llorar frente a esa mujer? ¿Por qué?

Durante veinte largos años había fingido que ya había superado la muerte de su madre, cuando la verdad era que su ausencia lo mataba un poco cada vez que necesitaba de su cariño. El dolor nunca había desaparecido, ni siquiera cuando se había emborrachado o abandonado al sexo. El recuerdo de la ausencia de su madre lo esperaba siempre en la cama con una sonrisa cruel, listo para atormentarlo por las noches. Así que lo haría. Dejaría salir todo el dolor y la frustración que había acumulado durante años y se los entregaría a Anna; ella, con su voz, los espantaría.

—Cuidado, está caliente —dijo al pasarle la taza de té—. Te gustará. Bebí mucho té mientras asistía a terapia.

Cuando notó que estaba un poco menos caliente, Charles le dio un trago al té. Tenía un ligero toque a vainilla, canela y a algo más que no supo identificar.

—¿Cómo es? —inquirió él.

Anna frunció un poco el ceño.

—Es caliente, dulce y muy relajante.

Charles le sonrió burlón.

—No hablaba del té.

A Anna le costó un minuto entero comprenderlo. Le dio un pequeño sorbo a su té y después dijo:

—Es el infierno —afirmó con vehemencia—. Literalmente el infierno. La comida era muy mala; la ropa, incómoda; la cama, muy dura, y las demás reclusas, una pesadilla. ¿Has visto esas películas donde meten al protagonista en la cárcel y tiene que aguantar al tipo enorme y feo que no deja de hacerle la vida imposible?

Charles asintió.

—La ficción no está tan alejada de la realidad. Lo hacen para marcar territorio. Hay presas que se creen dueñas de la prisión.

—¿Te topaste con alguien así?

—Con dos.

Dejó la taza en el suelo y trazó una línea diagonal en la parte baja del vientre.

—Esto fue en las duchas. Era una mujer bastante ruda y se enfadó porque le dije que no quería compañía en mi cubículo.

Charles frunció el ceño.

—¿Solo por eso?

—Sí. Afortunadamente, fue tan solo el roce de la navaja. Me quedó cicatriz porque tengo la piel delicada.

—¿Y cómo consiguió la navaja?

—Las guardias de la prisión. La mujer tenía recursos.

—Yo tengo recursos —gruñó él, molesto.

Anna no llegó a escucharlo. Estaba concentrada en olvidar los días que estuvo en la cárcel, presionando a su mente para que pensara en cualquier otra cosa.

Charles percibió su tensión. Probablemente porque de repente notó tensión en el ambiente y, también, por los hombros rígidos, incluso por la delgada línea que se le había formado en los labios.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo—. Si te retiraron los cargos y quedó comprobado que no causaste el accidente, ¿por qué tienes prohibido correr en carreras oficiales?

—Porque el coche era mío. Concluyeron que di mi autorización para el uso del arma utilizada en el accidente. Indirectamente fui cómplice.

—Correcto. Eso es estúpido.

Anna agitó los hombros, fingiendo indiferencia.

—Yo no hago las leyes.

—Mmm.

Charles soltó un resoplido.

—Era un coche, no un cuchillo —gruñó.

Anna soltó una carcajada.

—Eso mismo le dije al juez. Después mi abogado me llamó la atención por haberlo hecho. Me dijo que esa aclaración me hacía ver culpable. Algo así como que intentaba justificarme o quitarle importancia. —Soltó un largo suspiro—. No se lo deseo ni a mi peor enemigo.

—Te refieres a mí —musitó él burlón.

Ella torció la boca para no reír.

—No eres mi enemigo, solo el tipo de hombre por el cual siento algo de rencor.

—¿Podría saber por qué?

—Porque te tomas a las mujeres como un juego.

—No es cierto...

—¿Cuándo fue la última vez que miraste a una mujer a los ojos y pensaste que ella merecía algo más que pasar solo unos minutos de placer contigo y luego marcharse?

—Hasta ahora, ninguna se ha quejado.

Anna agitó la cabeza.

—No entiendes la lógica de las mujeres. Somos expertas fingiendo estar bien cuando en realidad no es así.

—Siempre hablas en plural, como si pertenecieras a un clan.

—Eso se llama empatía. Deberías intentarlo.

Él hizo un gesto de desaprobación. Anna apartó la mirada lentamente.

—No he estado con un hombre desde hace cinco años —admitió Anna en un susurro.

«Oh, Dios. ¿Por qué he dicho eso?».

Charles la miró de reojo. Notó su pequeño rubor en las mejillas que intentó disimular mientras dejaba la taza en el suelo. Él hizo lo mismo con la suya.

—El juicio desempolvó muchos secretos —dijo—. Antes de que me leyeran la sentencia, Carter fue a verme.

Los ojos de Anna se empañaron por una capa cristalina.

—Soy de ese tipo de mujer que lo da todo en una relación —sollozó. Al notar que las lágrimas desbordaban sus ojos, se las secó con los dedos—. Pero supongo que no doy lo que un hombre en realidad quiere. Por eso no le importó mentir y echarme la culpa si eso le permitía salvarse de la cárcel.

El rostro de Charles era inexpresivo.

—¿No has pensado qué lleva a una mujer a pasar una noche de sexo exprés con alguien? —continuó ella—. Es que por alguna razón creen que el sexo es una necesidad exclusiva de los hombres. Nosotras también queremos sentirnos mimadas, saber que podemos despertar algo en alguien, pero con Carter, de una

u otra forma, siempre me sentí tan poca cosa, tan poco mujer...

—No creo que lo seas, Anna. —Le sostuvo la barbilla con los dedos—. Me pareces una mujer demasiado fuerte para tener ese tipo de pensamientos.

Ella soltó una risa falsa.

—No lo soy.

—Anna, por supuesto que lo eres. ¿Cómo puedes dudarlo?

—En el fondo sabes que no lo soy.

—¿Y desde cuándo te importa lo que yo piense?

Agitó la cabeza frenéticamente.

—No deberías tratar de hacerme sentir mejor. Tú eres quien tiene problemas. Además, siempre, desde el principio, he sido muy arisca contigo.

—Supongo que debo reconocer que tampoco soy un hombre fácil.

—Eso es verdad.

Él dejó escapar una risotada. Al mirarla a los ojos, vio algo que le secó la boca.

Desde que la conoció, Anna le había parecido una mujer fuerte, de esas que plantaban el pie y se hacían sentir. Quizá no tenía mucho dinero ni usaba elegantes vestidos ni peinados sofisticados, pero definitivamente tenía carácter. Sí, ella sabía cabrearlo de verdad, pero le había demostrado que era lista y que tenía algo que él no tenía: un corazón.

Pero allí estaba ella, llorosa y temblorosa, tan rota como él hace unos minutos. No importaban el dinero, los lujos o las comodidades. Era como ella, un alma frágil y rota, con un gran dolor en el corazón. Eran dos almas perdidas.

La piel que aún tocaba la suya comenzó lentamente a picarle. Extendió el pulgar por la suave mejilla de ella y Anna, cerrando los ojos, dejó que la caricia le alborotara la piel. Mientras lo hacía, se preguntó qué estaba sucediendo. ¿Por qué la tocaba así, como si pudiera romperse?

—¿Qué cambió, Anna?

Ella se dejó llevar por la suavidad de su voz.

—Podríamos intentar despedazarnos día y noche, tratar de humillarnos el uno al otro, pero creo que estoy cansado de hacerlo. ¿Lo hemos estado haciendo durante cuánto tiempo? ¿Un mes? Es agotador. —Anna asintió lentamente—.

Tenemos diferentes puntos de vista. Por eso discutimos.

—Yo tengo el punto de vista de un ciudadano medio que trabaja y tú el de un niño privilegiado.

Ese comentario debería haberlo hecho cabrear, pero en ese momento... solo había conseguido hacer que sonriera. Experimentó una dicha desconocida mientras la miraba.

Se inclinó hacia ella y la besó.

Anna explotó y lo hizo muy lejos, en campo abierto, donde no había nada, solo ella. Un sabor nuevo invadió su boca y sacudió su capacidad de raciocinio. Contuvo la respiración y permaneció quieta. ¿Qué estaba pasando?, se preguntó. Supuso que estaba teniendo uno de sus viejos ataques de pánico que le hacían imaginar cosas, porque de ninguna otra forma Charles podría tener sus suaves, dulces y cálidos labios junto a los...

Abrió los ojos de golpe y soltó el aire dentro de la boca de Charles. Eso fue todo lo que bastó para que él quisiera más, porque más era lo que él quería y era más lo que ella quería darle.

Los largos brazos de Charles acunaron cuidadosamente su pequeña cintura y la atrajeron hacia él, hasta que el cuerpo de Anna estuvo montado sobre el suyo, con ese par de piernas a un lado de su cintura. Anna extendió los brazos por encima de su cabeza, acomodándolos alrededor de su cuello. Se le subió el vestido, y más de esa piel que Charles se moría por tocar quedó expuesta. Aun así, sus manos siguieron aferradas a su cintura, como queriéndose asegurar que de verdad la tenía sobre él. Maldita sea, pero qué duro lo ponía su cercanía.

Anna gimió cuando abrió más la boca para recibirlo. Dios, sabía tan bien que sentía la amenaza de una explosión de bomba dentro de ella. Y luego lo hizo, pero esta vez estaba decidida a llevárselo consigo. Así que explotó una vez más, y otra vez, y otra vez. Explotó total e irracionalmente, aferrándose a él con desesperación. La poseía una boca experta que la calentó como si se encontrase en un horno de fundición. El calor del beso se extendió por cada pequeña parte de su cuerpo, metiéndose en su sangre, y temió que jamás pudiese conseguir apartarse de él.

En su mente aturdida, muy lejos de allí, se preguntó en qué estaba pensando al

dejarse besar por Charles, el mayor mujeriego de Inglaterra, su némesis. Pero ahí estaba, aferrándose a él como si en ello le fuera la vida. Maldita sea, pero se sentía muy bien, como si una chispa hubiera devuelto a la vida a su viejo y triste motor.

Los pensamientos de Charles quedaron en blanco apenas tocó sus labios. Quiso convencerse a sí mismo de que fue un impulso estúpido provocado por la vulnerabilidad del momento, pero a medida que el beso se iba prolongando y que ella estaba más y más unida a él, sabía que estaba perdido.

¿Qué estaba pasando? Esa mujer era un dolor de cabeza, sin contar con que era terca y descarada. Pero, maldita sea, que el cielo lo amparara. Anna podía ser veneno, pero era incapaz de apartarse de ella. No podía...

—Anna... —gimió.

Oh, qué maravilloso sonaba su nombre con aquella voz tan ronca. Anna se sintió presa de la excitación.

Escuchó la voz de Charles muy lejos, pero la notó ahogada y profunda. La piel se le erizó, pero no pudo detenerse. Solo quería continuar allí, caliente en sus brazos, flotando en una fantasía que era sin duda mucho mejor que la realidad. Por unos minutos, volvería a sentir lo que era ser deseada por un hombre. Después, al despertar, sería de nuevo lanzada a la caldera y el dolor sería peor, pero al menos habría alcanzado el cielo antes de volver al infierno.

Sin embargo, a continuación deslizó sus pequeñas manos por el cuello de Charles y las presionó contra su pecho para apartarse de él.

—No —gimió temblorosa—. No... No... Lo siento.

Temblando de pies a cabeza, Anna se impulsó hacia atrás y se puso de pie, bajándose la falda del vestido lo mejor que pudo.

—Hay muchas razones que demuestran que esto está mal —balbuceó nerviosa—. Somos tan diferentes... Ese es el primer motivo. Además, estás... estás demasiado triste, estás afligido por muchos motivos y... y... Bueno, lo demás no importa. Pero esto está mal.

Salió corriendo de la habitación sin decir una palabra. A Charles le tomó unos segundos levantarse del suelo y correr detrás de ella. La detuvo en la escalera, tomándola por la muñeca.

—¡Anna! —gritó.

Ella lo perforó con una mirada de cuchillo.

—Ni siquiera lo intentes. —Tiró en vano para zafarse de su agarre—. No me vas a convencer.

—Ni siquiera sabes qué quiero decirte.

Tenía razón. Pero ¿qué planeaba? ¿Qué quería decirle? ¿Que ese beso no significaba nada? ¿Era eso?

Pero eso no era cierto. Nunca antes un beso había hecho temblar así al príncipe, como si estuviera muriendo y viviendo al mismo tiempo.

—Oh, sí lo sé, alteza, ¡y la respuesta es no!

Se soltó y del escote se sacó un teléfono. Lo agitó en el aire y después marcó un número a toda prisa. Charles la escuchó pedir un taxi y darles la dirección.

—Un taxi, caramba, ¡un taxi! —gritó a la recepcionista—. ¡Sí, esa es la dirección! Si tengo que volver a decírtelo...

Charles se le plantó enfrente y ella lo señaló con el dedo: una advertencia silenciosa de que no se le acercara.

—Espero que no tarde más de diez minutos —le advirtió a la joven que atendía el teléfono—. Sí, tengo prisa.

—Déjalo —le dijo él—. Yo te llevo.

Ella lo ignoró.

—Si puede estar en cinco minutos, sería fantástico... —siguió diciendo Anna por teléfono.

Los ojos de Charles se volvieron oscuros.

—¿Te vas así sin más? —preguntó secamente.

Anna aferró el teléfono con ambas manos.

—Esperaré —musitó antes de colgar.

Él la había acorralado contra la pared entre sus brazos, dejándole un muy pequeño espacio por el que escapar. La tensión entre ellos iba en aumento mientras ella no dejaba de pensar cómo salir de allí.

—Ya es tarde y debo volver a casa —dijo.

Charles, sin embargo, parecía no comprender sus palabras, solo se quedó ahí, de pie, impidiéndole que se fuera.

—Charles —susurró ella—. Estoy haciendo esto lo más fácil que puedo.

—No quiero lo fácil. Quiero una conversación.

—No hay nada de qué hablar.

—Pero yo quiero hablar.

Ella agitó la cabeza frenéticamente.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que me ha gustado? Sí, y mucho, pero debemos dejarlo aquí. Lo sabes.

—¿Cómo algo que ni siquiera empezó ya puede terminar?

—¡Yo qué sé! ¿Qué es lo que querías? ¿Qué me desnudara y te dejara hacer sabrá Dios qué cosa conmigo?

—Sabes muy bien lo que haría contigo. Habría pasado si no te hubieras arrepentido en el último segundo.

Ella agitó los brazos en el aire.

—No voy a hablar de sexo con la máquina de preparen, apunten y tiro. Apártate y déjame salir.

Él se cruzó de brazos.

—¿Soy una máquina de preparen, apunten y tiro?

—Siempre listo para disparar. Ahora muévete.

—Pues al parecer no tengo éxito contigo.

—¡Charles!

Él se limitó a mover la cabeza de un lado a otro.

—Hablemos.

—¡Tú no hablas!

—Cierto. Yo me limito a follar.

Ella se cubrió el rostro con ambas manos, no supo si porque se sentía avergonzada o exasperada.

—Ahora solo quiero hablar —dijo él, suavizando su tono—. Puede ser aquí, en la sala, en el comedor o en mi cama.

—Creo que tendrías sexo incluso sobre una cama de clavos.

—Siempre que tú estés debajo de mí o encima, como prefieras.

—Eso no ocurrirá nunca.

Se escabulló por debajo de sus brazos que la acorralaban, y bajó corriendo las

escaleras, implorando que por culpa de los tacones no se le torciera un tobillo en medio de la huida.

Él la volvió a tomar de la muñeca y la llevó consigo hacia la cocina.

—¿Qué estás haciendo?

Pasó de largo con ella hasta el pequeño cuarto de la lavadora.

—Te voy a dar el puñetazo que he deseado darte desde hace mucho si no me sueltas.

—Te he pedido que hablemos.

—Pues yo no quiero hablar.

—Pues voy a firmar mi sentencia al infierno.

Dio unos pocos pasos hasta ella, empujándola hacia una columna, y lo que sucedió después pasó tan deprisa que a ella no le dio tiempo a responder. Con una de sus corbatas ató con rapidez las muñecas de Anna.

—Si me tocas un pelo siquiera, gritaré y gritaré —chilló Anna—. Y todo el mundo sabrá que me violaste, te lo juro. ¡Eres un degenerado!

—No te tomaría a la fuerza, aunque me estuvieran reventando los pantalones.

—¿Entonces?

Charles tomó una corbata azul marino y la extendió frente a ella.

—Averígualo cuando lleguemos.

—¿A dón...?

Enroscó la corbata dos veces para cubrirle la boca.

Anna comenzó a moverse y a patalear, pero él, sin decir nada, se arrodilló, la levantó y se la echó al hombro.

—El asiento trasero de mi coche te parecerá muy cómodo durante las próximas dos horas.

Abrió la puerta y abandonó el pequeño cuarto, con Anna pataleando y gimiendo sobre su hombro, mientras él cruzaba el jardín trasero en dirección a su coche silbando una vieja canción.

—¿Estás cómoda? —se burló él mirándola a través del espejo retrovisor.

Sus ojos verdes parecían los de una leona cuando siente que un animal está

amenazando a sus cachorros: furiosos y sedientos de pelea. Si hubiese podido hablar, lo habría mandado al infierno miles de veces.

—El lugar al que vamos te agradará. Es nuestra casa de campo.

Anna agitó los hombros, gruñendo palabras que nunca se entendieron.

—No he ido allí desde que tenía trece años. Es posible que esté todo lleno de polvo, pero si abrimos las ventanas no nos molestará. El aire de campo se llevará el mal olor. Me parece que el campo te gusta, ¿no?

«¡Imbécil!», quiso chillarle ella.

—Bueno, en realidad, no es exactamente una casa de campo. A mí siempre me pareció la pequeña réplica de un castillo. Tiene tres pisos, quince habitaciones, nueve baños, dos cocinas, dos salas, tres comedores...

Anna gruñó.

—Detecto que no te interesa. Vamos, Anna. Lo encontrarás acogedor.

«¡No en esta vida!», gritó en su mente.

—También tenemos una biblioteca, una gran biblioteca. Mmm..., y algo muy interesante. Tiene pasadizos secretos. Esa casa es una maravilla.

La miró por el retrovisor. Tenía los ojos entrecerrados y lo miraba fijamente.

—¿Te aburro? —le preguntó.

Aparcó en el arcén de la carretera y abrió la puerta. La brisa helada de la noche lo golpeó en los brazos. Había olvidado cuán frías eran las noches en ese lugar, aún más que en la ciudad. Por suerte, ambos viajaban en la comodidad de su Bentley Flying Spur negro, cálidos y protegidos. Se frotó las manos y acto seguido abrió la puerta de atrás.

—Nos faltan quince minutos de camino, tal vez menos, no lo sé, pero pensé que te sentirías más cómoda sin ataduras.

Envolvió los dedos en la corbata y tiró de ella. Luego le desató la que le cubría la boca.

—¡Estúpido, imbécil! ¡Te odio! ¡Idiota! —vociferó ella.

—Música para mis oídos —se burló Charles.

Deshizo el nudo de la corbata con la que le había atado las muñecas. Anna extendió las manos contra su pecho y lo apartó. Salió del coche y emprendió la huida hacia ningún lugar.

—¡Auxilio, auxilio! ¡Me han secuestrado!

Charles se frotó el pecho con suavidad.

—Estamos en medio de la nada. Lo sabes, ¿verdad?

Ella echó la cabeza hacia atrás y emitió un grito.

—¡Voy a matarte por esto!

Cerró las manos en puños y se precipitó contra Charles. Él, sonriendo, retrocedió la misma cantidad de pasos que ella avanzaba.

—¿Qué es un secuestro de vez en cuando?

Anna le lanzó un rechazazo que él esquivó sin problemas.

—Vamos, Anna. La idea de venir aquí era para que podamos hablar, no para que nos peleemos.

Ella volvió a intentar darle un puñetazo.

—¡Quédese quieto y así podré romper su estúpida cara, alteza! —musitó ella, despectiva. Esta vez no lo había llamado «alteza» en tono burlón.

—Le tengo mucho aprecio a mi cara, gracias. Es la única que tengo.

—¡No te quedará ni siquiera un poro abierto cuando te dé lo que mereces! ¡Un secuestro es un delito, pedazo de imbécil!

Las luces largas del coche, que iluminaban la carretera y, por consiguiente, también a ellos, cegaron a Charles por unos segundos y entonces el sonido del motor al ponerse en marcha lo puso sobre aviso.

—¡No! —chilló, pero ya era demasiado tarde.

Vio cómo su auto aceleraba en dirección contraria en la carretera. Alcanzó a ver un hombre con gorra y lentes en el asiento del conductor que les hizo un gesto obsceno antes de acelerar a fondo. Charles se llevó las manos detrás de la cabeza y lanzó una maldición al cielo estrellado, arrepintiéndose por primera vez en horas de haber esquivado a su guardia.

—Dime que ese hombre no salió de la nada y ha robado tu coche. —Anna se oía aún más alterada.

—Ese coche me costó más de ciento ochenta mil libras.

—Pero si su precio no pasa de los ciento cuarenta mil.

—¡Le instalé algunas cosas!

Anna comenzó a sentir pánico.

—¿Cómo vamos a volver? —Se tiró con suavidad del cabello—. ¡Ahora sí que te voy a matar!

Charles logró librarse de uno de sus golpes, cogiéndola por las muñecas y haciéndola girar.

—Caminaremos hasta la casa de campo y llamaré al palacio para que alguien venga a por nosotros.

—Y yo iré a la policía para poner una denuncia por secuestro.

—Suerte con eso.

La empujó suavemente, obligándola a avanzar.

—¡Sigues abusando de tu poder! —protestó ella.

—No es precisamente cómo me gusta demostrar mi poder cuando estoy con una mujer. —Acercó sus labios hasta su oreja—. Ahora tendré el tiempo suficiente para que lo veas.

A Anna se le congeló el corazón.

—No tendrás tanta suerte.

—Oh, suelo tenerla, pero la suerte no tiene nada que ver.

—Pues menos mal que te consideras un hombre con suerte, de otro modo estarías perdido. Porque te has quedado sin sexo, sin auto ¡y próximamente te quedarás sin algo más si no me sueltas ya!

Charles accedió a liberarla. Anna comenzó a acelerar el paso, escupiendo maldiciones al azar mientras se balanceaba como si caminara por una cuerda floja debido a la altura de los tacones.

—Cuando conducía taxis, estas cosas no me pasaban —gruñó.

—Cuando no te conocía, tenía mis propiedades aseguradas. Me has costado un auto.

—Yo no te pedí que me secuestraras. Todo esto es culpa tuya.

—Te negaste a hablar conmigo. Aquí la única culpable eres tú.

—Oh, perdóneme, alteza. Me disculpo por negarme a tener sexo con un muñeco de trapo.

Charles metió las manos en los bolsillos de su pantalón mientras la veía caminar, agitando las caderas.

—A este muñeco de trapo se le están volviendo de acero ciertos músculos.

Anna lo miró por encima del hombro.

—Sucio. —Devolvió la vista al camino.

—Caminar es bueno para el planeta. Así no contaminamos. Además, es un buen ejercicio.

Él la vio cruzarse de brazos.

—¿Y quién te ha dicho que a mí me gusta hacer ejercicio?

—Tus amigas.

—¿Mis amigas?

—Sí, las inseparables Pier y Nas.

—¿Pier y Nas? —A Anna le costó un minuto comprenderlo—. ¡No te metas con mis piernas!

Charles soltó una carcajada.

—A todas estas, ¿cuánto falta? ¿Cuánto se tarda en llegar caminando?

—En auto son quince minutos, a pie es más, pero si tenemos en cuenta que corres como un caballo desbocado, pronostico que en unos ocho o diez minutos llegaremos.

—¿Cómo no voy a correr? Aquí hace mucho frío, demasiado para ser julio.

Un relámpago rasgó el cielo oscuro y en cuestión de segundos violentas gotas de lluvia comenzaron a caerles encima.

—Esto es cruel —gruñó ella al viento.

Charles se apresuró hacia ella, tirando de su brazo.

—Discute menos y camina más.

—Secuestra menos, asegúrate más.

—Tú sí que sabes armar broncas.

—Pues sí. Tú como secuestrador has fracasado por completo. Has desatado a tu víctima, has dejado el auto encendido con las llaves puestas aparcado en medio de la nada, lo que ha facilitado que te lo roben. Francamente, espero que seas mejor como rey que como conductor.

—Puedo demostrarte en qué soy bueno.

—Espero que al menos lo seas como guía. Quiero protegerme bajo un techo y poder calentarme.

—Yo también puedo calentarte en cuestión de segundos.

Anna fingió una carcajada.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?

—¿Por qué? ¿Quieres hacer tu acto de caridad en este momento?

—Por supuesto. Puedo recomendarte un panal de abejas.

—No, gracias, supongo que me gusta el enjambre de un tipo de reina diferente.

—Todo lo asocias con sexo, ¿no es así?

—En mi defensa, diré que has empezado tú.

Charles divisó la casa minutos más tarde, por lo que ambos comenzaron a correr hacia ella para acortar la distancia. Cuando llegaron, Anna temblaba de frío y Charles sentía el doble de su peso por la ropa mojada.

—¿Tienes llaves?

—Sí. —Tanteó los bolsillos. Después soltó una maldición—. Están en el llavero del auto.

Anna maldijo también.

—¿No guardas una copia en tu billetera?

—Oh, es verdad, sí.

Sacó la billetera del bolsillo y buscó en ella la pequeña copia de la llave. Al abrir la puerta, el olor del polvo golpeó con violencia la nariz de Anna, haciéndola estornudar.

—No sé si se estará mejor fuera que dentro —dijo.

—Este olor se irá en cuanto abra las ventanas. Confía en mí.

Ella dejó que la guiara hasta la sala. Él no le permitió tocar nada hasta que las ventanas estuviesen abiertas y las luces encendidas.

Anna dejó escapar un jadeo.

La casa era preciosa. Por fuera, dada la oscuridad y la lluvia, no pudo apreciarla. Sin embargo, el interior era todo un maravilloso espectáculo de impecable estilo romántico. La mayoría de los muebles estaban cubiertos por sábanas blancas.

La brisa helada entró por las ventanas apenas Charles las abrió. A través del hueco en la pared, miró el camino cubierto por la oscuridad de la noche y la lluvia.

—¿Cuánto hace que no vienes?

Charles se apartó de la ventana cuando la escuchó hablar.

—No vengo desde que tenía trece años, ya te lo había dicho. Supongo que no me prestabas atención.

—Imagino que vendrías con tu padre, ¿no?

Charles permaneció en silencio un rato. Lo cierto era que, desde que su madre falleció, su padre y él no habían vuelto a utilizarla como una casa de verano. La conservaban porque a su madre le encantaba. Cuando él tenía trece, vinieron los dos. Pensaron que era una buena forma de recordarla. La vieron desde fuera, y decidieron volverse a palacio. No quisieron despertar tantos recuerdos a la vez.

—Es bonita —dijo ella como respuesta al silencio.

Charles sonrió un poco.

—Lo que más le gustaba a mi madre de este sitio era el lago. Solía llevarme. La verdad es que no tengo muchos recuerdos de eso. Lo sé por las fotos.

—Apuesto a que tienes muchos álbumes.

—No tantos como quisiera.

Anna temió haber hecho un comentario inapropiado.

—Lamento si lo que he dicho te ha hecho sentir..., bueno, mal.

Charles negó con la cabeza.

—¿Cuántas formas elegantes existen para decir «madre muerta»?

—Yo no quise...

—Lo sé. —Se cruzó de brazos—. Mi madre es un tema delicado que no toco con cualquiera.

Anna desvió la vista. «Cualquiera», otra manera de decir alguien sin importancia, pero con ella se había abierto de una forma que aún le dolía recordar. La pena danzaba todavía en el eco de sus palabras.

—¿Habrás algún teléfono que funcione? O, mejor dicho, ¿hay algún teléfono en la casa?

—En la cocina, creo, pero no sé si habrá línea. No hemos venido desde hace más de diez años.

La expresión de su rostro le resultó divertida. Señaló hacia la puerta del fondo.

—Aquella es la cocina.

Anna asintió una sola vez antes de dirigirse hacia allí. Charles esperó a verla atravesar la puerta para acercarse a la pared. Movi6 la pequeña mesa y desconect6 la l6nea del tel6fono.

—¡Charles! —grit6 ella—. Creo que no funciona.

Él presion6 los labios para no reírse.

—Supongo que es por la lluvia. La casa lleva a6os deshabitada.

—¿Y tu tel6fono?

—En el auto.

La escuch6 maldecir.

—Por tu culpa dej6 el mío en tu apartamento. ¿C6mo vamos a volver?

Charles mir6 el cable que acababa de dejar en el suelo.

—No lo s6. Ya pensaremos en algo.

—Solo hay otro problema.

Él ocult6 el cable bajo la mesa cuando la escuch6 entrar de nuevo en la habitaci6n.

—Hace frío y tengo hambre.

—En realidad, eso son dos problemas.

—¿Importa? Tengo hambre. Aqu6 no hay m6s que polvo.

—Podemos ir a pescar.

—¿Con esta lluvia?

—Solo hay que esperar a que termine de llover.

—¿Y si dura toda la noche?

—Pescaremos por la ma6ana.

Anna dej6 caer la cabeza hacia atr6s.

—Voy a matarte y enterrar6 tu cuerpo en el jard6n.

—Hay un par de cuchillos en la cocina —se burl6 6l—. Pero tranquila. Aunque no vengamos aqu6, siempre hay comida enlatada y otras cosas, por si acaso. Adem6s, hay luz y supongo que agua tambi6n. Si el calentador funciona, podr6amos ducharnos. Deja que recuerde d6nde se guardaban las toallas y las s6banas.

Un rel6mpago ilumin6 la habitaci6n. Charles cerr6 los ojos y esper6 el estruendo, pero todo lo que escuch6 fue la lluvia y el viento.

A Anna se le formó una pequeña curvatura en los labios.

—¿Te asustan los truenos?

Charles abrió los ojos de golpe.

—No —gruñó.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Y por qué has cerrado los ojos?

Él agitó los hombros para restarle importancia.

—¿No puedo cerrar los ojos en mi propia casa?

—Bu-bu. Te asustan los truenos.

—No es cierto.

—Te asustan, te asustan —canturreó ella.

—Ya basta.

Anna envolvió su vientre con ambas manos antes de soltar una carcajada.

—No pasa nada, pequeño. Tranquilo.

Charles hizo una mueca.

—Voy a encender la chimenea —anunció.

—Iré a preparar dos habitaciones.

—¿Dos?

—Sí. Una para ti y una para mí.

—Tal vez debas considerar dormir en la cama conmigo. Solo por si te sientes asustada.

—La oscuridad no me asusta.

—Lo digo por si nos encontramos sapos, serpientes o arañas.

El semblante de Anna cambió radicalmente: palideció a medida que sus ojos se dilataban por el miedo.

—¿Aquí hay serpientes? —gimoteó.

Charles comprendió su error demasiado tarde, porque Anna se dejó caer en el sofá. Subió las piernas y se cubrió con ambas manos la cabeza mientras lloraba. Había olvidado por completo su miedo a las serpientes.

—No, no, lo lamento —dijo acercándosele—. No hay serpientes.

Se sentó junto a ella y la envolvió en sus brazos.

—Lo siento —susurró—. De verdad, no hay serpientes. Ni siquiera ranas.

Él la escuchó respirar con dificultad.

—¿No... no... serpientes?

—No, no las hay. Fue una broma, una muy pesada, pero no quise atemorizarte.

—Es... es... túpido.

—Bueno, estás un poco mejor.

Un poco mejor no era como quería sentirse. Ni siquiera alcanzaba a comprender cómo es que perdía los nervios con tan solo escuchar la palabra «serpiente». ¿Cuántas veces más tendría que mostrarse débil y frágil ante él? Posiblemente hasta que pudieran salir de ese lugar. Pero ¿eso cuándo sería? No tenían auto ni teléfono. Podrían pasar días antes de regresar a la ciudad.

Soltó un gemido y se aferró a él, enterrando la cara en su cuello. Charles contuvo el aliento y permaneció inmóvil. ¿Qué estaba haciendo? Podía sentir la calidez de su aliento contra su piel y la tibieza de su cuerpo aferrado al suyo. Aunque no comprendía qué estaba sucediendo, decidió no decir nada ni realizar ningún movimiento. Cerró los ojos y la escuchó respirar. Ese diminuto sonido era casi como una canción de cuna y era, por lo demás, un extraño bálsamo para una herida que no había notado antes.

Se cuestionó a sí mismo qué estaba sucediéndole... Con sus anteriores compañeras de cama siempre iba directo a la acción. Nunca antes se había detenido siquiera cinco minutos a acariciarlas o a obsequiarlas con gestos dulces. Sin embargo, todo era distinto con la cálida y llorosa mujer que tenía ahora entre sus brazos. No era la mujer más dulce, cariñosa y adorable con la que se había topado, pero era la única que había sido capaz de despertarle distintas emociones a la vez. De la ira a la paz, del llanto a la alegría.

Sabía que debía protegerse de ella. Las armas, las drogas e infinidad de cosas autodestructivas no eran lo que destruía el mundo, lo que acababa con el mundo era el amor o la carencia de él. El amor era la salvación de unos y la destrucción de otros. La mujer que tenía en brazos conseguía volverlo loco hasta perder la cabeza, poniendo en peligro su doctrina de vida: establecer lazos permanentes era una pérdida de tiempo.

Tenía que comenzar a poner cierta distancia y levantar su autodefensa.

La suave, lenta y rítmica respiración de Anna captó su atención.

—¿Anna? —la llamó, pero no obtuvo respuesta.

Giró un poco la cabeza y descubrió que tenía los ojos cerrados.

—¿Anna? —volvió a llamar.

Nada. Parecía estar dormida.

«Increíble», pensó. La fría brisa de la noche penetró la estancia, pero él solo sintió calor, el maravilloso calor que transmitía el cuerpo de la mujer dormida en sus brazos. Lentamente, los ojos comenzaron a cerrársele también. Su espalda se acomodó en el respaldo del sofá y su cabeza en su cómodo y mullido brazo. Aunque intentó de todas las formas posibles permanecer despierto, al cabo de unos minutos se quedó dormido.

Anna despertó por el golpe de aire frío que penetró a través de la ventana.

Aún sentía la pesadez del sueño en su cuerpo, pero el hambre que tenía era mucho más persistente. Se movió sobre el sofá en el que se había quedado dormida, probablemente después del susto de... ¿Cuándo? Parecía que había amanecido ya, así que el susto debió de haber sido la noche anterior.

Al moverse, tuvo que ahogar un grito cuando una inusual sensación cálida acarició su rostro. Giró la cabeza lentamente y contuvo el aliento. Charles estaba profundamente dormido, con los largos y fuertes brazos rodeándole la cintura y la cabeza escondida en su cuello. ¿Por qué la envolvía en sus brazos como si fuera su segunda piel? ¿Y cómo era posible que, a pesar de la incomodidad, se sintiera al mismo tiempo tan cómoda, tan cuidada, tan protegida? Era una sensación que hacía mucho tiempo que no experimentaba.

Cerró los ojos durante un segundo y ahogó algunas lágrimas.

No tenía que darle más importancia. Seguramente se había abrazado a ella mientras dormía, un movimiento accidental. ¿Qué pensaría él cuando se despertase? Posiblemente que había sido ella quien le había asediado. En definitiva, era la opción más probable, porque no había forma de que él admitiera haberlo hecho, ni siquiera por accidente.

Abrió los ojos y se deslizó en el sofá hasta lograr sentarse, alejándose lenta y silenciosamente de Charles. Con cuidado, retiró su pesado brazo y se lo acomodó en el costado. Él hizo un pequeño movimiento, estiró de nuevo el brazo y la atrajo hacia sí, aún dormido. Anna contuvo el aliento cuando su

cuerpo volvió a estar contra el suyo. Charles tenía los ojos cerrados y levemente fruncidos.

Anna reprimió un grito cuando él los abrió.

Le molestaba admitir que era guapo. Dios, le molestaba muchísimo, tanto o más como admitir que se sentía atraída por él. Notaba los efectos de su poderío masculino solo con que la mirara. Se sentía tan cautivada y perdida por su sofocante masculinidad que deseó lanzársele encima y dejar de luchar contra su orgullo. Hacía mucho tiempo que no sentía ese cosquilleo en su vientre, y mucho menos en su entrepierna; un deseo asfixiante, una excitación que picaba.

Quiso abofetearse por permitir que él la excitara con solo mirarla.

—Buenos días —susurró él con su peculiar voz ronca.

A Anna se le erizó el vello de los brazos. Siempre había considerado seductora la voz ronca de un hombre recién levantado, pero la de Charles era una fantasía hecha realidad que debería estar prohibida. Era tan erótica. ¿Así cómo iba a controlar sus impulsos?

—Buenos días —le respondió.

Charles sintió un irregular y constante retumbe armónico contra su pecho. Apenas descubrió de dónde provenía, una leve curvatura se formó en sus labios.

—¿Tu corazón siempre suena así por las mañanas? Porque puedo sentirlo, a pesar de la ropa.

—Estúpido corazón —balbuceó ella.

Él la miró fijamente, sin perder de vista ningún detalle, ni siquiera sus diminutas pecas de debajo del ojo izquierdo, demasiado pequeñas para ser percibidas a distancia. Desde luego, no existía mucha distancia ahora mismo entre ellos. Se preguntó cuántos más habrían notado aquellas diminutas pecas. O cuántos habrían tenido la suerte de percibir el contorno perfecto de sus labios, el brillo natural de su piel, la perfecta forma de su pequeña nariz...

Fijó después sus ojos en las ondas desordenadas de su cabello, y lo traicionó el pensamiento de que algún día él sería el responsable de aquel estado, bajo otras circunstancias. Dadas las raíces pudo deducir que antes de teñirse el cabello debió de tenerlo castaño oscuro, como el chocolate. Se preguntó vagamente los motivos del cambio. Una vez, hace un par de años, escuchó por la

calle a un hombre decir que las mujeres se cambiaban el color de pelo cuando querían dejar algo de su pasado atrás. Por supuesto, supuso que lo había oído en alguna otra parte y que solo lo repetía, pero consiguió sembrarle la duda. ¿Se teñían por esa razón o no era más que un asunto de mera estética?

—¿Tienes algo en contra del cabello castaño? —le preguntó.

Anna frunció un poco el ceño durante el tiempo que le tomó comprender la pregunta.

—Me gusta el cabello castaño —respondió con suavidad.

—¿Por qué te lo has teñido? ¿El rubio te gusta más?

—No, pero el cabello oscuro era la debilidad de mi expareja. Cambiarme el color del pelo me hizo sentirme más alejada de él. No sé si lo entiendes.

—Sí, creo que sí, pero, Anna, no tienes que cambiar por alguien que no lo merezca.

Ella agitó un poco la cabeza.

—Necesitaba un cambio, aunque fuera uno pequeño. Quería verme diferente después de salir de prisión.

Él no supo qué decir. No solía abrir su corazón con facilidad, posiblemente para evitar cualquier daño. Al no crear vínculos emocionales se protegía contra el dolor; era una táctica que hasta la fecha le había funcionado. Sin embargo, ahora cuestionaba su eficacia, ya que tal vez había conseguido que no le destrozaran el corazón, pero había corrido el peligro de que este se convirtiera en una piedra.

Por lo visto, no había sido así, pues, aunque nunca le había conmovido ver a alguien llorar, afligido por cualquier pena o triste, ahora, mirando a Anna fijamente, sentía una punzada de rabia en su pecho. Alguien la poseyó, alguien la quiso y luego la hizo pedazos como si ella no importase.

—Pero la verdad es que ya estoy cansada de llevar el cabello rubio —comentó, incómoda por el silencio.

—Entonces deja que vuelva a la normalidad.

—No, no quiero... Pero, oye, ¿por qué estamos hablando de mi pelo?

—Bien, ¿sobre qué quieres hablar?

—Mmm..., pues...

Su mente se quedó en blanco cuando él se movió, sujetándola con un poco más de fuerza para impulsarse hacia arriba. En un abrir y cerrar de ojos, estaba erguido con ella encima.

—¿Sí? —la animó, pero ella tenía los pensamientos completamente esparcidos.

Mientras la miraba, Anna sintió algo moverse con violencia dentro de su pecho, algo que le provocaba escalofríos. Sintió como si hubiese cruzado una barrera invisible y estuviese viendo a un Charles diferente. Todo se debía a la sutilidad con la que él la observaba: con los ojos abiertos, esplendorosos y maravillosos. Pero ¿qué era lo que veía? ¿Qué tenía ella que pudiese encontrar tan atractivo? ¿Y por qué, maldita sea, ella parecía encajar tan perfectamente en sus grandes brazos?

Anna lanzó un suspiro valiente y se puso de pie.

—Voy a darme una ducha y a preparar algo de desayunar con lo que encuentre.

Él asintió, sin más, ausente de gestos o miradas insinuantes.

—Los baños están arriba. Puedes usar el que más te guste.

Anna presionó las manos contra su vientre al tiempo que asentía. Se fue de allí con una incómoda sensación de culpa que no logró comprender, ¿o era tal vez arrepentimiento? Le molestaba ser consciente de que sexualmente se sentía atraída por él. No era un hombre que le conviniera. Vamos, económicamente era un sueño si ella fuese del tipo de mujeres que buscan a un hombre para vivir como mantenidas. Pero ella quería un compañero de vida, un amigo, un amante y un confidente, no un revolcón de fin de semana. Sin importar cuánto le afectaba su magnetismo sexual, debía resistir.

Le tomó un par de puertas abiertas encontrar el primer baño, pero le hizo sonreír que las duchas estuvieran limpias y que funcionaran sin problemas. Imaginó que las encontraría mohosas y con mal olor, pero al parecer alguien se ocupaba de mantener la casa en buen estado para cualquier visita inesperada. Lástima que no contaban con personal. Podrían pedirles prestado un teléfono y llamar a alguien. Necesitaban un poco de distancia entre ellos.

Le incomodó tener que ponerse la misma ropa interior y no tener una muda

limpia tras ducharse. En otras circunstancias, la habría echado al cesto de la ropa sucia y andaría feliz por la casa usando tan solo el vestido, pero al tener que compartir la casa con un atractivo y tentador demonio, no parecía una idea sensata dejar las puertas del infierno abiertas.

Dejó una toalla seca para él en el baño, junto a la húmeda de ella, y se encaminó a la cocina. Lo encontró en el sofá, golpeándose los muslos con las manos, siguiendo una melodía en su cabeza. Le pareció que había perdido un par de años y mucho más jovial y atractivo.

Se dio a sí misma un golpe en la cabeza.

—Concéntrate, estúpida —masculló para sí.

Charles giró la cabeza hacia ella.

—¿Qué tal la ducha?

—Magnífica. Te he dejado una toalla limpia por si quieres ducharte. Oh, la puerta está abierta. Así sabrás qué baño usé.

Él asintió poniéndose de pie. Anna contuvo la respiración cuando pasó junto a ella; su sola presencia la golpeó como un rayo.

—Hay comida en la cocina.

Anna dio un salto al sentirlo respirar en su cuello, pero evitó girarse.

—Eras tú la que ayer se estaba quejando de hambre. Pensé que te gustaría saberlo.

—¿Acaso tú no comes?

—No me dejan.

—Sucio.

Él se echó a reír.

—Te veo después.

—Como si tuviera otra opción.

Suspiró aliviada cuando él se marchó. Respirando profundamente para reforzar su compostura, se dirigió a la cocina. Revisó los armarios y una sonrisa se dibujó en su cara al ver un montón de comida enlatada. Tomó algunas latas y se aseguró de que no estuviesen caducadas. Después, con el estómago gruñendo impaciente, ideó una comida rápida para dos.

Anna no se consideraba una cocinera espléndida —no, si se comparaba con Peete—, pero tenía su toque especial cocinando y lograba que cualquier cosa que preparaba resultara buena. Así que, cuando lo vio dar el primer mordisco y entrecerrar los ojos con complacencia, se dedicó a sí misma una sonrisa de satisfacción.

—Normalmente, no como carne enlatada tan temprano, pero la situación lo merece —le dijo él.

—Eso es lo que te ganas por secuestrarme.

—Lo lamento.

Anna se echó a la boca un par de trozos de la zanahoria de la ensalada.

—A todas estas, ¿qué pretendías?

Lo vio encogerse de hombros.

—Hablar contigo.

—De verdad te hace falta aprender cómo hacer amigos.

—Mmm...

Con el tenedor, Charles pinchó las zanahorias y después la remolacha, haciendo un círculo con ellas en el plato. ¿Cuánto más iba a tardar en darse cuenta de que no había forma de que fuesen amigos? Si ella le dejara, barrería con el brazo todo lo que había en la mesa y daría rienda suelta a esa tensión sexual que había entre ellos. ¿O es que ella no sentía nada? Le parecía que también se tensaba cuando se le acercaba y que la atracción que sentía por él la empujaba hacia el placer que se negaba. Difícil saberlo. Tenía mucho más control que él, y es que él llevaba más de tres meses sin tener sexo, y Anna era una tentación de dioses. ¿Cómo ella con cinco años de abstinencia apenas parecía inmutarse?

Escuchó el ruido de los cubiertos de ella al dejarlos sobre el plato.

—Tú sigue comiendo, yo hablo —dijo.

Aquello lo hizo sonreír. Anna nunca se callaba. No necesitaba que él tuviese la boca llena de comida para monopolizar la conversación.

—Hay que buscar una forma de volver. Tu padre debe de estar preocupado, y si Zowie ve que no vuelvo pronto, llamará a mi familia y esto será un caos.

—Lo comprendo.

—Estamos lejos de la ciudad. Mientras cocinaba, he hecho un inventario. Puedo preparar algo de comer y llevárnoslo. —Apoyó los codos en la mesa, uniendo las manos y descansando en ellas el mentón—. Desde luego, sin un auto, tendremos que ir a pie y será un largo camino. Yo tendré que ir descalza porque es imposible caminar mucho rato con tacones.

—La próxima vez, esperaré para secuestrarte cuando lleves tejanos y zapatillas deportivas.

—No es gracioso —contestó ella, poniéndose seria—. Me trajiste aquí en contra de mi voluntad. Que seas un príncipe no te da derecho a hacer conmigo lo que te venga en gana.

Charles dejó el tenedor sobre el plato.

—Lo lamento, soy un imbécil. ¿Estás contenta?

—Discúlpate cuando lo sientas de verdad.

—Pues no lo siento —respondió él—. Es una de las ideas más estúpidas que se me han ocurrido, lo reconozco, pero es que me falta un tornillo cuando se trata de ti.

—No me hagas responsable de tus errores.

—Oh, no. No lo hago. Es culpa mía pensar que podría hablar contigo.

—Cuando alguien no quiere hablar, lo correcto es darle espacio a esa persona para que cambie de idea, ¡no secuestrarla!

—¡Bien! —Se levantó de la silla—. Ya está, nos vamos. Cuando lleguemos a Londres, te dejaré en casa. Estás despedida.

Anna también se levantó.

—Otra vez vas a jugar con mi trabajo.

—No —sentenció él—. Te despido porque, si no, no voy a poder vivir tranquilo. Tú y yo no podemos ser amigos. —Desprovisto de humor para responderle con una broma, escupió una carcajada seca—. Vamos, que ni buena relación como jefe y empleada podríamos llevar. No sé si no sientes nada o si eres muy buena disimulando, pero no puedo ser amigo de alguien con quien me muero por acostarme.

—¡Claro! Tú quieres tener un revolcón conmigo y luego si te he visto no me acuerdo, ¿verdad? —No se percató de que estaba avanzando hacia él hasta que

lo tuvo a pocos centímetros de ella—. Tienes la mente pequeña, y sabrá Dios qué otras cosas. Tan mal me conoces que pensaste que podría acceder a algo así.

—Como sé que no lo harás, quiero poner la distancia entre nosotros que tanto quieres, así que deja de discutir conmigo y acepta los términos, que yo por mi parte ya lo he hecho.

—¡Tú no sabes lo que quiero! Lo que pasa es que piensas con tu verga.

—En efecto, sí, pero es mi cabeza la que así lo quiere. Ya te lo dije. No puedo verte como una amiga cuando todo lo que quiero...

—Ya sé lo que quieres, pero conmigo no lo tendrás.

—Entonces no hay nada más que hablar. Ya lo he entendido.

Gritando como una histérica, Anna levantó ambas manos por encima de la cabeza.

—¡Eres insoportable! —Aumentó la distancia entre ellos—. Contigo o sin ti, me voy de aquí.

Con un gruñido de exasperación, Charles convirtió sus labios en una delgada línea. Se volvió con brusquedad hacia ella y la tomó de la muñeca.

Anna le mantuvo la mirada, entreabriendo un poco los labios, invitándolo en silencio, pero sin invitarlo realmente. Charles sintió su corazón repiquetear con fuerza, sacudido por un deseo vehemente que no había experimentado jamás. Movido por ese impulso, mayor de lo que había imaginado, se movió hacia delante y la besó.

Charles explotó en pedazos. Cada pequeña parte de él fue lanzada por toda la habitación. Mientras la besaba, se preguntó cómo podría volver a armarse por sí mismo. No conseguía recordar haberse sentido así con otra mujer en su vida: era como un adolescente descubriendo por primera vez la pasión, como un maldito infeliz hambriento de emociones.

Anna tembló cuando sus grandes manos le envolvieron la cintura. Sin los tacones, era tan solo un cuerpo pequeño suprimido por el de un gigante, uno de boca experta y, maldita sea, contra cuyo magnetismo le costaba luchar.

¿Cómo iba a parar ahora? ¿Qué podía hacerla entrar en razón? La discusión de hacía un instante no había hecho más que avivar esa llamita dentro de ella hasta volverse la erupción de un volcán, y con aquella forma tan sensual en que la

tocaba, que la besaba, que tomaba de ella, sentía que estaba enloqueciéndola. Y ella no quería que parara... Esta vez no tenía fuerza para apartarse. Después de cinco años, su cuerpo volvía a la vida. ¿Estaba dispuesta a arriesgar ese momento para actuar con sensatez? No, no lo estaba. No quería. Lo que quería era que él extinguiera el fuego que ardía dentro de ella.

Abrió la boca y expuso su hambre con un gemido. Enterró sus dedos en el pelo negro azabache y tiró de él para impedirle que se apartara. Quería prolongar la llama del beso hasta que apenas le quedase aire que respirar. Quería olvidarse de todo. Quería... ¡Oh, Dios, quería tantas cosas...!

El diluvio de sensaciones la invadió con la fuerza de una estampida. Sobre su piel, las caricias de Charles. Contra su boca, los cálidos y húmedos labios de él. En su pecho, una sensación que había creído perdida para siempre.

Las respiraciones nerviosas y agitadas inundaban la habitación. Estaba tomando más de él de lo que era correcto, y él, oh, Dios mío, él era una delicia. Así que silenció la irritante voz de su conciencia y permitió a Charles que la guiara hasta el sofá. La estremeció la sensación de sus grandes manos recorriéndole las piernas. Lo sintió inclinarse y después, sin darle tiempo, la levantó del suelo. Anna envolvió las piernas en torno a su cadera y se restregó contra él con la misma rabia que el movimiento de sus bocas.

Charles tropezó con sus propios pies, embriagado por el placer, y cayó sentado en el sofá. La sintió montándosele encima, acomodando las piernas en sus costados. Con el picor en sus manos, trazó un camino serpenteante por la piel de esas piernas que tanto había añorado tocar, de una textura incluso más suave que la seda, y fría como el mármol, pero que adquiriría un enloquecedor calor bajo sus manos. Una maravilla.

Charles cambió la trayectoria de la boca hacia la mandíbula, recorriendo esa magnífica piel de diosa apenas con la punta de los labios y después, abriéndose paso hacia los pechos, con los dientes. Enredó los dedos en su suave cabello rubio y, cuando le presionó el vientre con las caderas, se separó un poco para dejar escapar un gemido.

Anna esperó el primer indicio de vergüenza, de arrepentimiento, de culpa. Alguna señal de que debía parar, de que no tenía permitido llegar tan lejos, de

que no lo merecía...

Pero nada de eso llegó; estaba perdida en el más vivo sentimiento de placer y gozo.

Y fue todo lo que necesitó para continuar.

Llevó las manos hasta la camisa para desabrocharle los botones, pero él la detuvo. Algo dentro de ella se hizo pedazos al descubrir sus ojos fijos en los suyos. Dejó escapar un largo suspiro al suponer su deseo.

Él quería parar.

Sin embargo, lo vio posicionar las manos en la curva de la cadera, deslizándolas hacia arriba y hacia abajo repetidas veces hasta que las dos se encontraron en el borde del vestido. En un parpadeo, él se lo había quitado.

Anna contuvo la respiración cuando también le quitó el sujetador.

Temblando un poco, se llevó las manos a los pechos para cubrirse. La sensación de vergüenza se trasladó por todo su cuerpo. Por Dios. No había estado desnuda frente a un hombre desde hacía cinco años, y no podía evitar sentirse tan avergonzada y expuesta cuando él la miraba de esa manera. Como si fuera una belleza despampanante a la que no podía poner nombre.

A él le costaba recordar cuántos cuerpos desnudos había contemplado hasta la fecha y cuántas mujeres bellas había admirado antes de disfrutar del placer momentáneo. Tampoco recordaba haberse topado con una belleza tan avasalladora como la de Anna, una que le hacía sentir pinchazos de satisfacción en la barriga. No podía parar de observar la magnificencia de su desnudez, sus pechos redondos, el declive de su vientre, el mar de pequeñas pecas sobre los hombros y el seno; una constelación oscura que instaba a contar sus estrellas a besos, una a una.

Charles abrió la boca y Anna lo escuchó respirar con dificultad.

—Dios mío —jadeó él.

Anna también jadeó, intimidada por la ferocidad de su mirada. Él la observó fijamente mientras llevaba sus grandes manos hasta las suyas, permitiendo así que descubriera de nuevo su desnudez.

—Anna... —gimió—. Debes de ser alguna clase de milagro. ¿Cómo puedes ser tan preciosa?

Ella soltó un gritito al sentir cómo su boca depositaba besos húmedos e inesperados sobre sus pechos. El placentero efecto se acumuló con un dolor dulce en su vientre. Dentro de ella, se disparaban pequeños dardos de añoranza que amenazaban con acabar con ella. En ese momento, no deseaba nada más en el mundo que sentirlo completamente; sentir su piel contra la suya, sentir su cuerpo en su cuerpo. Quería, anhelaba, ansiosamente que la devolviera a la vida.

La apuñaló el placer que su boca clavó en su pecho mientras mordía la piel sensible de su pezón. Anna movió las manos hasta su pecho y comenzó a tironear de su ropa al tiempo que sentía que él deslizaba las suyas por la espalda desnuda. Se le despertó un escalofrío caliente que se dispersó por su entrepierna. La enfureció lo difícil que le estaba resultando desabrocharle la camisa. Charles debió de percibir el problema, porque se apartó.

La excitante oscuridad que Anna encontró en sus ojos encendió con vehemencia una llama enloquecedora que la quemó por todas partes. Mientras se deshacía de los botones con una agonizante lentitud, fijó su mirada en los ojos de ella, como esperando. Supuso que, de ponerle fin a aquella calentura, aquel era el momento. Charles le estaba ofreciendo la última oportunidad para detenerse.

Pero su cordura quedó perdida minutos atrás junto a su ropa, esparcida ahora por el suelo.

Cuando solo le faltaban dos botones que desabrochar, Anna descansó las manos sobre su pecho y luego deslizó los dedos por la superficie lisa y rasposa de su piel afeitada hacía pocos días. Lo vio separar los labios, como buscando un poco de aire, al tiempo que cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás. No comprendía por qué parecía tan afectado con un solo roce, pero a ella le maravilló. Se sentía poderosa, así que trazó líneas rectas hasta la uve de su cintura, rozando con la punta de sus dedos el cinturón. Lo abrió con la misma lentitud de la que él había hecho alarde instantes atrás, y vio en su rostro dibujada la impaciencia. Anna sonrió, gesto que acabó convertido en un jadeo cuando él la tomó de la cintura y la arrojó al sofá.

Le volvió a poseer la boca con desesperación y hambre mientras se deshacía de la camisa, a la que mandó lejos. Las manos de Anna se esforzaban por liberarlo del pantalón, pero el constante choque de sus caderas dificultó sus

movimientos. La enloquecía aquella manera frenética de moverse contra su vientre, y por un instante la presión del movimiento fue tal que parecía sentirlo dentro de ella, invadiéndola.

Toda ella ardía, un diluvio de sensaciones y deseos a punto de explotar. Pronunció su nombre, ahogada y aturrida por la respiración entrecortada. Le rozó el costado con las uñas, intentando aferrarse a él para seguirle el ritmo.

Él se separó apenas de ella para trazar una ruta desde su boca hasta su cuello, bajando despacio y con roces húmedos hasta su pecho, haciendo hervir su piel con la respiración cálida de su boca. A Anna le costaba pensar debido a la invasión de sensaciones arremolinadas en su pecho. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que estuvo con alguien que sintió como si aquella fuese su primera vez, y es que ninguna boca tan experta la había saboreado antes como él.

Iba lentamente devorándola, y al mismo tiempo aventurándose sobre su piel, explorando el terreno. Su boca sabía dónde besar y qué partes de su cuerpo temblarían con un mordisco, como había ocurrido cuando había probado sus pechos. Enredó las manos en su pelo y siguió con él la trayectoria. Pronto supo a dónde se dirigía. Tembló ante la expectativa.

Y él también tembló, ensimismado por la fragancia que emanaba de su piel, un aroma del que se impregnó hasta enloquecer sus sentidos. Quería recorrerla entera con la boca, grabar cada detalle de ella. Quería tocar con sus manos cada pequeña peca de sus pechos y cada parte abultada de su cuerpo. Mientras trazaba la línea hacia su entrepierna, le palpitaba más el corazón —y otras cosas—. Lo que separaba ahora su boca del punto que no podía dejar de mirar era una insignificante tela negra. Tiró de ella desde la cintura y la fue deslizando lentamente por sus piernas. Tembló, pero dispuesto a no brindarle un momento de tregua, se perdió al instante entre las puertas del paraíso.

¿Qué fue de ella después? Solo él lo supo, porque Anna estaba tan perdida en el placer que cerró los ojos y dejó que le ofreciera lo que en cinco años tuvo prohibido. Era apenas consciente de que respiraba, y nada más, porque la quemazón la recorría como rayos desde la entrepierna, quebrándole la capacidad de pensar. No se reconocía a sí misma. Le falló el autodomínio mientras se percibía enterrando los dedos en el pelo oscuro de Charles. En la habitación, solo

se escuchaba su respiración trabajosa.

Él detuvo la dulce tortura cuando ella estaba a punto de alcanzar la cima. Anna se disponía a protestar, pero entonces lo vio alzarse como un gigante. Charles estaba desnudo; era mucho más atractivo de lo que había imaginado. Tenía el abdomen de alguien que solía hacer ejercicio, pero que lo había dejado hacía poco, con la uve del vientre marcada como una flecha que sentenció la dirección de su mirada. Con una única experiencia a cuestas, pues solo había compartido en la intimidad con Carter, no contaba con la suficiente pericia para catalogar la medida de su miembro, por lo que se limitó a deducir que debía ser apenas algo más grande de lo normal.

Lo vio llevarse un paquete plateado a la boca y abrirlo con cuidado con los dientes. La abrumó comprender que llevaba siempre un preservativo en su cartera —suponiendo que lo había cogido de allí— para usarlo con ella o con cualquier otra mujer. Él debió de adivinar sus pensamientos porque se detuvo y se limitó a mirarla en silencio.

—Tienes la última palabra —le dijo.

—Si lo que quieres es detenerte...

—No —sentenció él.

Anna evadió cualquier pensamiento racional que se le vino a la mente. Se impulsó hacia delante y le tomó la cabeza entre las manos para acercarla a ella y besarla. Quería olvidarse de su pudor y su maldito sentido común y permitirse sentir. Dejó que su cuerpo se embriagara del placer y la turbulenta masculinidad que emanaba de la piel de Charles. Lo sintió como una brasa ardiente a medida que le asaltaba el recoveco de su garganta mientras sus piernas abrían las de ella. Le enterró las uñas en la espalda y su cuerpo se arqueó para recibirlo, gloriosa e indómita, con la razón ya olvidada.

Con el desenfreno del movimiento de las caderas, el corazón de Charles comenzó a bombear tan deprisa que pensó que iba a explotarle. No había cabida en él más que para el placer, enloquecedor y palpitante, como ningún otro que hubiese disfrutado. Le recorrió la piel con la boca, topándose con el par de montes en su pecho que se movían al ritmo de ambos. Gimió su nombre en medio de un jadeo, aclamándolo como si fuese el de una diosa. Le cosquilleó en

la barriga una urgencia indescriptible y pronto le llegó hasta el pecho una sensación irracional que no comprendía.

Aquella mujer lo estaba volviendo loco.

Alzó la mirada para mirarla; ella lo miraba también. Se ahogó en sus lagunas, y el hechizo que le impedía dejar de contemplarla se prolongó cuando sus manos le enmarcaron mejor la cara. La vio cerrar los ojos antes de besarlo, y el resto de sus pensamientos se extinguieron con la quemante exaltación que ella le provocaba.

Charles recordaba su habitación un poco más grande, aunque supuso que se debía al hecho de haber crecido. Muchas de las cosas que tenía allí le parecían desconocidas, olvidadas con el tiempo. Después de todo, no había visitado esa casa en años. Estando en la sala, pensó en cuánto desasosiego le despertaba subir a las habitaciones, pero no podía permitirse dejar a Anna en el sofá, mucho menos cuando había vuelto a dormirse minutos después de haber tenido sexo.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

¿Cuándo la palabra «sexo» había perdido para él su valor? Era una palabra que aludía al placer y a la diversión, pero en la que no había cabida para los sentimientos. Llamar «sexo con Anna» a lo que acababa de vivir no describía lo que realmente había sucedido.

Desde que Anna se había quedado dormida en sus brazos, su mente no tuvo descanso.

Debían de haber pasado unas tres horas, más o menos, tres horas que llevaba en el suelo, observándola dormir sobre la cama, con el cuerpo cubierto por una fina, casi transparente, sábana.

¿Qué tenía ella? Era guapa, muy guapa, y esa era siempre la razón principal para llevarse a una mujer a la cama. Pero Anna tenía algo que no podía identificar, y eso estaba volviéndolo loco. ¿Por qué, mientras más la miraba, le parecía más y más guapa? Maldita sea, ¿qué tenía? ¿Qué había en ella que lo mantenía ahí mirándola? Apartar la vista de ella le dolía.

Se llevó las manos a los ojos y los frotó con violencia. ¿Acaso lo había

hechizado? ¿Es que Anna era una hechicera?

Contuvo el aliento y evitó moverse cuando la vio sacudirse un poco en la cama. Al hacerlo, su desnudez quedó relativamente expuesta, y pudo ver las sinuosas elevaciones de sus pechos y las curvas de su cadera.

Ahogó un grito de dolor. Dolía verla tan bella y no sabía por qué. Apenas se quedó dormida, todos esos interrogantes aparecieron en su cabeza. Desde el inicio, la relación entre ellos había sido muy tensa, había sido como el turbulento sube y baja de una montaña rusa.

Era la primera mujer a la que llevaba a su santuario y la primera, aparte de su madre, a la que dibujaba. Su compañía era un dulce vicio, y un amargo tormento. En sus momentos más oscuros de los últimos días, su presencia había sido para él un oasis. Pero qué relación más rara tenían... Un momento quería estrangularla y al siguiente necesitaba la tranquilidad que ella le daba.

Pero ¿era correcto catalogar eso como relación? Solo eran dos personas adultas que se cruzaron en el camino. Ciertamente, podía afirmar que nada había vuelto a ser igual desde el día en que subió a su taxi. Para bien o para mal, algo había cambiado. ¿Qué era? ¿Él? ¿Qué había cambiado en él? Hasta ahora, nada. Seguía siendo el mismo. Sin embargo, había algo nuevo.

Anna.

No era la primera vez que perdía la cabeza por una mujer. Le había sucedido en incontables ocasiones, pero saciada la necesidad, su cabeza se enfriaba y volvía a tener el control. Y ciertamente había saciado su deseo por ella.

¿Lo había hecho?

Volvió a llevarse las manos a la cabeza y ahogó un gemido de frustración. Con los ojos cerrados, perderse otra vez fue muy fácil. Todo volvió a él: su piel suave, su aroma, la textura dócil de su cabello, el brillo soberbio de sus ojos verdes y la manera tan angelical de clamar su nombre mientras hacían... ¿Qué hacían? Decir que habían tenido sexo le parecía poco adecuado, pero decir que habían hecho el amor era quizá algo equívoco. Porque no habían hecho el amor. No había amor entre ellos.

Pero había algo, y ese algo era suficiente para volverlo loco. Debía encontrar una manera de callar esas voces de su mente, silenciar la diminuta voz de su

interior que le pedía hacer cosas imposibles.

Anna volvió a moverse en la cama, pero esta vez se negó a mirarla. Debía cortar aquello que estaba atándolo, eso que lo impulsaba a mirarla y a mirarla como si fuese un ángel caído del cielo.

—¿Charles?

La sensación de calor agitó su pecho, como si un ejército marchara a un ritmo específico sobre él.

Contuvo el aliento cuando su mano se posó sobre su brazo.

—¿Te encuentras mal? —susurró ella.

Él negó con la cabeza.

—Entonces ¿qué tienes?

Temeroso, levantó la cabeza lentamente. Miró sus grandes ojos verdes, la divina curva de su boca, el inocente carmesí en sus mejillas.

—Te quedaste dormida.

Anna entrecerró un poco los ojos, confundida. Se humedeció los labios secos con la lengua y permaneció observándolo en silencio. ¿Por qué se veía diferente? Supuso que al despertarse estaría el mismo Charles de siempre, esta vez sonriendo como un zorro victorioso después de haber obtenido lo que había querido desde el primer momento. Sin embargo, se veía cansado, incluso atormentado.

—Te he dejado dormir —añadió.

Anna sonrió.

—Gracias.

Charles agitó la cabeza.

—No puedes volver a dormirte. —Sus ojos se veían perdidos—. Tienes que permanecer despierta.

Ella lo miró fijamente, intentando descifrar lo que había en sus ojos.

—¿Has tenido una pesadilla?

Él evitó responderle. ¿Qué iba a decirle? Ni siquiera sabía qué estaba pasándole. Solo podía mirar aquellos bellos ojos verdes. Sí, era guapa, muy guapa. Maldita sea, era bellísima. Preciosa. Había sido una enorme suerte para él tenerla en su cama, pero ese golpe de suerte no era suficiente. ¿Por qué no lo

era? ¿Qué iba a pasar cuando volvieran a la ciudad, a la normalidad? Volverían a discutir y a demostrar que eran dos polos opuestos.

¿O no?

¿Qué iba a pasar cuando volvieran? Porque él tenía en su mente cada segundo que había estado con ella, en ella, pegado a ella... Aún podía percibir el olor de su piel en la suya. No creía posible encontrar una manera de arrancarse eso.

—Charles... —Anna se le acercó con suavidad, arrastrándose lentamente por la cama—, si no me dices que te pasa, no podré ayudarte.

—No tienes que ayudarme. —Dejó de hablar cuando sintió el golpe de calor que emanaba de su piel. Tan cerca, muy cerca...

—Quiero hacerlo. ¿No puedes dormir?

Permaneció en silencio, pensando una respuesta coherente.

—No he dormido nada. No puedo —le dijo.

Anna despegó los labios un poco. Parecía preocupada, preocupada por él, y eso le encantaba.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no puedo dejar de mirarte —admitió en un susurro.

Haberlo dicho alivió un gran peso que notaba en su pecho. No era hombre de susurrarle cosas como esa a una mujer, principalmente porque solía cortar sus relaciones de forma abrupta, pero Anna le hacía sentirse seguro y libre de expresar lo que sentía. Nunca antes había experimentado algo así con nadie.

Podía decirle cualquier cosa. Ella siempre lo escuchaba.

—Mmm... —murmuró ella. No sabía qué responderle—. Seguramente babeo mientras duermo, ¿no?

Anna vio que su broma no le había hecho gracia, Charles seguía con su gesto atormentado.

—He visto muchas cosas, Anna —susurró con la voz ronca—. Estoy a punto de perder la cabeza.

Ella se humedeció los labios.

—¿De qué estás hablando?

—De ti.

Ella contuvo el aliento.

—Me estás haciendo perder la cabeza y ni siquiera sé cuándo empezó a ocurrir.

—Charles —se apartó un poco—, ten cuidado con lo que dices. Lo que pasó...

—No —le espetó—. No trates de explicarlo. No le des ningún nombre a lo que pasó.

Ella comenzó a negar con la cabeza.

—Fue solo sexo.

—Anna.

—Lo sabes.

—Anna...

—Cuando volvamos, lo olvidarás. Soy una mujer adulta, sé lo que estaba haciendo y las consecuencias que conlleva.

Charles la miró con dureza.

—¿Qué quieres decir?

Anna dejó caer un poco la cabeza.

—Lo olvidarás, buscarás a otra mujer y me tacharás de la lista. Siempre hay otra.

Él respiró hondo.

—Anna... —comenzó a decir.

Ella cerró los ojos e intentó ignorar la punzada de dolor en su pecho.

—Está bien. No importa.

—¿No importa?

—No. Nunca importa.

—¿Nunca importa? —gruñó él.

Cuando finalmente se atrevió a mirarlo, una gruesa capa de lágrimas cubría sus bellos ojos verdes.

—Te dije lo que pienso. Te dije que no le pusieras un nombre, pero no me haces caso nunca.

—Le pongo el nombre que le corresponde. Por alguna razón no lo quieres ver, pero...

—Lo veo, y es lo que no entiendes. Eso no fue sexo, lo sabes muy bien. Tú lo sabes. Lo has sentido como yo.

—Lo que yo sienta no importa.

—¡Maldita sea, Anna! Solo has estado con un hombre. ¡Uno! ¿Qué diablos te hizo?

Anna negó con la cabeza en un absurdo e infantil intento de apartar sus palabras. Sus emociones a flor de piel le pedían a gritos ser liberadas. Él se dio cuenta. Vio en sus ojos y en sus gestos la coraza de la que siempre hablaba. Dios, le daba una rabia verla así, temerosa y enfurecida con el mundo y con ella misma... Protegiéndose de lo que fuera para evitar el sufrimiento.

—Me dejó rota —admitió con la voz rasgada—. Me destruyó en pedazos tan pequeños que no pude recogerlos. Tú no lo entenderías. Lo quise muchísimo, pero a él no le importé. No sé confiar en nadie porque dejó herida mi confianza.

El reguero de lágrimas comenzó a abandonar sus ojos, pero él, con cuidado, las fue secando una por una con los dedos. Su suave caricia la hizo temblar. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se sintió mimada, incluso protegida, por un hombre. Pero Charles desaparecería una vez que volvieran a la ciudad. Aunque dolía, no podía permitirle que cuidara de ella, porque luego la separación sería devastadora.

—Tú eres muy fuerte... —le dijo—. Ese hombre no sabe lo que perdió. Eres una bendición.

Anna volvió a sollozar. Charles se levantó del suelo, se acomodó en la cama y la arrulló en sus brazos.

—Chiss, Anna —susurró—. Todo va a ir bien.

Ella cerró los ojos al poner la cabeza contra su pecho.

Charles respiró hondo y se concentró en notar su lenta respiración. Maldita sea, estaba perdido, como un pequeño bote en el ancho mar. Debió haberlo sabido en el primer instante en que empezó a desearla. En un parpadeo, ese deseo se había vuelto algo más peligroso: un anhelo, una necesidad. Y veía escasas las posibilidades de salir de eso antes de que fuera demasiado tarde.

Decidió cerrar los ojos y dejar de pensar.

Charles abrió los ojos un par de veces antes de levantarse de la cama. Se sintió extenuado y confundido al percatarse de que no había nadie junto a él.

—¿Anna? —la llamó con voz cansada.

Obtuvo el gruñido del viento como respuesta.

Entonces la escuchó. Las dulces notas emitidas por su boca se escapaban desde un lugar lejano, acompañadas por un piano que no había escuchado en años. No pudo reconocer la canción, pero no importaba. Cerró los ojos y disfrutó unos segundos de la música. El frágil sonido de las teclas del piano le erizó el vello de los brazos.

Ese piano. Había olvidado cómo sonaba. La única persona capaz de crear magia con él era su madre, la mujer que le enseñó a amar y respetar el arte y la música. Después de su muerte, nadie más lo había tocado. Había pasado a ser uno de los objetos de su madre que más atesoraba. Todo aquello que ella amaba, él lo transformó en algo que lo mantenía cerca de ella, aunque ya no estuviese presente.

Abrió los ojos y se liberó del hechizo. La música continuó sonando de la misma forma maravillosa y delicada. Sus pies se movieron deprisa fuera de la habitación, persiguiendo la melodía, dejándose atrapar por ella. De repente, la música terminó. Se quedó de pie a escasos pasos del salón de música.

¿Por qué se habría detenido? ¿Lo habría escuchado acercarse? Imposible. Sus pasos quedaban ocultos bajo el exquisito sonido del piano.

Entonces, sin previo aviso, la música comenzó de nuevo. Tardó un rato en

reconocer la canción. Hacía muchísimos años que no la escuchaba, tantos que no recordaba la letra.

El cándido inicio de la canción se hizo pedazos en segundos, cuando Anna levantó la voz y cantó a todo pulmón el impresionante coro. Asomó la cabeza por la puerta y la descubrió allí, sentada en la butaca cubierta por una sábana frente al piano, desnuda, tocando las teclas con furia. Su voz subía, bajaba, subía, bajaba y en él, en su pecho, surgió una sacudida tan potente como su voz.

Creyó que iba a morir.

Permaneció inmóvil el resto de la canción, atrapado por ella, capturado por aquella trampa perfecta.

Cuando inició una nueva melodía, atravesó a grandes pasos la habitación hasta ella y se detuvo a escasos centímetros de su cálido cuerpo.

Anna contuvo el aliento cuando el calor azotó su piel. Aunque la habitación hubiese estado abarrotada de gente, no le hubiese hecho falta darse la vuelta para saber que era él. Su cuerpo podía detectarlo como si hubiese sido creado específicamente para reaccionar ante su presencia. Los dedos le temblaban sobre las blancas teclas del gran piano. Unió las piernas y respiró profundamente para calmarse.

¿Por qué se sentía así? Efervescente, como si estuviese metida hasta el cuello en agua caliente. Si él se aproximaba más, ardería hasta explotar, y no era algo propio de ella. Después de Carter, los hombres parecían estar prohibidos. Quizá porque no estaba lista para estar con alguien o porque le aterraba salir lastimada. Pero le bastaron dos besos y tres caricias de Charles para perder la cabeza. ¿Dónde había quedado su cordura? Posiblemente atrapada debajo de su ropa tirada por el suelo tras liberarse de ella con la astucia de un conquistador.

—No creí que este piano siguiese funcionando después de tantos años.

Su voz cálida saltó por su piel, difundiendo sensualidad, haciéndole cosquillas en los muslos, en los brazos, en todas partes...

—Es un buen piano —respondió ella. Le había costado muchísimo emitir aquellas palabras con claridad, pero sabía que su esfuerzo había valido la pena. Charles debió de notar su nerviosismo.

—Pero es viejo. Era de mi abuela.

Anna retiró las manos inmediatamente.

—No quería...

Él dio otro paso, uno muy pequeño, pero ella lo percibió como algo grande, algo violento. Su cuerpo se sacudió ante su cercanía.

—No has hecho nada malo. Después de mi abuela, este piano le perteneció a mi madre. Ella no está aquí para utilizarlo. Has sido la primera en tocarlo en años.

—Debí preguntar...

—Nada de eso.

—Siento que ha sido una falta de respeto. Sé cuánto significa tu madre para ti.

Su cuerpo se sacudió, y Charles no pudo hacer otra cosa más que mirar cómo aquel pequeño cuerpo se giraba hacia él, cómo sus enormes ojos verdes penetraban los suyos con sensual pasión, anulando su capacidad de pensar. Sus manos querían acercársele y tocarla. Era tan bella...

—¿Mantienes todas las cosas de tu madre en su lugar?

Charles contuvo el deseo de tocarle el cabello, todo despeinado.

—Sí —le respondió—. A veces no sé por qué lo hago, pero no puedo evitarlo.

—Debe de ser una forma de honrar su memoria.

—Es probable.

Anna cerró los ojos un poco.

—¿Qué pensaría ella sobre verte ejercer como rey?

Charles inspiró profundamente por la nariz.

—No lo sé. Cuando ella murió, yo era demasiado pequeño; no creo que pensara en mí alguna vez como rey.

—Te aseguro que lo hacía. Es algo típico de las madres. Es una manera de afrontar su miedo. Ya sabes, los hijos crecen y se van. Es la ley de la vida.

—Si pensó en ello, nunca me dijo nada.

Anna notó una punzada de dolor en su voz.

—Lo lamento —susurró—. No quiero sonar como...

Charles negó con la cabeza.

—No has dicho nada inapropiado.

—He estado pensando en tu padre...

El príncipe entornó los ojos, dejándole claro que no deseaba hablar de él.

—Quiere que asumas la regencia —le recordó.

—No lo haré —gruñó—. Anna, hemos estado pasando un rato muy agradable. No lo estropees.

—Lo siento, pero la realidad es la que es. No puedes vivir en una fantasía y tampoco puedo hacerlo yo. Tu padre, el rey Edward, quiere que tú y yo trabajemos mano a mano mientras él se recupera. A riesgo, nuevamente, de sonar atrevida, tengo que hacerte una pregunta.

—No la...

—¿Lo harás o no? —preguntó de todos modos.

Él se frotó los ojos con violencia.

—No —respondió—. Lo sabes mejor que nadie. No puedo ser rey.

—Esa no es mi pregunta.

Ella respiró profundamente.

—La verdad es que no sé qué pensar. Me siento decepcionada.

—¿Decepcionada?

—Sí. De ti.

—¿De mí?

—De ti. —Asintió.

—No veo por qué. ¿No eres tú la que encabezas una silenciosa campaña en contra de que yo sea rey?

Anna sintió estallar el calor de la ira en su pecho.

—No, pero ¡debería serlo! ¡Juro que debería! ¡Maldita sea, Charles!

Furiosa, lo golpeó en el pecho para apartarlo de ella y comenzó a caminar por la habitación, susurrando cosas inentendibles. Llevándose las manos al pecho, gritó:

—¡Tu padre tiene un tumor!

A Charles se le subieron los colores. Molesto, se precipitó sobre ella.

—¿Crees que no lo sé? —aulló iracundo.

Anna retrocedió un par de pasos, asustada, mientras veía cómo los ojos de Charles se oscurecían por la ira. Por un segundo temió que levantara una de sus pesadas manos para golpearla.

Tembló ante esa posibilidad y, llevándose las manos al rostro, se cubrió su cabeza.

A Charles se le congeló la sangre al verla hacer ese gesto. ¿Cómo había podido pensar que él iba a pegarle? Inadmisible. Él jamás podría... Él jamás...

—Lo lamento —susurró mientras se acercaba a ella.

Lentamente, Anna comenzó a bajar las manos, permitiendo que los dedos de él recorrieran con dulzura y lentamente sus brazos, hasta llegar a su mejilla.

—Jamás te golpearía —dijo Charles, con voz cálida, pero firme, regañándola—. Siento haberte dado esa impresión. Podré ser muchas cosas, pero jamás haría daño a una mujer.

Los ojos verdes de Anna brillaron, esperanzados.

—Mi plan no es enfurecerte ni hacerte sufrir recordándote las cosas que te duelen. Pensé que después de todo lo que hemos hecho juntos estas últimas semanas, habías entendido que yo...

—Tienes fe en mí —dijo.

A Anna le temblaron los labios.

—Tengo fe en ti —afirmó, y a él le pareció dulce la forma en que había dicho aquello mientras asentía.

Charles cerró los ojos.

—Anna, no puedo ser rey.

—Puedes. Además, tu padre confía en ti.

—Lo estropearé todo.

—¿Por qué?

—Porque no sé nada sobre responsabilidades.

—Puedes aprender.

—Pero ¿te has vuelto loca?

Ella soltó un suspiro y preparó su artillería pesada.

—Charles, piensa muy bien lo que voy a decirte. Tu padre está enfermo. Necesita someterse a un tratamiento y te ha pedido a ti, a nadie más, que asumas la regencia durante un tiempo. La petición va más allá de que seas el príncipe de Gales. Él confía en ti, es la persona que más lo hace. Tienes que dejar de pensar que no puedes y decirte a ti mismo que vas a intentarlo. No es el Reino Unido el

que más lo necesita, sino tu padre. Debe reducir sus responsabilidades y estar lo menos estresado posible. No puedes ser tan egoísta y pensar solo en ti.

Charles quiso fingir que sus palabras no habían calado en él, pero al cabo de unos segundos tuvo que darse por vencido. ¿Cómo había sido tan egoísta? La salud de su padre estaba en juego. Sí, consideraba que ser rey era un puesto para el que no estaría listo nunca, pero si ahora no hacía lo que le correspondía, ¿cómo iba su padre a mejorar? Él era todo lo que le quedaba.

—Eres un monstruo, ¿cómo lo haces? —Se frotó los ojos antes de abrirlos—. Eres peor que mi consciencia.

Ella sonrió, victoriosa.

—Eso solo demuestra que Charles William Arthur tiene corazón.

Él agitó la cabeza.

—Siempre lo he tenido. Un poco duro, o tal vez bastante, pero ahí está.

—Mmm.

A él se le dilataron los ojos un poco. Anna sabía lo que iba a venir a continuación. Presionó ambas manos contra su pecho desnudo y trazó una distancia promedio entre ambos. Tal vez discutir sin que ninguno tuviera ropa era una mala idea.

—Charles, olvida el sexo por un momento. Estamos varados en medio de la nada, en una casa vieja sin teléfono. Llevamos dos días fuera.

Anna descubrió un brillo pícaro en sus ojos.

—No es cierto —jadeó—. ¡Tienes un teléfono!

Él no se molestó en negarlo.

—Tengo algo mejor —le dijo.

La tomó de la mano y cruzaron el pasillo para ir a una habitación que parecía el despacho de un abogado del siglo XIX.

—¿Esto es mejor que un teléfono? —gruñó.

—Sé paciente.

Anna lo vio dirigirse hacia la pared detrás del escritorio, que estaba llena hasta los topes de libros.

—¿Vas a ponerte a leer?

Charles suspiró, frustrado.

—¿No puedes esperar?

—No, la verdad es que no. Me estás poniendo nerviosa —dijo ella, impaciente.

Ignorándola, deslizó una mano por los libros. Tres de ellos eran idénticos. Anna se preguntó para qué los tendría.

Entonces tiró de ellos a la vez, y los tres emitieron un crujido, como una puerta a la que le han quitado el seguro. Un extremo del muro se levantó y él, mirándola, lo abrió.

—Es una puerta secreta —musitó emocionada—. ¡Nunca había visto una puerta secreta!

Le sonrió antes de tomarle la mano y llevarla consigo dentro del oscuro túnel. Aunque le parecía emocionante, a Anna se le formó un nudo en el estómago por el miedo.

—Sabes a dónde va esto, ¿verdad? Y lo más importante, ¿conoces bien este lugar? No hay nada de luz... ¿No nos perderemos?

—Me conozco todos los pasadizos secretos de esta casa.

—¿Hay más?

—Sí. Este era el que teníamos más cerca.

Ella silbó, impresionada.

—¿Y para qué los tienen?

—Todas las propiedades que poseemos tienen una vía de escape que sirve de protección para la familia real. El palacio de Buckingham tiene cientos de pasadizos. Se dice que mi tatarabuelo tenía de amante a una de sus empleadas y que le reveló los pasadizos que la llevaban a una de las habitaciones más apartadas de la habitación del rey.

—Parece que eso de ser un *playboy* viene de familia.

Charles optó por no responder a su comentario.

Bajaron por una corta escalera y continuaron por un camino recto durante diez minutos. Él se detuvo, tecléo algunos botones y la oscuridad se vistió de luz.

Lo primero que hizo Anna fue soltar un largo silbido.

Lo que había frente a ella era un piso completo, muy amplio, casi del mismo tamaño que la casa de verano. En la parte derecha había una cocina

perfectamente equipada y un comedor con espacio para veinte personas. En la izquierda se extendía un pasillo que probablemente los llevaría a unas habitaciones, baños y Dios sabría qué más.

Al fondo deslumbró una pequeña sala con sofás color crema y un enorme televisor.

Sonrió, contenta. Hizo un ridículo baile y Charles dejó escapar una carcajada.

—Me muero por una comida bien hecha. ¿Habrá carne en el congelador?

—Es posible. Reabastecen las casas seguras de vez en cuando, y por lo visto esta hace poco que ha sido reabastecida.

—Perfecto. —Se frotó las manos—. Comamos algo y después llamamos a alguien para que venga por nosotros.

La sonrisa divertida desapareció del rostro de Charles. Irse, volver a la realidad. A una realidad donde su padre tenía un tumor y quería que él fuera rey antes de tiempo, donde tenía que hacerse responsable de algo por primera vez en su vida... Luego estaba una realidad un poco más difusa, pintada con matices grises.

Una realidad donde Anna existía.

Porque, que Dios lo amparara, no sabía lo que iba a hacer o lo que ella haría. El sexo con ella era bueno, del mejor que había probado, pero, para bien o para mal, había algo más. Algo que, cuando cerraba los ojos, le calentaba el pecho. Y es que, cuando los dos se unían, él se sentía extrañamente en casa.

Era la primera vez en su vida que sentía algo así.

Se preguntó cómo lo había conseguido. Anna había llegado de la nada y se había convertido... ¿En qué se convirtió? En una mujer que deseaba, y mucho. En la primera persona que no temía decirle las cosas a la cara sin importar cuánto podía enfurecerlo.

Y así como lo hacía enojar, también lo calmaba...

Anna era como un bálsamo que aplacaba el dolor que no creía tener. Era el calor que le quitaba el frío. Anna... se le estaba metiendo muy dentro, muy profundo, en un hueco de su alma que estaba herido. Un hueco oscuro y frío, casi desierto; un pedazo de sí que se sentía aterrado ante el amor al que intentaba proteger con su coraza. Maldita fuera, cada vez la necesitaba más...

—Charles.

Él se sobresaltó. Ahí estaba Anna, mirándolo.

—Te quedaste mirando el vacío.

Él no respondió, solo la miró.

—¿Charles?

Nada.

—¿Te encuentras bien?

Anna comenzó a ponerse nerviosa. Se veía perdido, ausente de sí mismo y de ella, como muy lejos de aquí.

—¿Qué pasará al volver? —preguntó él.

Ella contuvo el aliento durante unos segundos.

—Sé sincera —le pidió. Sus ojos azules se veían torturados.

—No lo sé. —Nunca había sido tan sincera.

—¿Qué va a cambiar?

—Sabes muy bien lo que va a cambiar.

Él.

Ella estaba refiriéndose a él.

—Lo olvidaré —teorizó—. Haré como si nada hubiera pasado aquí.

No estaba seguro de si era la respuesta que ella esperaba, pero sí distinguió algo que le hizo pedazos el alma: la fragilidad en sus ojos. Lo que acababa de decirle había conseguido herirla.

—Es lo que tú crees —le aclaró—, pero yo no tengo ni idea de lo que va a pasar.

Anna abrió los ojos como platos.

—Por si aún no lo sabes, me estás volviendo loco —acortó la distancia entre ellos, y ella sintió como si un azote de viento la hubiera hecho tambalear—. Si me dices que no sientes la misma confusión que yo, me daré la vuelta y llamaré a alguien para que nos lleve de vuelta a la realidad. Pero si admites que tu cabeza da tantas vueltas como la mía cuando los dos estamos cerca el uno del otro, podemos empezar a crear una nueva realidad. La que más te guste, eso no importa.

Sus ojos entornados y sus labios temblorosos la destrozaron.

—A estas alturas ya estoy bastante perdido y no tengo fuerzas ni para protestar.

Anna alcanzó a despegar los labios para buscar aire. Por supuesto que su cabeza daba vueltas. Solo tenía que ver con quién se había liado: con el príncipe de Gales, su némesis. ¿Cuándo había comenzado a sentir esa atracción absurda hacia el mujeriego más famoso de Inglaterra? ¿Cuándo dejó que el deseo empañara su razón? Le vino a la mente el refrán de «Nunca digas de esta agua no beberé» que, en su caso, podía traducirse por: «Nunca digas con este hombre no me acostaré».

¿Cómo iba a librarse de esa atracción ahora, cuando él la miraba con aquellos ojos cargados de tantas dudas como los suyos?

En el fondo lo sabía: mientras estuvieran en la misma habitación, desnudos, uno junto al otro, la cabeza no iba a funcionarle. Le temblaban las rodillas. Oh...

Apagó su cerebro, se puso de puntillas y se lanzó a sus brazos. No valía la pena luchar contra lo que sentía, no mientras lo tuviera así, tan cerca de ella. Fuera cual fuese la decisión que tomaran, sabía que sería tomada entre las suaves y finas sábanas de una cama.

—Pero ¿cómo es posible? —bramó su padre por tercera vez.

Una parte de él deseaba haber evitado esa llamada, pero Anna tenía un punto: no podían desaparecer en medio de la nada y pretender que nadie se preocupara por ellos. Así que después de comer algo, volvió a la casa de campo, conectó la línea telefónica y llamó a su padre.

—El hombre apareció de la nada —explicó Charles—. Aproveché mi distracción para robar el auto.

—¿Qué clase de distracción?

¡Anna! Su nombre es Anna. Seguro que ya la conoces.

—Estaba teniendo una pequeña discusión con la señorita Mawson.

—Por el amor a Dios. —La voz de su padre rugió a través del teléfono—. ¿Cuándo vas a dejar a esa mujer en paz?

Nunca. ¿Después de lo ocurrido entre ellos? Tendría que estar loco.

—¿Cómo encontraron el coche? —preguntó Charles para distraerlo.

—Sabes que, por motivos de seguridad, nuestros vehículos tienen un rastreador. La señal indicaba que tu auto estaba moviéndose por las afueras de Westminster. Pensé que estabas apartándote por nuestra última conversación, pero el vehículo se detuvo en una zona a la que no acostumbras a ir, así que mandé a por ti. Vaya sorpresa. El auto de mi hijo lo tenía un delincuente.

—Todo pasó de repente. En un parpadeo, el auto simplemente desapareció de mi vista.

—Pero llegaste a la casa de campo. ¿Por qué no llamaste antes?

Esa era una muy buena pregunta. ¿Por qué no habían llamado y regresado a Westminster como si nada hubiese pasado? Qué misterio más cautivador. Quizá porque necesitaba apartarse de todas las cosas de palacio. Porque necesitaba un tiempo sin alcohol y sin mujeres fingiendo risas y con expresiones falsas alrededor.

O quizá era por culpa de la coqueta, loca y absolutamente encantadora rubia con la que había dormido los últimos días, y dormir era algo que no solía hacer con una mujer. Lo que tenía con las mujeres era sexo. Pero con Anna, sin duda alguna, era algo más, algo diferente.

—La línea no funcionaba —mintió.

—Charles, si me vas a mentir, piensa en una mentira mucho mejor que esa.

¿Cómo podía saber que le mentía?

—¿A qué te refieres, padre?

—La habitación de seguridad tiene instalada una línea. La línea telefónica de la casa podría estar estropeada. Hace mucho que nadie va allí, pero la de la habitación de seguridad fue preparada para que siempre funcione.

Ah. Charles lo había olvidado.

—Olvidé que la teníamos.

—Charles, soy tu padre. Te conozco mejor de lo que te conoces tú mismo. No te interesaba llamar.

—Eso no es del todo cierto. Iba a hacerlo cuando...

—¿Cuando te hubieras acostado con la señorita Mawson?

Maldita sea. ¿Cómo lo sabía?

—No voy a negar que es una mujer inteligente y que tiene un carácter muy interesante, pero es nuestra empleada. Es *tu* empleada —puntualizó—. Sabes lo que pienso respecto a coquetear con el personal.

—¿No fue así como conociste a Tessie? Era miembro del gabinete.

—Pero, a diferencia de ti, maduré y entendí que las mujeres no son un juego. Sé lo que harás con Anna al regresar.

¿Cómo podía saberlo? Ni siquiera él lo sabía.

—Creo que ella es, de alguna manera, una buena influencia para ti —continuó su padre.

—¿Por qué lo crees?

—Por una extraña razón, la escuchas. Sus palabras se quedan en tu mente. Ni siquiera haces eso conmigo. No escuchas nada de lo que te digo...

Charles se sintió un poco culpable. ¿De veras hacía eso? ¿Ignoraba las palabras de su padre? Soltó una maldición en su mente. Sí, era cierto, y lo hacía con frecuencia. El motivo era muy sencillo: siempre le pareció que su intensa preocupación por él era una manera de controlar su vida. Pero no era más que un padre angustiado por su irresponsable hijo.

—No es algo que haga a propósito —repuso.

—Soy consciente de ello. Sin embargo, me encantaría conservar a la señorita Mawson entre nosotros por un tiempo.

«Créeme, padre. Nadie lo desea más que yo».

—Espero que entre ambos no surjan nuevas... ¿Cómo podría llamarlo?

—¿Desavenencias? —preguntó Charles. Su voz sonó burlona.

Su padre soltó una carcajada al otro lado de la línea.

—Podríamos llamarlo de esa forma por ahora. —Edward aguardó en silencio durante unos segundos—. Quisiera disculparme, hijo. La manera en la que te expuse la situación en la que me encuentro no fue la indicada.

Charles cerró los ojos, intentando escapar de esa dolorosa situación.

—No existe un modo agradable de anunciar que tienes un tumor. Lo único que hiciste fue pedir ayuda. Pero, padre, no estoy seguro de que la opción que propones sea la mejor. Si es algo temporal, Cameron podría...

—Charles, hijo. —Su voz sonó demasiado cálida para ser una advertencia—.

Sabes cuánto aprecio que la familia esté unida, pero no confío mucho en Cameron. ¿Lo haces tú?

—No —admitió.

No era un misterio para nadie que él y Cameron tenían una relación bastante fría. Su primo era competitivo, calculador, egoísta. Su única preocupación era él mismo. Tal vez le molestaba tanto su compañía porque se veía reflejado en él.

—No quisiera confiarle la seguridad de nuestro país a alguien sin empatía.

—Padre, no es que yo sea mucho más empático que él, ni que tenga demasiado tacto.

—Oh, sí lo tienes, aunque desafortunadamente solo lo usas para conquistar mujeres.

Charles confirmó sus palabras con una carcajada. Dio un par de pasos hacia atrás y se acomodó en el asiento.

—He hablado con Anna... —dijo—. Tengo que ser honesto, padre. Me abrió los ojos. Todo lo que me ha gritado a la cara lo tengo bien merecido. Cuando mamá murió, me resultaba muy duro pensar en que podía perderte a ti también. —Notó que su propia voz temblaba—. Me dio tanto miedo la posibilidad de tu muerte que, con el paso del tiempo, me convertí en alguien distante. Tengo la sensación de que todas las personas que quiero acaban enfermas, y yo me sentía..., me siento..., culpable. Supuse que... supuse...

No pudo continuar. La voz comenzó a entrecortarse a escasos segundos de estallar en lágrimas.

—De verdad lo siento, padre —le dijo, cubriéndose los ojos llorosos con la mano izquierda—. Lamento haber sido tan egoísta y apartarme de ti. Por favor, dime que no vas a dejarme.

El silencio inundó el otro lado de la línea. Edward cerró los ojos con fuerza mientras esperaba a que su corazón dejara de latir tan rápido. Cómo le dolía apenas así a su hijo... El testarudo, irresponsable y arisco Charles. Su pequeño.

—Charles —susurró con cariño—, algún día tendré que morir. Es el ciclo de la vida, ya lo sabes. Pero te prometo, hijo, que no voy a dejarte aún...

—¿Lo prometes? —preguntó esperanzado.

—Lo prometo.

«Lo promete —se dijo a sí mismo—, y él nunca nunca rompe una promesa».

—Lo correcto sería tener una conversación en privado para discutir el otro asunto...

Charles lo interrumpió:

—No hace falta, padre. También hablé con Anna sobre la regencia. Sigo pensando que es una locura, pero quiero ayudar a que tu recuperación sea lo más tranquila posible.

Edward no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó.

Su hijo pareció dudar.

—Voy a intentarlo —admitió—. Lo haré lo mejor que pueda. Solo tengo una condición.

—Tus condiciones me resultan inquietantes, pero te escucho.

Anna se subió la cremallera de la sudadera cuando una fuerte corriente de aire frío la golpeó en el pecho. Se frotó los brazos mientras miraba por la ventana los amplios campos alrededor de la casa. El césped cortado y los árboles y arbustos rebosantes le hicieron comprender lo bien cuidada que estaba la casa. Inspiró el tranquilizador aroma del campo y sonrió.

El frío se coló por las ventanas con mayor fuerza. Despegó los labios y soltó un gemido. ¿Por qué tenía que hacer tanto frío? Si estuviese en su casa, resolver el problema era pan comido. Pero allí, en medio de la nada, sola, con él..., lo único capaz de calentarla eran sus brazos.

Y no podía permitirse ser tan dependiente de otra piel. No otra vez.

Cerró los ojos, y allí, entre las sombras, estaba ese magnífico recuerdo: Charles tomándola entre brazos, tocándole la piel con los labios, subiendo con ella hasta la habitación, depositándola con dulzura sobre la cama. Maldita sea, podría morir ahí mismo. Podría olvidarse del resto del mundo y vivir allí para siempre.

¿Por qué no podía desear algo así? ¿No lo merecía? En los últimos cinco años había llevado una vida dura con momentos grises y algunos alegres, pero había

sido agotador. ¿No podía permitirse fantasear con un mundo perfecto durante el tiempo que estuviese en ese lugar? Con él a su lado, esos momentos eran lo más cercano a la felicidad que había tenido en mucho tiempo. A Charles no le iría mal olvidarse de todo.

Echó un vistazo hacia atrás por encima de su hombro. Charles continuaba hablando por teléfono con su padre. Se le veía un poco más tranquilo. Hacía dos horas, habían retomado el tema sobre la petición de su padre.

Debía de estar loca, porque hacía muy poco ella pensaba que Charles era el peor candidato al trono, y ahora, sin embargo, lo animaba a ejercer como regente. Se estaba tragando mares enteros del agua que juró jamás beber.

—Anna.

Oh. Su gruesa, ronca y sexy voz le sacudió todo el cuerpo. Maldita sea, maldita sea. Ni siquiera la había tocado. ¿Por qué se sentía tan excitada? Como si él la hubiese metido en una caldera.

—He hablado con mi padre —dijo—. Ha enviado a alguien a por nosotros.

Anna contuvo la respiración. Así que era cuestión de horas que volvieran, que retomaran de nuevo la rutina, como si nada hubiese pasado.

Pero ¿cómo iba a olvidarlo? Esos días habían sido para ella como vivir en el paraíso.

—Ah... —fue todo lo que pudo decir.

Charles suspiró detrás de ella, a pocos centímetros de su piel. Tan cerca...

—Anna. Ya hemos hablado de esto.

Ella centró los ojos en el exterior.

Él se le acercó, poniendo sus grandes manos sobre sus pequeños hombros. Toda ella era pequeña. Apenas le llegaba a la barbilla.

—¿Por qué insistes en lo mismo?

Anna negó con la cabeza.

—Sabes que tengo razón. Lo único serio aquí es lo de tu padre. ¿Nosotros? Nosotros no somos nada, solo dos adultos pasando un rato agradable.

Tenía razón. No eran nada. Eran dos adultos. Pero ¿pasando un rato agradable? ¿A eso se habían reducido para ella esos dos días? ¿A un rato agradable?

—Eres un mujeriego —continuó ella—. Estás confundido, eso es todo. Lo de tu padre te superó. Estoy aquí porque era la única que estaba cerca cuando explotaste y soy la única que saldrá lastimada.

Él se acercó un paso más. «No sigas, por favor», imploró ella en su mente. Podía hablarle dándole la espalda, sin mirarlo a los ojos, pero no si se mantenía así, tan cerca...

—Por favor —le suplicó.

—Anna... —gruñó él—. ¿No has pensado que si estabas allí cuando exploté fue porque tenía que ser así?

—No es...

—Déjame hablar —la interrumpió—. Siempre dices lo mismo, como si me conocieras y supieras qué voy a decir o a hacer. ¿Qué es lo que esperas? Sí, he salido con muchas mujeres. Pero, maldita sea, eso no me hace un hombre sin corazón. Y yo... yo...

Impaciente, la tomó por los codos y la obligó a girarse para mirarlo.

—¿Qué es lo que esperas? —le preguntó.

—No lo sé —admitió ella—. Ni siquiera sé qué está pasando.

—Yo tampoco. ¿Y qué hace una persona cuando no sabe algo? —Atrapó su cabeza entre sus manos, obligándola a mantener sus ojos verdes fijos en los suyos—. Trata de buscar información.

—¿Qué... —se aclaró la garganta— significa eso...?

Charles permaneció en silencio. ¿Qué significaba? Anna no era la primera mujer guapa que conocía y se llevaba a la cama. Pero era como una droga, y solo quería saber cuán dañina podía llegar a ser para él.

—No lo sé... —dijo, cerrando los ojos durante unos segundos—. Anna, no sé cómo responder a eso.

—Entonces ¿por qué lo dijiste? No tiene sentido.

—¿Algo aquí lo tiene? Dijiste que me odiabas.

Anna apartó la mirada. ¿Ella dijo eso? Probablemente. Antes lo odiaba, sí. Ahora estaba tan confundida...

—Recuerdo haberme comportado como un desalmado —le dijo él—, así que me tengo merecido cada uno de tus insultos.

Ella soltó una risita.

—¿Qué te parece si tomamos la escasa hora y media que nos queda para pensar en lo que haremos? —Y antes de que ella hablara, agregó—: Pero evitemos usar las mismas palabras de siempre, por favor. Ya sé que soy un adulto y que crees saber cómo voy a reaccionar.

Anna pareció dudar.

—Está bien.

La casa de Peete le dio la bienvenida sumergida en las sombras del atardecer. Por la ventana observó la silueta de Zowie. La pobre debía de estar preocupadísima por ella. Había estado ausente varios días y no la había llamado.

—Anna.

Ella se giró para mirarlo. Apenas podía sostenerle la mirada. La calle estaba demasiado oscura, iluminada con una tenue luz al final.

—Sobre lo que hablamos... —comenzó a decir, pero la voz se le quebró.

Habían estado una hora hablando, contándose cosas el uno del otro. Solo hablaron. Evitaron cualquier contacto sexual, no así el físico, y fue un momento que Charles realmente disfrutó.

Anna era inteligente, ocurrente, siempre sabía qué decir. Hablar con ella era interesante. Ella era interesante.

—Lo he pasado muy bien —le dijo—. No me refiero al sexo, aunque el sexo ha sido magnífico. Estos días...

Anna aguardó pacientemente mientras él pensaba qué decir.

—Podría volver a vivirlos sin problemas.

Ella le sonrió.

—¿Eso incluye un secuestro?

Imitó su gesto.

—Lo que pidas lo tendrás.

«Te quiero a ti», pensó ella.

Se reprendió en silencio.

Charles estiró el brazo sin vacilación y le tomó la mano.

—¿Te veré mañana? —le preguntó dulcemente.

Anna deseó poder tener la suficiente luz para verle los ojos.

—No lo sé.

Él hizo una mueca.

—Prometo no ser tan difícil.

—Lo voy a pensar.

Ninguno de los dos se movió durante un largo instante.

—Quiero verte mañana —dijo Charles en un susurro.

A Anna el corazón le dio un salto. Quería verla, quería...

—Me has despedido... —le recordó.

—No he firmado tu despido.

Ella soltó un suspiro.

—No lo sé.

Charles le apretó la mano.

—Te esperaré en la puerta de entrada si es necesario, Anna. Así de loco me tienes.

Por primera vez agradeció la oscuridad, así no podría ver el rubor en sus mejillas.

—Descansa, Charles —le dijo, soltándole la mano—. Tal vez te vea mañana por la mañana.

Él permaneció en silencio mientras la veía abandonar el auto.

Tal vez. No era un sí, pero tampoco era un no. Era un tal vez, y era mucho peor que un no.

Esperar hasta el día siguiente por una respuesta le parecía demasiado tiempo.

Frustrado, aguardó a que ella terminara de despedirse con la mano antes de entrar en la casa de Peete. Presionó el volante con ambas manos, aguardó unos segundos para calmarse y partió.

«Maldita sea», gruñó viendo por el espejo retrovisor cómo la propiedad se alejaba de su vista. ¿Por qué sentía como si hubiese dejado algo de suma importancia allí, lejos de él, donde no podía tocarlo? Sin contar ese peso de frustración por no tener una respuesta concreta. Anna sí que sabía cómo volverlo loco.

Agitó la cabeza mientras giraba hacia la izquierda. Tenía que descubrir por qué esa mujer era como una droga para él, y debía hacerlo pronto o perdería la cabeza.

Una vez que atravesó la puerta de entrada, se encontró a Zowie con las manos en la cintura y una expresión de preocupación y enfado, así que supo al instante que estaba dispuesta a discutir.

—¿Dónde estabas? ¿Cómo se te ocurre pasar todo el fin de semana sin dar señales de vida? ¡Me has tenido muy preocupada!

Anna se peinó el cabello hacia un lado.

—Tengo muchas cosas que contarte.

—Tuve que ir al palacio a preguntar por ti y es cuando supe que el príncipe también andaba perdido. ¡Estuve a punto de llamar a tu familia para contarles que no sabía nada de ti!

Anna se quedó paralizada.

—Por favor, dime que no los llamaste.

—¡He dicho que *estuve a punto!* ¡Préstame atención!

—Tranquilízate. Estoy bien.

Arrastró su pesada existencia hasta la habitación y, por el reguero de pasos, supuso que iba detrás de ella.

—¿Dónde has estado?

Anna se deshizo de los tacones antes de desplomarse en la cama, pero al notar la insistente mirada de Zowie, volvió a ponerse de pie, y mientras buscaba ropa limpia para ducharse, le contó lo sucedido.

Le incomodó no encontrar un gesto de sorpresa en su rostro, como si de alguna manera ella esperara que todo aquello fuera a pasar.

—Se siente extraño que estemos hablando de tu vida amorosa. —Zowie se sentó en la cama y subió las piernas—. Después de ya sabes quién, has estado un montón de años negándote a estar con un hombre, y justo decides romper tu voto de castidad con el príncipe Charles, al que hasta hace poco odiabas.

—No sé qué me ha pasado. —Se apoyó contra la pared—. Tanto que he

juzgado a las mujeres que se han rendido a sus encantos, y voy yo y paso con él un fin de semana.

—Bueno, también tienes derecho a..., no sé, ¿divertirte?

—Pero yo no quiero divertirme. —Tras su turbulenta confesión sintió deseos de echarse a llorar. Respiró profundamente para reponerse—. Siempre me dije que, si volvía a enamorarme, lo haría de un buen hombre. Charles es un mujeriego. Se olvidará de lo que ha pasado entre nosotros en pocos días, cuando se tope con otra mujer que le parezca bonita. No me merezco algo así. No puedo aceptar a un hombre como él.

—¿Qué harás entonces? ¿Conservarás tu trabajo como su asistente?

Charles miró de nuevo su reloj de muñeca. Ocho y quince de la mañana. Anna solía ser puntual. Nunca llegaría tarde... La única razón que se le ocurría para explicar que no se hubiera presentado era que hubiera decidido no ir a trabajar.

No lo haría. Negó con la cabeza en silencio, deshaciéndose de la idea. Iba a venir. No podía desaparecer después de los días que habían pasado juntos.

¿O sí podía? ¿Por eso dijo «tal vez»? ¿Porque no pensaba volver?

Nervioso, volvió a subirse la manga de la camisa para mirar la hora.

—Si no dejas de mirar la hora, me veré obligado a arrancarte el reloj de la muñeca —le espetó su padre.

Charles estaba mirando ese dichoso reloj cada treinta segundos.

—Lo lamento —se disculpó.

Enfocó la vista en la pequeña réplica del Big Ben que descansaba sobre el escritorio. Ocho y dieciséis, y la pequeña Mawson no había aparecido aún.

Edward notó la mirada de su hijo fija en el reloj. Puso los ojos en blanco y lo apartó.

—¿Tienes algún compromiso? —le preguntó.

Charles no respondió a esa pregunta. Su padre sabía por qué miraba el reloj con tanta insistencia.

—Es probable que la señorita Mawson no se presente a trabajar.

Él desechó sus palabras al instante.

—Seguramente llegue tarde.

—O simplemente no va a aceptar el empleo —prosiguió su padre—. Deberías pensar en eso.

Charles suspiró.

—¿Crees que no ha venido por...? —Su voz se apagó.

—Sí. Es una de las razones por las que el empleador y la empleada no deben tener relaciones íntimas. Para evitar situaciones como esta.

—Pero ella... ella quería que aceptara la regencia.

—¿Alguna vez dijo que aceptaría seguir ocupando su puesto dada la actual situación entre ambos?

Mentalmente, Charles dejó escapar una maldición.

—No.

—Creo que es mejor que consideres que Anna Mawson no aceptará el trabajo por motivos personales. Me parece que le resultaría un poco incómodo.

—Básicamente, estás diciendo que lo he estropeado todo.

—No sé si lo has estropeado. No sé lo que hiciste. ¿Lo sabes tú?

Él asintió con la cabeza.

—Además del sexo —especificó el rey.

Volvió a asentir.

—Quieres que admita que cometí un error —dijo, sosteniéndole la mirada—. Pero no lo haré. No me parece que haya sido un error.

—Si no lo fue, entonces ¿qué?

—No lo sé —respondió. Era cierto. No lo sabía—. Es algo en lo que he estado pensando.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—No.

Su padre sonrió.

—Creo que la respuesta a esas dudas es muy obvia. Tal vez es más visible para mí porque soy más viejo.

—Entonces ilumíname.

—Charles —la sonrisa cariñosa del rey se volvió más amplia—, la misión de los padres es hacerles la vida más fácil a nuestros hijos hasta cierto límite. Sin

embargo, hay cosas que debemos dejar que ellos mismos descubran. Las cosas del corazón representan el misterio más grande y el reto más difícil. ¿Sabes por qué? —Señaló su cabeza—. La mente siempre quiere tener la razón y el control de todo. La guerra entre la razón y el corazón es la más antigua de todos los tiempos. Por eso cuesta tanto tomar una decisión. Nunca te has sentido tan cercano a la confusión.

¿«Confusión»? La palabra parecía demasiado pequeña para explicar cómo se sentía.

—Sería una lástima que la señorita Mawson no se presentara a trabajar —dijo el rey—. Creo que era una excelente aliada.

Charles cerró ambas manos en puños.

—Se presentará a trabajar —espetó, poniéndose de pie y marchándose del estudio.

Tres golpes más tarde, la puerta se abrió y detrás encontró el par de lagunas verdes enmarcadas por un bello rostro.

Por la forma en que sus ojos se abrieron, supuso que no esperaba su visita. Llevaba un conjunto de ropa deportiva y el cabello rubio recogido en un apretado moño.

—Hola —le dijo él.

La vio tragar en seco y después fingió una sonrisa.

—Hola. ¿Cómo estás?

—¿Por qué no fuiste a trabajar? —La pregunta tan directa le provocó un escalofrío.

—Lo estuve pensando, y he llegado a la conclusión que lo más correcto es que renuncie a mi puesto.

—¿Por qué?

—Tú sabes por qué.

—¿Porque nos acostamos?

La vio apartar la mirada, como avergonzada, y fue cuando lo comprendió.

—Te arrepientes de lo que pasó.

Le supo a pregunta, pero era evidente que se trataba de una afirmación.

—No, pero eso no significa que estuviera bien lo que hicimos.

—Mírame cuando lo dices —le pidió él.

Anna suspiró, y después levantó la mirada.

—No me arrepiento, pero tampoco quiero que se repita. Déjame proteger la poca dignidad que me queda.

—¿Acaso hice que la perdieras?

—Para ti son normales los encuentros casuales, para mí no. No estoy cómoda con la situación en la que estamos y no lo estaré viéndote todos los días. —Entró en la casa y segundos más tarde volvió con un sobre blanco. Se lo dio—. Es mi renuncia. Iba a llevarla personalmente más tarde, pero ya que estás aquí...

Charles clavó la mirada en el infernal papel. Después la miró.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Le vio la duda en sus lagunas verdes, pero al instante asintió.

—Sí. Es lo que quiero.

Sin más, alargó la mano y aceptó el sobre al tiempo que asentía.

—Si es así, respeto tu decisión.

—Respecto al apartamento...

—Puedes quedártelo, por supuesto. Una cosa no cambia la otra. Ya es tuyo.

—Gracias.

Él le sostuvo la mirada, y algo dentro de ella se alborotó, como si un grupo de *ninjas* hubiese comenzado una pelea. Tenía una mirada oscura, el semblante inexpresivo y los labios convertidos en una línea.

—Adiós, Anna.

Ignoró la punzada en su pecho y forzó una sonrisa de despedida.

—Adiós, Charles.

Durante un minuto sus miradas se encadenaron en silencio. Luego Anna observó con el corazón en un puño cómo él se alejaba de la casa. Le echó una mirada rápida a través del cristal y, sin más, encendió el auto y se fue.

Expulsó en un suspiro doloroso la sensación de abandono que sintió tras su despedida. Se lamió los labios y cerró con movimientos lentos la puerta. Exhausta, descansó la cabeza contra ella.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Zowie.

Se apartó de la puerta con un suspiro.

—No insistió —respondió—. Parece que al final yo tenía razón. No fue algo tan importante.

Se soltó el moño y se sacudió el pelo.

—Voy a ducharme —anunció mientras pasaba junto a Zowie—. Luego llamaré a Clayton para ver si puedo reincorporarme a mi trabajo. Esta fantasía se acabó.

Abrió la puerta del apartamento con el teléfono pegado a la oreja.

—Ya te dije que aún no lo abro. —Sosteniendo la puerta con la mano libre, dio empujones a una caja que había en el suelo con el pie izquierdo—. Por cierto, no necesitaba que me enviaran tantas cosas, pero gracias.

—¡Tonterías! —musitó su hermana—. Es tu primer piso. Sabemos cuánto te ha costado conseguirlo. Pero, bueno, ¡abre mi paquete!

—Mira, Alice, ¡te he dicho que te esperes!

—No pesa tanto como para que tardes un siglo en meterlo en el apartamento.

Anna se apartó del teléfono y le hizo un par de muecas, agradecida de no tener a su hermana enfrente. Cerró la puerta de un portazo, dejó el teléfono sobre la mesa con el altavoz activado, tomó la caja con ambas manos y la subió a la superficie de madera.

—Sé que Abraham te ha enviado algo. ¿Qué ha sido? No quiso decirme. ¿Es algo perverso?

—Me envió preservativos. —Abrió uno de los cajones y tomó un cuchillo—. Creo que se le olvidó que no llevo lo mismo que él entre las piernas.

—Parece que no quiere sobrinos.

—De mi parte no tiene por qué preocuparse.

—Abre mi paquete.

Clavó la mirada en el teléfono, ahora sí deseaba tenerla enfrente para estrangularla.

—Si tanta prisa tienes, la próxima vez ven tú misma con el maldito paquete

abierto.

Rasgó la cinta adhesiva con el cuchillo y por fin pudo ver el contenido. Anna soltó una maldición.

—¿Lencería y tacones?

—¡Sorpresa! —gritó Alice—. Para que te lo pongas cuando abandones tu soltería. Ya lo tienes todo. Empleo estable, piso propio... Tienes los cimientos para construirte una buena vida. Ya ha llegado la hora de que la pequeña Mawson le proporcione algo de alegría a ese cuerpo.

—Tengo por hermanos a un par de enfermos. —Lanzó el cuchillo al fregadero—. Uno me regala preservativos y la otra, lencería.

—No rechaces las posibilidades sin pensártelo bien antes. Llevas cinco años sola. Hemos respetado el tiempo que has necesitado para recuperarte y estamos contentos de que hayas cumplido tus metas. Ahora tienes que centrarte en ser feliz. Sé que siempre quisiste una familia, es lo que muchos quieren. Deberías abrirte a la posibilidad de conocer a alguien, a tener una cita, a enamorarte...

Anna tomó el teléfono y se lo llevó a la cama, donde se desplomó. Con las prisas de la mañana, no le dio tiempo a hacerla y la sábana estaba rozando el suelo, así que la tomó y se envolvió con ella.

—No quiero tener citas.

—¿Acaso estás viéndote con alguien?

Con la mirada fija en el techo, Anna frunció el ceño. Habría querido contarle a su hermana lo vivido con Charles. Hablarlo con alguien le sentaría bien, pero ni siquiera se animaba a hacerlo con Zowie. Centró toda su energía en demostrar que lo ocurrido ya no le afectaba tanto como en los primeros días. Mentía para no evidenciar esa sensación insoportable que le quedó tras su despedida.

Lo echaba de menos.

Pensó que se trataba del sexo. Le bastaron un par de días lejos de todo para renovar viejos deseos que creyó suprimidos. Comprendía ahora por qué Charles no dejaba de tener amantes. Tenía pericia en la cama y una forma dolorosa de hacer sentir a una mujer como una diosa. Después del encuentro y la inminente separación volvió a convertirse en un manojito de añoranzas.

Echaba de menos la complicidad de un amante, la compañía en momentos

difíciles, lo que reconfortaba saberse escuchada y comprendida... Aquel fin de semana con él la hizo imaginarse cosas que enterraban agujonazos dentro de ella. La posibilidad de que ambos pudieran...

Agitó la cabeza, tratando de apartar de su mente esa tontería.

Alice la llamó por su nombre tres veces.

—Parece que estás tratando de invocarme —le dijo Anna, deseando que el cambio de tema le hiciera olvidar sus tristes pensamientos.

—Funcionó, porque me respondiste. Entonces ¿qué? ¿Tienes con quién usar los preservativos y mi fabuloso regalo? ¿Por eso no quieres tener citas?

—No estoy interesada en las citas.

—Está bien, siguiente pregunta: ¿te gustan las mujeres? No tengo problemas con eso, de verdad.

—Me gustan los hombres.

—¿Segura? Podrías estar en negación.

Le vino a la mente aquel fin de semana y la vibrante excitación que sintió cuando él la tocaba y le proporcionaba placer. El recuerdo se atoró en su vientre. Dos días no fueron suficientes para apagar el fuego de cinco años de abstinencia.

—Estoy bastante segura de que me gustan los hombres —aseveró con la mirada fija en el techo. Movi6 el cuello sobre la almohada para acomodarse—. ¿Podrías hablar de otra cosa?

—De acuerdo. Cuéntame cómo te fue tu trabajo con el príncipe. Casi no me has dicho nada.

Anna se golpeó la frente un par de veces con el puño.

—¿Podrías hablar de algo que no tenga relación con él?

—Pero si apenas te... —Dejó escapar un grito—. No me digas que tú y el príncipe...

—¡No! —le dijo de inmediato—. ¡Por supuesto que no!

—Eso explicaría por qué dejaste el trabajo como su asistente, con las condiciones tan buenas que tenías, y volviste al taxi... Si me dices que te acostaste con él, ¡te mato!

—Ya te he dicho que no. ¿Acaso no me crees?

—Con la labia que tiene, no me sorprendería que...

—¿Así que te parezco una mujer fácil?

No quería que nadie más supiera que se había acostado con el príncipe, en especial su familia. Si se hubiese tratado de cualquier otro hombre, no le habría importado. Era una mujer soltera que tenía derecho a hacer con su cuerpo lo que le diera la gana y con quien le diera la gana. Pero las reglas del juego cambiaban cuando el otro jugador era un príncipe. Lo último que deseaba era ser señalada como una más de sus amantes y que llegara a oídos de su familia. Implicaría otro golpe para ellos. Primero, había pasado un año en prisión, después todo el mundo supo que se había discutido en plena calle con el príncipe. Luego pasó de ser taxista a convertirse en chófer de Charles y posteriormente en su asistente. Y al final terminó siendo su amante. Era la hija perfecta.

—¿Sigues ahí?

La voz de Alice sacudió sus pensamientos.

—Si tienes algo que decirme, hazlo ahora. Ya casi termina mi hora del almuerzo.

—Anna, lamento haberte hecho enfadar. —Anna no pudo ignorar cómo había suavizado su voz—. Claro que no te veo como una mujer fácil. Sabes que a veces soy así, un poco bocazas, pero es que quiero verte feliz. Has tenido que renunciar a muchas cosas para llegar al punto en el que estás.

—No tengo ganas de forzar las cosas. Lo que tenga que ser, será.

—Como tú digas, hermanita.

Alargó la conversación unos pocos minutos más y después colgó para volver al trabajo.

Richard dejó el vaso de agua en una esquina de la mesa, lejos del cuaderno de dibujo que su amigo miraba de vez en cuando.

—Necesitas salir más. —Tomó la silla y la arrastró para sentarse después—. Nunca te he visto tan tranquilo llevando tanto tiempo de abstinencia. Tres meses es mucho tiempo.

Quiso decirle que dos semanas, el tiempo que había transcurrido desde el fin de semana en la casa de campo. Pero prefirió reservárselo. Todavía le parecía

muy íntimo y no quería que nadie más lo supiera. Le bastaba con saberlo él.

—Lo que menos necesito ahora es sexo —le dijo. Ordenó los lápices y las hojas donde había probado algunas mezclas de colores, ya secas, y las dejó a un lado de la mesa. Tras haber hecho sitio para poder trabajar, tomó el cuaderno y lo abrió—. No he logrado pintar nada desde hace más de un mes.

—¿Qué hay del dibujo de la rubia sexy? —Richard alargó el cuello. La mirada de refilón lo hizo desistir—. Me dijiste que era lo único decente que habías conseguido hacer desde hacía tiempo.

Los ojos verdes sin pintar lo miraron desde el cuaderno. Ciertamente, era lo único decente que había podido dibujar, y aun así no era su mejor trabajo. Cada trazo estaba oscuro, muy marcado, porque no paraba de deslizar el lápiz por el boceto. No le apetecía hacer otra cosa. Su vena creativa parecía haberse quedado con ella el día que se despidieron. Desde entonces, abría el cuaderno cada noche y trazaba una y otra vez la forma de su rostro, la curva de sus labios y las ondas de su cabello —que de tanto presionar el lápiz se le había vuelto negro—. Incluso le había añadido el río de pecas en sus mejillas y hombros, y en el inicio del escote, porque no se atrevía a dibujarle el cuerpo, aunque lo tuviera grabado en la memoria.

Agitó la cabeza para concentrarse.

—No he pasado de un bosquejo.

Richard se rascó la cabeza, haciendo una mueca con la boca.

—Nunca te voy a entender. ¿Cómo te puede gustar más dibujar que practicar sexo?

Charles lo miró, y lo vio encogerse un poco en el asiento.

—Son dos cosas diferentes. El arte me deja una sensación que el sexo no puede proporcionarme. No todas las pasiones se basan en la lujuria de la carne. Explicártelo me tomaría más tiempo del que me gustaría invertir.

—Solo te he visto pintar paisajes. Bueno, excepto por... —Señaló con la barbilla el cuaderno abierto—. Ya sabes, ella. Es que no me sé el nombre y por los gestos que haces parece que te molesta que la llame rubia sexy.

—Anna.

Le pareció raro decir su nombre en voz alta por primera vez después de dos

semanas. Quería cortar por lo sano con las ataduras invisibles que le quedaban. Como era un nombre tan común en el país, lo escuchaba de vez en cuando. Había descubierto que en el palacio trabajaban dos mujeres que se llamaban Anna, y aun así pensaba en una sola cada vez que escuchaba ese nombre.

Quería darse tantas bofetadas como la energía le permitiera. Le servían un par de días para sacarse a una mujer de la cabeza. Con Anna, esas dos semanas parecían una tortura. La tenía cada vez más metida en la cabeza, y cuando estaba a solas, podía jurar que olía el aroma inconfundible de su piel o que invadía el espacio de su santuario con el escándalo de sus tacones.

Su santuario. Ya de eso no le quedaba mucho. Llevarla allí fue una equivocación. Le abrió la puerta al enemigo para que tomase posesión de sus tierras. El lugar donde antes podía alejarse de lo que lo atormentaba no paraba de hablarle de ella.

—Te ha dado fuerte...

Levantó la cabeza y miró a Richard, que estaba trazando la forma de la taza que sostenía con ambas manos con el índice. No supo en qué momento fue a la cocina por café, pero el vaso que había traído seguía sobre la mesa. Con los movimientos de un gato volvió a sentarse en la silla

—¿Qué? —le preguntó.

—Esa chica. No es difícil darse cuenta de que todos los cambios que has experimentado comenzaron cuando la conociste.

—¿Estás borracho tan temprano?

Lo vio levantar las cejas, y notó un leve levantamiento de las comisuras de los labios, una sonrisa que vacilaba entre el desagrado y la resignación.

—Eso es lo que sabes de mí. Que bebo, follo y malgasto mi dinero... Tú y yo somos amigos por eso, pero es poco lo que sabemos el uno del otro. —Con la mirada centrada en la taza, se enderezó—. Te voy a contar algo. Hace tiempo estuve en la misma situación que tú.

—¿Qué situación?

—La condena de una mujer que no te quiere. —Levantando la cabeza le miró. A Charles se le curvaron los labios.

—¿Piensas que me he enamorado? —Negó repetidas veces, cada vez con más

ahínco—. Si es así, tienes razón. Es poco lo que sabemos el uno del otro.

—Eres el tipo de persona que más detesto, ¿lo sabías? De esas que dicen que no se enamoran. Uno se enamora. Pero dejamos que el miedo, o el orgullo, o cualquier otra estupidez nos condene a una miserable existencia que creemos merecer. —Se levantó del asiento casi con brusquedad—. Me agota verte así, mirando un papel mientras te preguntas qué va tan mal que no te inspiras cuando yo, que no sé una mierda sobre arte, sé lo que va mal.

Richard colocó la silla en el mismo lugar donde la había tomado, bebiéndose lo poco que le quedaba de café en la taza.

—Tengo que volver al trabajo.

—No me dijiste para qué te pasaste a visitarme.

—Habrá una fiesta el viernes. Conocí a un par de rubias anoche. Hay una de ellas que estoy seguro que puede devolver tu espíritu a la vida, y a otras cosas muy esenciales.

Charles declinó la invitación con un movimiento de cabeza.

—Mañana viajo a Dinamarca y regreso el domingo.

—Necesito una copia de tu agenda, así sabré qué días podré invitarte a una fiesta.

—Temo que no cuento con mucho tiempo libre, y tendré menos si he de ser regente.

—El futuro regente necesitará distracciones de la tediosa vida de palacio.

—No tengo ánimos para andar por ahí buscando mujeres. De todas formas, mi agenda está muy cargada.

Richard lo miró fijamente, sin hablar y casi pensativo, hasta que alzó la taza y fingió una reverencia.

—Como usted ordene, alteza. Yo me retiro. Por cierto —golpeó la taza con las uñas—, sigues preparando el peor café de toda Inglaterra.

—Fuiste tú el que quiso servirse.

—Decisión que lamento. Tendré que ir por uno de camino al trabajo.

Con el sonido de la notificación que anunciaba su llegada al destino indicado, se

abrió la puerta del pasajero.

—Lamento haberla hecho esperar. —La puerta se cerró al acabar la frase—. La cola para pedir un café era enorme.

—No se preocupe —respondió Anna—. No estableció el destino, solo el lugar donde recogerlo.

—Se supone que voy al trabajo.

—¿Y la dirección es...?

—No importa. Llamé para informar de que iría más tarde. Lléveme a la Estación de Saint James. ¿Conoce la ruta?

Anna quería estamparle en la cara las rutas que como taxista se conocía de memoria, pero se limitó a poner el auto en movimiento. La última vez que actuó impulsivamente con un pasajero...

El nombre de Charles apareció parpadeante y señalado con flechas de luces neón en su cabeza. Puso los ojos en blanco, enfadada consigo misma.

—Por supuesto —asintió—. Es un viaje corto.

—Menos mal. Vengo de reunirme con un amigo. Está por decidir un rumbo importante para su vida y creo que me ha inspirado a hacer lo mismo.

Anna fingió una sonrisa condescendiente.

—Felicitaciones.

—No sé si yo debo felicitarlo. Verá, es que se trata de una mujer. Creo que se ha enamorado de ella y no sé si es lo mejor para él. No logro comprender qué tiene esa mujer de especial. ¿Qué opina usted?

—Pienso que no es algo en lo que deba usted meterse.

—¿Por qué?

—Porque una cuestión de dos es solo de dos.

—Eso lo tengo claro. —Se acomodó contra el respaldo, mirando de vez en cuando por la ventana—. De todos modos, él es un hombre obstinado que no deja que nadie se meta en sus asuntos, o al menos así fue hasta que conoció a esa mujer. Solo la vi en persona una vez, desde la ventana, y luego la he visto en foto. Tiene una que no para de mirar todo el tiempo. —Se llevó el vaso de cartón a la boca, dándole un lento trago a su café caliente. Suspiró. Le hacía falta otro poco de azúcar—. Supongo que ella debe de tener algo que es especial para él.

Siempre me pareció que estaba algo perdido en la vida, pero ahora que no está con esa mujer, creo que incluso se ha perdido a sí mismo.

—Suenas a un hombre enamorado.

—También me lo parece, aunque no sé qué hará al respecto. Mi amigo no es un santo, es más bien un mujeriego. Supongo que por eso le ha costado entender que se ha enamorado. No sabe lo que es o cómo se siente.

Prestar atención a la calle y a la conversación no evitó que pensara en Charles, tal vez porque aquella historia le recordaba a la de ellos, con la marcada diferencia de que Charles no la quería.

—Usted que es mujer, ¿qué piensa que debe hacer?

—No tiene nada que ver con ser hombre o mujer. Cuando se quiere a alguien, no buscas a nadie más. Solo a esa persona. Si miras a otra persona teniendo pareja, eso no es amor, es mera atracción sexual, pero el sexo no es lo único que debe tenerse en cuenta en una relación.

—No creo que haya estado nunca en una relación. Digamos que él y yo somos compañeros de conquista. Salimos a beber, conocemos a alguna mujer y en algún punto de la noche nos separamos, cada uno con su ligue. Esa es la base de nuestra amistad. No nos unen lazos de afecto. Sé que, si tuviera que estar ingresado en un hospital, él no se acercaría a verme. Se limitaría a mandarme unas flores con un mensaje de «Mejorate pronto», lo que estaría muy mal porque soy alérgico al polen. Siempre pensé que había optado por llevar una vida de desenfreno para escapar de algo. Es uno de esos imbéciles que dice que nunca se enamora o así era hasta hace poco.

Hubo un silencio de segundos en los que solo podía escucharse el ruido del motor en marcha.

—Usted me recuerda un poco a mi amigo —dijo el pasajero—. Mi amigo escucha, pero no habla mucho, como si no le importara lo que le estuvieras contando.

—No soy quién para meterme en la vida de mis pasajeros, por eso prefiero callar. Aunque soy una excelente conversadora.

—Le debo parecer un cotilla, ¿no es así? Cuestionando el proceder de un amigo. No sé, supongo que me ha caído simpática... Hace un tiempo conocí a la

mujer más guapa que había visto en mi vida y me enamoré como un estúpido, pero cuando ella quiso que le contara a su hermano, de quien yo era amigo, que estábamos juntos, yo no me atreví... Bueno, mandarme al infierno fue lo más suave que hizo. Y ahí me quedé, en ese infierno adonde me envió. Usted me recuerda a esa mujer... Por eso, cuando veo a mi amigo mirando esa foto, y rompiéndose la cabeza porque no sabe lo que le pasa, me veo reflejado en él. Creo que acabaré más jodido de lo que está. Enamorarse es una mierda.

—No lo es. —La convicción en su voz le desató un escalofrío—. Que no te correspondan sí es una mierda. Tal vez esa mujer lo mandó al infierno porque sabía que era un mujeriego. Las mujeres tomamos en cuenta todos los detalles. No nos crean tan complicadas, es que ustedes a veces son muy básicos y tener fama de *playboy* no deja bien parado a nadie.

—¿Lo dice por experiencia?

—Conozco a un par así.

—¿Se arriesgaría con uno de ellos?

Anna se aferró al volante con ambas manos.

—Sería un riesgo muy grande y ya no estoy dispuesta a perder.

—Supongamos que, un día, un hombre así vuelve a su vida y le propone, no sé..., una relación seria, ¿qué haría?

—No lo sé.

—Usted también parece un poco perdida en la vida.

Anna rio entre dientes, sin humor.

—Lo bueno de perderse es que te da la oportunidad de encontrarte.

—Eso es cierto.

Cuando llegaron a la estación del tren, el pasajero abrió la puerta del taxi apenas ella aparcó e, inclinando la cabeza hacia el interior, dijo:

—Le agradezco la buena conversación. Me ha dejado bastante en qué pensar.

—Le tendió la mano—. Soy Richard.

Ella le aceptó el saludo.

—Anna. Un placer.

Con un asentimiento de cabeza, cerró la puerta y observó el vehículo alejarse. Frente a él, pasaron a toda velocidad cuerpos sin rostros, que corrían a sus

trabajos. Tenía en la mano todavía el café que compró y del que había bebido poco. Con un trago descubrió que seguía caliente, así que fue tomándoselo mientras pensaba.

No había logrado encontrar nada especial en esa mujer, pero ciertamente era preciosa. Le pareció inteligente y con una buena dosis de sabiduría que dejan las malas experiencias. Tenía una forma especial de calar con sus palabras, como si se tratase de una conciencia, y Richard no era mucho de escuchar la suya. Supuso que por ahí venía la cosa. La mujer se le había metido en la conciencia a Charles y fue abarcando terreno poco a poco.

Metió la mano en el bolsillo, tomó el teléfono y buscó el chat de Charles. Caminó por la acera, respiró profundamente y presionó grabar una nota de voz.

—Hoy he conocido a tu chica. Pregunté por ella en su empresa de taxis y me la enviaron. Perdón, sé que suena como si hubiese pedido una pizza. No sé por qué lo he hecho; supongo que por curiosidad. —Al fondo, se escuchó el claxon de un conductor furioso—. Quería entender qué tenía esa mujer que la hacía tan especial para poner tu mundo patas arriba. Aún no lo entiendo, pero al mismo tiempo creo que lo entiendo un poco. Tiene una forma de decir las cosas como si sus palabras tuviesen algún tipo de adhesivo que hace que se te queden en la cabeza.

Dio un par de golpes con los dedos al vaso del café, reflexionando... Sabía que debía mantenerse al margen, pero aun así continuó hablando.

—La verdad es que no sé por qué lo he hecho, pero, bueno... Te quería dar un consejo. Deja el dibujo y busca a Anna. Cuando se quiere algo, se debe ir a por ello. Qué mierda de vida se vive teniéndole miedo a todo. Uno deja de hacer cosas por las dudas y las cosas que no se hacen duelen después, cuando las añoras y ya no puedes tenerlas.

Suspiró y se lamió los labios. Miró hacia la estación de tren.

—No estoy borracho y no sé si me puedes escuchar porque aquí hay mucho ruido de gente. Espero que sí, los discursos motivacionales se me ocurren una vez cada tres días sobrio.

»Lo dije en serio, yo también he estado enamorado. Amé mucho a una mujer, pero me largué a Londres esperando olvidarla.

La opresión en el pecho le hizo mover la cabeza en una rotunda negativa, avergonzado de sus propias decisiones.

—Temía contarle al hermano de ella nuestra relación porque no quería que eso perjudicara nuestra amistad, y al final me fui para no mortificarla. No sé si se me va a joder la vida con esto, pero me voy. Con suerte, habrá dejado de odiarme un poquito. Si no es así, tendré lo que me merezco, pero tengo ganas de luchar por algo que de verdad quiero. No esperes años como hice yo. La gente se cansa de esperar y los sentimientos se gastan. Siento que voy directo al fracaso, y que su negativa será como encajar una bala, pero ya no me importa. —Volvió a suspirar al tiempo que asentía—. El desenfreno y la fiesta no son para ti, y puede que esa mujer que sí es para ti esté esperando a que te decidas a luchar por ella... No sé, piénsalo.

Envió la nota de voz y luego se guardó el teléfono en el bolsillo. Siguió bebiendo su café al tiempo que se internaba en la estación.

Anna aparcó frente al café irlandés, con ambas manos aferradas al volante como si de él dependiera su cordura. Apenas supo su nuevo destino, intentó cambiarlo por cualquier otro, pero la mala suerte parecía perseguirla. Era la única taxista en el área.

Saboreó su desgracia recostándose en el asiento.

No había tenido una jornada fácil; habían sido muchas las cosas que le habían hecho recordar a Charles. Dios, parecía que la vida quería torturarla. Primero la conversación con su hermana, después el pasajero que le contó la historia de su amigo, y ahora tenía que recoger a alguien en el café irlandés al que ella había llevado a Charles en su primer día de trabajo como su chófer. Incluso le era imposible no pensar en él cuando escuchaba o leía el nombre de la calle donde vivía. Charlwood. Pero qué mala broma del destino.

Se deshizo el moño para volver a hacérselo más ajustado. Estiró la mano hacia el teléfono y envió el mensaje de notificación de su llegada, como una sutil petición de que se diera prisa. Estaba descansando con los brazos sobre sus muslos, cuando advirtió que una sombra se detenía junto a la puerta. Dos más se

posicionaron en la parte de delante y dos más en la de atrás. Presionó el claxon para apartarlos.

Nada.

Dejando escapar un resoplido, bajó la ventana.

—¿Puedo ayudarles en algo o me los llevo por delante con el taxi para que me dejen tranquila?

Vio que uno de los hombres giraba la cabeza hacia ella. Un escalofrío la recorrió; era uno de los guardias de Charles.

—El príncipe de Gales la espera dentro.

Un puño de fuego le golpeó en el estómago. Acababan de quedar confirmadas sus sospechas. Cambió el rumbo de su mirada hacia el café, buscándolo, pero no pudo verlo por el gentío que había en el interior.

Se volvió hacia el guardia.

—¿Qué es lo que quiere?

—Quiere que meriende con él.

—¿Para qué?

—Lo desconozco.

La embriagó un nerviosismo cruel que despertó un asfixiante cosquilleo en su pecho. Maldita sea, ¿por qué la emocionaba tanto la idea de verlo? Quería darse de golpes hasta que la sensación se esfumara. No podía dejarse entontecer por algo así, no debía.

Se vio a sí misma abriendo la puerta, como si estuviese observando la escena de una película romántica de esas que la hacían desesperarse, donde sabía que la protagonista iba directa a un vergonzoso momento.

Iba por buen camino, porque lo primero que hizo al salir fue golpear por accidente el guardia.

—Lo siento —le dijo.

El hombre asintió y después se apartó. Anna cerró la puerta del taxi de un golpe. Mientras avanzaba hacia el café, se frotó el estómago. Bajó un poco su camisa y se aseguró de abotonársela mejor para esconder cualquier rastro de piel, y eso que él la había visto desnuda, y la había recorrido con su boca, acariciado con sus manos...

Sacudió la cabeza al tiempo que abría la puerta. No tuvo que buscarlo, lo reconoció de lejos. Al fondo, en la mesa donde se habían reunido una vez, Charles bebió de la taza que tenía en la mano mientras revisaba los papeles esparcidos encima de la mesa.

Le rugió una sensación asfixiante en el vientre por lo jodidamente atractivo que le parecía. Incluso a la distancia que estaban podía sentir como su poderoso magnetismo masculino la atraía hacia él.

Respiró profundamente y se acercó a la mesa.

Creyó que se derrumbaría cuando sus ojos azules se centraron en ella, mirándola fijamente a los suyos. Se hizo un silencio punzante entre ellos que vino acompañado de un calor violento que recorrió todo su cuerpo. No estaba preparada para volver a verlo.

—Hola —lo escuchó decirle—. Toma asiento, por favor.

—¿Has pedido a mi empresa que fuera yo quien viniera?

—Lo hice. —Dejó la taza sobre la mesa y señaló la silla frente a él—. Acompañame. Me gustaría que habláramos.

—¿Sobre qué?

Sin saber por qué, Anna se pasó la punta de la lengua por los labios al verlo sonreír.

—¿No quieres sentarte porque estás cansada de estar sentada o porque no quieres estar conmigo?

—Es que no entiendo de qué quieres hablar.

—Si te sientas, te lo explicaré.

Resoplando, movió la silla y se acomodó en ella.

—Ya está. Ahora, dime. ¿De qué quieres hablar?

—¿Quieres beber o comer algo?

La mirada de exasperación que le lanzó lo hizo reír.

—Me parece que no todo quedó resuelto entre nosotros —acotó. La calma en su propia voz lo reconfortó.

—A mí me parece que sí. Ambos estuvimos de acuerdo en que separarnos era lo mejor.

—Lo pediste tú, yo no.

—Dijiste que respetarías mi decisión.

—Lo hice.

—Entonces ¿por qué estamos aquí?

—Porque quiero que cambies de opinión.

—¿Respecto a qué?

—A nosotros.

Ella puso mala cara.

—¿Qué vas a pedirme? ¿Que seamos amantes?

—No.

—¿Entonces?

Le sostuvo la mirada con tanta intensidad que Anna sintió que estaba a punto de derretirse por dentro.

—No te conozco tanto como me gustaría —Charles apartó la taza y comenzó a ordenar los documentos—, pero sé un par de cosas. Sé que te resulta difícil confiar en los demás y que vas predispuesta a pensar lo peor. También sé que tengo un pasado que me deja mal parado, uno que haría dudar a cualquiera. Aunque no lo digas en voz alta, sé que te asusta involucrarte con un hombre porque temes que te vuelvan a fallar. No te he visto en dos semanas, pero sí que he pensado en ti hasta agotar mis energías. Me niego a pensar que después del fin de semana que pasamos juntos todo te dé igual. Esos días nos cambiaron a ambos.

Anna apartó la mirada cuando él se centró en la de ella, buscándola, queriéndola poseer. Charles inspiró con violencia.

—Mírame, tengo fe en que podemos tener una conversación razonable.

Lo miró fijamente después de un par de intentos, rendida o cansada, no lo sabía bien.

—Mi decisión sigue siendo la misma —recalcó, temblorosa.

—¿Por qué?

—Porque es lo que una persona con sentido común haría.

—Que le den al sentido común, que eso a ambos nos ha faltado desde un principio.

—¿Por qué no puedes aceptar que lo que pasó fue solo sexo? Somos adultos.

No hay que perder la cabeza por algo así. No soy la primera ni la última mujer con la que te lo pasas bien en la cama.

—¡No fue solo sexo! ¡Maldita sea!

El eco de su voz furiosa silenció los murmullos de la gente, y el lugar se quedó en un absoluto silencio. Podía sentir las miradas inquisidoras sobre ellos.

Anna se puso de pie.

—No sé qué tienes en mente, pero no puedo asumir el riesgo que me planteas.

—¿Qué te he planteado? Todo son suposiciones tuyas. A mí aún no me has dejado hablar.

—¿Qué quieres entonces?

Charles se puso de pie.

—A ti.

—No. —Acentuó su respuesta agarrando el borde de la mesa. Dios, tenerlo cerca le afectaba tanto...—. No soy de ese tipo de mujeres.

—No te estoy pidiendo que seas mi amante. Quiero que seamos algo más.

La azotó la calidez de una esperanza a la que acallaba cada vez que se despertaba.

—¿A qué te refieres?

—No puedo dejar que te marches sin decirte que tu recuerdo ha hecho que estas dos últimas semanas hayan sido un tormento para mí. Lo sé, tienes todos los motivos para dudar de mis palabras. No tengo una reputación respetable, y a eso habría que añadirle que eres la persona más terca y desconfiada que he conocido. Solía ser fiel creyente de que uno era más feliz sin establecer lazos permanentes, pero no sé en qué punto mis hilos se mezclaron con los tuyos. Y ese fin de semana contigo me hizo pedazos y al mismo tiempo me recompuso. No puedes decirme que lo nuestro fue solo sexo. Nunca eché de menos a una mujer como te he echado de menos a ti.

El corazón de Charles palpitaba con agonía, y a ella se le despertó el deseo de echarse a llorar. No parecía justo. De todos los hombres, ¿por qué él? Todo en él suponía un problema: desde su pasado hasta su futuro. Con lo que deseaba ella encontrar a un hombre que supiera quererla como tanto añoraba ser querida, y ahí tenía frente a ella al hombre que jamás imaginó que podría hacerle aquella

declaración: al príncipe de Gales, un hombre de cuestionable reputación con las mujeres, un irresponsable libertino que abrió un pedazo de su alma atormentada a ella, mostrándole la vida dura y superficial que había tenido y pidiéndole a gritos un poco de luz. ¿Quería él que eso fuera ella?

Anna se sintió mareada.

—No sé. —Movi6 la cabeza de lado a lado—. No puedes soltarme una cosa así y... y...

—Lo comprendo. Quisiera que extendiéremos la conversación lo suficiente para que tomemos una decisión definitiva, pero tengo un par de cosas que hacer antes del viaje de mañana. Me encantaría pedirte que vinieras conmigo, pero entiendo que necesitas espacio.

—Del tamaño de una galaxia, si es posible.

—No puedo darte tanto tiempo. Te buscaré a mi regreso de Dinamarca dentro de cuatro o cinco días. Dos semanas han hecho que te muestres distante y no quiero arriesgarme a perderte más allá de lo necesario.

—Si mi decisión siguiera siendo no, ¿la respetarías?

Se le formó una línea en los labios al tiempo que asentía.

—Pero tengo fe —le dijo al instante—. Creo en los milagros porque tú eres uno.

Anna contuvo el deseo de gritar.

—Te deseo un buen viaje.

A él se le curvaron los labios.

—Gracias. Te veré dentro de unos días.

Anna asintió, y después lo vio inclinar la cabeza en dirección a ella. La asaltó por sorpresa, dejándole un beso en la mejilla. Con su marcha hacia la salida, Anna dejó que las piernas le fallaran y se desplomó en el asiento. Descansó la mano donde instantes antes él había posado sus labios. Podía sentir la piel ardiendo, gritando lo mucho que lo añoraba. En aquel momento solemne, se sintió un poco perdida, pero también encontrada. Quiso abofetearse por sus contradicciones, pero es que verlo había desquiciado cada pequeña parte de ella. Lo maldijo por tener ese poder sobre ella y por ser capaz de despertar en ella deseos y sueños que intentaba ignorar. Tenía tan pocos días para procesar y

decidir tantas cosas importantes...

Se frotó la cabeza y abandonó todo pensamiento respecto a él. Tenía que volver al trabajo. Respiró profundamente y se puso de pie, para dirigirse al taxi y continuar con su jornada.

—¿La quieres aquí o más arriba?

Anna se giró hacia Peete, que estaba de pie encima del sofá colgando un tiesto de begonias rojas de un gancho de la pared.

—Así está bien. Gracias, cuñado.

Llevando la mano a la espalda, hizo lo que supuso era una reverencia. Era difícil si tomaba en cuenta que intentaba balancearse para no caer del asiento.

—Mira qué bonita está. —La voz de Zowie provino de la cocina—. Tu madre tiene buen gusto para la vajilla.

Anna se llevó las manos a la cadera.

—No sé a qué le llamas buen o mal gusto. Son solo platos. La comida cubre el diseño.

Su amiga se acercó a la sala, donde vio a Peete bajarse del sofá y desplomarse sobre él.

—¿Quién te envió las flores? —preguntó Zowie.

—Nadie, las compré yo. Hay una floristería cerca y pensé que se verían bonitas.

—Eso lo sé, hablo de las orquídeas que tienes en la cocina.

—Oh.

Sobre la mesa del comedor, en un rinconcito en la cocina con el limitado espacio para una mesa y sus sillas, había un jarrón rojo con cuatro orquídeas. Recibió una diaria en los pasados días y no tuvo que leer el nombre escrito en la tarjeta para saber quién se las había enviado.

—También me las compré —le dijo, concediéndole una sonrisa poco sincera—. Quiero poner bonito el piso.

—¿Y a ti desde cuándo te gustan las flores?

—Pues desde siempre, solo que nunca tuve un espacio propio para decorar.

—¿Y nuestro espacio?

Anna encajó las manos en el bolsillo trasero del pantalón, levantando la barbilla.

—¿A qué viene este interrogatorio sin sentido?

—¿Quién dijo que era un interrogatorio?

—Tu forma de hablarme.

Peete se puso de pie.

—Mejor iré a calentar la cena. La que sobreviva puede ir después a ayudarme a servir.

Zowie la abordó una vez que su novio se marchó.

—¿Qué pasa contigo? Estás rara.

—Nada. —Anna acomodó los cojines del sofá y después se sentó—. ¿Por qué?

—Te conozco y estás como nerviosa, o no sé. Tú odias limpiar, y de repente andas muy contenta decorando y ordenando. ¿Me vas a decir qué pasa o empiezo a lanzarte cosas?

Anna subió las piernas al sofá.

—Está bien, pero te prohíbo que se lo cuentes a nadie.

—De acuerdo. Cuéntame.

El nerviosismo hacía mella en ella, y se percató de ello por la manera en la que se rascaba el dorso de la mano izquierda con el pulgar de la derecha.

—Vi a Charles hace unos días —empezó a decir, sin más, y como si hubiera soltado de repente el peso del mundo de sus hombros, jadeó, aliviada.

—¿En persona? Si fue en la televisión, no cuenta.

—En persona.

—Ya va, ya va, ya va. —Se acomodó en el asiento junto a ella—. ¿Fue un encuentro a puerta cerrada, pero de piernas abiertas?

—Nos vimos en un café irlandés. Quería que habláramos.

—¿Sobre qué? ¡Cuéntamelo todo de una vez, por favor!

Anna le contó la conversación con todo detalle. Cuando terminó, Zowie la miraba como si le hubiese dicho que se reunió con Carlos Eduardo Estuardo para unirse a su revolución jacobita.

—Es increíble —musitó, sorprendida—. ¿Tú qué le dijiste?

—Pues ¿qué le iba a decir? Le pedí tiempo y solo me dio cuatro o cinco días.

—¿Qué harás si viene a buscarte?

La abrumó una pregunta que no había querido hacerse. Llevaba semanas hecha un lío, atormentada por pensamientos obsesivos sobre lo que quería que pasara. Se había sentido decepcionada y abandonada cuando él aceptó su decisión de separarse sin insistir, pero ahora que le pedía que siguieran juntos estaba aterrada. Su mundo no había parado de tambalearse desde el día que lo recogió en su taxi.

—Anna. —La voz de Zowie, suave como un susurro, la instó a mirarla—. ¿Estás enamorada de él?

Ella contuvo el aliento de forma involuntaria. «Amor» era una palabra muy grande que todavía le asustaba.

—No lo sé —admitió—. Estoy muy confundida. No sé cómo él puede decir que ese fin de semana le sentó bien. A mí me ha sacudido todos los miedos e inseguridades que tengo por dentro. Sí quiero volver a enamorarme, pero no me refería a enamorarme ya. Apenas he hecho las paces conmigo misma. Además, no sé si es un hombre que me convenga. Es un mujeriego. ¿Qué hago si después cambia de idea? Eso sin contar que él es un príncipe heredero y yo, una exconvicta. No creo que su padre me considerara como posible nuera cuando me pidió que ejerciera como asistente. —Sucumbiendo a la desesperación, se cubrió el rostro con ambas manos y se frotó las mejillas con insistencia—. Oh, Dios mío, ahí es cuando comenzó este lío. Debí negarme y seguir siendo su chófer.

—Mujer, respira y cálmate un poco.

Zowie la observó deshacerse el moño y agitarse el cabello.

—Pensé que ya no te afectaba. Te veías tranquila.

—Lo intentaba porque quería avanzar, pero ahora que lo he visto...

—Estabas dolida porque no insistió en que siguieran juntos, ¿qué piensas

hacer ahora que lo está haciendo?

—Te lo acabo de decir, no lo sé.

—Pero ¿qué sientes? ¿Te gustaría darte una oportunidad?

Su respiración trabajosa la atormentaba, presionándole el pecho. Se frotó las manos contra los muslos.

—¿Qué pasaría si después me deja? Zowie, yo no sé si podría soportarlo.

—¿Sientes algo por él?

Se le torció la boca por el grito de exasperación que contuvo en su interior.

—Me gusta —le confesó—. Me atrae muchísimo. Sexualmente, sí, por supuesto, pero también... Maldita sea, no sé. Me gustó mucho ese hombre que conocí, del que la prensa se niega a hablar. Creo que conocí una parte de su alma y es muy hermosa, pero ¿y si me estoy equivocando?

—Pensé lo mismo cuando comencé a salir con Peete. —Alargó las manos hasta descansarlas en las de su amiga, dándole un par de golpecitos antes de apartárselas—. Me pregunté muchas veces si debía darme o no la oportunidad con él, y ahí es cuando me di cuenta de que, si le seguía teniendo miedo al amor, le estaría cediendo mi paz a un hombre que me hizo daño. No es justo que el que sufra sea el que se condene a sí mismo a la desconfianza y al miedo. No sé si debes darle una oportunidad a Charles, pero si no es a él, entonces que sea a otro. Ábrete más a las posibilidades. Asusta al principio, y mucho, pero mientras más vivas sobreprotegiéndote a ti misma, más difícil se te hará avanzar.

Presionó ambas manos en sus mejillas.

—Necesito más días de los que me ha dado para pensarlo.

—Si vuelve, pídeselos.

Asintió al tiempo que vio a Peete acercárseles.

—Ya he calentado y servido la cena. —Movi6 la cabeza en direcci6n a la cocina—. Vengan a comer.

Los despidió pasadas las ocho de la noche después de haberles agradecido que la ayudaran a ordenar las pocas cosas que le quedaban.

—Yo lavaré los platos —les dijo—. Ustedes trajeron la comida, es lo justo.

—Fantástico, porque detesto lavar los platos. —Zowie le dio un beso en la mejilla—. Me avisas cuando tomes una decisión, ¿eh? Suerte.

Sintió que le volvía el peso de esa difícil decisión, pero le regaló su mejor sonrisa y los vio salir por la puerta. Con un resoplido, se encaminó a la cocina y comenzó a ordenar deprisa, deseosa de tomar una ducha e irse a la cama. La puso de mal humor recordar que debía madrugar para trabajar.

—Eres una adulta responsable, Anna, tranquila —se dijo a sí misma—. Son ocho horas diarias y ya está.

En el momento en que terminó de ordenar los platos, escuchó su teléfono sonar. Un puño de hielo giró en su estómago, acompañado por un escalofrío que aumentaba a medida que se acercaba más al aparato. Con la mano temblorosa, lo tomó. Un suspiro de alivio se le escapó al ver el nombre de su hermano en la pantalla.

—Abby, cariño, me alegro de oírte.

—Cómo odio que te pongas tan cariñosa. —Soltó un resoplido que la hizo reír—. Detesto que me llamen así y lo sabes.

—Lo sé, por eso lo hago.

—Estúpida.

Hubo un silencio de segundos, una protesta infantil que siempre hacía cuando alguien de la familia lo llamaba Abby.

—Habla ya, Abraham. Es tarde y quiero irme a dormir.

—Todavía es temprano.

—No para mí. Me levanto a las cinco.

—Qué más da... Te llamo para invitarte a mi exposición en septiembre. Ve ahorrando. Si no puedes pagarte el viaje, te lo pagaré yo.

—Oh, ¡eso es fantástico! Me alegro de que te esté yendo bien. Envíame los datos por mensaje. No tengo con qué anotar.

—¿Cómo vas con el apartamento? ¿Estás contenta?

—Lo estoy. Zowie y Peete me han ayudado a acabar de ordenar algunas cosas que me faltaban. ¿Cuándo vendrás a verlo?

—No lo sé, Annie. Tengo que ver cuándo tengo algo de tiempo. Mi agenda está a reventar con los preparativos de la exposición.

—Está bien, no hay prisa. No pienso mudarme en mucho mucho tiempo. Es el piso perfecto.

—Espero que te siga yendo tan bien. Si conoces a alguien, recuerda lo que te envié. Me tomé el tiempo de comprar de diferentes tallas.

—No haré ningún comentario al respecto —decretó.

—Alice dijo que te veías con alguien, ¿es verdad?

—¡No! —El golpeteo de la puerta llamó su atención—. A tu hermana se le soltó un tornillo.

—También es tu hermana, querida.

Con el nuevo coro de golpeteos, Anna decidió encaminarse hacia la puerta.

—Pero yo no ando regalándole a mis hermanos preservativos ni lencería, par de puercos. —Un grito nervioso se le escapó de la garganta al abrir—: ¡Santo Dios!

Los ojos diamante casi parecían perforarla cuando se centraron en los suyos, y a Anna le costó dolores y agonías tragar su propia saliva.

—¿Qué haces aquí tan tarde? —le preguntó ella.

Con la pose relajada, recostado en el marco de la puerta y con una botella de vino en la mano, a ella le pareció que aquella sonrisa estampada en su cara estaba cargada de burla.

—Te dije que vendría a verte después de mi viaje.

—Dijiste dentro de cinco días, ¡solo han pasado cuatro!

—Dije cuatro o cinco días —le recordó.

—¿Ese quién es? —Escuchó la voz de su hermano en el teléfono—. Acabas de mentirme, señorita. Sí te estás viendo con alguien.

—No es cierto —se apuró a decir.

—¿Y ese quién es? ¿Qué hace visitándote a las nueve de la noche? ¿Y de qué viaje está hablando? Tengo muchas preguntas.

—Es un vecino. —Soltó lo primero que le llegó a la mente—. Tuvo que viajar por un asunto familiar y me pidió que cuidara su... mmm... su vino.

—¿Su vino?

Anna se golpeó la frente con la mano abierta.

—Sí. Tiene unas cajas de vino muy caras en el piso y me pidió que les echara

un ojo de vez en cuando.

Charles se echó a reír.

—No te creo, pero tengo trabajo pendiente y no puedo interrogarte como me gustaría. Quiero que sepas que se lo voy a comentar a Alice.

—Qué pesados que son los dos.

—Bueno, atiende al tipo que está en tu puerta. Que te está esperando... Te llamaré pronto. Acuérdate de mi regalo. Te envié diferentes tallas para que...

Anna colgó, incapaz de seguir escuchándolo.

En el fondo, deseó seguir pegada al teléfono para evitar hablar con Charles, que, silencioso, esperaba en la puerta a que ella lo invitara a pasar. No pudo quitarle los ojos de encima. Una parte de ella pensó que no vendría a verla, que se arrepentiría de haberle ofrecido tener algo más serio que sexo casual.

La llenó de esperanza indeseada verlo frente a ella. Después de todo, sí había cumplido con su promesa de volver y no supo muy bien cómo reaccionar. Nunca se imaginó en una situación como esa, y teniéndolo delante no podía negar que, ciertamente, sentía algo por él, pero sus sentimientos no eran del todo claros. Se negaba a sentir algo por él más allá que una mera atracción sexual. Le fastidió darse cuenta de que, después de cinco años, aún le tenía miedo a cosas que de joven soñaba. Tuvo que admitir que, después de ese fin de semana, muchos de sus deseos de adolescente volvieron a aflojarse, pero temía que su mente y su corazón estuvieran intentando contarle que era con él con quien quería cumplir esos sueños.

—Pareces sorprendida de verme —dijo él—. Supongo que una parte de ti no esperaba que viniera a tu puerta tan pronto.

—Lo siento, sigo muy confundida. —Se aferró al borde de la puerta como si fuera su único soporte—. Me diste muy poco tiempo para pensar. Siento que estos días han pasado volando.

—Para mí, sin embargo, han transcurrido muy lentamente. —La dejó sin aliento la intensidad de su mirada que le aumentó el atractivo a niveles casi insoportables—. No veía la hora de volver.

Anna lo miró sin decir nada, porque no sabía muy bien cómo responder. Se sentía como en presencia de su primer amor: inexperta, torpe, nerviosa.

—¿Cómo te ha ido el viaje? —le preguntó.

—Nada mal. Fue una experiencia interesante. ¿Qué hay de ti?

—Normal, supongo. Trabajando. —Huyendo de la incomodidad, cambió de tema—: He recibido tus flores. —Señaló hacia la cocina, consciente de que desde la puerta no podía verlas—. Gracias, son muy bonitas.

—Fue un placer —le dijo, sonriendo—. No sabía muy bien qué flores enviarte, así que pregunté en la floristería y me recomendaron las orquídeas. Estuve buscando el significado de esa flor. No sé si lo conoces o si alguna vez has sentido curiosidad por él.

Se cansó de andarse con rodeos, así que se enderezó y la miró fijamente.

—Sé que es un poco tarde, pero no podía esperar a mañana. He traído una botella de vino como ofrenda de paz, aunque no sé muy bien si te gusta.

—No suelo beber, ya te dije que no me sienta bien el alcohol, pero gracias.

—No te preocupes, me aseguré de que no contenga mucho alcohol. Prefiero que ambos estemos lúcidos durante la conversación.

Anna suspiró, preparándose para lo que venía.

—Charles, la verdad es que no sé si lo que me estás proponiendo es una buena idea. Tienes que entender que para mí no es tan fácil tomar una decisión de este tipo. Eres el príncipe de Gales y yo soy una exconvicta. No será bueno para ti y yo no quiero causarle más problemas a mi familia. Además, no sé cómo dar saltos de fe.

—Lo sé, lo comprendo. —La intensidad de su mirada se suavizó, y una pequeña y dulce sonrisa se asomó en sus labios, apuñalándole el corazón—. Es por lo que estoy aquí. Siento que, si no soy yo el que da el primer paso, nosotros nunca vamos a avanzar.

—¿No crees que es un poco pronto para pensar en un «nosotros»?

—No lo sé, es a lo que he venido, para hablar de nuestras posibilidades. —Movié los hombros, víctima de la tensión—. Mira, yo no sé hacer estas cosas. No soy un hombre que vaya detrás de una mujer buscando algo serio, pero tampoco puedo negarme a ver lo que está justo frente a mis ojos. —Anna siguió la trayectoria de su lengua por sus labios, humedeciéndolos antes de continuar—: Anna, lo que pasó entre nosotros no fue una simple casualidad. Mientras más

lo pienso, más creo que estábamos destinados a conocernos. ¿No puedes al menos darte la oportunidad de hablarlo y no quedarte tan cerrada con la idea de que estamos cometiendo un error o de que vamos muy deprisa? Dame la oportunidad de demostrarte que hay algo más en mí que el hombre del que todo el mundo habla. Quiero que me conozcas, y yo quiero conocerte a ti.

A Anna el corazón le dio un vuelco, y no supo cómo logró controlar dentro de sus labios temblorosos un grito de alegría.

—Sé que eres un buen hombre —asintió para sí, convencida—. Tal vez el mayor problema no es tu pasado o lo que solías hacer, sino yo. No confío en nadie, ni siquiera en mí misma. Me fue muy mal en mi primera y única relación y tú eres un riesgo que no sé si estoy dispuesta a correr.

Anna sintió que le temblaban las piernas cuando la intensidad de su mirada la arropó con su manto seductor. Lo sentía recorriéndola, tocándola sin usar las manos.

Lo vio alargar la postura, y lo imaginó como un soldado preparándose para la guerra.

—Independientemente de si me aceptas o no, ya no me interesa ir de cama en cama si tú no estás en ellas. Así que tómame y seré tuyo o déjame y no seré de nadie.

La confesión atoró un llanto en la garganta de Anna. Nunca lo había visto así, y ella nunca se había sentido así, tan cálida, tan bien querida, pero también tan aterrada. Le asustaba la posibilidad de que en el momento en que empezara a quererlo, él decidiera abandonarla. Le asustaba lo que su pasado como convicta podía condicionar su futuro. Le asustaban tantas cosas que la hacían temblar. Recordó las palabras de Zowie y se dio cuenta de que tenía razón. Vivía una existencia solitaria y tortuosa, llena de dudas y miedos, de felicidades incompletas, que le impedían avanzar.

Teniéndolo frente a ella, con su mirada penetrante abierta y fija en ella, esperando, ya no podía ignorar el hecho de que tenía sentimientos por él. Lo supo por cómo le dolía la posibilidad de que se marchara. Amor tal vez no era, pero era algo mucho más allá que una mera atracción física. Le gustaba muchísimo la forma en la que usaba sus palabras para endulzarla, como un

hechizo, como un bálsamo, y la sensación de su presencia. Cuando lo tenía cerca, temblaba y se sacudía como si estuviese en medio de una tormenta.

No sabía si la decisión correcta era permitirle la entrada a su vida o si debía pedirle que por favor se fuera y la dejara con su orgullo. Tampoco supo si estaba haciendo lo correcto al abrir un poco más la puerta para dejarlo pasar.

—Supongo que una conversación en privado no nos hará daño.

Su respuesta lo hizo sonreír, y Anna sintió que ese tirón en el vientre la dejaba sin aliento.

Cerró la puerta con mucha calma, alargando el momento. Al volverse, fingió una sonrisa tranquila, al tiempo que en su mente se pedía a sí misma compostura.

—¿Quieres que te sirva un poco de vino? Mi madre me regaló una vajilla completa.

—Si te parece...

—Creo que lo voy a necesitar.

También necesitaría un poco de dignidad después de pedirle que le bajara las copas, porque su estatura la limitaba. Al extenderse las, lo tuvo a pocos centímetros de ella. El calor de su piel la hizo hiperventilar. No le ayudó la forma casual en la que él se inclinaba hacia ella, como queriendo robarle un beso. Lo esperó, pero no llegó.

Tomó las dos copas de sus manos.

—Gracias.

Sirvió el vino en ellas apenas él descorchó la botella. Se preguntó si era correcto ponerse a beber con ese hombre a tan poca distancia. Al mismo tiempo se dijo que lo necesitaba, así que dio el primer trago mirándolo fijamente. Él hizo lo mismo. Después le sonrió.

—No estés tan nerviosa. Solo beberé lo que quieras darme.

—Tengo agua y refresco de naranja si te apetece.

—No me refería a la bebida.

—Lo sé.

Anna lo invitó a la sala, donde lo vio desplomarse en el sofá más largo. Acomodándose la blusa, se sentó junto a él.

—¿Puedo comenzar yo? —preguntó ella.

—Por supuesto.

—Bien. —Asintió—. Normalmente, no suelo mostrarme tan nerviosa, pero tampoco he estado antes en una situación como esta.

Anna se llevó la copa a la boca, pero no bebió. La apartó y se dedicó unos segundos a mirarlo.

—¿Por qué te tomó casi tres semanas venir a buscarme?

—Querías que nos separáramos y yo te dije que respetaría tu decisión.

—Sin embargo, aquí estás.

—Sin embargo, aquí estoy. —Asintió, pensativo, con la mirada divagando entre la copa y ella—. He tenido una mala racha con mis dibujos. Siento que he vuelto a mi etapa de principiante. En las últimas semanas, he trazado el boceto de tu rostro hasta arruinarlo con trazos fuertes y exagerados. El lugar que solía ser mi santuario ahora me habla de ti a cada momento. —Un tono de desesperación se apoderó de su voz—. Lo dije en serio, Anna, yo nunca había llevado mujeres al estudio. Debí darme cuenta de que algo había entre nosotros cuando te permití pasar. Lo que sí me permitió darme cuenta de que entre nosotros no solo hay tensión sexual fue la separación de semanas. Comencé a echar de menos nuestras discusiones y nuestras bromas sin sentido, las conversaciones profundas... No me había sentido a gusto con ninguna persona en mucho tiempo como contigo. Vaya, creo que de hecho nunca antes me había sentido a gusto con nadie.

Anna continuó bebiendo del vino para evitar que se le escapara un grito.

—Crecer bajo las normas y protocolos de una familia real te obliga a controlar tus sentimientos, sin importar que seas un niño de cuatro años que acaba de perder a su madre. Mi niñez transcurrió así, callada. Mi padre me compensaba con cualquier tontería, con cualquier capricho. Me distraía. Llegó un punto en mi vida en el que añoré compañía, pero yo no quería querer. Amar duele cuando el miedo a perder te domina. Sabía que no podría soportar querer a alguien y que luego se fuera.

Lo escuchó reír, pero sin humor, subiendo y bajando la copa mientras observaba el líquido moverse.

—Así nació un mujeriego.

—Las compañías efímeras no resuelven nada.

Asintió, y después bebió de la copa.

—De las cuestiones de la vida, no soy un buen alumno. Tomo los caminos fáciles, los cortos.

—¿Y yo?

Un suspiro ahogado se escapó de sus labios, mostrando una vulnerabilidad que clavó agujonazos en ella.

—Tú, tú eres muchas cosas, pero fácil no es una de ellas. Por eso me encantas.

A Anna comenzó a temblarle la copa en las manos.

—No digas esas cosas —le pidió—. No es justo.

—¿Por qué?

—Porque siento que intentas encandilarme.

—Solo quiero ser sincero. Es la única forma que tengo de hacerte saber que he venido con las mejores intenciones.

Anna se levantó del asiento y él, después de dejar la copa en la mesa, se puso de pie y se le acercó.

—Escúchame bien. No puedes entrar en mi vida, ponerla patas arriba y actuar como si no me hubieses hecho nada. Me has condenado a las semanas más agonizantes desde el fallecimiento de mi madre. He venido a ponerle fin a ese sufrimiento.

—Me has dicho muchas cosas y no me has dado tiempo para pensar...

—Si lo hago, levantarás un muro y yo aún sigo intentando atravesar tu coraza. No puedo dejar que pongas más límites.

Se le apartó y huyó a la cocina, el único lugar al que podía ir. Dejó la copa en la mesa y fingió que guardaba los platos que ya estaban secos.

Su acercamiento fue como el golpe de un relámpago. Lo sintió detrás de ella, respirando en su cuello, y Anna comenzó a temblar por la añoranza.

—Duda de mí, mujer, te lo permito, pero piénsalo bien. —Su aliento contra su piel al pronunciar estas palabras la hizo temblar—. ¿Te parece que soy un hombre que va por ahí rogándole a una mujer? Dios, Anna... No solo echo de menos tu cuerpo, que tenerlo un fin de semana no fue suficiente, sino que echo de menos todo de ti. —Cuando su pecho golpeó la espalda de ella, Anna se

sintió desfallecer—. ¿No te ha pasado a ti lo mismo estas semanas? ¿No deseaste que nos encontráramos por ahí, aunque fuera por casualidad para vernos? Londres es enorme, y me volvía loco buscándote en medio de la multitud.

La embriagó el hambre cuando la tomó por la cadera y la acercó a él. Lo sentía vibrar por ella, casi con la misma intensidad que ella temblaba por él. Sus labios cálidos iniciaron un sendero húmedo por sus hombros que culminó en su oreja. Gimió, también jadeó, indómita.

Presionó con fuerza la cadera y la hizo girar a su encuentro. Pinchazos de excitación torturaron su vientre cuando se encontró con sus ojos azules oscurecidos por la lujuria. Respiraba de forma trabajosa por la boca entreabierta, y la calidez de su aliento la golpeó el rostro, pudiendo percibir el olor del vino.

—Estoy dispuesto a renunciar a un montón de cosas y a sacrificar otras si me aceptas.

Lo vio introducir la mano en el bolsillo del pantalón y sacar su teléfono.

—Aquí está todo lo que sé que te hace dudar. Mi vida de libertinaje y desenfreno. —Le tomó la mano y se lo dejó en la palma—. Es tuyo. Ya no lo quiero.

Anna observó el teléfono en su mano, confundida, pero también llena de esperanza.

—¿Qué significa?

—Que, si me aceptas, me comprometo a ser solo tuyo. —Un acercamiento más y la tuvo a nada de su boca, donde sus respiraciones inquietas se mezclaron—. Me gustas muchísimo y quiero que tengas en cuenta que estoy faltando a mi lema de vida sobre no establecer lazos permanentes. —Se humedeció los labios, ansioso, hambriento—. Si has entrado en mi vida en el momento en el que más me hacía falta un milagro, es porque eres ese cambio que necesitaba, la malaquita que le hacía falta a mi azurita. Solo te pido un sacrificio... —Una preciosa sonrisa le ensanchó la boca cuando ella lo miró, dos perfectas esmeraldas, dos malaquitas brillantes, que lo miraban con la misma intensidad que él a ella—. Yo lo dejo todo y tú sueltas tu miedo. Dame la oportunidad de demostrarte que de verdad quiero estar contigo y solo contigo.

Una punzada caliente la sacudió devolviéndola a la vida. Era ahora su

respiración entrecortada la que resonaba en el pequeño espacio, debilitando las fortalezas que había reforzado los pasados días. Tenía una agonizante sed de sus besos y una enloquecedora hambre de su piel. Débil como estaba su carne, acortó la distancia entre ellos y reclamó su boca con la urgencia de una amante liberada. De su mano cayó el teléfono y, pronto, la ropa esparcida por el suelo dibujó el camino hacia la habitación.

Lo llevó consigo hasta la cama con las sábanas revueltas, que no había querido hacer por el cansancio. Se sintió viva cuando, en medio del prolongado beso, la tomó de la cintura y la levantó del suelo. Con la respiración entrecortada, Anna se aferró a él descansando los brazos en el cuello. Enterró los dedos en su pelo y lo mantuvo allí, pegado a su boca. Lo envolvió con las piernas alrededor de su cintura y contuvo un grito cuando lo sintió golpearse con la cama, tropezar y caer sobre ella. Anna dejó escapar una carcajada que duró hasta el encuentro con sus ojos.

Tenían un aspecto oscuro, brillante. Era evidente la excitación en ellos, el azul de su iris se hizo potente, como si se lo hubiesen encendido. Tragó ante la expectativa, ansiosa por sentir su pericia actuar sobre ella.

Un silencio centelleante los envolvió a medida que sus miradas se volvían eternas, como si estuvieran soldadas una a la otra.

A Anna se le despertó una sensación ajena a ella, esa complicidad de amantes de la que carecía. Se supo perdida cuando le poseyó la boca en un beso hambriento, y se supo indómita cuando le tomó el rostro para que ese beso no acabara... Con un gemido ahogado, se montó sobre él y sintió sus manos recorriéndole la piel ya expuesta. A ella solo le quedaba la ropa interior, pero él aún estaba vestido. Le pareció injusto, así que sus manos comenzaron a tironearle de la camisa.

Él se detuvo para ella y la miró fijamente a los ojos verdes mientras desabrochaba con calma los botones de la camisa. Con una calma tortuosa, se deshizo de la prenda, deslizándola por los brazos, y después la dejó caer en algún punto de la habitación a la que ella no prestaba atención. A la poca distancia, él percibió el calor de la tensión sexual, que se le antojó divina. Tuvo en la boca una sed ansiosa por su piel, un hambre iracunda por su carne. Lo abrumó cuánto

la había echado de menos.

Se movió en la cama, ajustándose a su altura. Charles la observó con la boca entreabierta mientras ella presionaba ambas manos sobre su pecho, contemplándola, y eso le inyectó a ella una felicidad indescriptible. Bajo la palma, el calor de su piel la condenó a arder, haciéndola sucumbir en la hoguera más dulce. A él su contacto lo hizo pedazos, el corazón empezó a palparle deprisa. Anna se le montó encima, ansiosa, y con movimientos lentos, le recorrió el cuello con sus dedos. A Charles se le cortó la respiración cuando instaló la boca en la base de su garganta y empezó a trazar una ruta paradisiaca con los labios y los dientes, dejándole mordidas que despertaron fuertes sacudidas de deseo que le llegaron hasta la entrepierna.

Anna se detuvo ahí, saboreando la textura de su piel y aspirando su potente olor masculino, un reguero de sensaciones que la consumían viva. Quería recorrerlo con la boca, alargar ese contacto de piel contra piel y disfrutar de la magia erótica de su boca húmeda saciando un hambre enloquecedora.

Una gran satisfacción la invadió al escucharlo gemir, al escuchar sus gemidos roncros y eróticos, potenciadores de su propio deseo.

A Charles le gustaba. Le gustaba ese recorrido desesperado de la boca de Anna por su cuello, el mentón, la garganta, y ella se percibió incontrolable, queriendo más. Dios santo, el deseo que sentía por él acabaría por llevarla a la locura.

Descansando las manos en su cintura, Charles, con la voz ronca y extasiada, la instó a moverse sobre él con movimientos más rápidos. A ella se le escapó un gemido que hizo eco en su oído. Con un par de besos más, llegó al mentón y después a su boca. Se le volvió trabajosa la respiración a medida que se movía más deprisa, añorando ya calmar ese palpitante dolor en su entrepierna.

La apretó de la cintura y giró con ella en la cama, iniciando un rápido descenso desde su boca hasta su pecho y después trazando un camino húmedo de mordidas hasta el ombligo. Anna contuvo un jadeo al escuchar el crujir de su ropa interior, destrozada por el tirón de sus grandes manos impacientes, y se le escapó una carcajada ahogada, sorprendida por su descontrol.

Embrutecido por el placer, la tomó de las piernas y tiró de ellas, acercándola.

Anna se arqueó al notar el inicio de un camino de besos desde el tobillo hasta la rodilla. La suavidad de sus labios fue reemplazada por la humedad de sus dientes, que la mordían con suavidad, provocándole sacudidas de un placer que no pudo evitar delatar con un gemido. Una oleada caliente la invadió al descubrir hacia dónde avanzaba su boca experta.

No tuvo tiempo de abrirle la puerta a la vergüenza, porque le martilleó el corazón con un ímpetu salvaje al sentir la boca de Charles en su sexo. Se arqueó por el golpe de su aliento cálido en su piel sensible, mareada por las sacudidas de placer que instaron a su cuerpo a moverse.

—Te he echado de menos —lo escuchó decirle, la voz ronca disparando rayos de placer que subieron por sus piernas—. Sabes tan bien...

No supo cuánto más duró aquella tortura, pero se vio a sí misma colocando las piernas sobre los hombros mientras su cuerpo se sacudía por el éxtasis. Gritó su nombre con la voz temblorosa y trabajosa, la espalda arqueada y las piernas tensas al tiempo que sentía como su boca seguía recorriéndola con pericia.

Cuando se apartó de ella, Anna respiró profundamente para reponerse. Lo encontró de rodillas en la cama, mirándola. Se sintió abrumada por la intensidad de su mirada y quiso eliminar la distancia entre ellos. Añoraba su contacto; en ese instante, se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos esos días.

Se impulsó con los codos contra el colchón para levantarse. Deslizó los dedos por su pecho desnudo, rasgando la piel afeitada con las uñas. Lo vio despegar los labios al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás. Anna sonrió, satisfecha con ella misma. Hasta un contacto mínimo como aquel lo afectaba. Quiso hacerle sentir lo mismo que él le despertaba con apenas una mirada.

Lo tomó del cuello y lo acercó a ella para besarlo, acentuando en su boca el deseo de contacto. Lo envolvió como mejor pudo y giró con él en la cama. Con la cabeza en la almohada, Charles la miró. Sonreía.

—Parece que esta es tu posición favorita.

Ella le sonrió también, trazando con las uñas el camino desde su pecho hasta la uve de su vientre. Notó el cambio en su rostro por los labios tensos y los ojos entrecerrados. Buscó con las manos el botón del pantalón y después fue abriendo lentamente la cremallera de la bragueta, para hacerle agonizante la espera. Lo

vio patalear para quitarse la ropa que aún le quedaba puesta. No le tomó mucho hacerlo, y entonces un gruñido de placer se le escapó, mientras enterraba la cabeza en la almohada, al sentir la boca de ella recorriéndolo hasta tomarlo entero.

El eco de su placer se expandió por la habitación, y tuvo que armarse de la poca fuerza que le quedaba para controlarse al recordar que Anna tenía vecinos. Benditas fueran ella y su boca, que a momentos la sentía experta y a momentos torpe, pero que sabía de igual forma cómo proporcionarle el placer. Verla obrar su magia erótica le cortó la respiración, que acabó convertida en jadeos.

Repentinamente, tras detenerse, Anna se subió sobre él. A Charles le costó un instante reponerse y concentrarse al percibir el calor de su piel desnuda golpeando la suya. Vio en sus grandes ojos lo que quería, el mismo anhelo que lo dominaba a él. Buscó con la mirada dónde habían quedado sus pantalones. Estaban lejos...

—Abre el cajón —le dijo ella.

Con el ceño fruncido, hizo lo que le dijo y encontró en su interior un montón de preservativos de diferentes tallas. La miró con una mueca divertida.

—¿Hay algo que quieras decirme?

Sonriendo, ella alargó la mano para tomar un preservativo, dejando en el aire cualquier respuesta mientras rasgaba el paquete, con la vista fija en él. Charles también la miraba, y a Anna le encantaba. Le proporcionaba seguridad que pudiese mantener en ella la atención de un hombre como él.

Notó cómo seguía la trayectoria de sus manos mientras le ponía el preservativo. Lo vio despegar los labios para dejar escapar un jadeo, y a ella le sentó de maravilla su reacción. Presionando las manos en el vientre de él, se le montó encima y de la garganta de ambos escapó un gruñido de placer.

No tuvo tiempo para acostumbrarse a él cuando la tomó por la cintura con ambas manos y la instó a moverse, primero despacio y después deprisa, hasta que a ella le costó respirar. Se arqueó al sentir las manos de Charles recorrer su cuerpo hasta alcanzar sus pechos, envolviéndolos y pellizcándole los pezones de vez en cuando.

Sobre él, no solo perdió el sentido del tiempo, sino que, dominada por los

latigazos de placer, también se olvidó de todo lo demás. Se intensificó el tirón en su barriga con las uñas de él recorriendo sus piernas, avivando las llamas que estaban a punto de consumirla viva. Presionó las manos en el vientre de él al tiempo que respiraba trabajosamente. Y entonces, como a la distancia, lo escuchó también danzando en el límite donde estaba ella.

Pronunciando su nombre, sucumbió a la última oleada del placer y cayó rendida sobre su pecho sudoroso, pegando la frente en el lugar donde sintió latir su corazón. Él tenía la respiración tan agitada como ella, rasgándole los pulmones por la urgente necesidad de aire.

Se separó de él y se acomodó a su lado boca arriba. Le subía y bajaba el pecho deprisa, y con el brazo izquierdo tendido sobre el pecho de él, descubrió que a Charles también le costaba recomponerse.

Se acostó de lado y lo examinó. Le parecía atractiva la forma entreabierta de sus labios mientras recuperaba el aliento, y las mejillas coloradas le daban un distintivo sexual que lo volvía más atractivo. Parecía un amante satisfecho y eso elevó un par de puntos su autoestima. Era capaz de enloquecer a un hombre que poseía una vasta experiencia en la cama. Ella, una mujer inexperta.

Intrigado por su silencio, Charles se volvió hacia ella. Con el contacto de su mirada, la vio sonreír como si estuviera avergonzada. No entendía por qué, si era la amante perfecta.

Ella no le dio la oportunidad de preguntarle nada porque, sin dejar de sonreír, abandonó la cama al tiempo que buscaba en el suelo su camisa y se la ponía. Salió de la habitación y al cabo de un momento volvió con dos copas de vino.

—¿Qué te parece mi nuevo apartamento?

Con el gesto divertido y la sonrisa coqueta de ella, Charles se echó a reír.

—Bueno, solo he tenido la oportunidad de inspeccionar la cama.

A él le costó apartar la mirada de la forma tan erótica en que sus pechos se movían mientras se subía al colchón, caminando sobre él de rodillas hasta ponerse a su lado. Le ofreció la copa, y él la tomó sin apartar la vista.

—También has estado en la sala —la oyó decir—. Y en la cocina.

Parpadeó un par de veces para enfocar su atención en su rostro, y abandonar las vistas de sus deliciosos pechos al descubierto.

—Has hecho cambios —dijo—. Se ve mucho mejor.

—¿De verdad lo crees? ¿O solo lo dices para distraerme y que no advierta que no dejas de mirarme las tetas?

Sonrió, culpable.

—Lo digo de verdad. Me gusta mucho más ahora.

—Le envié a mi padre el coche viejo que era de mi abuelo. Tiene un garaje bastante amplio donde puede guardarlo hasta que consiga un buen lugar. El aparcamiento que tengo lo uso para el taxi.

—¿Qué tal te va como taxista?

Anna puso los ojos en blanco al tiempo que daba sorbos a su vino.

—Me preguntan por ti, en especial ya sabes quién.

—¿Clayton?

—No, mis compañeras de trabajo, pero Clayton también.

—Diles que me has sacado del mercado.

A ella se le formó una pequeña sonrisa.

—¿Podría ser nuestro secreto? Solo por ahora.

Charles la analizó mientras se bebía el resto del vino de un trago.

—¿Por qué?

—Porque esto es nuevo y no estoy preparada para perder mi privacidad. No eres como yo, eres un miembro de la familia real. Todo lo que haces es observado.

Anna estaba segura de que a él no le agradaba aquello, lo supo por la forma en que alzó las cejas y asintió. No quería que ella fuese de esas cosas que debía mantener en secreto. Una pequeña parte de ella se sintió feliz.

—Necesito tiempo para adaptarme a lo que somos ahora —le susurró.

—Lo comprendo —asintió él—. Tal vez sea lo mejor, así podremos disfrutarlo nosotros, sin opiniones de terceros.

Lo recompensó con un beso. Al apartarse, sintió la mano de él recorrerle la barbilla hasta llegar a la nuca. La acercó para profundizar el beso. La maravilló la magia de su pericia y cuánto le gustaba que la besara. Quería detener el tiempo y vivir allí para siempre.

—No te preocupes —dijo él contra su boca—. Haré que nunca te arrepientas

de haberte deshecho de la coraza.

Sintió desaparecer de su mano la copa y después, con un beso alargado, su cordura.

Lo despertó el barritar de un elefante, haciéndolo saltar en la cama al tiempo que observaba la habitación con los ojos muy abiertos. Era poca la luz de la madrugada que entraba a través de las cortinas cerradas, pero percibió el característico olor del café desde la cocina. Confundido por el barritar del elefante, se movió con pesadez, atontado por el sueño interrumpido de golpe, hasta que descubrió de dónde provenía ese desconcertante sonido.

Del teléfono de Anna.

—Lo siento —la escuchó decir desde la puerta—. Olvidé apagar la alarma.

La vio cruzar la habitación con nada más que su camisa puesta y con una espátula de plástico en la mano izquierda. Apagó la alarma con un par de toques en la pantalla mientras lamía la espátula.

—¿Te gustan los panqueques? Acabo de sacar la primera ronda.

Charles parpadeó un par de veces antes de frotarse los ojos.

—¿Qué hora es?

—Cinco y treinta y poco de la mañana.

Lo vio fruncir el ceño.

—Te gusta madrugar.

—Paso más tiempo despierta que dormida.

—Si no te costó levantarte de la cama después de lo de anoche, entonces es que no me esforcé lo suficiente.

Anna se echó a reír. Se sentó en la cama y fue acercándose hasta él para dejarle un beso en los labios.

—Me quedaría en la cama para recuperar las energías, pero debo ir a trabajar. Es lo que hacemos los de la clase trabajadora. —Le volvió a dejar otro beso antes de levantarse de la cama—. Te espero en la cocina para desayunar.

La encontró de espaldas a él diez minutos más tarde. Tenía todavía la espátula en la mano mientras servía en los dos platos el desayuno que había preparado. Tarareaba una canción suave. La mesa ya estaba puesta, solo faltaba la comida.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —le preguntó.

Ella lo miró por encima del hombro.

—No, ya está.

Anna notó que se aproximaba a ella. Todo su cuerpo se sacudió cuando el calor que irradiaba la piel desnuda de su pecho golpeó su espalda, protegida por la camisa. Contuvo el aliento al sentir sus manos en la cintura, pegándola a él. Le respiró en el cuello al tiempo que buscaba con la boca un recoveco por donde acceder a su piel. Jadeó cuando lo encontró e inició el recorrido con los dientes por su sensible tez. Decidido a expandir el terreno, llevó ambas manos hasta los botones de la camisa y desabrochó los tres primeros. Acunó con sus grandes manos sus pechos, masajeándolos con lentitud, mientras su boca seguía trazando caminos por los hombros hasta la oreja. A Anna le temblaron las manos y, como si ocurriera muy lejos, escuchó el ruido de la espátula al caer al suelo. Charles dio suaves mordidas a su lóbulo, mientras la lengua calmaba los pinchazos del dolor, convirtiéndolos en latigazos de placer.

—No te he habido dado los buenos días —le susurró, pausadamente—. Así que buenos días.

Se separó de ella, dejándola tambaleante y sin aliento. Anna tuvo que sostenerse en la encimera para no desparramarse por el suelo mientras tomaba la espátula y la lanzaba al fregadero.

—Mmm..., sí, muy buenos días.

Lo vio tomar los platos ya servidos y colocarlos en la mesa, de modo que ella no tuvo nada más que hacer que sentarse y comenzar a comer. Dio un par de mordidas a los panqueques antes de fijarse que él escribía un mensaje en un teléfono que no le había visto antes.

—¿Te has cambiado de teléfono? —curioseó.

Él levantó la mirada de la pantalla, sonriéndole un poco.

—Perdí un teléfono anoche, ¿lo has olvidado? Como sabía que iba a necesitar otro, lo traje ya. —Detuvo su atención nuevamente en la pantalla—. Estoy pidiendo algo de ropa a mi nueva asistente.

—Mmm.

—No refunfuñes. Fuiste tú quien renunció al puesto.

—No sirvo como asistente, de todas formas.

—Lo hacías muy bien, pero eras una gran distracción.

Finalmente, dejó el teléfono y, tomando el tenedor, comenzó a comer también.

—¿Qué harás hoy? —le preguntó él.

—Trabajar. Mi agenda no es tan variada como la tuya.

—No me resulta tan divertido cumplir con ella como cuando estabas tú.

Anna sonrió sin dejar de masticar.

—¿Te divertía coquetear conmigo?

—Por supuesto, pero perdía su encanto cuando te ponías esquiva.

—Tenía mis razones.

—Las tenías. —Con un guiño le dio la razón.

Anna continuó removiendo su desayuno en el plato más que comiendo, y de vez en cuando extendía la mano para tomar la taza de café.

Charles notó que estaba inusualmente callada, así que le preguntó:

—¿Algo va mal?

Ella le sonrió mientras negaba con la cabeza.

—No. Pensaba en tu padre.

—Está bien. —Con un suspiro, tomó la taza e inspiró el olor del café—. Sigue tramitando todo lo necesario para que yo sea regente mientras cumplo con la agenda.

—¿Asumirás la regencia?

—Si el Parlamento deja de ponernos excusas, sí.

—¿No quieren concederla?

—Por ley, están obligados. Pero consideran que el estado de salud de mi padre no es tan grave como para que el proceso se efectúe.

—Pensé que el médico había dicho que tu padre dejara por un tiempo sus

responsabilidades.

—Así es, pero queda a criterio de mi padre si hacerlo o no, y de eso se valen los parlamentarios. Intentan convencerlo de que siga como rey.

—No lo sabía. En los medios no se habla mucho al respecto.

—Hacemos lo posible por mantenerlo a puerta cerrada.

—¿Y tú de verdad quieres ser regente o lo haces solo por ayudar a tu padre?

Adoptó un gesto pensativo, negando con la cabeza. Creó un momento de silencio mientras daba un último trago al café antes de devolver la taza a la mesa.

—Ambas cosas —respondió—. Quiero que mi padre esté bien y no hay mejor manera de garantizar que eso sea así que con descanso y tratamiento, pero también es mi responsabilidad como hijo y como príncipe de Gales.

Anna sonrió, incapaz de ignorar la satisfacción que le provocaron sus palabras. Vio un cambio en él que estuvo esperando durante semanas. Le maravilló tener la oportunidad de ser testigo del mismo, y que fuera tal vez la primera persona a quien él le decía sus motivaciones de forma tan abierta y directa.

—El proceso sería mucho más sencillo si volvieras a trabajar conmigo —le dijo él.

Anna le dio un mordisco al panqueque y no habló hasta terminar de tragar.

—No sé si es apropiado que trabaje para ti dada nuestra relación. No me parece ético.

—Tenerte cerca me da confianza. A nadie puedo hablarle con la franqueza con la que hablo contigo y a nadie escucho como a ti. Si no, pregúntale a mi padre.

—No lo sé. Una cosa es abrirnos a una relación, pero otra muy diferente es también involucrar el trabajo. ¿Y si las cosas entre nosotros no funcionan? Si renuncio a mi trabajo como taxista otra vez, dudo que Clayton me vuelva a contratar a pesar de que sea una de las taxistas que más recauda de su empresa. Sin mencionar, de nuevo, que creo que no sería ético.

—Has dicho que de momento quieres mantener en secreto nuestra relación, así que nadie sabrá que estamos juntos.

—¿Le mentirás a tu padre?

—Me encantaría decirle que estamos juntos, pero me has pedido que seamos discretos y yo estoy dispuesto a respetar tus deseos.

Anna dio unos golpecitos en el plato con el tenedor.

—Dame tiempo para pensarlo, y con «tiempo» me refiero a más de cuatro o cinco días.

Él sonrió con complacencia.

—Esperaré lo que sea.

Pasados unos minutos, cuando ya estaban a punto de terminar de desayunar, llamaron a la puerta. Los empleados de Charles le habían enviado una muda de ropa limpia, así que, después de ducharse, se cambió a prisa y se despidió de Anna.

—Te veré más tarde.

—Salgo de trabajar a las tres.

—Llamaré antes.

La sobresaltó que la tomara de la cintura y la acercara a él para besarla, quizá por la falta de costumbre. Aun así, le sorprendió verse a sí misma entrelazar sus manos en su nuca para profundizarlo. Deseó mandar a paseo el trabajo y pasar todo el día con él. Una noche no era suficiente. Necesitaba pasar largas horas perdida entre sus brazos y debajo de las sábanas para creerse que ahora formaba parte de su vida.

—Que tengas un buen día —le dijo ella.

—Será el mejor en semanas, de eso estoy seguro.

Volvió a besarla, y después Anna no supo nada más de él hasta mediodía, cuando pasó a buscarla en un auto con los vidrios oscuros. Le puso mala cara desde fuera mientras miraba a todos los lados para asegurarse de que nadie se fijaba en ella. Abrió la puerta y se sentó en la parte de atrás. Quiso golpearle al ver su sonrisa de complacencia, pero también comérselo a besos. Era dolorosamente guapo.

—¿Esta es tu forma de ser discreto?

—Es imposible que alguien pueda saber que este auto es mío y con los vidrios oscuros nadie puede verme. Estás a salvo.

—Bueno, pudiste haberme avisado con tiempo.

—Te pones difícil de vez en cuando. —Le hizo una seña al chófer y el auto se puso en marcha de inmediato—. He pedido algo de comer para que almorcemos juntos. ¿O ya tenías planes?

—No.

Se acomodó en el asiento, un poco más cerca de él y Charles aprovechó para descansar el brazo en los hombros de ella. Con un suspiro, Anna recostó la cabeza de su pecho y después le envolvió la cintura.

—¿Qué has hecho esta mañana?

—Esperar. Mi padre se reunió con el Parlamento por la cuestión de la regencia.

—¿Qué le han dicho?

—No lo sé todavía, no me ha llamado, pero imagino que las cosas aún no se habrán solucionado.

—Ten fe. Todo irá bien.

—Debo prepararme en caso de que ocurra lo contrario. Yo he provocado esto, por lo irresponsable y soberbio que he sido los últimos años. En algún momento debía pasarme factura.

Con la cabeza recostada en su pecho, escuchó el inicio de su respiración agitada y, estirando los dedos, comenzó a trazar círculos pequeños desde el cuello hasta la mitad de su barriga.

—¿Recuerdas lo que te dije en la casa de verano? —le preguntó.

Lo escuchó suspirar, no supo si por sus caricias o por la pregunta.

—Dijiste muchas cosas.

Anna asintió.

—Dije que tenía fe en ti. —Levantó un poco la cabeza para mirarlo y se encontró con sus ojos, que se quedaron fijos en los de ella—. Todavía la tengo. Y no lo digo porque estemos juntos; lo creo de verdad. Yo creo en el hombre que hay detrás de tu coraza, y creo que tal vez ya sea hora de que lo dejes salir. Si decidí dejar que entraras en mi vida, es porque me gusta mucho ese hombre, porque tengo fe en él y mucha esperanza para nosotros, aunque no sepa hacia dónde nos dirigimos...

Sonriéndole, él se le acercó para besarla y prolongar la magia recientemente

descubierta. Le sentaba muy bien aquello que durante tanto tiempo de su vida había intentado evitar. Ella era, sin duda alguna, un milagro.

—Gracias. —Le besó la nariz—. Tu fe en mí es lo que necesito.

—Tal vez, pero la fe más grande debes tenértela tú mismo. Lo bueno de los errores es que la mayoría pueden acabar solucionándose, y los que no tienen solución te dan la oportunidad de comenzar desde cero, de hacerlo mejor. Tu padre tuvo fe en ti mucho antes de que yo entrara en tu vida y ha esperado años a que esa fe se refleje en ti. Yo ya estoy viendo el cambio, pero los demás deben hacerlo también.

—Ya veremos.

Le vio una sonrisa estampada en la boca que pretendía distraerla, así que no dijo nada. Se le acercó para darle un rápido beso antes de volver a apoyar la cabeza de su pecho.

Llegaron a Little England unos diez minutos después y entraron a toda prisa en el inmueble para no ser vistos.

Allí vieron sobre la mesa el almuerzo ya servido: patatas asadas con ensalada y dos tazas de té. Anna se quitó el abrigo y lo dejó sobre la silla y vio que él hacía lo mismo con su chaqueta.

—¿Has cambiado los muebles? —preguntó ella.

Movió la silla hacia atrás para sentarse. Él se echó a reír e imitó su gesto.

—¿Te gusta?

—Me gustaba el otro sofá. Parecía victoriano.

—No quise arriesgarme a quedarme con él.

—¿Por qué?

Charles tomó los cubiertos y comenzó a cortar una patata.

—Hace un tiempo, dejé que un amigo se quedara aquí unos días. ¿Recuerdas que te lo mencioné? —La vio asentir mientras bebía un poco de té—. Estaba tan borracho que no supo decirme dónde había tenido sexo con la mujer que trajo, así que cambié todos los muebles.

—Supongo que soy la excepción a la regla.

—He perdido el caso por culpa de tus tecnicismos.

Ella se echó a reír, pero no pudo ignorar el cosquilleo en la barriga que se le despertó por la forma en que la miraba. Parecía hambriento, pero no de comida. Apartó la mirada y comenzó a comer.

Transcurrieron los primeros minutos en silencio, pero sus miradas se topaban de vez en cuando. Podía sentir su magnetismo sexual atrayéndola hacia él. Le ayudaba la distancia que les proporcionaba la mesa, pero no la mirada oscura y la sonrisa coqueta de Charles.

—No hagas planes en esa cabeza tuya. —Anna se llevó la taza a la boca y bebió despacio un largo trago de té—. Tengo que volver al trabajo.

—Qué pena. Puedo garantizarte que tenía buenas ideas.

—Lo sé.

Viendo la patata, calculó cuántos mordiscos más necesitaría para terminársela. Si no regresaba pronto al trabajo, acabaría por convertir el receso de una hora en uno de dos.

—Conociste al amigo que te acabo de mencionar —dijo él.

—¿Ah, sí?

—¿Recuerdas que no hace mucho se subió a tu taxi un pasajero muy parlanchín? Venía de comprar un café y lo dejaste en la estación de tren.

—Oh, lo recuerdo. —Anna lo miró fijamente—. No lo mandaste tú, ¿o sí?

—Para nada. Él tenía ganas de conocerte. —Anna lo vio sonreír, divertido—. Quería saber qué tenías de especial para haberme vuelto loco.

Anna se mordió el labio.

—¿Le contaste lo que pasó entre nosotros en la casa de campo?

—No pude, y tampoco quise. Me pareció muy privado, algo que solo nos pertenece nosotros.

La notó nerviosa, así que le preguntó:

—¿Qué sucede?

Jugueteó con el tenedor, dando golpecitos con él sobre el plato.

—Se lo conté a Zowie, lo siento. Suelo contárselo todo...

La tranquilizó con una sonrisa torcida.

—Está bien, no me molesta.

—Es que pensé que no íbamos a volver a vernos...

Lo vio alzar la barbilla al tiempo que asentía.

—Así que ya habías tomado la decisión la noche antes de darme una respuesta. ¿La tomaste ya mientras estábamos en el coche tal vez?

La salvó el teléfono. Supo que era el de él cuando lo vio tomarlo del bolsillo y pegárselo al oído. Presionó el índice contra sus labios, indicándole que guardara silencio.

—Hola, padre, ¿cómo estás?

—He tenido días mejores. Estoy saliendo de la reunión con el Parlamento.

—Se negaron, ¿no es así?

—No pueden negarse a algo que está establecido por ley, pero ciertamente tampoco dan el brazo a torcer.

—¿Qué debemos hacer entonces?

—Redactaré por escrito la orden de regencia como ley orgánica.

—El Parlamento deberá aprobarla.

—Lo sé. Eso y la orden del médico le dará peso a la necesidad de una regencia. Reúnete conmigo mañana por la mañana y lo hablaremos con calma.

—Está bien.

Anna notó un cambio en él, ahora parecía angustiado y cansado.

—¿Estás preocupado por la regencia? —indagó ella.

—El Parlamento se niega a dar su aprobación —asintió—. Mi padre quiere que nos veamos mañana temprano.

A ella se le formó un nudo en el estómago cuando lo vio frotarse el rostro con impotencia. Su gesto de frustración se hizo más notable cuando los labios se le volvieron una línea. Anna se puso de pie y caminó hasta colocarse detrás de su silla y empezó a jugar con su pelo, tomando algunos rizos de color negro azabache y después masajeándole la cabeza.

Lo escuchó suspirar.

—Tu compañía es un bálsamo para mí —le dijo—, pero me encanta que me mimes.

—A mí siempre me calma que me masajeen la cabeza.

—Yo estoy calmado.

—No, no es cierto. Toda esta situación te inquieta.

—Te dije que no era bueno tomando responsabilidades. Cedo ante el estrés muy fácilmente.

—Es normal al principio. Te estás adaptando a los cambios. Nadie lo hace bien a la primera.

Lo vio echar la cabeza hacia atrás, de modo que pudo fijar los ojos en los de ella. Sonrió, y a Anna le pareció una sonrisa muy dulce, como la de un niño.

—De verdad que eres única.

Anna le devolvió la sonrisa. Dibujó con los dedos la forma de su barbilla hasta llegar a sus labios.

—Acepto.

Charles arrugó el ceño.

—¿Qué aceptas?

—Acepto la proposición de volver a trabajar contigo.

—¿De verdad?

Parecía sorprendido.

—Te haces un lío sin mí, me necesitas.

—No puedo argumentar nada ante esa lógica.

—Pero tengo condiciones. La primera. —Le dio un par de golpes en los labios con el índice—. Nada de manoseos ni propuestas indecentes.

—A eso le llamo matar la diversión.

—Segunda, no quiero más vestidos que sean muy escotados ni muy ajustados, solo lo justo.

—Bueno, ropa es ropa. Así como se pone, se quita. Soy ágil con las manos.

—Estoy hablando en serio.

—Todo lo que me pidas lo tendrás. Que no te queden dudas.

—Bien, entonces ¿qué te parece si empiezo mañana?

—Está bien.

—Estás muy guapa, Nana —dijo Zowie, observando a Anna mientras se arreglaba los rizos rubios.

—¿De veras? —preguntó, no muy convencida.

—Por supuesto —afirmó su amiga, echándole un rápido vistazo.

Anna llevaba un vestido escarlata que le había llegado por la mañana con una nota escrita en letras pequeñas: «De parte del pervertido príncipe de Gales». No supo si era una buena elección como vestimenta para su segundo —¿o era el tercero?— primer día de trabajo, en especial si consideraba la relación que ella y Charles tenían. Quería evitar las mayores tentaciones posibles, así que se vistió de prisa y fue a casa de Zowie a eso de las seis de la mañana. Ella estaba tan encantada con el vestido que, al vérselo puesto, comenzó a silbarle. Incluso despertó a Peete para que le diera el visto bueno.

—Zowie tiene razón —musitó él, bostezando, mientras servía café en las tres tazas—. Aunque siempre estás estupenda. No sé por qué era necesario despertarme.

Zowie dio saltitos hasta colgársele del cuello.

—Necesitaba una opinión masculina.

Él sonrió.

—Solo querías despertarme. Te conozco, pequeña.

Anna puso los ojos en blanco.

—Me harán vomitar. Zo, ¿me pediste el taxi?

Los ojos de Zowie se volvieron pequeños a medida que se le formaba una sonrisa de disculpa.

—Lo olvidé, lo siento.

Frustrada, Anna alzó las manos hacia el cielo.

—Voy a llegar tarde. —Los tacones resonaron por la sala mientras iba a coger el teléfono—. Maldita la hora en que entregué el taxi, ¡otra vez!

—Te lo dije una vez, necesitas un coche.

—¡No puedo pagarlo!

—Bueno, ahora tienes otro empleo y cobras más. Aunque te juro que no entiendo nada. ¿No habías renunciado? ¿Es que ya no me cuentas nada?

—Lo decidí ayer. Te lo contaré todo más tarde.

—Oh, sí, por supuesto que lo harás.

Marcó el número de la empresa de taxis a toda prisa, ignorando a su amiga.

Aún estaba escuchando el tono de llamada cuando oyó un claxon en la entrada.

—A eso le llamo yo un buen servicio —musitó Zowie bromeando.

Anna puso los ojos en blanco antes de colgar.

—Habías pedido un taxi, ¿no?

—No, de verdad que me olvidé de hacerlo.

Confundida, Anna se asomó por la ventana para encontrarse el auto de Charles aparcado y a él, sonriente, bajando de él.

—No puede ser —musitó sorprendida.

El corazón le dio un salto en su pecho al oír el primer golpe en la puerta. Contuvo el aliento y la abrió. Charles estaba de pie ante ella con una radiante sonrisa mañanera, vestido con un traje gris y una corbata roja, del mismo color que su vestido.

—Buenos días, Anita —murmuró.

Anna le dedicó una amplia sonrisa.

—Buenos días, Charlie, mi querido acosador. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Él se echó a reír.

—Zowie me avisó.

—¿Y cómo es que ella tiene tu número?

—Me dijo que lo tomó de tu teléfono.

—Mierda, tengo que bloquear mi móvil.

—Deberías. Como asistente del príncipe de Gales, y su amante —añadió en voz baja—, deberías ser más discreta.

—Lo seré, señor, no se preocupe.

Sin dejar de sonreírle, lo vio acortar la poca distancia entre ellos, sujetándola por la cintura y luego atrayendo hacia sí su rostro para besarla, golpeando a su vez su cuerpo contra el suyo. La acorraló contra la puerta, pero como estaba entreabierta, los dos cayeron al suelo.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Zowie al escuchar el golpe.

Anna soltó un gruñido de dolor.

—Quítate de encima —se quejó.

Charles la obsequió con una sonrisa discreta.

—No es lo que sueles decir cuando estamos a solas en una habitación —

musitó lo suficientemente bajo para que solo ella pudiese escucharlo.

—¡Charles!

Él presionó las manos contra el suelo y se puso de pie. Le tendió una mano y la ayudó a levantarse.

—¿Te encuentras bien? —se interesó él.

—Eso creo —respondió dudosa. Le dolía un poco la espalda.

—¿Segura?

—Sí.

Se humedeció los labios sin apartar la vista de sus centelleantes ojos azules.

—¿Por qué has venido? Acordamos que seríamos discretos —le recordó.

—No tienes coche.

—Iba a pedir un taxi.

—¿Y arriesgarte a llegar tarde otra vez? —Se cruzó de brazos—. Dime, ¿acaso estás buscando que te despida en tu tercer primer día?

Anna entrecerró los ojos.

—¿Vas a despedirme tan pronto?

—Me siento tentado.

—Entonces iré a ponerme algo más cómodo para salir a buscar un nuevo empleo.

Charles la detuvo tomándola de la mano.

—Vámonos ya. Mi padre nos está esperando.

Anna se despidió de Zowie y Peete moviendo la mano antes de entrar en el auto de Charles. Media hora más tarde, se encontraban en la oficina del rey.

Este los escrutó con una mirada severa, vacilante entre la sorpresa y la confusión.

—No lo tome como si no me alegrara de verla, pero ¿a qué se debe su regreso?

Anna deseó golpear a Charles en las costillas con el brazo, entrelazar sus propias manos en un gesto nervioso o levantarse e irse de allí. ¿Qué excusa razonable habían elaborado el día anterior durante el almuerzo?

—Yo le pedí que lo considerara la última vez que nos vimos, hace dos o tres semanas o algo así. No llevo bien la cuenta. —Charles se irguió en el asiento al

tiempo que descansaba la pierna derecha en el muslo de la izquierda—. Nada, establecimos unos acuerdos, y aquí está. Retomará sus responsabilidades como asistente.

—No puedo decir que la decisión me descontente. Bueno, a lo que vamos. Ayer me reuní con el primer ministro. —Cruzó las manos sobre el escritorio—. Se realizará una reunión urgente para tratar en conjunto con el Parlamento mi petición de una regencia, una vez más. Supongo que es cuestionable si tomamos en cuenta que ya la he solicitado una vez, pero teniendo a mi hermano de regente. Ahora...

—¿Hay algún problema? —preguntó Charles.

El rey suspiró.

—El Parlamento no está muy de acuerdo con mi propuesta.

—Te lo advertí.

—No empieces con el mismo discurso de siempre, Charles —lo reprendió su padre—. Todo seguirá según lo acordado.

—¿Qué sentido tiene continuar con este proceso si...?

El monarca le hizo una seña para que guardara silencio.

—Permíteme asistir a la reunión antes de tomar una decisión definitiva.

—Padre, creo que es mejor que comiences a pensar en otras opciones.

Anna le apretó fuertemente la mano para llamar su atención y, al notarla a su lado, a Charles le invadió una paz absoluta. Edward no pudo evitar reparar en el cambio en el rostro de su hijo. Había bastado solo un gesto de ella para contener sus protestas.

—El Parlamento no ha rechazado la propuesta de tu padre —susurró ella con cautela—. Solo tienen desacuerdos en algunos aspectos. Necesitamos hacer que ellos crean en lo que nosotros creemos: que podrás sustituir a tu padre de forma responsable durante su tratamiento y recuperación.

—Exactamente —dijo el rey—. Por ese motivo, ya que usted vuelve a trabajar como su asistente, necesito que asista conmigo a la reunión con el Parlamento.

Anna abrió los ojos como platos a causa de la sorpresa.

—¿Qué ha dicho? —escupió.

Charles miró a su padre como si se hubiese vuelto loco.

—No pensarás hacerla hablar, ¿verdad? —le preguntó—. Es una locura.

—Es la persona ideal para hacerlo. Es la responsable de tu pequeña evolución.

—¿Evolución? ¿Qué evolución?

—No es mucho lo que la señorita Mawson debe hacer —continuó su padre, ignorándolo.

—Ese no es el problema. ¿Acaso le has preguntado siquiera si estaba dispuesta a hablar ante el Parlamento? A todas estas, ¿qué es exactamente lo que quieres que les diga?

—Tenemos que impresionar al Parlamento y, para ello, necesito el testimonio de Anna.

—¿Respecto a qué?

—Para tener esta conversación, necesito a un Charles muy sereno.

Pero «sereno» no era una palabra que pudiera describir a Charles en ese momento, mucho menos después de ver a la pálida Anna, a quien le sostenía la mano.

—Lo tendrás cuando desistas de esa absurda idea —respondió a la defensiva—. No hay razón para ponerla como carnada frente al Parlamento.

—Es la mejor oportunidad que...

—Padre —le interrumpió con voz firme—, el Parlamento actuará como un juez. Anna ya ha pasado por un juicio. ¿Te parece justo que la hagamos pasar por lo mismo otra vez?

Ella giró la cabeza hacia él con brusquedad. ¿Había escuchado bien? Por su voz lo notó preocupado, alterado incluso. No quería que ella volviera a pasar por nada parecido a un juicio. Se abrazó a sí misma mentalmente, incapaz de contener su pequeña dicha. Le gustó notar que la cuidaba.

—El Parlamento no hará tal cosa —explicó su padre—. Me aseguraré de que la tratan con el mismo respeto que me tratan a mí.

Mirándola de reojo, Charles se percató de que su expresión continuaba mostrando más preocupación que alivio.

—¿Qué debo decir con exactitud? —preguntó ella.

—Podría ser espontánea.

Charles abrió los ojos, y Anna palideció.

—No es una buena idea —repusieron los dos.

—La espontaneidad no es algo que se me deba permitir —le dijo ella—. Es lo que me ha traído hasta aquí. Mi mente y mi lengua no van a la par.

—Es cierto —afirmó Charles.

—Es posible —convino el rey—, pero estoy muy seguro de que va a funcionar. Solo debe confirmar que Charles va en serio.

Anna parpadeó.

—¿Cómo puedo hacer eso?

—Diciéndoselo.

—¿Eso es todo? —Parecía incluso más inquieta que antes.

—Sí.

Ella no parecía tan convencida. La idea de hablar frente al Parlamento era intimidante, y el no tener una idea clara de qué debía decir empeoraba su situación. Se descubrió a sí misma con las manos temblorosas. Si cometía un error, Charles saldría perjudicado.

—Necesito salir un momento —anunció.

Soltó la mano de Charles y se precipitó fuera del estudio, con los tacones resonando como si fueran la música de fondo de una película de terror.

Nerviosa, se llevó las manos al pecho mientras iniciaba una serie de respiraciones profundas. Aunque admiraba al rey, lo que le pedía era demasiado. Después de salir de prisión, se prometió que no haría nada demasiado estúpido para volver a salir en la televisión y ser señalada por la mitad de los habitantes de su propia nación. ¿Ponerse de pie y hablar frente al Parlamento, acompañada del rey y de su hijo, con el que sostenía una relación en secreto? Eso era muy muy estúpido. Una bomba a punto de estallar.

—¿Anna?

Su voz cálida proporcionó un alivio instantáneo a su alma magullada.

—Estoy bien —le dijo, intentando convencerse a sí misma.

—Obviamente, no lo estás. —Con tan solo unos pasos, Charles estuvo lo bastante cerca para percibir el calor que emanaba su cuerpo—. Lamento que mi padre te haya puesto en esta situación tan complicada. No tenía idea...

—Lo sé —dijo de golpe—. Está bien.

Él aguardó unos segundos en silencio.

—Le he dicho que no. No permitiré que te obligue a esto.

—No está obligándome.

—Tal vez no, pero ciertamente te ha puesto en un pequeño brete.

A Anna se le escapó una risita.

—Una forma de hablar muy del siglo diecinueve.

Charles permaneció inmóvil unos segundos más antes de rodearla con sus grandes brazos y apretarla contra su pecho como si intentara protegerla de una catástrofe. Anna enterró la pequeña nariz en su cuello, inhalando el maravilloso aroma de su gel de baño. Luego apartó las manos de su pecho y correspondió a su abrazo.

—Comienzo a desear no haberme levantado de la cama —lo escuchó decir Anna. Su voz aterciopelada le hizo cosquillas en la piel—. Las cosas están complicándose y apenas ha empezado el día.

—No creo que las cosas vayan mal. El Parlamento llamó a tu padre para discutir su propuesta. Eso es un avance. Pequeño, pero es un avance.

—Es posible, pero no nos asegura una victoria.

—Charles, no hay nada seguro en la vida. De ser así, la vida sería bastante aburrida, no habría retos ni aprendizaje.

—El reto que te plantea mi padre excede sus propios límites y los míos. Puedo soportar las acusaciones públicas. De hecho, estoy bastante acostumbrado a ellas, pero ¿exponerte a ti a la misma situación? No podría.

Anna sintió que se derretía por dentro.

—Preferiría no tener que hablar en el Parlamento, pero si tu padre lo considera buena idea...

—Le he pedido que la descarte. Eso no es siquiera una opción.

—Pero...

Inclinó más la cabeza para mirarla fijamente.

—Sé de tu pasión por debatir mis decisiones, pero esta es una que no puedes hacerme cambiar.

—Tal vez nos estamos complicando por haber involucrado el trabajo con lo personal. Te tomé de la mano delante de tu padre. Más tonta no se puede ser, y

más obvia tampoco.

—Olvídalo. Ya veremos cómo lo arreglamos. En ese momento necesitaba sentirte a mi lado.

Anna optó por protestar en silencio, y evitó cualquier contacto visual con él. Charles se apartó de ella para tomarle el rostro entre sus grandes manos, facilitando el acceso a sus labios suaves y cálidos. Al primer contacto con ellos, él tembló, sea ya por la forma intemperada de su respuesta o porque había esperado ese beso durante toda la noche y parte de la mañana.

Supuso que obtendría suficiente con ese tibio contacto, pero en cuanto sus manos encontraron sus caderas, la cabeza comenzó a darle vueltas, enloqueciendo su deseo de tener más. Se acomodó en torno a su cuerpo para recibir su calor, temblando. ¿Cómo un simple contacto como aquel podía trastornarlo tanto?

Un molesto carraspeo lo obligó a alejarse, creando una grieta enorme entre su cuerpo y el de ella. Cuando miró a Anna, sus ojos verdes brillaban con ímpetu y fiereza. Ojos que guardaban una promesa de placer divino para más tarde.

—Creí que a esta hora ya todos habrían desayunado.

Charles presionó con fuerza los dientes al reconocer aquella ronca y seca voz. Giró la cabeza hacia su primo, que, como era habitual en él, iba vestido con un traje a cuadros, un estilo muy de Escocia, su país de origen.

—Buenos días, Cameron —respondió, empleando todo su autocontrol para ser lo más amable posible con él.

Desde luego, sabía perfectamente que su esfuerzo era inútil. Cameron sabía muy bien el desagrado que sentía hacia él.

El pelirrojo observó en los labios de su primo el rastro del pintalabios rojo de la bella mujer que, escondida tras la espalda de Charles, se arreglaba el cabello con sus finos y elegantes dedos. La belleza de esa joven vestida de rojo era innegable. Cómo desearía poder arrancarle cada trozo de tela que la cubría...

Charles sintió una punzada molesta en el pecho al descubrir la trayectoria de los libidinosos ojos oscuros de su primo.

Anna.

Se interpuso entre ella y Cameron para que se viera obligado a mirarlo a él y

solo a él.

—¿Qué te trae por Inglaterra? —le preguntó. Frunció los labios un momento—. Creí que estabas de viaje.

Cameron fingió una sonrisa amable mientras se metía las manos en los bolsillos.

—Supe que el tío Edward estaba enfermo —respondió. Charles notó un ligero toque de diversión en su voz, como si aquella noticia le sentara de maravilla—. París era un placer, pero supuse que estando tan cerca podría pasar por el palacio para visitar a la familia.

Charles no se tragó una sola palabra. Podría creerlo de su tío, Egmont, pero no de Cameron. Jamás.

—Mi padre se encuentra muy bien de salud —le dijo.

—Por ahora. —Levantó una de sus gruesas cejas—. Pero el rey debe descansar, ¿no es así? Si no, podría empeorar.

Charles se cruzó de brazos.

—Supongo que estás aquí para ofrecer tus servicios.

Cameron soltó una carcajada.

—¿Mis servicios? Bueno, querido primo, supongo que puedes llamarlo como mejor te parezca. Lo cierto es que el tío Edward no puede seguir dirigiendo el Reino Unido. Solo quiero ofrecerle mi ayuda.

Escondida tras la amplia espalda de Charles, Anna miró a ese hombre a los ojos con intensidad inquisitiva. «¡Pero qué idiota!», pensó. Aunque no había intercambiado una sola palabra con él, podía comprender por qué Charles no congeniaba con su primo. Tanto su postura como sus gestos lo describían como un joven engreído, malcriado y narcisista, y como un completo patán.

—Debo darle toda la razón, alteza —dijo ella, abandonando su escondite—. El rey necesita a alguien que lo sustituya.

Cameron le obsequió con una sonrisa de autosuficiencia. Imitando ese gesto, Anna le dio dos palmaditas suaves al hombro de Charles.

—Aquí tenemos a nuestro hombre —anunció con seguridad.

La sonrisa desapareció del rostro de Cameron. Después de unos segundos, abrió la boca y comenzó a reír.

—Charles no tiene la más mínima experiencia gobernando un país.

Anna dio un paso hacia delante.

—¿La tiene usted?

Charles contuvo con éxito las ganas de reír. Sin embargo, su primo no pudo controlar la singular expresión de disgusto en su rostro.

—Tengo el conocimiento que a él le falta —atacó.

—Con conocimiento no se maneja a un país, alteza. Creo que no lo ha aprendido bien.

Con la furia centelleando en sus ojos, dio dos pasos violentos hacia ella con la mirada dilatada. Charles reaccionó a tiempo, tirando de Anna por el antebrazo para ocultarla de nuevo tras él. Frenó el brazo de su primo en el aire, enterrándole los dedos en la piel.

—¡No te atrevas, Cameron! —gritó—. Le pones una mano encima y te parto el brazo.

A continuación, lo soltó y Cameron hizo una mueca de dolor mientras se frotaba el antebrazo.

—¿Quién es? —preguntó despectivamente, como si estuviese refiriéndose a algo desagradable.

«Este desgraciado es lo peor», pensó Anna.

—Soy su... —comenzó a decir ella, pero Charles la interrumpió.

—Es mi novia.

Anna lo miró por encima de su hombro. ¡Oh, Dios! ¿Acababa de decir que era su novia? Si que había durado poco el secreto de su relación. Se escuchó a sí misma hiperventilando.

—¿Novia? —Cameron soltó una falsa carcajada—. ¿Así llamas ahora a tus amantes de turno?

Charles se precipitó hacia él, pero Anna consiguió agarrarlo con fuerza del brazo e impedirlo.

—Te lo juro por Dios, Cameron —dijo Charles—. Voy a destrozarte la boca si no te disculpas con ella.

—Olvídalo, Charles —susurró Anna, intentando calmarlo.

—Sí, Charles —se burló su primo—. Hazle caso a tu amante de turno número

treinta y dos.

Anna giró los ojos un par de veces, muy enfadada. Apartó a Charles de un manotazo y echando el brazo hacia atrás le dio un bofetón al pelirrojo con toda la palma abierta. El golpe fue tan fuerte que él se tambaleó.

—Estúpido —chilló rabiosa—. A mí no me faltas al respeto. No tienes lo que hay que tener para pisotear a una mujer como yo.

Se echó el pelo hacia atrás con una mano y se alejó por el pasillo. Un par de segundos más tarde volvió.

—¡Charles William Arthur! —gritó—. ¡Ven ahora mismo!

Cameron lo detuvo un instante.

—Tu padre se enterará de esto —lo amenazó.

—Como desees. Veamos qué opina sobre tu actitud violenta hacia una mujer —contestó divertido, dándole un golpecito en el hombro.

Luego caminó por el pasillo hacia la furiosa Anna.

—¿No has recibido respuesta del Parlamento?

Charles parecía inquieto ese día, pensó el rey mientras desplegaba el periódico por séptima vez en una hora.

Había tenido la reunión con el Parlamento cuatro días antes, y no acabó muy bien. Evidenciaron su descontento por el comportamiento del príncipe de Gales durante los últimos años, pero, aun así, no podían impedir que el proceso de aprobación de la regencia prosiguiera.

El monarca había esperado que la señorita Anna Mawson convenciera al Parlamento de las capacidades de Charles para ejercer como regente, pero su hijo no quiso que ella hablara en la Cámara. Por momentos quería moler a palos a ese cabeza hueca.

—Continúan deliberando. —Volvió a su lectura.

El silencio duró lo que le tomó hacer tres respiraciones.

—No lo aceptarán —dijo Charles—. La única parte de mí que lo lamenta es aquella que es tu hijo.

El rey sonrió divertido.

—Cada parte de ti es mi hijo, Charles. No puedo tenerte por pedazos, ¿o sí?

—¡Yo qué sé!

—Pareces malhumorado.

—¿Por qué habría de estar malhumorado? Es una excelente mañana.

Apenas lo comprendió, el rey sonrió sin apartar sus ojos de la nota periodística.

—Anna Mawson no ha llegado.

Charles soltó un bufido.

—¿Crees que mi malhumor se debe a que son casi las diez de la mañana y que Anna aún no ha llegado? —Se levantó de golpe de la silla—. Creo que iré a nadar un poco.

—¿Me lo dices con el propósito de avisarme o para que informe a la señorita Mawson de dónde puede encontrarte cuando llegue?

Le obsequió con una mirada ceñuda antes de salir.

Anna se reprendió por tercera vez apenas comenzó a bajar por las largas escaleras. Cerró las manos en puños y respiró profundamente para intentar calmarse. Se sentía un poco mareada desde anoche, con algunas náuseas. El frío le calaba hasta los huesos. Supuso que se debía al haber dejado la ventana medio abierta por error. La distrajo la llamada de Charles y, muerta de sueño, se fue a dormir y no supo que se la había dejado abierta hasta por la mañana. Temblaba de frío y tenía los dedos y la nariz rojos. La alivió el baño de agua caliente.

Le duró la calma hasta que estuvo frente al edificio.

—Hazlo ya, cobarde —murmuró para sí misma.

¿Por qué le resultaba tan difícil hacer aquello? Subir las escaleras, colarse en una reunión del Parlamento, interceder por el rey y por su hijo. Podrían arrestarla, por supuesto. Por suerte, tenía inmunidad real.

¿Y qué iba a decir con exactitud si al final conseguía entrar? Planeó las palabras correctas durante toda la noche. Quería asegurarse de no empeorar las cosas. Un par de ensayos en voz alta no le parecieron suficientes.

Respiró profundamente y comenzó a subir las escaleras hacia el imponente edificio, haciendo resonar los tacones con cada paso que daba. El primer obstáculo se encontraba justo delante de ella: el guarda de seguridad.

Un hombre alto, tanto que le recordó a una montaña, la frenó con un solo movimiento.

—Identificación, señora. —La voz gruesa le erizó el vello.

—¿La de conducir? —bromeó, pero los ojos del guardia no parecían

divertidos.

—Sin identificación no puedo permitirle la entrada, señora.

—Sé que está haciendo su trabajo, pero necesito hablar con el primer ministro. Vengo de parte del rey Edward y quiero...

—Le pido que se marche, señora, o tendré que...

—Llamar a seguridad para que me saquen, sí, lo sé, pero...

Anna visualizó al hombre vestido de traje gris caminando rimbombante por un largo pasillo que parecía dar a la nada. De inmediato lo reconoció.

Hizo un amago de marcharse y, mirando por encima del hombro, vio que el guardia ya no le prestaba atención, así que volvió a darse la vuelta y entró corriendo en el edificio.

—¡Primer ministro! —gritó, formando un gran escándalo con sus tacones al correr—. ¡Por favor, espere, primer ministro!

No tardó en notar que el guardia corría detrás de ella. Debía darse prisa o la alcanzaría.

—¡Primer ministro! —volvió a gritar.

El hombre trajeado se volvió hacia ella cuando los pesados y grandes brazos del guardia ya la habían rodeado para sacarla de allí.

—¡Suélteme! —protestó—. ¡Déjeme en paz!

Anna observó que el primer ministro se acercaba.

—¿Qué está sucediendo aquí? —La señaló con el sobre que llevaba en la mano—. ¿Quién es esta mujer?

—Soy Anna Mawson, trabajo para el príncipe de Gales —respondió ella quedamente. Hablaba con dificultad debido a su forcejeo con el guardia.

El primer ministro le hizo una seña al hombre para que la soltase. Anna se acomodó el vestido blanco antes de hablar.

—Lamento esta entrada tan abrupta, señor, pero es urgente que hable con usted.

—¿La ha enviado el príncipe? Porque no recuerdo haber recibido una misiva anunciándome su visita.

—No, señor. He venido por mi cuenta. Hace unos días, el rey se reunió con el Parlamento para discutir el pequeño asunto de la regencia.

El primer ministro hizo un gesto arrogante.

—«Pequeño» no es un calificativo apropiado para definir el problema en el que el rey intenta ponernos. Tal como le dije a su majestad, el príncipe Charles no es un candidato apropiado. Sin embargo, su primo, el príncipe Cameron...

Anna rechinó los dientes.

—Con todo respeto, señor. Está claro que diferimos en la definición de «apropiado». Con respecto al príncipe Cameron, he de decirle que tenemos distintas opiniones acerca de él.

El primer ministro se cogió las manos a la espalda. Ella continuó hablando, ignorando aquel gesto de completa indiferencia.

—El Reino Unido no posee una Constitución propiamente dicha por razones que usted y yo conocemos a la perfección, usted porque es político y yo porque me he informado, pero nos rigen algunas cartas de derecho como a otros países. También existe un documento donde se señalan las responsabilidades que tiene un rey. Un par de artículos más abajo, específicamente en la sección que establece los protocolos de sucesión, dice que, en caso de enfermedad, solo el primogénito o primogénita del rey puede sustituirlo el tiempo que la recuperación de su padecimiento lo requiera. Por lo tanto, el príncipe Cameron no puede sustituir al rey, y ni usted ni nadie puede alterar nuestras leyes a favor de lo que usted cree correcto.

El primer ministro respiró hondo por la nariz.

—Señorita, la Carta Magna y el Acta de Unión indican en uno de sus artículos, y cito: «Se le otorga al Parlamento la facultad de determinar la línea de sucesión al trono británico».

Anna afiló sus armas de batalla.

—Por ese motivo, el rey solicita la aprobación del Parlamento, pero, como ya le he dicho, solo el hijo mayor de los primeros cuatro hijos del monarca, de veintiún años de edad o mayores, tiene derecho a sustituir a su padre, el rey. En este caso, ese hijo solo puede ser Charles, ya que es el único hijo de nuestro monarca. El término correcto es «regencia», y para refrescarle la memoria, le diré que este término indica un período de transición en el que una figura perteneciente a la familia real, en la mayoría de los casos, ejerce el poder en

nombre del monarca, ya sea porque este es muy joven o muy viejo o porque, como ocurre en la actualidad, padezca alguna enfermedad que le impida cumplir con sus obligaciones reales. —Se acomodó los rizos rubios hacia atrás—. Podríamos seguir así todo el día, señor, pero le aseguro que terminaré convenciéndolo. No me hubiera atrevido a venir si no supiera de lo que estoy hablando.

Para sorpresa suya, el primer ministro le hizo lo que parecía una reverencia.

—Debo admitir que es usted una mujer muy inteligente. —Tendió el brazo hacia el largo pasillo—. Me gustaría terminar esta conversación en un lugar un poco más privado.

Anna comprendió a qué se refería cuando cayó en la cuenta de que casi todo el personal estaba observándolos.

—Por supuesto —convino de inmediato.

Vio que el primer ministro caminaba hacia el pasillo.

—Dios... —masculló ella—. Debería estudiar leyes.

Los minutos saltaron tan rápido que se convirtieron en horas. Después de un baño con agua tibia, veinte minutos más tarde de haber abandonado la piscina, Charles revisó el reloj una vez más. La una de la tarde. Increíble. ¿Qué pudo haberla retrasado cinco horas? No respondía sus llamadas ni a sus mensajes de texto. Le crecía la inquietud con la idea de que tal vez había vuelto a cambiar de opinión. La notó extraña anoche, nerviosa. Debió percatarse entonces de que algo no iba bien.

El sentimiento lo acompañó durante su recorrido por los pasillos. No podía evitar la preocupación, la angustia, la incertidumbre. Estaban grabadas en su piel como un tatuaje. Desde el fallecimiento de su madre, su área de experiencia se centraba en angustiarse por aquellos a quienes quería, y a Anna la tenía incrustada en el alma, cosida con hilos rojos. Las horas sin saber de ella lo perforaban como balas calientes. Tenía que saber pronto si estaba bien o perdería la cabeza.

Se puso la chaqueta, guardó el teléfono y las llaves del auto y se marchó de la

habitación. Debió haber tomado la decisión de ir buscarla a su apartamento. Quizá estaba allí, en la cama, tras decidir que no seguiría estando con él. Debía salir de dudas. De no encontrarla allí, movilizaría a la guardia. Sí, lo haría; si era necesario, lo haría.

Cualquier idea desapareció cuando la vio de pie al final de las escaleras con un brillo inmenso en sus enormes ojos verdes, que parecían más pequeños que de costumbre. La nariz resaltaba roja, a pesar del maquillaje.

—¿Dónde has estado? —preguntó, apurando el paso para llegar hasta ella—. Me tenías preocupado.

Ella ignoró sus inquietudes. Subió las escaleras con la misma rapidez que él empleó para bajarlas y se colgó al instante de su cuello. Charles le correspondió con vehemencia, enterrando la nariz en su cuello e inhalando el maravilloso aroma de su piel.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, empleando esta vez un tono más suave.

—Sí, sí, por supuesto. —Se separó de él quedamente—. Tengo algo que contarte.

Él no se había percatado del enorme sobre que llevaba en las manos.

—¿Qué es? —preguntó.

Anna expuso toda la dentadura.

—Es una carta firmada por el primer ministro y aprobada por todo el Parlamento. —Le extendió el sobre—. Han aceptado la regencia. Tu padre y tú deben firmar para iniciar el proceso cuanto antes.

Incapaz de creérselo, le arrebató el sobre y liberó el largo papel de aquella prisión. Los ojos azules viajaron por su contenido tantas veces que Anna perdió la cuenta.

—«Firmado el 24 de julio de 2014» —leyó—. Pero es la fecha de hoy... —Posó los ojos en Anna—. ¿Cómo es que tienes esto?

Ella le contó lo que había hecho, le relató con todo detalle la pequeña disputa legal que había sostenido con el primer ministro. Los ojos de Charles se maravillaron durante el relato, y en ese pequeño lapso de tiempo la vio con nuevos ojos, porque existía una única palabra para describirla a ella y todo lo que representaba: «milagro».

El largo papel y el sobre cayeron al suelo cuando sus grandes brazos la envolvieron para acercarla a él y besarla, un exiguo pago por lo que había hecho.

—Tenemos que contárselo a mi padre —le dijo, separándose de Anna.

La tomó de la mano, después de recoger los papeles del suelo, y la guio escaleras arriba, pero ella lo detuvo.

—Estoy contenta por cómo han ido las cosas, pero quería pedirte permiso para irme temprano.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien?

—Me he estado sintiendo rara las últimas horas. Me dormí con la ventana abierta y me parece que he cogido frío.

—Entonces sube a mi habitación y descansa un poco.

Ella no pudo evitar sonreír.

—¿Dónde está la discreción en eso?

—Te juro que es un fastidio, y siéndote sincero, no creo que estemos engañando a nadie.

—En especial después de haberle dicho a tu primo que soy tu novia.

—Discúlpame. No pude controlarme después de que te faltó el respeto.

—Estás muy perdonado. Respecto al permiso...

—Claro, puedes irte a descansar a tu casa. Pasaré a verte más tarde.

A Anna se le llenó de esperanza el corazón.

—Está bien.

Era de noche cuando llamaron a la puerta.

Anna abandonó la cama y arrastró los pies para abrir. Lo vio fruncir el ceño mientras la examinaba. Supo de inmediato que lo había sorprendido con aquel pijama extralargo en el que parecía perderse. La nariz y los dedos estaban más rojos que antes, y quiso echarse a llorar por lo mal que se había sentido las pasadas horas.

—No te atrevas a decir nada —le advirtió ella—. Esto tampoco me hace feliz.

—Tienes un aspecto horrible...

—¡Pero qué grosero eres!

Charles echó una rápida mirada al pasillo para asegurarse de que nadie lo observaba antes de entrar en el apartamento. Cerró la puerta con la pierna al tiempo que la veía dirigirse de nuevo a la cama.

—No estabas tan mal hace un par de horas.

—No estaba tan mal hace un par de horas. —Tiró de la sábana para arroparse. Estornudó—. Ven. —Golpeó la cama con la mano—. Lo invito al reino de los gérmenes, alteza.

Charles levantó la mano derecha. Traía en una bolsa de papel sopa caliente y zumo.

—Pedí en el palacio que prepararan sopa para ti. Tessie me hacía comerla cuando me ponía enfermo y parece que tú la necesitas.

—Nunca se debe decir no a la comida.

—Deja, yo te sirvo —le dijo al ver que empezaba a apartar sábana.

—¿Qué diría la gente si supieran que estoy tratando al príncipe de Gales como mi sirviente?

—Te admirarían.

Fue a la cocina y volvió más tarde con la sopa servida en un plato hondo. Se sentó a su lado mientras ella comía con lentitud. Le parpadeaban los ojos por el sueño, que se le esfumaba de repente al estornudar o toser.

—¿Y Anna se enferma fácilmente? —musitó él con una voz aguda—. No, qué va. Lo que ocurre es que durmió con la ventana abierta —añadió con su voz habitual.

Anna lo miró fijamente.

—Hacía frío y acababa de ducharme. No soy tan débil.

—Mmm..., esperemos que sea así.

—Nada de esperemos... No lo soy.

—Tranquila, tranquila. —Se estiró en la cama para estar más cómodo—. ¿Te tomaste algo para esa nariz?

—Algo. —Terminada la sopa, dejó el plato en la mesita de noche—. Pero es un medicamento que da sueño.

—Mejor, así descansas.

—No me gusta. El efecto somnífero me dura unos días, aunque en menor intensidad, y tengo la sensación de estar siempre cansada.

—Casi nunca me pongo enfermo. Hace años que no tomo ningún medicamento.

—Yo tampoco. Ha sido por culpa del descuido de anoche.

Charles levantó la cabeza para asegurarse de que la ventana estuviera cerrada. La sintió moverse en la cama hasta acurrucarse junto a él. Frunció el ceño al sentirla más grande. Supuso que se debía al gigantesco pijama.

—¿Qué ha dicho tu padre?

—Has conseguido que sea feliz, y al igual que yo se pregunta cómo lo hiciste.

—Sé muchas cosas que me ayudaron a defenderme. Lo más importante es que la fe que te tengo me sirvió de guía. Quiero que todo el mundo conozca al verdadero príncipe Charles, un hombre maravilloso, a pesar de todos sus errores y faltas y un montón de cosas más que en su tiempo me desesperaban.

Él se echó a reír.

—No te des golpes de pecho. Mira que tu carácter no es del todo fácil.

—No sé de qué me hablas. Soy muy afable.

—Como tú digas.

Anna descansó el brazo en la barriga de él al tiempo que envolvía sus piernas con las suyas. Todavía sentía fría la habitación y su cuerpo tiritaba, ansioso por un poco más de calor. Lo sintió trazar círculos en su cabeza y, después, recorrer el camino de su cabello hasta las puntas.

Por la forma pausada en que respiraba, Charles se percató de que se había quedado dormida. No tardó mucho, supuso que estaba agotada. Estar allí, con ella, le despertó una sensación atípica. ¿Cómo iba a imaginarse él que acabaría un día en una situación como aquella? Cuidando a una mujer enferma. Tampoco se imaginó disfrutando del silencio y de la cercanía de otra persona, un instante cómplice.

Incluso dormida y con la nariz enrojecida, Anna le parecía preciosa.

Lo maravilló la paz que sentía a su lado, como si el mundo fuera de ese apartamento perdiera importancia.

Habían sido muchas las veces que había salido en mitad de la noche a buscar

consuelo en el sexo y la bebida. Pero ahora le bastaba con Anna. Vivía feliz atado al monte de entre sus piernas, al valle de su cintura, a las montañas de sus pechos, el paraíso de su boca..., y sintiéndose acogido en el hogar de su corazón. Quería que ella sintiera por él el mismo cariño que sentía por ella.

«Quiéreme, por favor», le imploró en silencio.

Luego quiso echarse a reír. «Mira cómo te han pillado, cazador», se dijo.

El amor que sentía por ella era innegable, y lo bien que le sentaba tenerla en su vida, incuestionable. Anna era un milagro para él. Aún con su mundo roto, ella quería ver brillar el de los demás. Le trajo dicha y paz y guio a su alma perdida a un puerto seguro, el de sus brazos. ¿Dónde habría quedado él si la hubiese dejado marchar para siempre? Perdido y sin cordura, echando de menos lo que en su día juró que no querría nunca. Con su presencia dio sentido y orden a su mundo, e incluso había conseguido que fuera a ejercer la regencia. No sabía cómo lo había hecho. Por eso era mejor no cuestionar su fe en ella y declararla su milagro.

La necesitaba en su vida.

La sintió moverse y estirar el brazo sobre su barriga. El azote del calor que emanaba su cuerpo le sentó bien durante unos minutos, hasta que se percató de que estaba demasiado caliente. Le tocó las mejillas y después la frente.

—Anna —la llamó con suavidad, sacudiéndole el brazo—, tienes fiebre.

Le respondió con la tos, pero sin moverse o levantarse.

—¿Tienes un termómetro?

Masculló palabras incoherentes que acabó por descifrar que eran un no.

—Creo que tienes bastante fiebre.

Fue moviéndose poco a poco en la cama hasta salir de ella. Tomó el teléfono del bolsillo y buscó el número del médico de la familia. Pegandoselo al oído, se dirigió a la cocina, entrecerrando la puerta de la habitación para minimizar el ruido.

El hombre al otro lado de la línea respondió.

—Doctor Gibert, buenas noches. ¿Lo interrumpo?

—No, alteza. Estoy en mis últimos días de vacaciones. ¿Hay algún problema?

—Estoy con una... —Meditó un instante cómo referirse a Anna—. Una amiga.

Tiene fiebre y algo de tos. Supongo que es un resfriado.

—Si me envía la dirección, estaré allí lo antes posible.

—Por supuesto.

Volvió a la habitación después de haberle enviado el mensaje al doctor con la dirección y, media hora más tarde, oyó los golpes en la puerta de entrada.

Charles esperó de pie a que el médico la examinara. La despertó para completar la evaluación.

—No es más que un resfriado —dijo después, confirmando las sospechas del príncipe—. Los veranos en Londres no implican calor, sino un leve aumento de temperatura. Los resfriados siguen siendo muy comunes. Le dejaré anotados los medicamentos y las indicaciones de cómo tomarlos. Lo primordial es que se mantenga hidratada y no repetir el descuido de la ventana.

Lo vio anotar deprisa en la hoja de receta. Charles la revisó al tiempo que lo acompañaba hasta la puerta.

—Lamento haberle molestado en sus vacaciones.

El médico le sonrió, amable.

—No se preocupe. Es mi trabajo, después de todo, y mi vocación. No sacrificaría la salud de un paciente por un descanso al que ya quiero ponerle fin.

—Quería pedirle un último favor.

—Lo escucho.

—Me gustaría que esta visita se mantuviera entre nosotros. Ella no es solo una amiga, ¿me entiende? Tenemos una relación y mi padre no está enterado todavía.

—Comprendo, señor. Puede contar con mi discreción.

Cuando volvió a la habitación después de haber mandado a uno de los guardias por los medicamentos, Anna estaba recostada en el cabezal, sonándose la nariz con un pañuelo. Él se sentó en la cama.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó mirándola con dulzura.

Los pequeños y cansados ojos verdes de Anna parpadearon un par de veces.

—Cuando dijiste que te gustaba mantenerme en la cama, imaginé que te referías a otra cosa.

Ah, bromeaba. Entonces estaba mejor.

—¿Por qué llamaste al médico?

—Porque tenías fiebre.

Aquello parecía divertirlo.

—¿Llamas al médico solo por un poco de fiebre? —Soltó una carcajada, pero a continuación hizo una mueca. Por lo visto, reírse le había producido dolor la cabeza.

—¿Crees que exageré? —musitó él, sonriéndole.

—Creo que el que ha exagerado es el médico. He visto que anotaba un montón de cosas.

—No te habría recetado todos esos medicamentos si no lo considerara necesario. Envié a uno de los guardias a comprarlos.

Anna le sonrió. Dios, le parecía tan dulce... y le gustaba tanto que cuidara de ella. Le encantaba que le demostrara su cariño, que lo que les unía no solo era una mera atracción sexual.

—¿Quieres que te traiga aquí el televisor? Así tendrás algo que ver y no te aburrirás.

Anna asintió.

—No tengo muchas películas, solo mis favoritas.

—¿Cuál es la que más te gusta?

Lo meditó un instante.

—*Grand Prix*. —Sonrió—. Es de 1966.

—¿Por qué no me sorprende? —Se puso de pie—. Iré por el televisor.

—¡Te advierto que dura más de tres horas! —gritó una vez que lo vio abandonar la habitación.

—¿Cómo que tres horas? —resopló—. Bueno, está bien, pero no te atrevas a quedarte dormida.

Veinte minutos más tarde, la vio cerrar los ojos y después, ya dormida, acurrucarse junto a él. Se obligó a concentrarse en la película, pero en cuanto le comenzó a pesar la vista, cedió ante el sueño.

A Anna le costaba creer que ya había pasado un mes desde la ceremonia de regencia, casi tanto como que siguieran *juntos*, aunque nadie más lo supiera.

Se lanzaban miradas de coquetería o se dedicaban sonrisas y luego volvían a guardar la compostura cuando alguien entraba en la habitación. A veces el rey los miraba fijamente y su hijo pensaba que no tenían engañados a todos.

—Tal vez deberíamos decírselo —dijo Charles.

La idea la hizo temblar y no estaba segura de por qué. Nunca lo estaba, pero considerar hacer pública su relación hacía que se le formara un nudo ácido en el estómago.

—Esperemos un poco más —le respondió.

Lo vio inclinar la cabeza hacia la izquierda.

—¿Cuánto más quieres esperar?

Anna se mordió el labio.

—¿Estás molesto?

—No. Acordamos que durante un tiempo sería nuestro secreto, pero no sé cuánto tiempo necesitas.

—Yo tampoco. Si fueras cualquier otro hombre, no me esperaría tanto. Pero eres el príncipe de Gales y para dar una noticia así debo preparar a mi familia. Si te piensas que yo soy difícil, es porque aún no los conoces a ellos.

—Entonces tenemos que ser más discretos.

—Lo de la discreción lo llevamos fatal.

Él sonrió.

—No es fácil quitarte las manos de encima.

—Ponte a trabajar. Tienes una nueva reputación que mantener.

Anna descubrió que, cuando Charles se centraba de verdad en el trabajo, no tenía tiempo para coqueteos y se volvía eficiente. De todas formas, era todo menos distante, y a veces quería mandarlo todo al infierno y dejar de fingir. Quería que la tomara de la mano y la llamara novia como le dijo a su primo.

Una parte de ella tenía miedo de lo que podría pasar después. Le preocupaba lo que diría su familia, lo que diría la gente sobre la pareja exconvicta del príncipe mujeriego, lo que pensaría el rey... Temía que al final el cuento de hadas acabara mal. ¿Qué haría ella si un día, después de haber hecho pública su relación, Charles decidiera que lo mejor era separarse? La dejaría destrozada si en un futuro se aburriera de ella y se fuera.

Soltó un gruñido de frustración, olvidando por completo que lo tenía enfrente, sentado al otro lado del escritorio de su padre leyendo un montón de papeles. Odiaba esa parte insegura suya.

Sus ojos azules brillantes la miraron desconcertado, y Anna tuvo que contener el aliento durante unos segundos para no gritar. Maldita sea, era tan guapo...

—¿Sucede algo? —preguntó él.

A Anna le pareció que su perplejidad le hacía parecer un hombre adorable.

Alzó los papeles que descansaban sobre sus piernas para salir del apuro.

—Lectura insolente —se burló.

Charles le obsequió con una media sonrisa. Se le veía cansado.

—No tienes que leerlo.

—Estoy uniéndome a tu causa, desagradecido.

Él entreabrió la boca para soltar una ruidosa carcajada.

—¿De qué va tu lectura? —le preguntó ella.

—Las obligaciones que tienes como regente.

—Tuvimos esa conversación ya, ¿no es así?

—Aquí está escrito con todo detalle.

Charles dejó la pluma sobre el escritorio y cruzó las manos sobre la superficie mientras la miraba.

—¿Algo que te llamara la atención?

Ella sacudió los hombros.

—Nada que valga la pena mencionar —respondió—. ¿Qué hay de ti?

Charles dio un salto en el asiento mientras rebuscaba en el montón de papeles esparcidos en el escritorio.

—Es una propuesta firmada por mi padre días antes de la regencia, así que mi único trabajo es enterarme de qué va. —Extendió un par de papeles hacia ella. Anna se levantó del asiento para cogerlos, poniendo en acción aquel par de piernas largas y delicadas—. Creo que te gustará.

Anna no se molestó en leer.

—Hazme un resumen. —Volvió al asiento.

Charles entrecerró los ojos.

—¿Alguna vez me respetarás?

—Siempre lo hago.

—Entonces ¿por qué me das órdenes como si fueras mi jefa?

—Porque soy tu...

Él la hizo callar con un asentimiento de cabeza.

—El proyecto pretende realizar un baile para recaudar fondos dirigidos a una institución que ofrece servicios a niños rescatados de la trata humana.

Anna demostró su agrado con una pequeña sonrisa.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó a ella.

—Me parece una buena idea.

Él sonrió.

—Sabía que te gustaría.

—¿A ti no?

Charles agitó los hombros.

—No te hagas el duro conmigo. —Cruzó las piernas.

Charles observó la perfecta piel de sus piernas.

—¿Cuándo lo he sido?

—¿Quieres que responda a eso?

Él dejó escapar una carcajada.

Anna acercó un poco más la silla al escritorio.

—¿No te gustaría asistir?

—Es solo un baile —comentó él, como restándole importancia.

—Sería divertido —musitó ella con voz infantil—. ¿De verdad no te llama la atención?

—No tengo ganas de presentarme en un evento público.

—Un evento benéfico —corrigió ella.

—Sigue siendo público, Anna.

Charles volvió a la lectura.

—Creí que te gustaba salir y divertirme —dijo ella.

Levantó un poco la mirada.

—Estoy ocupado en estos momentos.

—Tienes derecho a salir una noche.

—¿Me estás dando permiso?

A Anna se le tiñeron de escarlata las mejillas.

—¿Por qué tengo que dártelo? ¿No eres un hombre adulto?

—Supongo —contestó él, devolviendo su atención a los papeles.

—Que estemos saliendo no significa que no puedas divertirte.

—¿Tanta confianza me tienes?

Lo miró de mala gana.

—¿Acaso no puedes salir a divertirte sin involucrar el sexo?

—Tranquila. Me divierto más contigo. ¿Por qué no pides vino? Podríamos brindar por un provechoso día de trabajo.

A Anna le pareció curioso que él ya no saliera por las noches, su hora de fiesta favorita. Tal vez porque la mayoría de las noches las pasaba en su apartamento, y el resto, en comidas con su padre. No faltaba jamás a esos desayunos, almuerzos y cenas, sin importar cuán tarde se le hiciera.

Charles debió de percatarse de la insistente mirada de ella, porque dejó escapar un largo suspiro antes de mirarla.

—¿Qué? —preguntó.

Ella sonrió un poco.

—¿Te invito a cenar?

Charles frunció el ceño.

—Pensé que no querías arriesgarte a que nos vean juntos.

—Tendremos cuidado.

—O podemos pedir algo a la cocina.

—La idea es salir de Buckingham.

Él agitó la cabeza y continuó la lectura. Anna se apoyó en el respaldo del asiento y emitió un gritito de frustración. Lo escuchó reírse.

—Te harás viejo antes de tiempo. Lo sabes, ¿verdad?

—Ya tengo veinticuatro años. Me parece que no soy un hombre muy joven.

—Bromeas, ¿verdad? —Dejó los papeles sobre el escritorio para rodearlo y se sentó sobre sus piernas—. Eres muy joven. Además, al decir que no lo eres estás automáticamente catalogándome a mí como una anciana. Tú y yo tenemos la misma edad.

Charles levantó una gruesa ceja, como si aquello le resultara divertido.

—Yo te veo algunas arrugas —se burló él.

Anna entrecerró los ojos.

—Pues yo me he dado cuenta de que estás perdiendo lentamente tu virilidad.

Charles fingió sentirse ofendido.

—Espero que eso sea solo una horrible mentira.

Parecía divertido, menos estresado, así que ella se sintió satisfecha.

—Yo nunca miento, Charlie.

A Anna se le escapó una risotada ridícula cuando él la empujó sobre la superficie del escritorio, y después pasó de la gloria al sufrimiento cuando sus dedos iniciaron un recorrido perfecto por sus costados, haciéndole cosquillas.

—Esto es... tan... maduro..., Charles.

Él no se detuvo hasta que vio sus mejillas tornarse rojas. Anna se separó de inmediato, arrastrándose lejos del escritorio, para recobrar el aliento. Con un gritito, tropezó por culpa de los tacones y terminó en el suelo.

Charles soltó una ruidosa carcajada, se levantó del asiento y la ayudó a ponerse de pie.

—Dios, Anna, eres tan torpe...

Ella comenzó a lanzarle manotazos mientras reía.

—No me gustan las cosquillas —admitió sin aliento.

Charles enarcó una de sus gruesas cejas, y Anna supo que había cometido un

error.

—¡No te atrevas!

Pero él ya iba hacia ella con las manos extendidas, así que no tuvo otra opción que abrir la puerta y correr fuera.

—Mawson, ven aquí —gritó él, divertido.

El escándalo de los tacones era todo lo que se escuchaba por aquel largo pasillo.

—¿Eres de esas personas que tiene cosquillas en cualquier parte del cuerpo?

Anna negó con la cabeza.

—Me parece que me mientes. Ven aquí, que lo quiero comprobar.

Ella se giró para gritar:

—¡No!

Los tacones de Anna retrasaron la huida, por lo que él pudo darle alcance dando grandes pasos. La atrapó de la cintura, y ella supo que estaba perdida.

—¡No lo hagas, por favor! —le suplicó.

—¿Qué me das a cambio?

Anna cesó el forcejeo.

—Te invito a cenar —musitó con dificultad—. Puedo pagarte la cena.

—No dejaría que pagues nuestra primera cena fuera del palacio. ¿Dónde quedaría mi caballerosidad?

—¿Qué quieres entonces?

Él soltó una carcajada.

—¿Me dejas elegir?

—Claro, como tantas otras veces.

—¿De verdad?

No podría seguir respondiéndole si él continuaba tocándole el vientre de aquella manera, mucho menos cuando sus suaves labios le rozaban la boca.

—¿Qué lugar sugieres?

A Anna le costó concentrarse en la pregunta.

—No lo sé. ¿Tu habitación?

Charles dejó escapar otra carcajada.

—No estaba refiriéndome a lo que obviamente estás pensando.

Anna sintió una punzada de decepción.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro.

—Ah —bufó—. ¿Qué tipo de lugar te gustaría?

—Dices que me has dejado elegir muchas cosas. Así que... decide tú esta vez.

A ella se le formó una sonrisita de satisfacción.

Charles sintió que aquellas brillantes luces acabarían dejándolo ciego.

—¿Estás de broma? —gruñó.

A Anna se le veía muy contenta y jovial, y tal vez se debía a los pantalones de brillante rojo y la camiseta negra de 5 Seconds of Summer que llevaba.

—¿No es una banda de adolescentes? —preguntó Charles arrugando el ceño.

—Pues sí, pero son muy buenos. Acompañé a una amiga a un concierto de One Direction y ellos fueron los teloneros. Me enamoré. Perdón si suena a pedofilia, no era mi intención. No somos un par de ancianos, alteza.

Anna tiró de él para conducirlo a la entrada. Charles se recolocó la chaqueta de cuero y la gorra.

—Esta ropa no engañará a nadie —se quejó.

—Debes cambiar de actitud. Actúa normal.

—Lo estoy haciendo.

—No. Caminas como si llevaras puesto un traje de cinco mil libras. Solo sé alguien normal de veinticuatro años que viene a un parque de atracciones.

Él se encogió de hombros.

—Soy el príncipe de Gales —susurró en su oído—. Me criaron de forma diferente.

—No seas quejica. Relájate y disfruta de esto.

Avanzaron dos pasos.

Charles metió las manos dentro de su cazadora.

—Pareces un asesino en serie —comentó ella, burlona.

Él sonrió, también con burla.

—Gracias.

—Tienes que relajarte.

—No quiero estar rodeado de fotógrafos y personas gritándome.

—Creí que no te molestaba.

Dejó caer un poco la cabeza hacia atrás.

—En esta ocasión vengo contigo, Mawson. Se supone que seríamos discretos.

Haces que no me resulte fácil cumplir con mi palabra.

Ella sonrió como una estúpida.

—Eso es muy tierno.

Él agitó los hombros, fingiendo indiferencia. Avanzaron otro par de pasos.

—Solo finge que es una cita normal, una común y corriente. —Le sonrió ella.

Pero ella sabía que esta cita era muy especial para él.

Charles la cogió de la mano.

—Es una cita, Mawson, pero no es normal y corriente. Contigo nada lo es.

Anna comenzó a chillar de emoción:

—¡Tengo una cita con el príncipe de Gales!

Apenas terminó de hablar se arrepintió de haber dicho aquello, porque todos los que estaban cerca se volvieron hacia ellos. Ni siquiera la ropa que llevaban fue capaz de ocultar la identidad de Charles.

—Me alegra que trajeras zapatos cómodos y cerrados —dijo.

—¿Por qué?

Charles respondió a su pregunta presionándole la mano y haciendo que corriera. No tuvo que volverse para ver la cantidad absurda de personas que enloquecieron al darse cuenta de que el extraño encapuchado de la cola era el príncipe Charles.

Ahora se encontraban huyendo por las calles de Westminster como un par de delincuentes. A Anna parecía divertirle, porque, a pesar de la agitación de la carrera, se reía a carcajadas. Charles la miró por encima del hombro.

Finalmente, frenó un poco la carrera cuando vio que estaban en una calle solitaria. Aunque se habían apartado de la muchedumbre, sabía que en poco tiempo se esparciría el rumor de que el príncipe Charles estaba haciendo cola para entrar en un parque de atracciones, acompañado de una mujer que gritó que tenía una cita con él.

Debían alejarse pronto de la calle.

Anna se echó un poco hacia delante, doblándose hasta las rodillas, mientras soltaba sonoras carcajadas.

—Dios mío —dijo sin parar de reír—. Y eso que solo mencioné tu título.

—¿Ahora entiendes por qué no voy a este tipo de lugares?

Él intentó mantener una postura más seria, pero al final terminó echándose a reír.

—Escondámonos aquí. —Tiró de ella hacia un callejón oscuro.

—Oye —protestó—. Solo a las citas clandestinas se las lleva a un callejón oscuro.

—No me gustan los callejones para tener sexo. Además, dije que nos esconderíamos aquí, no que nos desnudaríamos.

—Promesas, promesas.

Él entonces abrió una puerta pintada de negro.

—¿Conoces este lugar? —le preguntó ella.

—Me duele muchísimo que dudes de mí.

—Después de que me secuestraras, me he ganado ese derecho.

—Solo entre, alteza. —Le guiñó un ojo.

Anna dejó escapar otra carcajada antes de hacerlo. Dentro, no había mucha luz, y hubo menos cuando él cerró la puerta.

—Charles... —susurró ella.

Se sobresaltó cuando él le cogió de la mano.

—Yo te guio —le susurró para calmarla—. Descuida, sé por dónde voy.

—Eso espero —musitó ella.

Anna concluyó minutos más tarde que sí se sabía el camino, porque, a pesar de la oscuridad, se movía por el lugar con mucha seguridad. Se preguntó a dónde la llevaba.

—Charles.

Él se detuvo.

—Tápate los ojos —le pidió él.

—Pero ¡si todo está oscuro!

—Hazlo, por favor.

—Me tropezaré. Es mi día de torpezas.

—Te ayudaré a levantarte.

—No.

—¡Anna!

Ella protestó un par de veces, pero al final cerró los ojos y dejó que la guiara.

Empezaron a subir unas escaleras, y a medida que avanzaban, Anna comenzó a cansarse.

—¿Algún día terminarán estas malditas escaleras? —refunfuñó.

Él la detuvo.

—Abre los ojos.

Obedeció y... le pareció que habían entrado a un mundo paralelo al Londres que conocía.

Tenía frente a ella la gigantesca esfera de un reloj, con uno de los cristales opacos abiertos para observar la ciudad nocturna fundida en luces. El espacio era pequeño, pero podían estar los dos de pie, uno al lado del otro. Anna miró a Charles maravillada.

—Estamos dentro del Big Ben —dijo, jadeante—. ¡Oh, por Dios! ¡Estamos dentro del Big Ben!

Comenzó a saltar como una niña pequeña, correteando de aquí para allá, tocando los cristales.

—Es maravilloso.

Charles se limitó a sonreír.

—Solía venir mucho aquí cuando tenía quince y dieciséis años. Después de un tiempo, dejé de hacerlo.

Anna parecía fascinada.

—¿Por qué? —le preguntó.

Él inclinó un poco la cabeza.

—Quería un refugio, un lugar donde solo ser yo, y no un príncipe, hijo del rey, un promiscuo irresponsable... Por desgracia, no es un lugar muy silencioso.

El eco de la fuerte campanada los sacudió, y Anna supo a qué se refería.

Sonrió cuando él la tomó de la mano. La coqueta luz de la luna penetraba con dulzura a través de los cristales, regalándoles una sombra de paz.

—No encontraste tu refugio aquí, ¿verdad? —preguntó ella, aunque ya sabía la respuesta.

Él movió la cabeza de lado a lado. Tiró de ella y la llevó a otra habitación. Allí, detrás de una caja de metal, observó la gran campana. La hizo subir por la escalera metálica hasta tenerla a pocos metros.

—No te aconsejo estar mucho tiempo cerca —le dijo él—. No vaya a ser que suene y te quedes sorda.

—Es fantástica. —Estiró la mano, pero no la alcanzó.

—Arriba, en las linternas, no se escucha tan fuerte. Se iluminan durante las sesiones del Parlamento. ¿Quieres verlas?

—Por supuesto. Nada mejor que un tour de la mano del príncipe de Gales.

Tuvieron que tomar otras escaleras, pero Anna determinó que había valido la pena por las despampanantes vistas que se veían a través de los arcos. La helada brisa de la noche era más fría por la altura, así que se ajustó el abrigo de lana. Descansó las manos en el arco y observó la ciudad iluminada.

—Es una vista preciosa. Tienes suerte de poder venir aquí siempre que quieras.

—Supongo. —Hizo una pausa, pensativo. La luz de afuera le moteó el rostro—. Cuando eres príncipe, se te abren puertas que ni siquiera pensaste que existían. A veces quisiera cerrar algunas. —Un diminuto peso abandonó sus hombros, una sensación que lo acunaba cada vez que compartía con ella retazos de su alma—. Creo que no sabes la suerte que tienes de no tener ataduras con la realeza. Por eso entiendo que no estás lista para que nuestra relación sea públicamente conocida. Estarías sacrificando tu libertad.

Anna fijó su atención en él, que miraba las luces de la ciudad.

—Mi libertad es valiosa para mí, en especial después de haberla perdido durante un año. —Él sintió su desesperación, y tomó su mano para darle un fuerte apretón—. No me habría arriesgado a esto que tenemos si sintiera que podría perderla. Es solo que todo es muy reciente e inesperado. Sigo sin comprender muchas de las cosas que han sucedido entre nosotros, pero así es la vida. De vez en cuando le da por ser injusta y otras veces es caprichosa. —Le besó en la mejilla—. Pero la perdono porque te trajo a mí.

Él le sonrió, y al instante vio que sus ojos verdes se cubrían de una intensidad avasalladora que le robó el aliento.

—Quiero que me escuches con mucha atención, Anna. —Sus ojos azules estaban tan conectados a los suyos que ella no pudo moverse—. Ha pasado poco más de mes y medio desde que... —Respiró profundamente—. Desde que hicimos el amor por primera vez.

Charles la sintió tensarse por el nerviosismo.

—Tiene que llamarse así —susurró—. Nada más puede explicarlo. Lo he pensado durante todo este tiempo, el sexo contigo es para mí mucho más que sexo, es hacer el amor... Tú también lo sientes así, lo sé...

Anna cerró los ojos con fuerza.

—Estás asustada, lo comprendo. Yo también. Es la primera vez que siento mil cosas a la vez. Tengo una tormenta en mi cabeza desde que supe lo de mi padre, pero, por algún motivo, eres ese pequeño barco que me saca del ojo del huracán. Anna, intentamos separarnos, pero no estábamos bien. Ahora te tengo conmigo a cada momento, incluso cuando quisiera desaparecer para siempre.

—Dios mío —musitó jadeante. Le temblaban las manos.

—Anna, cuando estaba detrás del escritorio, metido entre papeles, tratando de encerrarme en mí mismo, me has insistido en que abandone mi coraza... Así que no puedo quedarme callado cuando te miro. Lo he intentado, porque no quiero asustarte, pero... —Sin soltarle las manos, acunó con las suyas su rostro—. Eres tan guapa...

—Charles...

Silenció sus protestas con un beso, uno solo, largo, muy largo. Ella quería abrazarlo, mandar al demonio sus miedos insoportables e intentar vivir lo que tenían... Cerrar los ojos y confiar; fundirse con él y ser consumida por las llamas.

—Anna, quiero hacerte el amor...

—El amor —susurró ella, perdida en el arrullo de su voz—. El amor.

—Por favor.

Ella humedeció los labios con los suyos.

—Yo también lo quiero —confesó.

Cada músculo tenso se relajó y dejó que las manos de Charles obraran su

magia especial, haciéndole olvidar sus miedos, como cada vez que le hacía el amor.

A partir que esa noche todo volvería a cambiar, lo sabía.

Y también la visión que tenía del Big Ben.

Cuando abrió los ojos esa mañana, la mujer más bella que había visto en su vida dormía plácidamente envuelta entre sus sábanas. Le asustó moverse, moverla, y arruinar aquella maravillosa imagen. Podría acostumbrarse a que fuera su rostro lo primero que viera al despertar.

Estiró el brazo hasta el pequeño buró para alcanzar su teléfono. La parpadeante luz de la cámara hizo que ella se moviera y se despertara, abriendo los impresionantes ojos verdes que había visto segundos antes de quedarse dormido la noche anterior. Observó la fotografía en el teléfono y después lo dejó sobre la cama.

—Buenos días —susurró.

Anna gruñó algo incomprensible, pero él sonrió como si hubiese captado el mensaje.

—Tal vez debí asegurarme de tenerte la taza de café lista antes de despertarte.
—Sonrió.

A Anna se le escapó una risita.

—Eso me habría gustado. —Se movió en la cama para acurrucarse junto a él
—. Esto me gusta más.

Charles descansó los brazos sobre ella.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó.

—Como toda una reina.

—¿De verdad? ¿Qué te hace pensar que la reina duerme bien? He visto a Tessie merodear por el palacio sin poder dormir, casi comiéndose...

—Es solo una expresión, Charles. —Rio—. Supongo que los que son de la realeza no le ven la gracia a ese tipo de chistes.

—¿Vas a comenzar con tus pullas tan temprano?

Anna se escondió en la curva de su cuello para soltar una carcajada.

—¿Qué tiene el regente en la agenda hoy? —preguntó.

—Me reuniré con mi padre para discutir algunos asuntos. Ponerlo al día, quiero decir.

—Mmm.

Charles tenía una cosa muy clara: si no se levantaba de la cama, ambos terminarían por quedarse dormidos y el productivo día que tenía por delante quedaría reducido a cenizas.

—Voy a preparar el baño —le susurró—. ¿Quieres el agua tibia o caliente?

—¿Desde cuándo preguntas cómo quiero el baño?

—No lo sé. Tal vez desde que duermes conmigo.

Se movió rápidamente en la cama, aplastándola con su peso, mientras le depositaba un ruidoso beso en el cuello.

—Charles —gruñó ella—, pesas un poco.

—Lo sé. —Llevó sus labios hasta su boca para separarse—. No te duermas.

—¿Me pondrás una multa si lo hago?

—No. Algo peor. Algo mucho peor.

—¿Qué puede ser peor que una multa?

—Si te duermes, lo averiguarás.

Con un beso en la mejilla, dio la discusión por terminada.

La misma sensación extraña de los últimos días lo inundó apenas puso un pie en el baño de su santuario.

¿Qué había diferente? Era el mismo baño, la misma bañera, la misma decoración. Siempre estaba igual de limpio, igual de ordenado. ¿Por qué lo veía distinto? Se hacía la misma pregunta cada mañana desde la última semana. ¿Qué había cambiado en ese tiempo?

La respuesta a esto último contestaba también todas las preguntas anteriores.

Le ofreció a Anna una semana antes que se mudara con él al lugar que consideraba su santuario, allí donde nunca antes había llevado a sus amantes. En

aquel espacio, solo entraban la pintura y su amor al arte. Aún recordaba las expresiones de sorpresa en su rostro, los mil y un intentos de pronunciar una palabra coherente. Sobre todo, recordaba con precisión aquella declaración accidentada que se le había escapado y que, por primera vez en su vida, no lamentaba.

Le sería imposible volver a dormir en una cama donde no estuviera Anna.

Así que eso era, ahí estaba la diferencia. Ya no era solo su baño. Ni en él había solo su gel, porque junto a él también estaba el de ella. Junto a su toalla, había otra toalla; junto a su cepillo de dientes, estaba el de Anna... Además, estaba el espacio que había hecho en el armario para que ella colocara su ropa.

Ahora su habitación era también la de ella.

¿Cuándo Anna había invadido todo ese espacio? Se preguntó qué sucedió para llegar a ese punto en el que Anna Mary Mawson se había convertido en parte de su vida más allá de lo que alguna vez pudo haberse imaginado. Lo llevó por una vereda que juró que jamás pisaría, y a pesar de ese miedo a lo desconocido, se abrazó a la idea con una sonrisa en el rostro y avanzó por un camino impensable para él durante mucho tiempo.

La quería. Santo Dios, la adoraba. En tan poco tiempo derrumbó lo que le costó años construir, y ver sus murallas destruidas puso fin a sus largas noches frías y solitarias. Invadió su reino y tomó posesión de todo lo que tenía.

Saberse perdido nunca le supo tan dulce.

Sus pensamientos fueron a volar lejos cuando sus pequeñas manos le envolvieron la cintura desde atrás.

—¿Qué pasa con ese baño, alteza? —musitó coqueta.

Él sonrió.

—Estará listo en un momento.

—Pero no oigo el agua correr.

—Lo harás en unos segundos.

Se alejó un poco de ella para abrir el grifo. Observó cómo el líquido transparente comenzaba a llenar lentamente la bañera. Finalizada su labor, Anna se las arregló para volver a abrazarlo por la espalda.

—¿Es posible celebrar que hayamos pasado la primera noche vestidos? —

bromeó ella.

A Charles se le escapó una carcajada.

—Sabes bien a qué se debe.

—Se nos acabaron las municiones.

—Es una manera muy graciosa de llamar a los preservativos.

Anna le depositó un sonoro beso en la espalda desnuda.

Unos pocos minutos más tarde, ambos se encontraban dentro del agua caliente. Charles la movía con la palma para mojarle los pechos y los brazos. Hacía un poco de frío. El agua caliente le sentaba de maravilla a su tersa piel y deseó tener en sus manos un pincel para dibujar sobre ese maravilloso lienzo hecho mujer. Le fascinaba lo aún más suave que se volvía su piel después de un baño caliente.

—Quería pedirte algo —susurró ella, dejando caer su cabeza contra el pecho desnudo de Charles.

Él vertió agua caliente sobre los brazos de ella.

—¿Sí?

—Has dicho que vas a informar a tu padre, ¿no es así? Lo que significa que debes mostrarle los registros de todo lo que has hecho, y eso incluye la distribución de dinero.

Anna consiguió despertar su curiosidad.

—¿A dónde quieres llegar?

El sonido del agua fue el único ruido que se escuchó en la habitación durante unos segundos.

—Hoy no vas a necesitarme, ¿verdad? Lo tienes todo organizado.

—Siempre te necesito.

Anna movió la cabeza para besarle la mejilla.

—No me necesitas para informar a tu padre de todos tus movimientos. Zowie me dijo anoche que tenía el día libre y pensé que podrías...

—¿Dártelo a ti? —Rozó con la nariz la base de su cuello. Se dejó llevar por un impulso y le plantó un beso—. Anna, si quieres un día libre, tómatelo. No tienes que pedírmelo.

—Te recuerdo que firmé un contrato. Tu padre y tú son mis jefes.

—Yo no soy tu jefe.

—Sí, sí lo eres.

—No, Anna. Yo no soy tu jefe ni tú eres mi empleada. Voy a destrozarte ese contrato.

—Si lo haces, me quedaré sin empleo.

—Oh, nada de eso. Seguirás recibiendo un cheque quincenal, pero no atada a un papel. Alguien que tolera tanto al príncipe de Gales merece ser bien recompensada.

—Claro que tengo una buena paga y no me estoy refiriendo al dinero.

—¿Al sexo entonces? —bromeó él.

A Anna se le escapó una risotada.

—Yo me estaba refiriendo a ti.

—Bueno, entonces ya llegamos a un acuerdo.

El baño duró el tiempo que el agua se mantuvo caliente. Anna observó a Charles abandonar el vestidor vestido muy informal: tejanos, camiseta a cuadros azules, blancos y negros con las largas mangas dobladas hasta los codos y botas de cuero marrón. Parecía tan normal, tan sencillo, que a Anna se le iluminaron los ojos.

Ella se miró por última vez en el espejo. Qué locura. Llevaba puesta casi la misma ropa que él, solo que ella tenía el cabello atado en una coleta y los labios pintados de rojo.

Ambos se echaron a reír.

—Quédate ahí —le ordenó él.

Anna lo observó buscando algo entre las sábanas. Al encontrarlo, se detuvo detrás de ella y estiró el brazo.

—Sonríe. —Apuntó hacia el teléfono con la barbilla y después disparó.

Lo hizo un par de veces más, hasta tener un montón de fotografías.

Él fue el primero en apartarse, guardando el teléfono en su bolsillo.

—Tengo algo que darte —le dijo.

Abrió uno de los cajones de su mesita de noche para sacar una pequeña caja

blanca.

—Oh, no —masculló ella.

Charles le extendía un teléfono nuevo, con las etiquetas y el plástico protector aún puestos.

—Te dije que pensaba comprarme uno —protestó.

—Iba a dártelo para tu cumpleaños, pero como aún falta... El tuyo está fallando bastante. No es que me moleste que utilices mi teléfono, pero creo que necesitas tu propio espacio, y con espacio me refiero a enviarle mensajes a Zowie manteniendo tu privacidad.

—Nunca le he enviado nada inapropiado.

Él se echó a reír.

—Lo sé, pero aun así es bueno que tengas tu propio teléfono. Además, necesito poder contactar con mi asistente a todas horas. Vamos, Anna. No te pongas difícil. Te lo descontaré del sueldo, ¿qué te parece?

A pesar de su petición, ella continuó protestando. Sin embargo, él seguía allí, ofreciéndoselo. No estaba dispuesto a recibir un no por respuesta, así que ella acabó aceptándolo.

—Tiene mi número, el del palacio, el de Zowie y el de Peete guardados.

Anna miraba su reflejo en la pantalla con tanto esmero que ni siquiera notó lo que él llevaba en las manos.

—No, no, no —protestó—. No aceptaré un auto.

—No te he comprado un auto. —Sonrió—. Aún. Son las llaves del mío. Ve a pasear con Zowie.

Anna sonrió ampliamente.

—¿De verdad?

—No pensarás que iba a dejarte ir en un taxi, ¿o sí?

Anna hizo una pequeña mueca con la boca, dando a entender que la idea sí se le había pasado por la cabeza.

—Dolor —masculló él—. Trabajaremos la confianza.

Ella dio un saltito para rodear su cintura con las piernas.

—Gracias, gracias, gracias. —Comenzó a darle pequeños besos en la mejilla, dejándole marcas de pintalabios por toda la cara.

—No quiero mirarme en el espejo.

No era la primera vez que ella le llenaba de besos después de haberse pintado los labios, y el lápiz labial rojo era muy difícil de sacar.

—Lo siento. Deberías usar mi desmaquillador.

—Es lo que siempre termino usando.

Deslizó los pulgares por sus mejillas para limpiarle la cara.

—Quiero que te lleves a algunos de mis guardias —dijo él de repente. Su voz sonaba tranquila, imperturbable, casi como una orden.

Sorprendida por la propuesta, Anna detuvo los movimientos de su mano y lo miró.

—¿Por qué?

—Por seguridad.

Su respuesta escueta la inquietó.

—¿Por qué necesitaría seguridad?

Charles convirtió sus labios en una fina línea, y en sus ojos se instalaron destellos de preocupación.

—Quiero cerciorarme de que estés a salvo.

—No corro peligro de ningún tipo. Zowie y yo iremos a comprar unas cosas y después a comer. No hay riesgos en una salida de chicas.

Pero él no parecía convencido.

—¿Hay algo que no me hayas dicho? —le preguntó ella, inquieta.

Charles movió la cabeza de lado a lado.

—Quiero estar seguro de que no corres ningún peligro. —Le comenzaron a temblar las manos cuando observó sus ojos entrecerrados—. Lo lamento, no quise preocuparte. Es un estado persistente que adquirí después de la muerte de mi madre, y ahora que te tengo en mi vida no quisiera...

La vulnerabilidad en él la hizo pedazos, y no pudo evitar sonreírle al tiempo que le tomaba el rostro con las manos.

—Voy a estar bien. —Aguardó a verlo curvar los labios antes de continuar—: Lo prometo.

Charles asintió, y observó cómo, después de dejarle un beso rápido, comenzó a alejarse hacia la puerta.

La detuvo por la muñeca, frenando su avance. El azul de sus ojos se intensificó, y vio cómo la mandíbula cuadrada se torcía a medida que se le formaba una sonrisa. A través del apretón de la muñeca, Anna percibió el calor de la piel a la que se había vuelto adicta. La tentaba con la mirada, su magia personal de tocarla sin usar las manos, y lo odió porque sabía que ante eso poca resistencia le quedaba.

—Zowie me está esperando —dijo, temblorosa. Tenía la boca seca, añorando la humedad del único oasis que le quitaba la sed.

De su boca entreabierta escapó un jadeo. Parecía torturado por algo y buscaba las palabras precisas que le permitieran escapar de su prisión.

—Quiero algo de ti antes de que te vayas —sentenció, aflojando el agarre de la muñeca.

—¿El qué?

La desarmó la forma en que la miró, la mirada iluminada de un amante desesperado. Le parecía resuelto, un hombre que sabía lo que quería, y era tan imponente que la hizo tambalearse. El poderío masculino que emanaba la envolvió como un manto de seda oscuro, haciendo desaparecer el mundo que los rodeaba. Por instinto, llevó la mano izquierda a su pecho y a través de la ropa sintió el desenfrenado palpitar de su corazón.

Su toque fue la inyección de valentía que necesitaba.

—Dime que me quieres.

El corazón de Anna palpitó dolorosamente en su pecho. Le pareció una súplica, una petición de alma a alma.

Una confirmación de lo que ya sabía.

—Si quieres que te deje ir... —se interrumpió, suavizando sus gestos. Le pareció tan guapo y tan dulce que deseó lanzarse a sus brazos y perderse en su refugio—, dime que me quieres.

La inspiración repentina robó su esencia masculina, hechizándola. No podía apartar la mirada de sus ojos —dulces y expectantes—, salvo para observar su sonrisa seductora. Tenía la respiración acelerada, el corazón impaciente.

Y ella no pudo sentirse más feliz.

—Te quiero —susurró con la voz temblorosa.

Los ojos de él se iluminaron, briosos y satisfechos, y una sonrisa ancha acentuó su felicidad.

—Te quiero —le dijo también.

Presa de la felicidad que sus palabras le habían proporcionado, lo tomó por la nuca y se acercó a su boca. La respuesta fue inmediata, carente de control, y cuando las manos de él moldearon su cadera, lo sintió empujar de ella hacia la cama.

—Zowie... —Musitar su nombre en su boca hizo que él frunciera el ceño—. Lo siento, es que me está esperando. No es que no quiera...

—¿No puedes pedir otro día libre? —Volvió a besarla con una urgencia que puso en consideración su propuesta.

—Ella no puede... —Movi6 las manos por sus hombros, presionándolas contra su pecho palpitante—. Prometo compensarte esta la noche.

—Mmm... —Atrapó su boca en un beso que prolongó hasta que a ambos les faltó el aire—. Voy a cobrar esa promesa.

Anna sonrió contra su boca. Encontrándose envuelta por sus brazos, deseó que fuera posible quedarse, cancelar los planes y perderse con él. Quería volver a oírsele decir.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan querida y mimada.

—Te quiero. —Una sonrisa surcó su rostro. Decírsele le parecía tan liberador..., y por la forma en que él le sonreía, era una sensación gratificante para ambos

—Te quiero —le dijo él.

Anna le volvió a robar un beso que él estuvo dispuesto a devolverle.

—Te veo esta noche. —Recorrió la forma de su mentón con los dedos. Una mueca divertida le torció la boca—. Te he dejado la cara manchada de pintalabios.

Charles se echó a reír.

—Supongo que de verdad tendré que usar el desmaquillador. —Dejándole un beso en la frente, le dijo—: Vete, diviértete. Llámame cuando estés a punto de llegar a casa.

Apenas se separó de él, observó a una Anna muy alegre correr fuera de la

habitación, lanzando besos al aire como despedida. Verla marcharse lo inquietó. Pero supuso que debía acostumbrarse. En las últimas semanas, pasaban más tiempo juntos que separados.

Apartó la preocupación de su mente con una sacudida de la cabeza.

—Bien, ¿dónde habrás dejado ese desmaquillador esta vez? —se preguntó a sí mismo.

Anna no conseguía recordar la última vez que Zowie y ella habían tenido una salida de chicas. Ambas siempre estaban hasta el cuello de trabajo o Zowie se tomaba el día para estar con Peete. Necesitaban un espacio para ellas.

La tienda de cosas de casa estaba abarrotada de gente. La mayoría estaba haciendo compras rápidas. Lo intuyó porque llevaban pocos productos en los carros.

En la entrada, Zowie tomó una cesta roja.

—Hablé ayer con mi madre y me ha dicho que no podrá venir a pasar las fiestas con nosotros —le dijo Zowie—. Dile a tu familia que lleguen antes o, si no, me aburriré.

Anna soltó una carcajada.

—Se lo diré.

Zowie la cogió del brazo.

—Ayer estaba viendo unos diseños que Stephanie estaba preparando. Su próxima colección es de vestidos de novias. ¿Te digo un secreto? No puedo esperar a casarme con Peete.

—¿Eso debería ser un secreto?

—Mi guapo hombre se verá tan atractivo vestido de novio...

—Me estás poniendo celosa.

—¿Lo hago?

—Sí. Que no se te olvide que eres mía.

Ambas comenzaron a reír.

—¿Ya han hablado de boda? —preguntó Anna.

—Aún no, creo que es muy pronto. Llevamos juntos solo dos años.

—¿Y eso qué? Se conocen perfectamente, pero si crees que necesitan más tiempo, está muy bien.

—No quiero casarme sin tener plena seguridad de que somos una pareja estable.

—Bueno, pero si no discutieran, entonces serían robots.

—Eso ya lo sé, pero lo que trato de decirte es...

—Lo comprendo. No te angusties.

—Bueno, basta de hablar de mí. —Le golpeó las costillas con el codo—. ¿Qué tal te va con el príncipe?

A Anna se le tiñeron las mejillas de rojo.

—Estamos bien.

—¿Bien? ¿Solo bien? —Zowie dejó escapar una sonora carcajada—. Estás viviendo con un hombre indomable y mujeriego, pero viviendo de verdad, y tú que jurabas que nunca te liarías con un hombre así.

—Me pasa por hablar de más.

—A veces todavía me parece mentira. Tú lo insultaste y él te chantajeó. ¿Cómo surge un romance de algo así?

—Hay un hombre muy bueno dentro de él, aunque trata de ocultarlo, pero yo quiero que la gente lo conozca. Vi en él más de lo que muchos han visto. Es una buena persona, y es de esa buena persona de la que me he enamorado. Un cuerpo atractivo es fácil de conseguir.

—Pero esa buena persona tiene además un cuerpo atractivo.

—Bueno, sí, también.

—Siempre pensé que después de cinco años de abstinencia, encontrarías atractivo hasta a un escarabajo.

—¡Zowie!

Ella se echó a reír.

—Ahora que están viviendo juntos, ¿cuánto va a durar el romance en secreto? Anna suspiró.

—No lo sé, pero me da la sensación de que no le gusta del todo que nos estemos escondiendo. Ha mantenido muchas cosas ocultas en su vida y ahora yo soy una de ellas.

—Si lo piensas bien, es muy romántico.

—Lo es, pero para mí no es una situación fácil. Sé que él lo entiende, pero al mismo tiempo no lo entiende. ¿Me explico?

—No.

Anna torció la boca.

—Entiende que para mí no es sencillo salir a la calle con él cogidos de la mano y exponerme en público, pero no comprende que tengo miedo de que, al haber estado en prisión, aunque haya sido injustamente, mi pasado pueda afectarlo de forma negativa. Y sería injusto porque, de verdad, tengo mucha fe en que puede ser un buen rey. A veces creo que no le importa.

—Otra vez, si lo piensas bien, es muy romántico...

—Sí, lo es, pero él tiene que pensar en las repercusiones que puede tener mi pasado en su vida, y en cómo puede afectar a su imagen, ahora más que nunca que es regente.

—No me parece un hombre tan tonto como para ponerse una venda en los ojos e ignorar lo que me comentas. Pienso que te quiere en su vida y que está dispuesto a enfrentar los problemas que puedan surgir... Supongo que ya son novios, ¿no es así?

—Me presentó a su primo como su novia, pero en realidad nunca me ha pedido que lo fuéramos.

—Dios, me encantaría oírsele decir: «Ella es Anna, mi novia», «Hola, ¿qué tal? Te presento a mi novia», «A que está buena mi novia, ¿eh?».

Anna negó con la cabeza, divertida. Observó en silencio a Zowie tomar lo que necesitaba: algunas toallas para la cocina, manteles a juego con el comedor, filtros para el fregadero y otro par de cosas a las que no prestó atención.

—¿Y qué te dijo cuando le preguntaste? —le preguntó Zowie.

—¿Preguntarle qué?

—¿No le preguntaste por qué le dijo a ese tipo que eras su novia si no te lo ha pedido?

—Bueno, no me molestó que lo hiciera. Y supongo que lo hizo para evitar que su primo me siguiera llamando «amante de turno».

—A mí que un bombón como Charles dijera que soy su novia tampoco me

molestaría.

Anna permaneció en silencio, pensativa.

—Hoy me dijo que me quería.

En pleno pasillo, Zowie se detuvo de golpe, sorprendida.

—¿El «te quiero» con todas sus letras?

Anna asintió.

—¿El que comienza con «te» y termina con «quiero»?

Anna volvió a asentir.

—Ay, Dios, me muero. ¿Y tú qué le dijiste?

Levantando los hombros, sonrió tímida.

—Le dije que lo quiero.

La perplejidad fue evidente en el rostro de su amiga.

—Creo que hoy voy a ver volar a los cerdos.

Anna se echó a reír.

—Él es diferente —dijo—. Diferente a como yo creía que era. Sigue siendo un pervertido, pero también es dulce y divertido. Le gusta leer, pintar..., y también escribe. Es inteligente y...

—... y tú estás loca por él, Nana.

Anna sonrió.

—¿Crees que estoy haciendo bien? La verdad es que me da miedo que un día de estos despierte y todo ese interés que tiene en mí desaparezca.

—No lo creo. Te pidió que vivieras con él y no en cualquier lugar. Dijiste que era su santuario, y uno no comparte esas cosas con cualquiera. Tú estás loca por él, él está loco por ti. Así de simple.

Anna sonrió.

—Ya que estoy aquí, compraré algunas cosas que necesito. Te invito a comer a la salida.

—Hecho, futura reina consorte.

El chico miró a Anna con picardía y Zowie, lejos, fingía no conocerla.

—¿Necesita algo más? —le preguntó.

Anna miró a Zowie. «Por favor, para», imploró su amiga en silencio.

—No, es todo. —Una tontería se le cruzó por la mente—. Bueno, deme un paquete de los rojos. Son los que saben a cereza, ¿verdad?

Zowie la miró con los ojos abiertos mientras el chico metía en la bolsa de papel la caja de preservativos.

Se acercó cuando la vio pagar.

—Haremos un trío esta noche —dijo Anna. Zowie la miró fijamente, deseando ahorcarla en ese momento—. Mejor que nos sobre que no que nos falte, ¿no?

El chico soltó una carcajada. Apenas le entregó la bolsa, Zowie se llevó a su amiga del brazo, quien no paraba de reírse, fuera de la tienda.

—No puedo creer lo que me acabas de hacer ahí dentro —gruñó.

—¿Nunca has venido con Peete a comprar preservativos?

—No. Él lo hace solo. Sabe que me da vergüenza.

—Zowie, es normal tener sexo. La gente lo sabe.

—Sobre todo cuando te ven comprando preservativos. Y los de sabor a cereza, ¿qué?

Anna los sacó de la bolsa y se los lanzó. Ella los atrapó en el aire.

—Para ti y para Peete.

—Te odio.

Ambas entraron en el auto.

—¿Acaso tengo pinta de hacerle sexo oral a mi novio? —gruñó Zowie.

Anna le obsequió una mirada cómplice.

—Lo hago ocasionalmente —admitió—. No hay que malacostumbrar a nadie.

—Estrénalos esta noche. —Le guiñó un ojo.

—¿Quieres que te deje un par?

Ambas se echaron a reír.

—¿Dónde quieres comer? —le preguntó Anna.

Zowie sabía muy bien dónde quería ir a comer, pero algo distrajo su atención al mirar por el espejo lateral. Al final de la línea de coches aparcados, vio un auto negro, de lujo, uno que había visto en cada parada que habían hecho.

—Anna, ¿Charles te dijo si enviaría a alguien? ¿Un guardaespaldas o algo así?

Anna frunció el ceño.

—No. Quería que me llevara a algunos guardias, pero me fui sin ellos. ¿Por qué?

—Disimula un poco si vas a girar, pero creo que nos ha estado siguiendo el auto que hay al final de la línea de coches...

Anna fingió que ajustaba el espejo retrovisor, pero no alcanzó a verlo. Con movimientos lentos, echó una mirada por encima del hombro izquierdo. A la distancia reconoció el modelo: un Maserati.

—No utilizan ese tipo de coche en la guardia del palacio. Los cambian cada tres años y aún falta uno para eso. Ese es de este año.

—No quiero sonar paranoica, pero...

—Sí, comprendo. —Se acomodó en el asiento, instándola a hacer lo mismo—. Buckingham está a quince minutos. Si de verdad nos está siguiendo, allí no podrá alcanzarnos.

Anna encendió el motor del coche y emprendió la marcha cuidadosamente. El auto negro comenzó a seguirlas poco después.

—Bueno, de acuerdo, creo que tu teoría es bastante cierta.

Zowie se aferró a su cinturón.

—No quiero asustarte, pero ¿no estamos en el auto del príncipe? ¿Y si tratan de asaltarnos?

—No lo lograrán si no nos detenemos. Solo debemos ir directas al palacio.

Zowie miró por el retrovisor.

—Sigue ahí.

—Intenta no mirarlo, ¿vale? Solo conseguirás ponerte más nerviosa. Tal vez no es el mismo auto. Tal vez nos hemos confundido o tal vez Charles envió a alguien al final, aunque yo le dije que no lo hiciera.

Anna echó un rápido vistazo por el retrovisor. El auto seguía allí, tras ellas. Se aferró al volante e intentó deshacerse de su paranoia. No las estaban siguiendo, solo estaba casualmente dirigiéndose al mismo lugar que ellas, tomando las mismas curvas en las mismas calles. Sí, era eso. Decidió tomar la conveniente curva a la derecha. Se hizo a un lado en la carretera para dejarlo pasar sin reducir la velocidad. Sin embargo, el auto no hizo ningún movimiento. Permaneció tras

ellas.

—Muy bien —se dijo a sí misma, temblorosa.

—¡Perfecto! —chilló Zowie—. No soy la única a punto de entrar en pánico.

—Cálmate, Zowie.

—Dile eso a tus nudillos blancos.

Anna sujetaba el volante con tanta fuerza que, en efecto, tenía los nudillos blancos.

—No molestes a la conductora.

Respiró profundamente y observó por el espejo retrovisor el avance del conductor. O ella había reducido la velocidad sin percatarse o el auto de atrás aceleraba, porque lo veía más cerca por segundos.

Enfocó los ojos.

—¡Dios mío! —gritó, estiró el brazo hacia Zowie y la presionó contra el asiento.

El auto negro las embistió por detrás con tanta fuerza que su cuerpo se impulsó hacia delante y se golpeó la cabeza contra el volante.

—¡Anna! —escuchó gritar a Zowie.

Ella gimió de dolor, pero se obligó a controlar el coche al ver que derrapaban. Sostuvo el volante con ambas manos y presionó el freno para detenerse. Apenas se detuvieron, se llevó una mano a la frente. Oh, no. Sus dedos se tiñeron de escarlata.

—¡Dios mío, Anna! —chilló Zowie al ver la sangre.

Anna alzó la vista y observó el auto que las había embestido por detrás. Un hombre de traje, con el rostro cubierto con un pasamontaña negro, se aproximaba apuntándolas con un rifle de francotirador. A Anna se le secó la boca cuando vio el arma. Le pareció oír los pasos de ese tipo acercándose, consciente de que el sonido estaba en su cabeza. Ambas profirieron un grito aterrador cuando comenzó a disparar, pero las balas no fueron capaces de atravesar el cristal.

—¡Oh, por Dios! —gimió Zowie, llorosa—. Es a prueba de balas. Oh, Dios mío, ¿qué está pasando?

Temblorosa, Anna se sujetó con mayor fuerza al volante, metió la marcha

atrás y comenzó a alejarse. El francotirador se dio la vuelta y volvió al interior del auto, poniéndolo en marcha también.

Anna continuó retrocediendo. Sentía el corazón latiéndole en la garganta. Pronto, visualizó la curva que las había conducido a aquella trampa mortal. Pulsó con fuerza el freno, giró el volante y cambió la trayectoria.

—Intenta llamar a la policía —le indicó a Zowie.

Con las manos temblorosas, Zowie rebuscó el teléfono en el suelo.

Anna miró por el retrovisor. El francotirador se acercaba.

—Dios mío —susurró aterrada.

No tenía tiempo de comprender qué estaba sucediendo ni de preocuparse del dolor que el golpe en la cabeza le había ocasionado. Tenían que ponerse a salvo.

El auto del francotirador aceleró. Si la embestía por detrás otra vez, perdería el control.

¿Qué era lo que quería? No había hecho enfadar tanto a alguien en su vida para que intentaran matarla. Ni siquiera a Charles.

Charles...

De repente lo entendió todo.

—Es un atentado —musitó para sí, aterrada.

Trataban de hacer daño a Charles, atentando contra su familia y sus amigos por la regencia. Dios mío, ¿era eso posible?

Volvió a mirar por el retrovisor. El francotirador se acercaba.

—Ya estoy harta —masculló—. ¿Quieres correr? Entonces vamos a correr.

Anna aceleró, giró el volante hacia la derecha, luego a la izquierda y aplicó el freno de mano. Los neumáticos rechinaron en el suelo al tiempo que el auto se sacudía. En segundos, estaba en el otro carril y pasó en dirección contraria justo al lado del auto del francotirador. No pudo ver nada en el interior. Los cristales eran muy oscuros.

Soltó el freno de mano y aceleró un poco más.

—Anna, ¡vas directa a la intersección!

—No te preocupes. Sé lo que hago.

Cuando Zowie se volvió para verla, se encontró frente a un fantasma. Anna tenía la mirada enfocada en la carretera y sus manos se movían del volante al

freno, y viceversa. Era una Anna que hacía mucho tiempo que no veía.

Quick-Fire Mawson estaba de vuelta.

Anna esquivó los autos con impecable destreza, girando el volante de izquierda a derecha como una fiera. Le asaltó una punzada en la cabeza que ignoró a medida que se abría paso hacia la siguiente salida. El dolor se acentuaba, pero no estaba en condiciones de ceder ante él, no cuando la vida de otra persona, aparte de la suya, también corría riesgo.

—Dime que ya has podido hablar con la policía —le dijo a Zowie.

—¡No me responden!

Otra punzada sacudió a Anna. Cerró los ojos un segundo y al volver a abrirlos le costaba distinguir entre una mancha y otra. Le mareaba centrarse en aquel punto donde sus manos se unían al volante.

—Zowie —susurró—. Sujétate bien.

Su amiga la miró, pero segundos más tarde comprendió por qué lo decía.

El auto se detuvo de golpe al chocar con otro. Su cuerpo se impulsó hacia delante, pero el cinturón evitó un golpe mayor. Solo podía sentir un dolor muy molesto que comenzaba a crecerle en el cuello y en el pecho, también en la muñeca, pues había estado presionando con fuerza la guantera, para evitar salir lanzada hacia delante. Parpadeó varias veces intentando hallar otro tipo de dolor. Solo detectó el de la cabeza, pero era por el escándalo del claxon.

Al girarse, descubrió a Anna inconsciente sobre el volante. La sangre le humedecía el pelo rubio.

—¡Anna! —gritó Zowie.

Charles colocó frente a su padre los registros del dinero.

—Hicimos uso de la cantidad aquí especificada para ayudar a organizar el baile para recaudar fondos para los niños rescatados. —Lo observó de reojo, y vio que asentía mientras bebía de su taza de té—. El baile estaba proyectado para realizarse la semana pasada, pero surgieron unos inconvenientes. La fecha volvió a programarse, y me satisface decir que será ya la definitiva.

La felicidad fue evidente en el rostro de su padre.

—Y a mí me satisface, como dices tú, ver que empiezas a cogerle el gusto al trabajo.

Encogiéndose de hombros, sonrió.

—Le veo las ventajas. Además —señaló la hoja con el bolígrafo en la mano—, tengo un especial interés en esta institución. Puede que me ayude a...

El sonido de su teléfono interrumpió la conversación.

—Lo siento, dame un segundo.

El rey asintió.

En la pantalla vio el nombre de Anna. Sonriendo, se puso de pie y se apartó, contemplando los jardines desde el ventanal.

—¿Qué tal lo estás pasando, preciosa?

—Me disculpo, alteza. Le llamo desde el Saint Mary. Lamento informarle que la señorita Mawson ha sufrido un accidente.

Desde la cima de su propio reino construido mediante sacrificios, escuchó la noticia atentamente, y en su mente vio colapsar el mundo perfecto del príncipe de Gales con una sonrisa de satisfacción surcando su rostro impasible.

—¿Está muerta? —preguntó el hombre con la mirada fija en los jardines de su propiedad.

—Aún no, señor —respondió su acompañante.

El hombre lo miró por encima del hombro, nada conforme con su respuesta, pero de todas maneras contento con el progreso.

—Bueno, ¿qué estás esperando? —Hizo girar la silla por el respaldo—. El mundo no se tambalea con solo mirarlo. Hay que romperle los soportes, y ahora mismo esa mujer impide la caída más esperada.

Observó su mano derecha, abierta, con la vista a la palma pálida. La cerró de golpe formando un puño.

—Escucharlo no es suficiente para mí. —Centró la mirada en su acompañante, de pie y en silencio con las manos cogidas tras la espalda—. Quiero verlo colapsar. Quiero que de él no quede ni siquiera su voluntad.

Levantando la barbilla con la altivez de un rey a punto de ser coronado, decretó:

—Y lo que yo quiero siempre lo consigo.

Agradecimientos

Quiero darles las gracias a mi familia, en especial a mis padres Juan y Neribel, por impulsarme y apoyarme a hacer lo que amo. A mi hermana Lillybeth, quien es mi mayor cómplice en la vida. A mi mejor amiga, Leenoshka, por aceptarme tal cual soy a pesar de ser tan diferentes (sin ti la vida sería muy aburrida). A mi grupo de lectores en WhatsApp, *Perdidos en apuros*: gracias por todo el cariño y apoyo durante estos años y por convertirse en mi familia virtual.

Y a ti, lector, por permitirme entrar en tu vida a través de mis letras. Gracias infinitas.

Lo mejor de Los Bridgerton y The Crown en uno de los fenómenos Wattpad: amor y realeza chocan de frente en una adictiva novela romántica.



ÉL, PRÍNCIPE. ELLA, TAXISTA

¿Herederero al trono? Sí.

¿Una madrastra malvada? Para nada.

¿Hermanastras molestas? Por supuesto.

¿Presuntuoso? Totalmente.

El poderoso y enigmático príncipe Charles William Arthur, de la Casa Candor de Inglaterra, siempre ha tenido todo lo que ha podido desear, pero esa vida que conoce, llena de lujos y comodidades hasta la saciedad, llegará a su fin si no cumple con las responsabilidades de su título como príncipe de Gales, por lo que tendrá que despedirse de una vida de desenfreno y conseguir una esposa. Eso o ceder el trono a su primo Cameron, que está muy lejos de ser un digno heredero.

Todo da un giro inesperado cuando Charles conoce a Anna Mawson, una simple taxista de carácter esquivo que choca con él hasta el punto de volverlo loco. Pese a su apariencia fría y huraña, Anna consigue despertar en Charles sentimientos que no son propios de él.

**¿Escogerá el trono por el que siempre ha luchado o a la mujer que ama?
La decisión será difícil.**

Lizbeth López tiene 26 años y es originaria de Puerto Rico. A pesar de ser una autora joven cuenta con 5 obras escritas en la plataforma Wattpad. Entre sus mayores éxitos se encuentra *Un príncipe en apuros*, primera parte de la serie La Corona, ganadora de los premios Wattys de 2016. Además de la escritura, Lizbeth siente una fuerte conexión con el trabajo social.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: marzo de 2022

© 2022, Lizbeth López

© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Maria Soler

Ilustración de portada: © Marta Pineda

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19085-51-1

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: somosinfinitos

Twitter: @somosinfinitos

Instagram: somosinfinitoslibros

Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Un príncipe en apuros

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Lizbeth López

Créditos